**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

N:484.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

4-9-1

# LOS MISERABLES.

Digitized by Google

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5325848438
b24207378
1636179(

Digitized by Google

4-1-7
R.4.399
840-31 "18"
HUG
FH
3816-1

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LOS

# MISERABLES

POR

## VICTOR HUGO,

EDICION ILUSTRADA CON LAMINAS,

TRADUCCION

DE D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## TOMO I.

ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,

CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 1.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Victor Hugo

GASPAR Y ROIG, EDITORES,

MADRID.

Digitized by Google

# PRIMERA PARTE.

# FANTINA.

## LIBRO PRIMERO.

### UN JUSTO.

Digitized by Google

## ADVERTENCIA.

Los editores Gaspar y Roig han adquirido de la empresa del periódico Las Novedades la propiedad de esta única edicion ilustrada en lengua española, para España y provincias de Ultramar; estando por consiguiente prohibida toda reimpresion ó nueva traduccion.

Digitized by Google

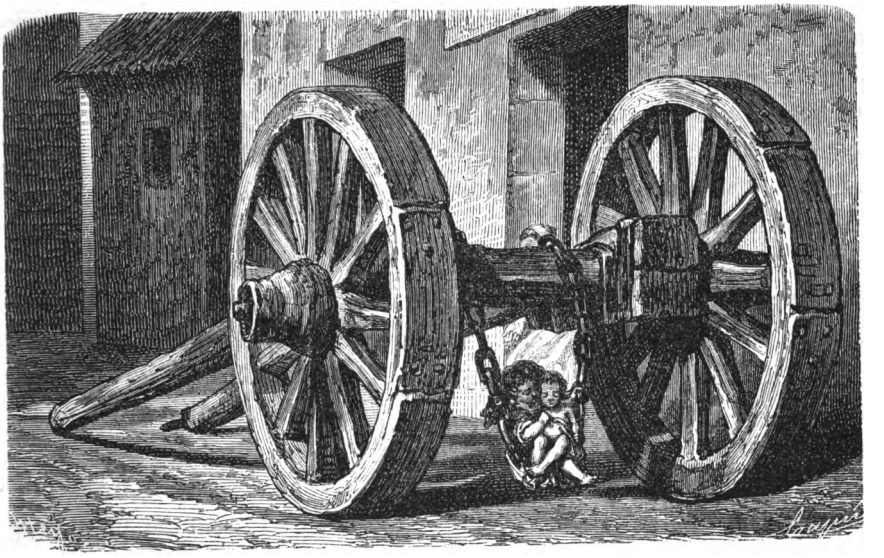
# PRÓLOGO.

Mientras á consecuencia de las leyes y de las costumbres exista una condenacion social, creando artificialmente, en plena civilizacion, infiernos, y complicando con una humana fatalidad el destino, que es divino; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradacion del hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por las tinieblas; en tanto que en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos y bajo un punto de vista mas dilatado todavía, mientras haya sobre la tierra ignorancia y miseria, los libros de la naturaleza del presente podrán no ser inútiles.

Digitized by Google

Digitized by Google

4-7-7



# I.

## M. MYRIEL.

En 1815 M. Cárlos-Francisco-Bienvenido Myriel era obispo de D.— Era un anciano de cerca de setenta y cinco años, y ocupaba la sede de D.—desde 1806.

Aunque esta circunstancia no interesa en manera alguna al fondo de lo que vamos á referir, quizá no será inútil, aun cuando no sea mas que para ser exactos en todo, indicar aquí los rumores y las habladurías que habian circulado acerca de su persona cuando llegó por primera vez á su diócesi.

Lo que de los hombres se dice, verdadero ó falso, ocupa tanto lugar en su destino, y sobre todo en su vida, como lo que hacen. M. Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix; nobleza de toga. Decíase que su padre, reservándole para heredar su puesto, le habia casado



Digitized by Google

aun muy jóven, á los diez y ocho ó veinte años, segun costumbre muy admitida en las familias de la magistratura. Decíase que Cárlos Myriel, no obstante este matrimonio, habia dado que hablar mucho de sí. Era de buena presencia, aunque de estatura pequeña, elegante, gracioso, inteligente; y toda la primera parte de su vida habíanla ocupado el mundo y la galantería.

Sobrevino la revolucion; precipitáronse los sucesos; las familias de la magistratura antigua, diezmadas, perseguidas, acosadas, se dispersaron; y M. Cárlos Myriel emigró á Italia en los primeros dias de la revolucion. Su mujer murió allí de una enfermedad de pecho, de que hacia largo tiempo que estaba atacada. No habian tenido hijos. ¿Qué pasó despues en los destinos de M. Myriel?

El hundimiento de la antigua sociedad francesa; la caida de su propia familia; los trágicos espectáculos del 93, mas espantosos aun para los emigrados que los veian de lejos con el aumento que les prestaba el terror, ¿hicieron germinar tal vez en su alma ideas de retiro y de soledad? En medio de las distracciones y de los afectos que ocupaban su vida, ¿fue por ventura súbitamente herido de uno de esos golpes misteriosos y terribles, que algunas veces vienen á derribar, hiriéndole en el corazon, al hombre á quien las catástrofes públicas no conmoverian, si le hiriesen en su existencia ó en su hacienda? Nadie hubiera podido decirlo: solo se sabia que á su vuelta de Italia era sacerdote.

En 1804 M. Myriel desempeñaba el curato de B.—(Brignolles). Era ya anciano, y vivia en un profundo retiro.

Hácia la época de la coronacion de Napoleon, un pequeño negocio de su curato, no se sabe á punto fijo cuál, le llevó á París; y entre otras personas poderosas, cuyo amparo fué á solicitar en favor de sus feligreses, visitó al cardenal Fesch. Un dia en que el emperador fué á visitar á su tio, el digno cura, que esperaba en la antesala, se halló al paso de S. M. Imperial. Napoleon, viéndose mirar con cierta curiosidad por aquel anciano, se volvió, y dijo bruscamente:

—¿Quién es ese buen hombre que me mira?

—Señor, dijo M. Myriel, vos mirais á un hombre bueno, y yo miro á un grande hombre. Cada uno de nosotros puede aprovecharse de lo que mira.

En la misma noche el emperador pidió al cardenal el nombre de aquel

Digitized by Google

cura, y algun tiempo despues M. Myriel quedó sorprendido al saber que habia sido nombrado obispo de D.—

¿Qué habia de verdad en el resto de las habladurías, que se referian á la primera parte de la vida de M. Myriel? Nadie lo sabia. Pocas familias habian conocido á la familia Myriel antes de la revolucion.

M. Myriel debia sufrir la suerte de todo recien llegado á una poblacion pequeña, donde hay muchas bocas que hablan, y pocas cabezas que piensan. Debia sufrirla, aunque fuera obispo, y precisamente porque era obispo. Por lo demás, las habladurías en que se mezclaba su nombre no eran mas que habladurías, ruido, frases, palabras; menos aun que palabras, *palabrerías*, como dice el enérgico idioma del Mediodía.

Sea como quiera, á los nueve años de episcopado y de residencia en D.—todas estas murmuraciones, asuntos de conversacion que ocupan en los primeros momentos á las pequeñas poblaciones y á las personas pequeñas, habian caido en profundo olvido. Nadie hubiera osado hablar de ellas, nadie se hubiera atrevido á recordarlas.

M. Myriel habia llegado á D.—acompañado de una solterona, la señorita Baptistina, que era su hermana, y contaba diez años menos que él.

Por toda servidumbre tenia una criada de la misma edad que la señorita Baptistina, llamada la señora Magloire, la cual, despues de haber sido *el ama del señor cura*, tomaba al presente el doble título de doncella de la señorita y ama de llaves de su ilustrísima.

La señorita Baptistina era de corta estatura, de rostro pálido, de fisonomía bondadosa; realizaba el ideal de lo que espresa la palabra *respetable*; pues parece necesario que una mujer haya sido madre para ser *venerable*. Nunca habia sido bonita: su vida, que habia sido una serie no interrumpida de buenas obras, habia acabado por estender sobre su persona como una especie de blancura y de claridad; y al envejecer, habia adquirido lo que se podria llamar la belleza de la bondad. Lo que en su juventud habia sido flacura, en su madurez se habia convertido en trasparencia, al través de la cual se veia, no á la mujer, sino al ángel. Era mas bien una alma que una vírgen. Su persona parecia hecha de la sombra: apenas tenia bastante cuerpo para que en él hubiera un sexo; era un poco de materia que contenia una llama: grandes ojos, siempre bajos: un pretesto para que una alma permaneciese en la tierra.

La señora Magloire era una viejecilla blanca, gorda, repleta, hacen-

Digitized by Google

dosa, siempre afanada, y siempre sofocada; primero á causa de su actividad, luego á causa de un asma.

A su llegada instalaron á M. Myriel en su palacio episcopal con todos los honores dispuestos por los decretos imperiales, que clasificaban al obispo inmediatamente despues del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita, y él por su parte hizo la primera al general y al prefecto.

Terminada la instalacion, la poblacion aguardó á ver cómo se conducia su obispo.

Digitized by Google

Digitized by Google

MONSEÑOR BIENVENIDO.

Digitized by Google

# II.

## M. MYRIEL SE CONVIERTE EN MONSEÑOR BIENVENIDO.

El palacio episcopal de D.—estaba contiguo al hospital.

El palacio episcopal era un vasto y buen edificio, construido de piedra á principios del último siglo por disposicion de monseñor Enrique Puget, doctor en teología de la facultad de París y abad de Simore, el cual habia sido obispo de D.—en 1712. Este palacio era una verdadera morada señorial. Todo en él respiraba cierto aire de grandeza: las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor, muy ancho, con galerías de arcos, segun la antigua costumbre florentina, los jardines plantados de magníficos árboles.

En el comedor, que era una larga y soberbia galería del piso bajo con salida á los jardines, monseñor Enrique Puget habia dado el 29 de julio de 1714 un gran banquete de ceremonia á SS. EE. Cárlos Brulart de Genlis, arzobispo príncipe de Embrun; Antonio de Mesgrigny, capuchino, obispo de Grasse; Felipe de Vendóme, gran prior de Francia, abad de San Honorato de Lerins; Francisco de Berton de Grillon, obispo baron de Vence; César de Sabran de Forcalquier, obispo señor de Glandéve y Juan Soanen, sacerdote del Oratorio, obispo señor de Senez. Los retratos de estos siete reverendos personajes adornaban aquella

Digitized by Google

sala; y la fecha memorable 29 DE JULIO DE 1714, estaba allí grabada en letras de oro en una lápida de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de un solo piso, con un pequeño jardin.

Tres dias despues de su llegada, el obispo visitó el hospital. Terminada la visita, suplicó al director que tuviera á bien ir á verle á su palacio.

—Señor director del hospital, le dijo, ¿cuántos enfermos teneis en este momento?

—Veintiseis, monseñor.

—Son los que habia contado, dijo el obispo.

—Las camas, replicó el director, están muy próximas las unas á las otras.

—Lo habia notado.

—Las salas, mas que salas, son celdas, y el aire en ellas se renueva dificilmente.

—Me habia parecido lo mismo.

—Y luego, cuando un rayo de sol penetra en el edificio, el jardin es muy pequeño para los convalecientes.

—Tambien me lo habia figurado.

—En tiempo de epidemia (este año hemos tenido el tífus y hace dos años tuvimos la fiebre miliar) se juntan tantos enfermos, mas de ciento, que no sabemos qué hacer.

—Ya se me habia ocurrido esa idea.

—¡Qué quereis, monseñor! dijo el director, es menester resignarse.

Esta conversacion pasaba en la galería comedor del piso bajo.

El obispo calló un momento; luego, volviéndose súbitamente hácia el director del hospital, preguntó:

—¿Cuántas camas creeis que podrán caber en esta sala?

—¡En el comedor de su ilustrísima! esclamó el director estupefacto.

El obispo recorria la sala con la vista, y parecia que sus ojos tomaban medidas y echaban cálculos.

—Bien cabrán veinte camas, dijo como hablando consigo mismo: despues, alzando la voz, añadió:

—Mirad, señor director del hospital, aquí evidentemente hay un error. En el hospital sois veintiseis personas repartidas en cinco ó seis

Digitized by Google

pequeños cuartos. Nosotros somos aquí tres y tenemos sitio para sesenta. Hay error, os digo; vos teneis mi casa y yo la vuestra. Devolvedme la mia, pues aquí estoy en vuestra casa

Al dia siguiente los veintiseis pobres enfermos estaban instalados en el palacio del obispo, y este en el hospital.

M. Myriel no tenia bienes, pues su familia habia sido arruinada por la revolucion. Su hermana cobraba una renta vitalicia de quinientos francos, que en el curato bastaba á su gasto personal, y M. Myriel recibia del Estado, como obispo, una asignacion de quince mil francos. El dia mismo en que se alojó en el hospital, M. Myriel determinó de una vez para siempre el empleo de esta suma del modo que consta en la nota que trascribimos aquí, escrita de su puño:

« NOTA PARA ARREGLAR LOS GASTOS DE MI CASA.

| | |
|---|---|
| »Para el pequeño seminario. . . . . | Mil y quinientas libras. |
| »Congregacion de la mision. . . . . | Cien libras. |
| »Para los lazaristas de Montdidier. . . . . | Cien libras. |
| »Seminario de las misiones estranjeras en París. . . . . | Doscientas libras. |
| »Congregacion del Espíritu Santo.. . . . . | Ciento cincuenta libras. |
| »Establecimientos religiosos de la Tierra Santa. . . . . | Cien libras. |
| »Sociedad de caridad maternal. . . . . | Trescientas libras. |
| »Idem para la de Arlés. . . . . | Cincuenta libras. |
| »Obra para la mejora de las prisiones. . . . . | Cuatrocientas libras. |
| »Obra para el alivio y rescate de los presos.. . . . . | Quinientas libras. |
| »Para libertar á padres de familia presos por deudas. . . . . | Mil libras. |
| »Suplemento á la asignacion de los maestros de escuela pobres de la diócesi. . . . . | Dos mil libras. |
| »Pósito de los Altos Alpes. . . . . | Cien libras. |
| »Congregacion de señoras de D.—de Monosque y de Sisteron, para la enseñanza gratuita de niñas pobres. . . . . | Mil y quinientas libras. |
| »Para los pobres.. . . . . | Seis mil libras. |
| »Mi gasto personal. . . . . | Mil libras. |
| TOTAL. . . . . | Quince mil libras.» |

Durante todo el tiempo que ocupó el obispado de D. —, M. Myriel no cambió en nada este arreglo. Llamaba á esto, como se ha visto, *tener arreglados los gastos de su casa.*

Este arreglo fue aceptado con absoluta sumision por la señorita Baptistina. Para aquella santa mujer, monseñor de D. — era á la vez su hermano y su obispo; su amigo segun la naturaleza, y su superior se-

Digitized by Google

gun la Iglesia. Le amaba y le veneraba á la vez sencillamente. Cuando hablaba, se inclinaba ante sus palabras; cuando obraba se adheria á sus obras. Solo la criada, la señora Magloire, murmuraba un poco. El obispo, como se ha podido notar, no se habia reservado mas que mil libras, las cuales, unidas á la pension de la señorita Baptistina, hacian mil y quinientos francos por año. Con estos mil y quinientos francos vivian aquellas dos mujeres y aquel anciano.

Y cuando un cura de aldea venia á D. —, el obispo todavía encontraba medio de obsequiarle, gracias á la severa economía de la señora Magloire, y á la inteligente administracion de la señorita Baptistina.

Un dia, hacia ya tres meses que se hallaba en D.—, dijo el obispo:

—El caso es que con todo esto no ando muy holgado.

—Ya lo creo, esclamó la señora Magloire, como que su ilustrísima ni siquiera se ha acordado de reclamar la renta que el departamento le debe para sus gastos de coche en la poblacion y de visitas en la diócesi. A lo menos así lo hacian los obispos en otros tiempos.

—Pues es verdad que teneis razon, señora Magloire, dijo el obispo.

Y presentó su reclamacion.

Algun tiempo despues el consejo general, tomando en consideracion la peticion del obispo, le votó una suma anual de tres mil francos, con el siguiente epígrafe: *Asignacion á su ilustrísima el obispo para gastos de carruaje, de correo, postas y visitas pastorales.*

Esto hizo gritar bastante á la clase media de la poblacion, y con tal motivo un senador del Imperio, antiguo miembro del Consejo de los Quinientos, favorable al 18 brumario, y agraciado cerca de la ciudad de D.— con una magnífica senaduría, escribió al ministro de Cultos, M. Bigot de Préamenen, una carta irritada y confidencial, de la que tomamos estas líneas auténticas:

« ¡Gastos de carruaje! ¿Para qué en una poblacion de menos de » cuatro mil habitantes? ¡Gastos de viaje! ¿Qué falta hacen esos viajes? » ¿Ni cómo correr la posta en este país montañoso, donde no hay car- » reteras, ni se puede caminar mas que á caballo? El puente que hay » sobre el Durance en Chateau-Arnoux apenas puede sostener las carre- » tas de bueyes. Todos estos curas son lo mismo; avarientos y ambicio- » sos de todo. Este al llegar representó el papel del buen apóstol; pero » ya hace lo que los demás; ya necesita carruaje y silla de posta. Ya

Digitized by Google

« quiere lujo como los antiguos obispos. ¡Oh qué tropa esta de los clérigos! Señor conde, las cosas no marcharán bien del todo hasta tanto » que el emperador nos haya libertado de las sotanas. ¡Abajo el Papa! » (los asuntos con Roma estaban entonces algo embrollados). Por lo que » hace á mí, estoy siempre por solo el César, etc. »

La nueva pension causó tanto regocijo á la señora Magloire, como mal humor al personaje cuya carta hemos copiado en parte.

—Vaya, dijo á la señorita Baptistina; el señor ha comenzado por los demás; pero al fin ha sido preciso que acabara por sí mismo. Ya tiene arregladas todas sus obras de caridad, y estos tres mil francos serán para nosotros.

Aquella misma noche el obispo escribió y entregó á su hermana una nota del tenor siguiente:

«GASTOS DE COCHE Y DE VIAJE.

| | |
|---|---|
| «Para dar caldo de carne á los enfermos del hospital. . | Mil y quinientas libras. |
| «Para la sociedad de caridad maternal de Aix. . . . . | Doscientas cincuenta libras. |
| «Para la sociedad de caridad maternal de Draguiñan. . | Doscientas cincuenta libras. |
| «Para los niños espósitos. . . . . | Quinientas libras. |
| «Para los huérfanos. . . . . | Quinientas libras. |
| TOTAL. . . . . | Tres mil libras.» |

Tal era el presupuesto de M. Myriel.

En cuanto á los derechos episcopales, dispensa de amonestaciones, dispensas de parentesco, predicaciones, bendicion de iglesias ó capillas, matrimonios, etc., el obispo los cobraba á los ricos con tanto rigor como presteza tenia en dar á los pobres.

Al cabo de algun tiempo afluyeron las ofrendas de dinero. Los que tenian y los que no tenian llamaban á la puerta de M. Myriel, los unos yendo á buscar la limosna que los otros acababan de depositar. En menos de un año el obispo llegó á ser el tesorero de todos los beneficios, y el cajero de todas las estrecheces. Grandes sumas pasaban por sus manos; pero nada hacia que cambiara ó modificase su género de vida, ni que añadiera lo mas ínfimo de lo supérfluo á lo que le era puramente necesario.

Lejos de esto, como siempre hay abajo mas miseria que fraternidad arriba, todo estaba, por decirlo así, dado aun antes de ser recibido. Era



Digitized by Google

como el agua arrojada sobre una tierra seca: por mas que recibia dinero, nunca lo tenia; y cuando llegaba la ocasion se despojaba de lo suyo.

Es costumbre que los obispos encabecen con sus nombres de bautismo sus escritos y cartas pastorales. Los pobres del pais habian elegido, con una especie de instinto afectuoso, entre los nombres del obispo, aquel que les ofrecia una significacion adecuada; y entre ellos solo le designaban con el nombre de monseñor Bienvenido. Haremos lo que ellos, y le llamaremos del mismo modo cuando sea ocasion. Por lo demás, al obispo le agradaba esta designacion.

—Me gusta ese nombre, decia: Bienvenido suaviza un poco lo de monseñor.

No pretendemos que el retrato, cuyo bosquejo trazamos aquí, sea verosímil: nos limitamos á decir que es parecido.

Digitized by Google

# III.

## Á BUEN OBISPO, MAL OBISPADO.

No porque monseñor Bienvenido hubiera convertido su carruaje en limosnas dejaba de hacer sus visitas pastorales; y eso que es un poco cansada la diócesi de D.—Hay en ella muy pocas llanuras y muchas montañas, y, como ya antes se ha dicho, apenas hay caminos. La diócesi comprende treinta y dos curatos, cuarenta y un vicariatos y doscientas ochenta y cinco subcursales. Visitar todo esto era asunto árduo; pero su ilustrísima se daba traza para todo. Cuando el punto que queria visitar estaba en las inmediaciones, iba á pié: en tartana cuando estaba en la llanura, y como podia cuando en la montaña. Las dos mujeres le acompañaban casi siempre, escepto cuando el camino era muy penoso; entonces iba solo.

Un dia llegó á Senez, que es una antigua ciudad episcopal, montado en un burro. Su bolsa, harto flaca en aquel entonces, no le permitia otra montura ni mas lujoso tren. Salió el alcalde á recibirle á la puerta del obispado, y miróle con ojos escandalizados al verle apearse de su asno. Algunas personas se reian en derredor.

—Señor alcalde, dijo el obispo, y vosotros, señores regidores, bien conozco lo que os escandaliza: creeis que es demasiado orgullo en un po-

Digitized by Google

bre sacerdote presentarse á caballo en una cabalgadura que fue la de Jesucristo. Os aseguro que por necesidad lo hice, no por vanidad.

En estos viajes era indulgente y piadoso, y predicaba menos que conversaba. Nunca iba á buscar muy lejos sus argumentos, ni los modelos que citaba. A los habitantes de un pais les señalaba el ejemplo del pais vecino. En los parajes donde habia poca caridad para los pobres decia:

—Ved á los de Brianzon. Han concedido á los pobres, á las viudas y á los huérfanos el derecho de hacer segar sus campos tres dias antes que los de los demás. Les reconstruyen gratuitamente sus casas cuando están ruinosas. Así es aquel un pais bendito de Dios. Durante todo un siglo de cien años no ha habido allí un solo asesinato.

En las aldeas cuyos habitantes eran perezosos, decia:

—Ved á los de Embrun. Si en tiempo de la recoleccion un padre de familia tiene á sus hijos en el ejército y á sus hijas sirviendo en la ciudad, y está enfermo ó impedido, el cura lo recomienda desde el púlpito á sus convecinos; y el domingo despues de la misa, todos los habitantes de la aldea, hombres, mujeres y niños, van al campo del pobre, para hacerle su siega, y le traen la paja y el grano á sus trojes y graneros.

A las familias divididas por cuestiones de dinero ó de herencia solia decir:

—Ved á los montañeses de Devolny, pais tan agreste, que en él no se oye á un ruiseñor en cincuenta años. Pues bien, cuando el padre muere en una familia, los hombres se van á buscar fortuna, y dejan sus bienes á las muchachas, á fin de que estas puedan encontrar marido.

En las comarcas donde reinaba la manía de los litigios, y donde los arrendatarios se arruinaban gastando en papel sellado, solia decir:

—Mirad la buena gente del valle de Queyras. Son unas tres mil almas, pero viven como si aquello fuera una pequeña república. Allí no se conocen ni el juez ni el alguacil. El alcalde lo arregla todo. El reparte la contribucion, tasa la cuota de cada uno á conciencia, juzga gratis las diferencias, dicta los fallos sin costas, y se le obedece, porque es un hombre justo entre los hombres sencillos.

En las aldeas donde no habia maestro de escuela, les citaba tambien el ejemplo de los de Queyras.

—¿Sabeis lo que hacen? Como un pequeño lugarejo de quince ó

Digitized by Google

veinte casas no puede costear un maestro, tienen maestros de escuela pagados por todo el valle, los cuales recorren las aldeas, pasando ocho dias en esta, diez en aquella, y enseñando de este modo. Estos maestros van á las ferias, yo los he visto. Se les conoce por las plumas de escribir que llevan en los sombreros. Los que enseñan solo á leer, llevan nada mas que una pluma: los que enseñan á leer, escribir y contar llevan dos plumas: los que además de esto enseñan el latin, llevan tres plumas. Estos son los sabios. ¡Pero qué vergüenza ser ignorantes! Imitad el ejemplo de los de Queyras.

Hablaba así, grave y paternalmente: á falta de ejemplos, inventaba parábolas: iba derecho al fin que se proponia, con pocas frases y muchas imágenes, que era la elocuencia misma de Jesús, convencida y convincente.

Digitized by Google

# IV.

## LAS OBRAS PARECIDAS Á LAS PALABRAS.

Su conversacion era afable y alegre; acomodábase á la inteligencia de las dos ancianas que pasaban la vida á su lado: cuando reia, era su risa la de un escolar.

La señora Magloire le llamaba siempre *Vuestra Grandeza*. Un dia se levantó de su sillon y fué á la biblioteca á buscar un libro. Estaba este en una de las tablas mas altas del estante, y como el obispo era de corta estatura, no pudo alcanzarlo. *Señora Magloire*, dijo, *traedme una silla, porque mi Grandeza no alcanza á esa tabla.*

La condesa de Lô, parienta lejana suya, rara vez dejaba escapar la ocasion de enumerar en su presencia lo que ella llamaba «las esperanzas» de sus tres hijos. Tenia varios ascendientes muy viejos, próximos á la muerte, de los cuales eran naturalmente sus hijos los herederos. El mas jóven debia recoger de una tia mas de cien mil libras de renta; el segundo debia heredar el título de duque de su tio, y el mayor debia suceder á su abuelo en la dignidad de senador.

El obispo oia habitualmente en silencio estos candorosos y disculpables desahogos maternos. Una vez, sin embargo, se quedó mas meditabundo que de costumbre; y en el momento en que la condesa de Lô

Digitized by Google

renovaba los pormenores de todas sus futuras sucesiones, y de todas sus «esperanzas,» el obispo la interrumpió con cierta impaciencia.

—¡Dios mio! primo, dijo la condesa, ¿en qué estais pensando?

—Pienso, contestó el obispo, en una máxima singular, que es, creo, de San Agustin: «Poned vuestra esperanza en aquel á quien nadie sucede.»

En otra ocasion, al recibir la esquela de defuncion de un hidalgo del país, donde se veian en una ancha página, además de las dignidades del difunto, todas las calificaciones feudales y nobiliarias de todos sus parientes: ¡Qué buenas espaldas tiene la muerte! esclamó. ¡Qué admirable carga de títulos la hacen llevar alegremente, y cuánto talento es menester que tengan los hombres para emplear así la tumba en la vanidad!

A veces hacia uso de una sátira suave, que casi siempre envolvia un sentido serio. Durante una cuaresma llegó á D.—un cura jóven, el cual predicó en la catedral. Estuvo muy elocuente: el asunto de su sermon era la caridad: invitó á los ricos á socorrer á los indigentes para evitar el infierno, que les pintó lo mas espantoso que pudo, y para ganar el paraiso, que bosquejó adorable y encantador. Habia en el auditorio un rico mercader, retirado de los negocios, un tanto usurero, llamado Geborand, el cual habia ganado dos millones haciendo paños gruesos, bayetas y sargas. M. Geborand no habia dado en su vida una limosna á un desgraciado; pero desde este sermon se observó que daba todos los domingos un cuarto á las pobres ya ancianas del átrio de la catedral. Eran seis las que se debian repartir la caridad del mercader. Un dia el obispo le vió dando su escasa limosna, y dijo á su her mana con singular sonrisa: Ahí tienes al señor Geborand que compra un cuarto de paraiso.

Cuando se trataba de la caridad, no retrocedia ni aun ante una negativa, y solia en estas ocasiones decir frases ó palabras que hacian reflexionar. Una vez pedia para los pobres en una de las principales tertulias de la ciudad: hallábase allí el marqués de Champtercier, viejo rico y avaro, el cual habia encontrado medio de ser á la vez ultra-realista y ultra-volteriano; es esta una variedad que ha existido. El obispo, al llegar á él, le tocó en el brazo: *Señor marqués,* le dijo, *es menester que*

Digitized by Google

*me deis algo*. El marqués se volvió y le contestó bruscamente: *Monseñor, yo tengo mis pobres.—Dádmelos*, le replicó el obispo.

Un dia en la catedral predicó este sermon:

—«Queridos hermanos mios; mis buenos amigos: hay en Francia un millon trescientas veinte mil casas de aldeanos que no tienen mas que tres huecos; un millon ochocientas diez y siete mil que solo tienen dos, la puerta y una ventana; y trescientas cuarenta y seis mil cabañas que no tiene mas que una abertura, la puerta. Esto, á consecuencia de una contribucion que se llama de puertas y ventanas. Figuraos estas casucas habitadas por familias pobres, por mujeres ancianas, por niños, y considerad las calenturas y las enfermedades que padecerán. ¡Ay! Dios dió el aire á los hombres: la ley se lo vende: no censuro la ley: pero bendigo á Dios. En el Isère, en el Var, en los dos Alpes, Altos y Bajos, los aldeanos carecen hasta de carretillas, y tienen que trasportar los abonos á cuestas; carecen de velas, y queman para alumbrarse teas y pedazos de cuerda empapados en alquitran. Así pasa en todo el pais alto del Delfinado. Amasan pan para seis meses, y lo cuecen con boñiga seca de vaca. En invierno cortan este pan á hachazos, y lo tienen en agua veinticuatro horas para poder comerlo. Hermanos mios, sed compasivos, y ved cuánto padecen otros en derredor vuestro.»

Habiendo nacido en Provenza, se habia familiarizado facilmente con todos los dialectos del Mediodía de Francia, y los hablaba sin dificultad. Esto agradaba mucho al pueblo, y habia contribuido bastante á ganarle las voluntades de la multitud. Hallábase en la cabaña ó en medio de la montaña como si estuviera en su casa. Sabia decir las cosas mas sublimes en los idiomas mas vulgares; y hablando todas las lenguas, se introducia en todas las almas.

Por lo demás, era siempre el mismo para la alta sociedad que para la gente humilde del pueblo.

No condenaba nada ni á nadie apresuradamente y sin tener en cuenta las circunstancias; y solia decir:—Veamos el camino por donde ha pasado la falta.

Siendo un *expecador*, como se calificaba á sí mismo sonriendo, no tenia ninguna de las asperezas del rigorismo, y profesaba muy alto, sin cuidarse para nada del fruncimiento de cejas de los virtuosos intratables, una doctrina que podria resumirse en estas palabras:

Digitized by Google

«El hombre tiene sobre sí la carne, que es á la vez su carga y su tentacion. La lleva, y cede á ella.

»Debe vigilarla, contenerla, reprimirla: mas si á pesar de sus esfuerzos cae, la falta asi cometida es venial. Es una caida; pero caida sobre las rodillas, que puede trasformarse y acabar en oracion.»

Cuando veia que ciertas personas gritaban mucho y se indignaban pronto:—Hola, decia sonriendo, parece que ese es un gran crímen que todo el mundo comete. Véase cómo los hipócritas asustados se apresuran á protestar, y á ponerse á cubierto.

Era indulgente para con las mujeres y los pobres, sobre quienes pesa con todo su peso la sociedad humana. Decia:

—Las faltas de las mujeres, de los hijos, de los criados, de los débiles, de los pobres y de los ignorantes, son las faltas de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes, de los ricos y de los sabios.

Añadia tambien:—A los ignorantes enseñadles las mas cosas que podais: la sociedad es culpada de no dar la instruccion gratis: ella es responsable de la oscuridad que con esto produce. Si una alma sumida en las tinieblas comete un pecado, el culpado no es en realidad el que peca, sino el que no disipa las tinieblas.

Como se vé, tenia un modo estraño y peculiar suyo de juzgar las cosas. Sospecho que lo habia tomado del Evangelio.

Un dia oyó relatar en un salon una causa célebre que se estaba instruyendo, y que muy pronto debia sentenciarse. Un infeliz, por amor á una mujer y al hijo que de ella tenia, y falto de todo recurso, habia acuñado moneda falsa. En aquella época se castigaba aun este delito con pena de muerte. La mujer habia sido presa al poner en circulacion la primera moneda falsa fabricada por el hombre. Se la habia preso, pero no habia pruebas contra ella. Solo ella podia declarar contra su amante y perderle confesando. Negó; siguió la causa: se obstinó en negar; al fiscal le ocurrió la idea de suponer una infidelidad del amante; y con fragmentos de cartas sabiamente combinados, consiguió persuadir á aquella desgraciada de que tenia una rival, y de que aquel hombre la engañaba. Entonces, exasperada por los celos, denunció á su amante, lo confesó todo, y todo lo probó. Aquel hombre estaba perdido. Próximamente iba á ser juzgado en Aix con su cómplice. Se referia el hecho, y todo el mundo se estasiaba ante la habilidad del representante del mi-



Digitized by Google

nisterio público. Poniendo en juego los celos, habia hecho aparecer la verdad por medio de la cólera, y se iba á hacer justicia, gracias al sentimiento de la venganza. El obispo oia todo esto en silencio. Cuando concluyó la relacion, preguntó:

—¿Dónde se juzgará á ese hombre y á esa mujer?

—En el tribunal de Asisias.

Y replicó:

—¿Y dónde juzgarán al fiscal?

Sucedió en D.—una aventura trágica: un hombre fue condenado á muerte por asesinato. Era un desventurado, no completamente ignorante, no del todo falto de instruccion, que habia sido titiritero en las ferias, y memorialista. Aquella causa metió mucho ruido en la ciudad. La víspera del dia fijado para la ejecucion del reo, el capellan de la cárcel cayó enfermo. Era menester un sacerdote para que asistiera al reo en sus últimos momentos. Se fué á buscar á un cura, el cual parece que rehusó asistirle, diciendo que no le concernia aquello. Yo, dijo, nada tengo que ver con esa tarea, ni con ese saltimbanqui: tambien yo estoy enfermo: además que ese no es mi lugar. Se refirió esta respuesta al obispo que dijo:—«El señor cura tiene razon; ese puesto no es el suyo, es el mio.»

Inmediatamente marchó á la cárcel, bajó al calabozo del «saltimbanqui,» le llamó por su nombre, le dió la mano y le habló. Pasó todo el dia á su lado, olvidando el alimento y el sueño, pidiendo á Dios por el alma del reo, y pidiendo al reo por la suya propia.

Le dijo las mejores verdades, que son las mas sencillas: fue padre, hermano, amigo; obispo solo para bendecir. Le enseñó todo, tranquilizándole y consolándole. Aquel hombre iba á morir desesperado; la muerte era para él un abismo. En pie y estremecido sobre el umbral lúgubre de la tumba, retrocedia horrorizado. No era bastante ignorante para ser absolutamente indiferente. Su sentencia, rápida y profunda sacudida, habia, en cierto modo, roto acá y allá en torno suyo ese cercado que nos separa del misterio de las cosas, y al cual llamamos vida. Miraba sin cesar fuera de este mundo por aquellas fatales brechas, y solo alcanzaba á ver tinieblas. El obispo le hizo ver una luz.

Al dia siguiente, cuando fueron á buscar al reo, el obispo estaba allí. Le siguió, y se presentó á la vista del pueblo con su traje morado, con su

Digitized by Google

cruz episcopal al cuello, al lado de aquel miserable amarrado y sujeto con cuerdas.

Subió con él á la carreta, y con él tambien subió al cadalso. El reo, taciturno y abatido la víspera, estaba animado y radiante, pero contrito. Sentia que su alma se habia reconciliado, y esperaba en Dios. El obispo le abrazó, y en el momento en que la cuchilla iba á caer le dijo:— «Aquel á quien el hombre mata, Dios le resucita: aquel á quien sus hermanos repelen, lo acoge el Padre. Orad, creed, entrad en la vida. El Padre está allí.»

Cuando bajó del cadalso habia alguna cosa en su mirada que hizo que el pueblo le abriese calle. No se sabia qué era mas de admirar en él, si su palidez ó su serenidad. Al volver á aquella humilde habitacion, que él llamaba sonriendo *su palacio*, dijo á su hermana: *Acabo de oficiar de pontifical.*

Como las cosas mas sublimes son por lo general las menos comprendidas, no faltó gente, que comentando la conducta del obispo, dijera que aquello *era afectacion.* A bien que no fue mas que una palabra de salon. El pueblo, que nunca supone malicia en las acciones verdaderamente santas, quedó enternecido y admirado.

En cuanto al obispo, la vista de la guillotina fue para él un golpe terrible, del cual tardó mucho tiempo en reponerse.

En efecto; el patíbulo, cuando está ante nuestros ojos levantado, en pie, derecho, tiene algo que alucina. Se puede abrigar cierta indiferencia hácia la pena de muerte, no pronunciarse ni en pró ni en contra, no decir que sí ni que no, mientras no se ha visto una guillotina; pero si se llega á encontrar una, la sacudida es violenta: es menester decidirse, y tomar partido en pró ó en contra de ella. Los unos admiran, como De Maistre: los otros execran, como Beccaria. La guillotina es la concrecion de la ley: se llama *vindicta:* no es neutral, ni os permite que lo seais tampoco. Quien llega á divisarla, se estremece con el mas misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales alzan sus interrogantes en torno de aquella cuchilla.

El cadalso es una vision: no es un tablado, ni una máquina, ni un mecanismo inerte de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que es una especie de ser, que tiene no sé qué sombría iniciativa. Se diria que aquellos andamios ven, que aquella máquina oye, que aquel me-

Digitized by Google

canismo comprende, que aquella madera, aquel hierro y aquellas cuerdas tienen voluntad. En la horrible meditacion en que aquella vista sume al alma, el patíbulo aparece terrible y como teniendo conciencia de lo que hace. El patíbulo es el cómplice del verdugo; devora, come carne, bebe sangre. El patíbulo es una especie de mónstruo fabricado por el juez y por el carpintero; un espectro, que parece vivir de una especie de vida espantosa, hecha y amasada con todas las muertes que ha dado.

Así, la impresion fue horrible y profunda: al siguiente dia de la ejecucion, y aun muchos dias despues, el obispo estuvo abatido. Habíase desvanecido la serenidad casi violenta del fatal momento, y el fantasma de la justicia social le asediaba. Él, que de ordinario recababa de todas sus acciones una satisfaccion tan pura, parecia como que se acusaba en esta, como que le causaba pesar el haberla llevado á cabo. A intervalos hablaba consigo mismo, y murmuraba á media voz lúgubres monólogos. Véase uno que su hermana oyó y recogió una noche:

—No creia que esto fuese tan monstruoso. Acaso es una falta absorberse en la ley divina hasta el punto de no acordarse de la ley humana. Solo á Dios pertenece la muerte. ¿Con qué derecho tocan los hombres á esta cosa desconocida?

Con el tiempo estas impresiones se atenuaron, y acaso se borraron del todo. Sin embargo, se observó que desde entonces el obispo evitaba pasar por la plaza de las ejecuciones.

A cualquier hora se podia llamar á M. Myriel á la cabecera de los enfermos y de los moribundos. No ignoraba que aquel era su mayor deber y su mayor tarea. Las viudas y huérfanos no necesitaban llamarle; iba él mismo. Sabia sentarse y callar largas horas al lado del hombre que habia perdido á la mujer que amaba, ó de la madre que habia perdido á su hijo; y así como sabia el momento de callar, conocia tambien el instante en que debia hablar. ¡Oh, que admirable consolador! No trataba de borrar el dolor con el olvido, sino de agrandarlo y dignificarlo por la esperanza. Decia:—«Cuidado con la manera con »que recordais á los muertos. No penseis en lo que se pudre. Mirad fi»jamente, con atencion, y vereis la viva luz de vuestro amado difunto »allá en el fondo del cielo.» Sabia aconsejar y tranquilizar al hombre desesperado, señalando con el dedo al hombre resignado, y trasformar el dolor que mira á una fosa, enseñándole el dolor que mira á una estrella,

Digitized by Google

# V.

## DE CÓMO MONSEÑOR BIENVENIDO HACIA DURAR DEMASIADO TIEMPO SUS SOTANAS.

La vida privada de M. Myriel estaba llena de los mismos pensamientos que su vida pública. Para quien hubiera podido verla de cerca, hubiese sido un espectáculo grave y sublime aquella pobreza voluntaria en que vivia el obispo de D.—

Como todos los ancianos, y como la mayor parte de los pensadores, dormia poco. Este sueño, aunque corto, era profundo. Por la mañana oraba durante una hora, despues decia su misa, bien en la catedral, bien en su casa. Dicha la misa, se desayunaba con pan de centeno, mojado en la leche de sus vacas. Despues trabajaba.

Un obispo es un hombre muy ocupado; es preciso que reciba todos los dias al secretario del obispado, que de ordinario es un canónigo, y casi todos los dias á sus grandes vicarios. Tenia congregaciones que inspeccionar, privilegios que conceder, toda una librería eclesiástica que examinar, libros de misa, catecismos, semanas santas, etc.....; pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, curas y alcaldes á quienes poner de acuerdo, la correspondiencia clerical, y la correspondencia administrativa, por una parte el Estado, por otra la Santa Sede; en fin, mil negocios.

Digitized by Google

El tiempo que le dejaban libre estos, y sus oficios, y su breviario, lo dedicaba primero á los necesitados, á los enfermos y á los afligidos; y el que estos le dejaban vacante, lo destinaba al trabajo. Tan pronto escardaba, sembraba ó regaba en su jardin, como leia ó escribia. Solo usaba de una palabra para designar estas dos clases de trabajo: llamábalo *jardinear*. «El espíritu es tambien un jardin,» decia.

Hácia el medio dia, cuando hacia buen tiempo, salia y paseaba á pie por el campo ó la ciudad, entrando frecuentemente en las habitaciones pobres. Se le veia ir solo, ensimismado, con los ojos bajos, apoyado en un gran baston, vestido con su traje morado, bien entretelado y bien caliente, calzado con medias moradas y zapatos gruesos, y cubierto con un sombrero chato, que dejaba caer por sus tres puntas, tres borlas de oro de gruesos canelones.

Donde quiera que aparecia habia fiesta. Hubiérase dicho que su paso esparcia por donde iba luz y animacion. Los niños y los ancianos salian al cancel de sus puertas para ver al obispo, como para tomar el sol. Bendecia y le bendecian. A cualquiera que necesitaba algo se le indicaba la casa del obispo.

Deteníase acá y allá; hablaba á los chicos y á las niñas, y sonreia á las madres. Visitaba á los pobres mientras tenia dinero: y cuando este se le acababa, visitaba á los ricos.

Como hacia durar sus sotanas mucho tiempo, y no queria que nadie lo notase, nunca se presentaba en público sino con su traje de obispo, lo cual en verano le molestaba un poco.

Cuando volvia de paseo comia. La comida se parecia al almuerzo.

Por la noche á las ocho y media cenaba con su hermana, y la señora Magloire les servia á la mesa. Nada mas frugal que la cena. Sin embargo, si el obispo tenia convidado á alguno de sus curas, la señora Magloire aprovechaba la ocasion para servir á Su Ilustrísima algun escelente pescado de los lagos, ó alguna caza fina de la montaña. Todo cura era un pretesto para una buena cena: el obispo dejaba hacer. Fuera de estos casos, su ordinario se componia de algunas legumbres cocidas en agua, y de unas sopas de aceite. Así se decia en la ciudad: *cuando el obispo no tiene mesa de cura, tiene mesa de trapista.*

Despues de cenar, hablaba durante media hora con la señorita Baptistina y con la señora Magloire: despues se marchaba á su cuarto, y

Digitized by Google

allí, ó escribia en hojas sueltas, ó en las márgenes de algun libro en folio. Era literato, y aun un poco erudito. Dejó cinco ó seis manuscritos muy curiosos; entre otros, una disertacion sobre el versículo del Génesis: «*En el principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.*» Confrontóle con tres testos: el versículo árabe que dice: *Los vientos de Dios soplaban;*» Flavio Josefo que dice: «*Un viento de lo alto se precipitaba sobre la tierra;* y por último, sobre la paráfrasis caldaica de Onkelos, que espresa: «*Un viento procedente de Dios soplaba sobre la superficie de las aguas.*»

En otra disertacion examina las obras teológicas de Hugo, obispo de Tolemaida, ascendiente del que escribe este libro, y establecia que á este obispo deben atribuirse los diversos opúsculos publicados en el último siglo, bajo el pseudónimo de Barleycourt.

A veces en medio de una lectura, fuera el que quisiera el libro que tenia entre manos, caia de repente en una profunda meditacion, de la que no salia sino para escribir algunas líneas en las márgenes del mismo volúmen. Frecuentemente estas líneas no tenian relacion ninguna con el libro que las contenia. Tenemos á la vista una nota escrita por él en la márgen de un in quarto, titulado: «*Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton, Cornwalis, y los almirantes de la estacion de América. En Versalles, librería de Poinzot, y en París, librería de Pissot, muelle de los Agustinos.*»

Véase esta nota:

«¡Oh vos! ¿quién sois?

»El Eclesiastes os llama Todopoderoso; los Macabeos os nombran Creador; la Epístola á los Efesios os llama Libertad; Baruch os nombra Inmensidad; los Salmos os llaman Sabiduría y Verdad; Juan os llama Luz; los reyes os nombran Señor; el Exodo os apellida Providencia; el Levítico Santidad; Esdras Justicia; la creacion os llama Dios; el hombre os llama Padre; pero Salomon os llama Misericordia, y este es el mas bello de vuestros nombres.»

Hácia las nueve de la noche, se retiraban las mujeres, y subian al piso principal, donde tenian sus habitaciones, dejándole hasta la mañana siguiente solo en el piso bajo.

Aquí es necesario que demos una idea exacta de la casa de Su Ilustrísima el obispo de D.—

Digitized by Google

# VI.

## POR QUIÉN HACIA GUARDAR SU CASA.

Ya hemos dicho que la casa que habitaba se componia de dos pisos solamente; bajo y principal. En el bajo habia tres piezas, otras tres en el principal, encima un desvan, y detrás de la casa un jardin. Las dos mujeres ocupaban el principal; el obispo habitaba el bajo. La primera pieza que daba á la calle, le servia de comedor; la segunda de dormitorio, y de oratorio la tercera. No se podia salir del oratorio sin pasar por la alcoba, ni salir de esta sin pasar por el comedor. En el fondo del oratorio habia una alcoba cerrada, con una cama para cuando iba algun huésped. El obispo solia ofrecer esta cama á los curas de aldea, cuyos negocios ó las necesidades de la parroquia les llevaban á D.—

La botica del hospital, pequeño edificio añadido á la casa y tomado del jardin, habia sido trasformada en cocina y en despensa.

Habia además en el jardin un establo, que era la antigua cocina del hospicio, y donde el obispo tenia dos vacas. Fuera la que quisiera la cantidad de leche que estas dieran, enviaba invariablemente todas las mañanas la mitad á los enfermos del hospital. «*Pago mi diezmo,*» decia.

La habitacion era bastante grande y bastante difícil de caldear en la estacion fria. Como en D.—la leña estaba muy cara.. habia imaginado

Digitized by Google

hacer en el establo de las vacas una separacion cerrada con tablas. Allí pasaba las veladas en la época de los grandes frios, y por eso la llamaba su *salon de invierno*.

No habia en este salon de invierno, como en el comedor, otros muebles mas que una mesa de madera blanca cuadrada, y cuatro sillas de paja. El comedor estaba adornado con un antiguo aparador pintado de color de rosa al oleo. Otro aparador semejante á este y convenientemente revestido de mantelillos blancos y de falsos encajes, servia de altar y adornaba el oratorio del obispo. Sus penitentes ricos y las mujeres devotas de D.—habian abierto frecuentemente entre sí suscriciones para costear un altar nuevo para el oratorio de Su Ilustrísima; pero este cada vez que habia cogido el dinero necesario para la obra, lo habia dado á los pobres. — «El mas bello altar, decia, es el alma de un infeliz consolado en su infortunio, y que da gracias á Dios.»

Habia en su oratorio dos reclinatorios de paja, y en la alcoba un sillon de brazos, tambien de paja. Cuando por casualidad recibia la visita de ocho ó diez personas á la vez, el prefecto, el general y la plana mayor de la guarnicion, ó algunos discípulos del seminario, era menester ir á buscar al establo las sillas del salon de invierno, al oratorio los reclinatorios, y el sillon á la alcoba: de este modo se podian reunir hasta once asientos para las visitas. A cada una de estas que llegaba se desamueblaba una pieza.

Sucedia á veces que las visitas eran doce. Entonces el obispo disimulaba las dificultades de su situacion, manteniéndose en pié delante de la chimenea, si era en invierno, ó paseándose por el jardin si era en verano.

Habia tambien en la alcoba cerrada una silla; pero además de faltarle casi el asiento, solo tenia tres piés, lo cual la impedia servir como no fuese apoyada contra la pared. La señorita Baptistina tenia tambien en su habitacion una gran butaca de las llamadas *bergere*, cuya madera habia estado dorada en otro tiempo, y que estaba forrada de tela pekin floreada; pero habia sido menester subirla al primer piso por el balcon, porque la escalera era demasiado estrecha, y no se podia contar con ella en los casos de apuro.

La ambicion de la señorita Baptistina hubiera sido poder comprar una sillería de salon, de terciopelo de Utrecht amarillo, con flores, y un



Digitized by Google

canapé de caoba de forma de cuello de cisne. Pero esto hubiera costado por lo menos quinientos francos, y habiendo visto que no habia llegado á economizar para este objeto sino unos cuarenta y dos francos y medio en cinco años, habia concluido por renunciar á este deseo. ¿Quién es el que consigue realizar su ideal?

No es posible figurarse nada mas sencillo que el dormitorio del obispo. Una puerta-ventana que daba al jardin: enfrente la cama, una cama como las del hospital, con colcha de sarga verde: en la sombra que proyectaba la cama, detrás de una cortina, los utensilios de tocador, revelando todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo: dos puertas, una cerca de la chimenea que daba paso al oratorio; otra cerca de la biblioteca que daba al comedor. La biblioteca era un armario grande con puertas vidrieras, lleno de libros: la chimenea era de madera, pero pintada imitando á mármol, habitualmente sin fuego: en ella se veian un par de morillos de hierro adornados con dos vasos con guirnaldas y canelones, en otro tiempo plateados, lo cual era una especie de lujo episcopal: encima de la chimenea un crucifijo de cobre, que en su tiempo habia estado plateado como los morillos, estaba clavado sobre terciopelo negro algo raido, y colocado en un cuadro de madera que habia sido dorada: cerca de la puerta-ventana habia una gran mesa con un tintero, cargada de una masa confusa de papeles y gruesos libros. Delante de la mesa el sillon de paja: delante de la cama un reclinatorio tomado de la capilla ú oratorio del obispo.

Dos retratos en marcos ovalados estaban colgados en la pared á entrambos lados de la cama. Pequeñas inscripciones doradas sobre el fondo oscuro del lienzo, al lado de las figuras, indicaban que los retratos representaban el uno al abad de Chaliôt, obispo de San Claudio, y el otro al abad Tourteau, vicario general de Agde, abad de Grand-Champs, de la órden del Cister, diócesi de Chartres. Al suceder el obispo en este cuarto á los enfermos del hospital, habia hallado allí aquellos dos retratos, y los habia dejado donde estaban. Eran sacerdotes, y probablemente donatarios, dos motivos para que él los respetase.

Todo lo que se sabia de aquellos dos personajes era que habian sido nombrados por el rey, el uno para un obispado, y el otro para un beneficio en el mismo dia, esto es, el 27 de abril de 1785. Habiendo descolgado los cuadros la señora Magloire para quitarles el polvo, el obis-

Digitized by Google

po habia hallado esta particularidad escrita con una tinta blanquecina en un pequeño pedazo de papel, amarillo ya por el tiempo, pegado con cuatro obleas detrás del retrato del abad de Grand-Champs.

Cubria la ventana una antigua cortina de una tela gruesa de lana, que habia llegado á ser tan vieja, que para evitar el gasto de una nueva, la señora Magloire tuvo que hacerla una gran costura en medio en forma de cruz. El obispo lo hacia notar con frecuencia, diciendo que sentaba muy bien aquella cruz en la cortina.

Todos los cuartos de la casa, lo mismo del piso bajo que del principal, sin escepcion, estaban blanqueados con cal, á la manera y moda de cuartel ú hospital.

Sin embargo, en los últimos años la señora Magloire halló, como mas adelante se verá, bajo el enlucido, pinturas que adornaban la habitacion de la señorita Baptistina.

Antes de ser hospital aquella casa, habia sido locutorio del pueblo. De aquí provenia aquel adorno. Los cuartos estaban enlosados con baldosas encarnadas que se aljofifaban todas las semanas, y delante de todas las camas habia una esterilla de junco. Por lo demás, la casa cuidada por dos mujeres respiraba de un estremo al otro una esquisita limpieza. Era el único lujo que el obispo se permitia. De él decia: *Esto no les quita nada á los pobres.*

Menester es confesar, sin embargo, que le quedaban de lo que en otro tiempo habia poseido seis cubiertos de plata y un cucharon que la señora Magloire miraba con cierta satisfaccion todos los dias relucir espléndidamente sobre el blanco mantel de gruesa tela. Y como procuramos pintar aquí al obispo de D.—tal cual era, debemos añadir que mas de una vez le habia sucedido decir:—renunciaria difícilmente á comer con cubiertos que no fueran de plata.

A estas alhajas deben añadirse dos grandes candeleros de plata maciza, que eran herencia de una tia segunda. Aquellos candeleros sostenian dos velas de cera, y de ordinario figuraban sobre la chimenea del obispo. Cuando habia convidado á cenar, la señora Magloire encendia las dos velas y ponia los dos candeleros en la mesa.

A la cabecera de la cama, en el cuarto mismo del obispo, habia un pequeño cajon, en el que la señora Magloire guardaba todas las noches

Digitized by Google

los seis cubiertos de plata y el cucharon. Debemos añadir que nunca quitaba la llave.

El jardin, un poco estropeado por las construcciones bastante feas de que ya hemos hablado, se componia de cuatro calles en cruz, que irradiaban de un pozo que habia en el centro: otra calle daba la vuelta á todo él, y se prolongaba á lo largo de la blanca pared que le servia de cercado. Estas calles dejaban entre sí cuatro ó cinco cuadros separados por una hilera de césped. En tres de ellos, la señora Magloire cultivaba legumbres; en el cuarto el obispo habia sembrado flores: aquí y allí crecian algunos árboles frutales.

Una vez, la señora Magloire dijo á Su Ilustrísima con cierta dulce malicia:

—Monseñor, vos que sacais partido de todo, teneis ahí un cuadro de tierra inútil. Mas valdria que eso produjera frutos que no flores.

—Señora Magloire, respondió el obispo, os engañais: lo bello vale tanto como lo útil.—Y añadió despues de una pausa: Tal vez mas.

Aquel cuadro, compuesto de tres ó cuatro platabandas, ocupaba al obispo casi tanto como sus libros. Pasaba allí gustosamente una ó dos horas, cortando, escardando, abriendo aquí y allí agujeros en la tierra, y poniendo en ellos semillas. No era tan hostil á los insectos como lo hubiera deseado un jardinero. Por lo demás, no tenia ninguna pretension de botánico. Desconocia los grupos y el solidismo: no trataba en manera alguna de decidir entre Tournefort y el método natural: no tomaba partido ni por las utrículas contra los cotiledones, ni por Jussieu contra Linneo. No estudiaba las plantas: le gustaban las flores. Respetaba mucho á los sabios; respetaba todavía mas á los ignorantes; y sin faltar nunca á ninguno de estos dos respetos, regaba sus platabandas todas las noches de verano con una regadera de hoja de lata pintada de verde.

No habia en la casa una puerta siquiera que cerrase con llave. La del comedor, que como ya hemos dicho, daba á la plaza de la catedral habia estado en otro tiempo pertrechada de cerraduras y cerrojos, como la de una cárcel. El obispo hizo quitar todos aquellos hierros; y la puerta, asi de dia como de noche, solo quedaba cerrada con un simple pestillo. El primer recien llegado, fuera la hora que quisiera, no tenia que hacer mas que levantarlo y entrar. Al principio, las dos mujeres se habian asustado bastante al ver que la puerta no quedaba nunca cerrada;

Digitized by Google

pero el obispo les dijo: —Si quereis, poned cerrojos á las puertas de vuestras habitaciones; y al fin acabaron por participar de la confianza de Su Ilustrísima, ó aparentar á lo menos que la tenian. Solo á la señora Magloire le asaltaban de cuando en cuando ciertos temores. Por lo que hace al obispo, puede verse su pensamiento esplicado en estas tres líneas escritas por él al márgen de una Biblia:

«La diferencia entre la puerta del médico y la del sacerdote es que »la puerta del médico no debe nunca estar cerrada, y la del sacerdote »debe estar siempre abierta.»

En otro libro titulado *Filosofía de la ciencia médica* habia escrito esta otra nota: «¿Acaso yo no soy médico como ellos? Tambien yo tengo »mis enfermos; en primer lugar todos los suyos, que ellos llaman pa»cientes; luego los mios, que yo llamo desgraciados.»

En otra parte habia escrito: «No pregunteis su nombre á quien os »pide asilo. Precisamente quien mas necesidad tiene de asilo es el que »tiene mas dificultad en decir su nombre.»

Sucedió que á un digno cura, no sé si fue el de Couloubroux ó el de Pompierry, se le ocurrió preguntarle un dia, probablemente por instigacion de la señora Magloire, si estaba seguro de no cometer hasta cierto punto una imprudencia, dejando dia y noche su puerta abierta á disposicion del primero que quisiera entrar; y si, en fin, no temia que sucediera una desgracia en una casa tan mal guardada.

El obispo le tocó en el hombro con blandura y gravedad, y le dijo:

*Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodiunt eam.*

Despues pasó á hablar de otra cosa.

Solia decir con cierta frecuencia: «hay el valor del sacerdote, como hay el valor del coronel de dragones.» Solamente que el nuestro debe ser tranquilo.

Digitized by Google

# VII.

## CRAVATTE.

Aquí tiene su lugar natural un hecho, que no debemos omitir, porque es de los que mejor dan á conocer la clase de hombre que era Su Ilustrísima el obispo de D.—

Despues de la destruccion de la banda de Gaspar Bés, que habia infestado las gargantas de Ollioules, uno de sus tenientes, llamado Cravatte, se refugió en la montaña. Ocultóse algun tiempo con sus bandidos, restos de la tropa de Gaspar Bés, en el condado de Niza; despues pasó al Piamonte, y luego volvió de pronto á reaparecer en Francia, por el lado de Barcelonnette. Vióscle primero en Jauziers, y posteriormente en Tuiles. Ocultóse en las cavernas de Joug de l'Aigle, y de allí, descendiendo hácia las cabañas y aldeas por los barrancos del Ubaye y del Ubayette, llegó hasta Embrun, penetró una noche en la catedral y robó la sacristía. Sus latrocinios desolaban el pais. Lanzóse en su persecucion la gendarmería, pero en vano: se escapaba siempre; y algunas veces resistia á viva fuerza. Era un audaz miserable. En medio del temor que suscitaba llegó el obispo, que iba á hacer su visita al Chastelar. El alcalde salió á recibirle y le suplicó que se volviese: Cravatte era dueño de la montaña hasta el Arche, y aun mas allá: habia peligro en

Digitized by Google

andar por allí aun con escolta; era esponer inútilmente tres ó cuatro gendarmes.

—Siendo así, dijo el obispo, iré sin escolta.

—¡Pensais en eso, monseñor! esclamó el alcalde.

—Y tanto, que no quiero que venga conmigo ningun gendarme, y que pienso marchar dentro de una hora.

—¡Marchar!

—Marchar.

—¿Solo?

—Solo.

—Monseñor, no hareis lo que decis.

—Hay allá en la montaña, replicó el obispo, una pequeña feligresía, tan grande casi como la palma de la mano, la cual no he visitado hace tres años. Son grandes amigos mios aquellos buenos y honrados pastores: de cada treinta cabras que guardan, una es suya: hacen muy bonitos cordones de lana de diversos colores, y tocan los aires de sus montañas en unos pequeños pitos con seis agujeros. Necesitan que de cuando en cuando se les hable del buen Dios. ¿Qué dirian de un obispo que tuviese miedo? ¿Qué dirian de mí si no fuese por allá?

—Pero, monseñor, ¿y los ladrones?

—Calle, dijo el obispo: ahora caigo. Teneis razon: puedo encontrarlos, y ellos tambien deben necesitar que se les hable de Dios.

—Monseñor, esa gente es una banda de foragidos, un rebaño de lobos.

—Señor alcalde, precisamente de ese rebaño es de quien acaso Jesús me hizo pastor. ¿Quién sabe cuáles son las miras de la Providencia?

—Monseñor, os robarán.

—Nada tengo.

—Os matarán.

—A un pobre y anciano sacerdote que pasa la vida mascullando sus rezos, ¿para qué?

—¡Oh, Dios mio! ¡si llegais á encontrarlos!

—Les pediré limosna para mis pobres.

—Monseñor, no vayais. En nombre del cielo no espongais vuestra vida.

—Señor Alcalde, dijo el obispo: ¿no es mas que eso? No vivo,

Digitized by Google

ni estoy en el mundo para guardar mi vida, sino para guardar las almas.

Fue preciso acceder á su voluntad, y marchó acompañado solamente de un niño que se ofreció á servirle de guia. Su obstinacion metió ruido en el país, y causó no poco susto.

No quiso llevar consigo, ni á su hermana, ni á la señora Magloire. Atravesó la montaña en una mula; á nadie encontró, y llegó sano y salvo al territorio de sus «buenos amigos» los pastores. Permaneció allí quince dias, predicando, administrando, enseñando y moralizando. Cuando se acercó el dia de su marcha, resolvió cantar pontificalmente un *Te Deum*. Habló de ello al cura, pero ¿qué hacer careciendo de ornamentos episcopales? No se podia proporcionarle mas que el servicio de una mala sacristía de aldea, y algunas viejas casullas de damasco, muy usadas y adornadas con galones falsos.

—¡Bah! dijo el obispo. No nos apuremos: señor cura, anunciad desde el púlpito nuestro *Te Deum*. Yà se arreglará.

Buscáronse ornamentos en las iglesias de los alrededores. Todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias no hubieran bastado para vestir convenientemente á un chantre de una catedral.

Hallábanse sin saber cómo salir del paso, cuando dos hombres desconocidos, montados en sendos caballos, llevaron y dejaron en casa del cura un gran cajon para el obispo. Abrióse este y se vió que contenia una capa de tisú de oro, una mitra adornada de diamantes, una cruz arzobispal, un magnífico báculo, y todas las vestiduras episcopales robadas un mes antes en la iglesia de Nuestra Señora de Embrun. En la caja habia tambien un papel, en el cual estaban escritas las siguientes palabras: *Cravatte á monseñor Bienvenido*.

—¡Cuando yo decia que esto se arreglaria! esclamó el obispo. Despues añadió sonriendo: á quien se contenta con la sobrepelliz de un cura, Dios le envia una capa arzobispal.

—Monseñor, murmuró el cura meneando la cabeza: Dios ó el diablo.

El obispo miró fijamente al cura, y replicó con autoridad:

—Dios.

Cuando volvió al Chastelar, en todo lo largo del camino salia la gente á verle por curiosidad. En el presbiterio halló á la señorita Bap-

Digitized by Google

tistina y á la señora Magloire que le estaban esperando, y dijo á su hermana:

—¿Tenia ó no tenia yo razon? El pobre sacerdote fué á ver á los pobres montañeses con las manos vacías, y vuelve con ellas llenas. Marché llevando solo mi esperanza puesta en Dios, y vuelvo trayendo el tesoro de una catedral.

Por la noche antes de acostarse volvió á decir:—No temamos nunca ni á los ladrones ni á los asesinos: esos son los peligros esteriores, los pequeños peligros. Temámonos á nosotros mismos. Las preocupaciones, esas son los ladrones: los vicios, esos son los asesinos. Los grandes peligros existen dentro de nosotros. ¿Qué importa lo que amenaza á nuestra cabeza ó á nuestra bolsa? Pensemos con preferencia en lo que amenaza á nuestra alma.

Despues volviéndose á su hermana dijo:—Hermana mia, nunca por parte del sacerdote debe tomarse precaucion alguna contra el prójimo. Lo que el prójimo hace, Dios lo permite. Limitémonos á rogar á Dios, cuando creamos que nos amenaza un peligro. Roguémosle, pidámosle, no por nosotros, sino por nuestro hermano, que va á caer en falta por causa nuestra.

Fuera de esto, eran muy raros los acontecimientos en su existencia. Referimos los que sabemos; pero de ordinario pasaba la vida haciendo siempre las mismas cosas en los mismos momentos. Un mes de un año suyo se parecia á una hora de uno de sus dias.

Respecto de lo que fue del tesoro de la catedral de Embrun, se nos causaria algun embarazo preguntándonos por él. Componíase de muy buenas cosas, muy tentadoras y muy buenas de emplear en provecho de los desgraciados. Robadas ya lo habian sido: la mitad, pues, de la aventura estaba cumplida. Solo faltaba hacer cambiar de direccion al robo, y encaminarle hácia el lado de los pobres. Nada, por lo demás, podemos afirmar respecto de este asunto.

Solamente añadiremos, que entre los papeles del obispo se halló una nota muy oscura, que acaso se referia á este negocio, y que estaba concebida, poco mas ó menos, en los siguientes términos:

*La cuestion está en saber si esto debe volver á la catedral ó al hospital.*



Digitized by Google

# VIII.

## FILOSOFAR DESPUES DE BEBER.

El senador, de quien mas arriba hemos hablado, era un hombre entendido que habia hecho su carrera siguiendo un camino tanto mas derecho, cuanto que para nada se habia cuidado de esos obstáculos que dificultan ó embarazan, y que se llaman conciencia, fé jurada, justicia, deber. Siempre habia marchado recto á su objeto, sin separarse una sola vez de la línea de su adelantamiento y de su interés. Era un antiguo procurador, blando por sus triunfos, no mal hombre del todo, que hacia cuantos pequeños favores podia á sus hijos, á sus yernos, á sus parientes, y aun á sus amigos; y que habiendo aprovechado el buen lado de la vida, las buenas ocasiones, las buenas utilidades, parecíale tonto y bestia lo demás. Tenia ingenio, y era suficientemente instruido para creerse discípulo de Epicuro, no siendo en realidad mas que un producto de Pigault-Lebrun. Reíase buena y agradablemente de las cosas infinitas y eternas, y de las «salidas del buen obispo.» A veces, con cierta amable autoridad reíase ante el mismo M. Myriel que le escuchaba.

No sé en qué ceremonia semi-oficial el conde ***, que era el senador de quien hablamos, y M. Myriel comieron juntos en casa del pre-

Digitized by Google

fecto. A los postres el senador, un tanto alegre, aunque siempre digno, esclamó:

—Pardiez, señor obispo, hablemos. Rara vez se ven un senador y un obispo sin mirarse de reojo. Somos dos augures. Voy á haceros una confesion. Yo tengo mi filosofía particular.

—Y haceis bien, respondió el obispo; filosofar ú acostarse todo es lo mismo. Vos descansais en lecho de púrpura, señor senador.

El senador alentado continuó:

—¡Bah! Seamos buenos chicos.

—O buenos diablos, dijo el obispo.

—Os declaro, añadió el senador, que el marqués de Argens, Pirron, Hobbes y M. Naigeon, no son para mí unos bergantes. Tengo en mi biblioteca á todos estos filósofos, encuadernados con canto dorado.

—Como vos mismo, señor conde, interrumpió el obispo.

El senador prosiguió:

—Aborrezco á Diderot: es un ideólogo, un declamador y un revolucionario; en el fondo creyente en Dios, y mas mojigato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham, é hizo mal; porque las anguilas de Needham prueban que Dios es inútil. Una gota de vinagre en una cucharada de masa de harina suple el *fiat lux*. Suponed que la gota es mas grande y la cucharada mucho mas grande tambien, y tendreis el mundo. El hombre es la anguila: y entonces ¿para qué el Padre Eterno? Señor obispo, la hipótesis Jehova me fatiga. Solo sirve para producir personas flacas que piensan hueco. ¡Abajo ese Gran Todo, que me fastidia! ¡Viva Cero que me deja tranquilo! De vos á mí, y para decirlo todo, y para confesarme con mi pastor, como conviene, os confieso que no soy tonto. Yo no puedo volverme loco con vuestro Jesús, que predica en todas partes la pobreza y el sacrificio. Consejo de avaro á desarrapados. Pobreza: ¿por qué? Sacrificio: ¿para qué? Nunca he visto que un lobo se inmole por la felicidad de otro lobo. Permanezcamos, pues, dentro del órden de la naturaleza. Nos hallamos en la cúspide: tengamos una filosofía superior á la de otros. ¿De qué sirve estar en lo alto si no se alcanza á ver mas lejos que la punta de la nariz de los demás? Vivamos alegremente. La vida es todo. Que el hombre tiene otro porvenir en otra parte, allá arriba, allá abajo, donde quiera: yo no creo una palabra de todo eso. ¡Ah! se me recomienda la pobreza y

Digitized by Google

el sacrificio, y por tanto debo tener mucho cuidado con todo lo que hago, y es menester tambien que me rompa la cabeza sobre el bien y sobre el mal; sobre lo justo y lo injusto; sobre el fas y sobre el nefas. ¿Por qué? Porque tendré que dar cuenta de mis acciones. ¿Cuándo? Despues de mi muerte. Vaya un buen sueño. ¡Bah! Despues de muerto que me pinchen ratas. Haced que una mano de sombra coja un puñado de ceniza. Hablemos verdad nosotros que somos los iniciados, que hemos levantado el velo de Isis: no hay bien ni mal: no hay mas que vegetacion. Busquemos la realidad: profundicemos, penetremos en el fondo, ¡qué diablo! Es menester ventear la verdad, minar bajo tierra y apoderarse de ella: y cuando la teneis, entonces sí que sois fuerte y os reis de todo. Yo soy cuadrado por la base, señor obispo; la inmortalidad del alma es una ridícula paradoja. ¡Oh promesa encantadora! Fiad en ella. Vaya un billete de banco que tiene Adam. Si es alma, será ángel, tendrá alas azules en los omoplatos. Argüidme, pues: ¿no es Tertuliano quien dice que los bienaventurados irán de un astro á otro? Bueno: quiere decir que serán las langostas de las estrellas. ¡Y despues verán á Dios! Ta, ta, ta. No son malas tonterías todos esos paraisos. Dios es una patarata monstruo. Yo no diré esto en el *Monitor*, pardiez; pero lo cuchicheo entre amigos: *Inter pocula*. Sacrificar la tierra al paraiso es lo mismo que dejar la presa por la sombra, lo cierto por lo dudoso. ¡Ser burlado por lo infinito! ¡Cá! no soy tan bestia. Soy nada. Me llamo el señor conde Nada, senador. ¿Era antes de mi nacimiento? No. ¿Seré despues de mi muerte? No. ¿Qué soy, pues? Un poco de polvo agregado y constituido en un organismo. ¿Qué tengo que hacer en la tierra? La eleccion es mia: padecer ó gozar. ¿A dónde me conducirá el padecimiento? A la nada; pero habré padecido. ¿A dónde me conducirá el goce? A la nada; pero habré gozado. Mi eleccion está hecha. Es menester comer ó ser comido: comamos. Mas vale ser el diente que la yerba: tal es mi sabiduría. Despues de esto ande cada cual como le plazca: el sepulturero allí; el panteon para nosotros: todo cae en la gran fosa. Fin, *Finis*, liquidacion total, este es el sitio donde todo acaba. La muerte está muerta, creedme. Si hay alguien que tenga algo que decirme sobre esto, desde ahora me rio de él. Cuentos de chicos: El Bu para los niños; Jehova para los hombres. No; nuestro mañana es la noche. Detrás de la tumba no hay mas que nadas iguales. Hayais sido

Digitized by Google

Sardánapalo, ó San Vicente de Paul, lo mismo dá. Esto es lo cierto. Vivid, pues; sobre todo, ¡vivid! En verdad, os lo digo, señor obispo; yo tengo mi filosofía y mis filósofos. Yo no me dejo engatusar por todas esas consejas. Por lo demás, á los que van con las piernas al aire, á la canalla, á los miserables, les hace falta algo. Engullan, pues, las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraiso, las estrellas. Que mas-quen eso; que lo coman con su pan seco. Quien no tiene nada tiene al buen Dios. Es lo menos que puede tener. Yo no me opondré á ello; pero guardo para mí á M. Naigeon. El buen Dios, es bueno para el pueblo.

El obispo batió las palmas.

—Eso es lo que se llama hablar, esclamó. ¡Qué escelente, qué maravilloso es ese materialismo! ¡Ah! no todo el que quiere lo tiene. Cuando se posee, no es uno juguete de nadie. No se deja uno desterrar bestialmente como Catón, ni lapidar como San Estéban, ni quemar vivo como Juana de Arco. Los que han conseguido procurarse ese materialismo admirable, tienen la alegría de sentirse irresponsables, y de pensar que pueden devorarlo todo sin inquietud, los cargos, las sinecuras, las dignidades, el poder bien ó mal adquirido, las palinodias lucrativas, las traiciones útiles, las sabrosas capitulaciones de la conciencia, y que bajarán á la tumba hecha ya la digestion. ¡Qué cosa tan agradable! No digo esto por vos, señor senador; sin embargo, me es imposible no felicitaros. Vosotros los grandes señores, teneis, como habeis dicho, una filosofía peculiar, especial, para vuestro uso esclusivo, esquisita, refinada, accesible solamente á los ricos, buena en cualquier salsa que se la sirva, y admirablemente sazonada de los placeres de la vida. Esta filosofía está sacada de las profundidades, y desenterrada por rebuscadores especiales. Pero sois príncipes amables, y no hallais del todo mal que la creencia en Dios sea la filosofía del pueblo, sobre poco mas ó menos como el pato con castañas es el pavo trufado del pobre.

Digitized by Google

# IX.

## EL HERMANO PINTADO POR LA HERMANA.

Para dar una idea del menaje interior del obispo de D.—y de la manera con que aquellas dos santas mujeres subordinaban sus acciones, sus pensamientos, y hasta sus instintos de mujeres fácilmente asustadizas, á los hábitos y á las costumbres del obispo, sin que este tuviera ni aun que tomarse el trabajo de hablar para espresar su deseo, nada mejor podemos hacer que trascribir aquí una carta de la señorita Baptistina á la señora vizcondesa de Boischevron, su amiga de la niñez. Esta carta que poseemos dice asi:

D.—16 de diciembre de 18.....

«Mi buena señora; no pasa un dia sin que hablemos de vos. Es por lo regular nuestra costumbre, y hay ahora además una razon para ello. Figuraos que al lavar y desempolvar los techos y paredes de nuestras habitaciones, la señora Magloire ha hecho varios descubrimientos: al presente nuestros dos cuartos tapizados de viejo papel blanqueado con cal, no figurarian mal en un castillo por el estilo del vuestro. La señora Magloire ha desgarrado y arrancado todo el papel. Debajo habia otras cosas. Mi salon, en el que no hay muebles, y que nos sirve para ten-

Digitized by Google

der la ropa de la colada, tiene quince piés de alto y diez y ocho de ancho: su techo, pintado antiguamente con dorados y á bovedilla como en vuestra casa, estaba cubierto con una tela del tiempo en que fue hospital. En fin, tiene ensambladuras del tiempo de nuestros abuelos. Pero mi gabinete es el que tiene que ver. La señora Magloire ha descubierto, á lo menos debajo de diez papeles pegados unos encima de otros, pinturas, que sin ser buenas, son siquiera soportables. Unas representan á Telémaco armado caballero por Minerva; otras al mismo en un jardin, cuyo nombre no puedo recordar, en fin, donde las damas romanas iban una sola noche. ¿Qué podré deciros? Hay romanos, romanas (aquí una palabra ininteligible), y todo su séquito. La señora Magloire ha puesto en claro todo esto, y este verano va á reparar algunas pequeñas averías, y á barnizarlo todo de nuevo, con lo cual quedará mi cuarto hecho un verdadero museo.

»En un rincon del desvan ha encontrado tambien dos consolas de madera, moda antigua. Nos querian dos escudos de seis libras por volverlas á dorar; pero vale mas y es mejor dar esto á los pobres: fuera de que son muy feas, y yo preferiria una mesa redonda de caoba.

»Soy tan feliz como siempre. ¡Mi hermano es tan bueno! Todo cuanto tiene lo da á los pobres y á los enfermos. Vivimos un poco estrechos: el país es muy malo en invierno, y es menester hacer algo por los que nada tienen. Nosotras estamos casi bien abrigadas y bien alumbradas: ya veis que no es poca cosa.

»Mi hermano tiene sus costumbres propias y peculiares. Cuando habla, dice que un obispo debe ser asi. Figuraos que nunca se cierra la puerta de la casa. Entra quien se le antoja, y en seguida está en el cuarto de mi hermano. Nada teme, ni aun por la noche. A bien que este es su valor particular, como él dice.

»No quiere que yo tema por él, ni que tampoco tenga miedo la señora Magloire. Se espone á toda clase de peligros, y no quiere ni aun que aparentemos que lo notamos. Es preciso saberle comprender.

»Sale lloviendo; marcha por medio del agua; viaja en invierno. No tiene miedo de la noche, de los caminos sospechosos, ni de los malos encuentros.

»El año último se fué á pie y solo á un país de ladrones. No quiso llevarnos consigo. Estuvo ausente quince dias. A su vuelta nada le ha-

Digitized by Google

bia pasado; se le creia muerto; pero gozaba de buena salud, y decia: Ved aquí cómo me han robado. Y abriendo una maleta, nos la enseñó llena de todas las alhajas de la catedral de Embrun, que los ladrones le habian devuelto.

»Esta vez al volver no pude menos de reñirle un poco, si bien teniendo cuidado de hacerlo cuando el coche metia mucho ruido para que nadie nos oyera.

»En los primeros tiempos me decia á mí misma: no hay peligros que le detengan, es terrible: al presente he acabado por acostumbrarme. Hago señas á la señora Magloire para que no le contraríe. Se arriesga como quiere. Yo me llevo á la señora Magloire, me encierro en mi cuarto, rezo por él, y me duermo. Estoy tranquila, porque sé muy bien que si le sucediera una desgracia, seria esta el fin de mi vida. Yo iré al cielo con mi hermano y mi obispo. A la señora Magloire le ha costado mas que á mí el acostumbrarse á lo que llamaba sus imprudencias. Pero ahora ya está hecha á ellas. Juntas oramos, juntas tenemos miedo, y juntas nos dormimos. El diablo entraria en la casa y no hallaria quien le molestase. Y en verdad, ¿qué es lo que podemos temer en esta casa? Hay siempre con nosotros alguien que es mas fuerte que él. El diablo podrá pasar por ella; pero Dios la habita.

»Esto me basta. Mi hermano al presente no necesita decirme una palabra. Le comprendo sin que hable, y nos abandonamos á la Providencia.

»Ved aquí cómo hay que ser con un hombre que tiene algo de grande en la cabeza.

»He preguntado á mi hermano las noticias que me pediais sobre la familia de Faux. Ya sabeis que él sabe de todo, y que tiene sus recuerdos, porque es siempre buen realista. Los de Faux son una antigua familia normanda, de la nobleza de Caen. Hace quinientos años que hubo un Raul de Faux, un Juan de Faux, y un Tomás de Faux, que eran nobles, y uno de ellos señor de Rochefort. El último fue Guido Estéban Alejandro; era maestre de campo, y alguna cosa mas en los caballos ligeros de Bretaña. Su hija María Luisa casó con Adriano Cárlos de Grammont, par de Francia, coronel de guardias francesas, y teniente general de los ejércitos. Se escribe Faux, Fauq y Faouq.

»Buena señora, recomendadme á vuestro santo pariente el carde-

Digitized by Google

nal para que me tenga presente en sus oraciones. En cuanto á vuestra querida Silvania ha hecho bien en no perder en escribirme los cortos instantes que pasa á vuestro lado. Está buena, trabaja segun nuestros deseos, me quiere como siempre; es todo lo que deseo, y me felicito por el recuerdo que por vos me envia. Mi salud no es muy mala, y sin embargo, enflaquezco cada dia mas. Adios: me falta ya el papel, y me obliga á despedirme de vos: mil cosas á todos.

BAPTISTINA.»

»P. D. Vuestro sobrinillo es encantador; ayer vió pasar un caballo, al cual habian puesto rodilleras, y preguntaba: ¿Qué es lo que tiene en las piernas? Es un muchacho muy guapo. Su hermanito corre por la habitacion arrastrando una escoba vieja como si fuera un carro, y gritando: ¡Ala! ¡Ala!»

Como se ve por esta carta, aquellas dos santas mujeres sabian acomodarse á la manera de ser del obispo, con ese genio particular de la mujer que comprende al hombre mejor que el hombre se comprende á sí mismo. El obispo de D.—bajo aquel aire manso y cándido que nunca se desmentia, hacia á veces cosas grandes, atrevidas y magníficas, sin aparentar que sabia lo que hacia. Ellas temblaban, pero le dejaban obrar. Algunas veces la señora Magloire procuraba aventurar alguna resistencia anticipada; nunca mientras ni despues del hecho. Nunca se le distraia, ni aun con una palabra ó una señal, de un acto comenzado. En ciertos momentos, sin que hubiera necesidad de decirlo, cuando él ni aun tal vez tenia conciencia de sí mismo, tan perfecta era su sencillez, comprendian las mujeres vagamente que obraba como obispo: entonces no eran mas que dos sombras en la casa. Servíanle pasivamente, y si era menester para obedecerle desaparecer, desaparecian. Sabian con una admirable delicadeza de instinto, que ciertos cuidados pueden estorbar. Asi, aun creyéndole en peligro, comprendian, no digo su pensamiento, sino su naturaleza, hasta el punto de no velar por él. Le confiaban á Dios.

Además, Baptistina decia, como acabamos de leer, que el fin de su hermano seria tambien el suyo. La señora Magloire no lo decia, pero lo sabia.



Digitized by Google

# X.

## EL OBISPO EN PRESENCIA DE UNA LUZ DESCONOCIDA.

En una época un poco posterior á la fecha de la carta citada en las precedentes páginas, hizo una cosa, que segun voz pública en la ciudad, habia sido mucho mas arriesgada y peligrosa que su paseo por la montaña infestada de bandidos.

Habia cerca de D.—en el campo, un hombre que vivia solitario: aquel hombre, digamos de corrido la espantable palabra, era un antiguo convencional y se llamaba G.

Hablábase del convencional G. entre la sociedad de D.—con una especie de horror. ¡Un convencional! ¿Os podeis figurar una fiera de esta especie? Eso existia en el tiempo en que todo el mundo se tuteaba, y en que se decia: ciudadano. Aquel hombre era casi un monstruo. No habia votado la muerte del rey, pero casi, casi lo habia hecho. Era un casi regicida. Habia sido terrible. ¿Cómo á la vuelta de los príncipes legítimos no se habia llevado á aquel hombre ante un tribunal prebostal? No se le habria cortado la cabeza, es cierto; es menester usar de clemencia: bueno: pero á lo menos un destierro perpétuo, un ejemplar. en fin... etc., etc.—Era un ateo de los de antaño como toda la gente de entonces. Habladuría de gansos acerca del buitre.

Digitized by Google

¿Era en realidad un buitre G.? Sí, si se le juzgaba por lo que habia de huraño en su soledad. No habiendo votado la muerte del rey, no habia sido comprendido en los decretos de destierro, y habia podido permanecer en Francia.

Habitaba á tres cuartos de hora de la ciudad, lejos de toda vivienda, separado de todo camino, no sé qué retiro perdido en un valle semisalvaje. Tenia allí, decian, una especie de campo, un agujero, una madriguera. Ni un vecino, ni siquiera transeuntes. Desde que vivia en aquel valle, el sendero que á él conducia se habia cubierto de yerba. Hablábase de aquel sitio como de la casa del verdugo.

Sin embargo, el obispo pensaba, y de cuando en cuando mirando al horizonte hácia el sitio en que un grupo de árboles señalaba el valle del anciano convencional, se decia: Hay allí una alma que está sola.

Y en el fondo de su pensamiento añadia: yo debia hacerle una visita.

Pero, confesémoslo; esta idea, á primera vista muy natural, se le presentaba, despues de un momento de reflexion, como estraña, imposible y casi repugnante. Porque en el fondo participaba de la impresion general, y el convencional le inspiraba, sin que pudiera esplicarse claramente la causa, ese sentimiento que es como la frontera del odio, y que espresa tan perfectamente la palabra repulsion.

Sin embargo, ¿la sarna del cordero debe alejar al pastor? No. ¡Pero qué cordero!

El buen obispo estaba perplejo: algunas veces se encaminaba hácia aquel lado; pero luego retrocedia.

Un dia, al fin, se esparció el rumor en la ciudad de que una especie de pastorcillo que servia al convencional G. en su vivienda habia ido á buscar un médico: que el viejo malvado se moria; que la parálisis se habia apoderado de él, y que no saldria de la noche.—¡Gracias á Dios! añadian algunos.

El obispo tomó su báculo, púsose su sobretodo á causa de estar su sotana un tanto raida, como ya hemos dicho, y tambien á causa del viento de la noche, que no debia tardar en levantarse, y marchó.

Declinaba el sol, y casi tocaba al horizonte cuando el obispo llegó al sitio escomulgado, conociendo en el latir un tanto mas apresurado del corazon, que se hallaba cerca del cubil de la fiera. Saltó un foso, atrave-

Digitized by Google

só un seto, subió una escalera, entró en un cercado. dió algunos pasos atrevidamente y de pronto, en el fondo de un campo erial, detrás de una maleza bastante crecida, divisó la caverna.

Era una casita baja, pobre, pequeña y limpia, con un emparrado en la fachada.

Delante de la puerta, en un viejo sillon de ruedas, sillon verdaderamente de aldeano, habia un hombre de blancos cabellos, que se sonreia mirando al sol.

Cerca del anciano sentado hallábase en pie un jóven, el pastorcillo, que alargaba al anciano una vasija con leche.

Mientras el obispo miraba al anciano, este alzó la voz:

—Gracias, dijo, nada necesito ya. Y su sonrisa se separó del sol, para fijarse en el pastorcillo.

El obispo avanzó. Al ruido que hacia al andar, el viejo, sentado como estaba, volvió la cabeza, y su rostro manifestó toda la sorpresa que se puede tener despues de una larga vida.

—Desde que vivo aquí, es esta la primera vez que entra una visita en mi casa: ¿quién sois, caballero?

El obispo respondió:

—Me llamo Bienvenido Myriel.

—¡Bienvenido Myriel! He oido pronunciar ese nombre. ¿Sereis vos ese á quien el pueblo llama monseñor Bienvenido?

—Yo soy.

El anciano añadió con una semi-sonrisa:

—En ese caso, sois mi obispo.

—Un poco.

—Entrad, señor.

El convencional tendió la mano al obispo, pero este no la tomó, limitándose á decir:

—Celebro mucho ver que me habian engañado. En verdad, no parece que esteis enfermo.

—Señor, replicó el anciano, voy á curarme del todo.

Hizo una pausa y añadió:

—Moriré dentro de tres horas.

Despues continuó:

—Soy un poco médico, y sé cómo se acerca la última hora. Ayer solo

Digitized by Google

tenia los pies frios: hoy el frio ha subido hasta las rodillas: ahora le siento que sube hasta la cintura: cuando llegue al corazon, acabaré. Qué hermoso es el sol, ¿no es verdad? He hecho que me traigan aquí para dirigir una postrer mirada á las cosas. Podeis hablarme; el hablar no me fatiga. Habeis hecho bien en venir á mirar á un hombre que va á morir. Es bueno que en este momento tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera deseado tirar hasta el alba; pero apenas me quedan tres horas. Será de noche. Y en verdad, ¡qué importa! Morir es una cosa muy sencilla. No se necesita la mañana para esto. Sea: moriré de noche.

El anciano se volvió hácia el pastor:

—Vete á acostar, le dijo. Has velado toda la última noche; debes de estar cansado.—El jóven entró en la cabaña.

El anciano le siguió con la vista, y añadió como hablando consigo mismo:

—Mientras que él duerme, moriré; los dos sueños pueden hacer buena vecindad.

El obispo no estaba conmovido, como parece que debiera estarlo. No creia sentir á Dios en aquella manera de morir. Lo diremos todo, porque las pequeñas contradicciones de los corazones grandes deben ser indicadas como las demas; él, que en ocasiones tan de veras se reia de su grandeza, se hallaba un poco lastimado de no ser llamado monseñor, y con tentaciones de replicar: ciudadano. Asaltóle un capricho de grosera familiaridad, bastante comun en médicos y sacerdotes, pero que en él no era habitual. Al cabo todo, aquel hombre, aquel convencional, aquel representante del pueblo, habia sido un poderoso de la tierra: por la primera vez de su vida acaso, el obispo se sintió con humor de ser severo.

El convencional, sin embargo, le consideraba con modesta cordialidad, en la cual quizá se hubiera podido discernir la humildad que tan bien sienta cuando se está cerca de convertirse en polvo.

El obispo, por su parte, aunque ordinariamente se guardaba de la curiosidad, la cual, segun él, estaba muy próxima á la ofensa, no podia menos de examinar al convencional con una atencion, que no teniendo orígen en la simpatía, probablemente le hubiera reprochado su conciencia respecto de cualquier otro hombre. Un convencional causá-

Digitized by Google

bale en cierto modo el efecto de un hombre fuera de la ley comun, y hasta fuera de la ley de caridad.

G., tranquilo, con la cabeza casi derecha y la voz vibrante, era uno de esos grandes octogenarios, que son la admiracion del fisiólogo. La revolucion ha contado muchos de estos hombres proporcionados á su época. Veíase y se adivinaba en aquel anciano al hombre de prueba. Tan cercano á su fin, habia conservado todos los movimientos y ademanes de una perfecta salud. Habia en su golpe de vista claro, en su acento firme, en su robusto movimiento de hombros, con que desconcertar á la muerte. Azrael, el ángel mahometano del sepulcro, hubiérase vuelto atrás, y creido que se engañaba de puerta. G. parecia morir porque queria. Habia libertad en su agonía. Solo las piernas estaban inmóviles. Los pies estaban muertos y frios; pero la cabeza vivia con todo el poder de la vida, y aparecia en plena lucidez. G. se parecia en este grave momento al rey del cuento oriental, de carne en la parte superior, de mármol de medio cuerpo abajo.

Habia allí una piedra. El obispo se sentó en ella. El exordio fué *exabrupto*.

—Os felicito, dijo en tono de reprension, pues al cabo no habeis votado la muerte del rey.

El convencional no pareció notar el amargo sentido oculto en la palabra: al cabo; pero la sonrisa habia desaparecido de su rostro al contestar:

—Señor, no me feliciteis demasiado pronto: he votado el fin del tirano.

Era aquel el acento austero en presencia del acento severo.

—¿Qué quereis decir? replicó el obispo.

—Quiero decir, que el hombre tiene un tirano: la ignorancia; y yo he votado el fin de ese tirano, que enjendra la falsa autoridad en vez de la autoridad que se apoya en lo verdadero. El hombre no debe ser gobernado mas que por la ciencia.

—Y por la conciencia, añadió el obispo.

—Es lo mismo. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros mismos.

Monseñor Bienvenido escuchaba, un poco admirado, aquel lenguaje tan nuevo para él.

Digitized by Google

El convencional prosiguió:

—En cuanto á Luis XVI, no voté su muerte. No me creo con el derecho de matar á un hombre; pero me siento con el deber de esterminar el mal. He votado el fin del tirano: es decir, el fin de la prostitucion para la mujer, el fin de la esclavitud para el hombre, el fin de la ignorancia para el niño. He votado la fraternidad, la concordia, la aurora. He ayudado á la caida de las preocupaciones y de los errores. El hundimiento de las unas y de los otros produce la luz. Nosotros hemos hecho caer el viejo mundo; y ese viejo mundo, vaso de miserias, al volcarse sobre el género humano, se ha convertido en una urna de alegría.

—De alegría no pura, dijo el obispo.

—Podriais decir de alegría turbada; y hoy, despues de ese fatal retroceso á lo pasado, que se llama 1814, alegría desvanecida. ¡Ay! La obra estaba incompleta, convengo en ello; hemos demolido el antiguo régimen en los hechos: no hemos podido suprimirlo completamente en las ideas. No basta destruir los abusos; es menester modificar las costumbres. El molino ya no existe, pero el viento que lo movia aun continúa soplando.

—Habeis demolido. Demoler puede ser útil; pero yo desconfio de una demolicion con la cual está mezclada la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo. De todos modos, y dígase lo que se quiera, la revolucion francesa es el paso mas grande dado por el género humano desde el advenimiento de Cristo. Progreso incompleto, sea, pero sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales, ha dulcificado los ánimos, ha apaciguado, ilustrado: ha hecho correr sobre la tierra torrentes de civilizacion. La revolucion francesa es la consagracion de la humanidad.

El obispo no pudo menos de murmurar:

—¿Sí? ¿y 93?

El convencional se enderezó en su asiento con una solemnidad casi lúgubre, y en tanto cuanto un moribundo puede esclamar, esclamó:

—¡Oh! ya pareció 93. Esperaba esa palabra. Durante mil y quinientos años se ha estado formando una nube; al cabo de quince siglos ha estallado la tormenta, y vos formais causa al rayo.

Digitized by Google

El obispo sintió, sin confesarlo tal vez, que algo en él habia sido herido. Sin embargo, presentó buen continente, y replicó:

—El juez habla en nombre de la justicia: el sacerdote habla en nombre de la piedad, que no es sino una justicia mas elevada. Un rayo no debe nunca engañarse.

Y añadió mirando fijamente al convencional:

—¿Luis XVII?

El convencional estendió la mano y cogió el brazo del obispo.

—¿Luis XVII? Veamos. ¿Por quién llorais? ¿Por el niño inocente? Entonces, bien: yo lloro con vos. ¿Es por el niño real? Os pediré que reflexioneis. El hermano del bandido Cartucho, niño inocente, colgado por los sobacos en la plaza de Gréve hasta que el suplicio produjera la muerte, por el solo crímen de ser hermano de Cartucho, no es para mí menos digno de compasion que el nieto de Luis XV, niño inocente martirizado en la torre del Temple, por el solo crímen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor mio, dijo el obispo, no me gusta la proximidad entre ciertos nombres.

Hubo un momento de silencio: el obispo casi se arrepentia de haber ido á visitar al convencional, y sin embargo, sentíase vaga y estrañamente conmovido.

El convencional continuó:

—¡Ah, señor sacerdote! no os gusta la aspereza de la verdad. Cristo la amaba. Tomaba un látigo y limpiaba el templo. Su látigo lleno de relámpagos era un rudo declarador de verdades. Cuando esclamaba: *Sinite parvulos*. no distinguia entre los niños. No se hubiera incomodado porque el delfin de Barrabás hubiese estado codo con codo con el delfin de Herodes. Señor, la inocencia tiene su corona en sí misma. La inocencia nada gana con ser alteza. Tan augusta es desarrapada como flordelisada.

—Es verdad, dijo el obispo en voz baja.

—Insisto, continuó el convencional G. Habeis nombrado á Luis XVII. Entendámonos: lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños; lo mismo por los de arriba que por los de abajo: convenido. Pero entonces es preciso remontarnos mas arriba de 93; y nuestras lágrimas deben comenzar antes de Luis XVII. Lloraré por los

Digitized by Google

hijos de todos los reyes con vos, con tal que vos lloreis conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Lloro con vos, dijo el obispo.

Hubo un nuevo silencio. El convencional fue el que lo rompió. Se levantó apoyándose sobre un brazo, cogió entre el pulgar y el índice replegado un poco de su mejilla, como se hace maquinalmente cuando se interroga y cuando se juzga, é interpeló al obispo con una mirada llena de todas las agonías de la agonía. Fue aquello casi una esplosion.

—Hace mucho tiempo que el pueblo padece; y luego, no es esto solo: ¿á qué venís á preguntarme y á hablarme de Luis XVII? Yo no os conozco. Desde que estoy en este país, vivo en este retiro, sin salir nunca de aquí, sin ver á nadie, mas que á ese niño que me sirve. Vuestro nombre, es verdad, ha llegado hasta mí confusamente, y, debo decirlo, no mal pronunciado. Pero esto nada significa. ¡Las personas hábiles tienen tantas maneras de hacerse lugar entre el bueno del pueblo! A propósito, no he oido el ruido de vuestro carruaje; lo habreis dejado, sin duda, detrás del seto, allá abajo en el empalme del camino. No os conocia, he dicho. Me habeis contestado que érais el obispo; pero esto nada me enseña respecto de vuestra persona moral. En suma, vuelvo á repetiros mi pregunta: ¿Quién sois? Un obispo, es decir, un príncipe de la Iglesia, uno de esos hombres dorados, blasonados, ricos, que tienen gruesas prebendas, buena mesa, gran número de familiares y sirvientes; pero esto, ó me dice demasiado, ó no me dice bastante: esto no me ilustra sobre vuestro valor intrínseco y esencial, sobre vos, que venís con la pretension probable de traerme la sabiduría. ¿A quién es á quien hablo? ¿Quién sois?

El obispo bajó la cabeza y contestó:—*Vermis sum.*

—¡Un gusano en carroza! murmuró el convencional.

Tocábale el turno al convencional de ser altivo, y al obispo de ser humilde.

El obispo replicó con dulzura:

—Sea lo que querais, señor mio. Pero esplicadme, cómo mi coche, que está á dos pasos detrás de los árboles, cómo mi buena mesa, y mis familiares y criados prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber, y que 93 no fue inexorable.



Digitized by Google

El convencional se pasó una mano por la frente como para apartar una nube.

—Antes de responderos, dijo, os suplico que me perdoneis. Acabo de cometer una falta, señor obispo. Estais en mi casa, sois mi huésped; os debo cortesía. Discutís mis ideas, y yo debo limitarme á rebatir vuestros razonamientos. Vuestras riquezas y vuestros goces son ventajas que tengo sobre vos en el debate, pero no seria de buen gusto servirme de estas armas. Os prometo, pues, no volver á usar de ellas.

—Y yo os lo agradezco, dijo el obispo.

G. replicó:—Volvamos á la esplicacion que me pedíais. ¿Dónde estábamos? ¿Qué me decíais? ¿Qué 93 habia sido inexorable?

El convencional empezaba á sentir hipo: el asma de la agonía que se mezcla con los últimos alientos, le entrecortaba la voz. Sin embargo, se notaba todavía en sus ojos la perfecta lucidez de su inteligencia. Continuó:

—Digamos aun algunas palabras. Fuera de la revolucion, que, tomada en su conjunto, es una inmensa afirmacion humana, 93 ¡ay! es una réplica. Os parece inexorable; pero ¿y toda la monarquía, señor obispo? Carrier es un bandido; ¿pero qué nombre dais á Montrevel? Jourdan Corta-cabezas es un monstruo, pero no tanto como el marqués de Louvois. Compadezco á María Antonieta, archiduquesa y reina, pero tambien me inspira compasion aquella pobre mujer hugonote, que en 1685, en tiempo de Luis el Grande, fue atada, desnuda hasta la cintura, á un poste, y su hijo mantenido á cierta distancia: el pecho de la madre se llenaba de leche y su corazon de angustia, y el niño hambriento y pálido, agonizaba y gritaba. Y el verdugo decia á aquella mujer, madre y nodriza; ¡abjura!—dándole á elegir entre la muerte de su hijo y la abjuracion. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo aplicado á una madre? Abreviaré, ó por mejor decir, concluyo. Tengo demasiado buen juego; además, me muero.

Y dejando de mirar al obispo, el convencional acabó su pensamiento en estas tranquilas palabras:

—Sí; las brutalidades del progreso se llaman revoluciones. Pero cuando han concluido se reconoce que el género humano ha sido maltratado, pero ha marchado.

El convencional ni siquiera sabia que acababa de tomar por asalto

Digitized by Google

uno tras otro, todos los atrincheramientos interiores del obispo. Uno no mas quedaba, y de este atrincheramiento, supremo recurso de la resistencia de monseñor Bienvenido, salieron estas frases en que apareció toda la rudeza del principio de la conversacion :

—El progreso debe creer en Dios. El bien no puede tener un servidor impío. Es mal conductor del género humano el que es ateo.

El viejo representante del pueblo no respondió; esperimentó una especie de estremecimiento; miró al cielo, y una lágrima brotó lentamente de sus ojos. Cuando el párpado estuvo lleno, la lágrima se desprendió, cayendo á lo largo de la lívida mejilla, y el moribundo dijo casi tartamudeando, bajo y como hablando consigo mismo, la mirada perdida en la profundidad del firmamento :

—¡Oh tú! ¡oh ideal! ¡tú solo existes!

El obispo esperimentó como una especie de inesplicable conmocion.

Hubo una pausa; el anciano levantó un dedo hácia el cielo, y añadió:

—El infinito existe. Está allí. Si el infinito no tuviera un yo, el yo seria su límite : no sería infinito: en otros términos, no existiria. Pero existe : luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo habia pronunciado estas últimas palabras en voz alta y con el estremecimiento del éxtasis, como si viese á alguien. Cuando concluyó de hablar sus ojos se cerraron: aquel esfuerzo le habia rematado. Era evidente que habia vivido en un minuto las pocas horas que le quedaban. Lo que acababa de decir le habia aproximado á la muerte; el instante supremo se acercaba.

El obispo lo comprendió; el tiempo apremiaba: habia ido allí como sacerdote : de la estremada frialdad habia pasado por grados á una estremada emocion: miró aquellos ojos cerrados; tomó aquella mano vieja, arrugada y helada, y se inclinó hácia el moribundo.

—Esta hora, dijo, es la hora de Dios. ¿No creeis que seria sensible que nos hubiésemos encontrado en vano?

El convencional abrió los ojos : una gravedad en que habia algo de sombra se pintó en su semblante.

—Señor obispo, dijo con una lentitud que acaso mas provenia de la dignidad del alma que del desfallecimiento de las fuerzas físicas : he pasado mi vida en la meditacion, en el estudio y en la contemplacion. Tenia sesenta años cuando mi país me llamó y me ordenó que me mezclara en

Digitized by Google

sus asuntos. Obedecí. Habia abusos : los combatí. Habia tiranías : las destruí. Habia derechos y principios : proclamé los unos y confesé los otros. El territorio estaba invadido : lo defendí. La Francia estaba amenazada : le ofrecí mi pecho. No era rico y soy pobre. He sido uno de los dueños del Estado : las cajas del Banco estaban llenas de plata y oro hasta tal punto, que fue necesario apuntalar las paredes, casi próximas á hendirse con el peso de los metales preciosos ; y entre tanto yo comia en la calle del Arbol seco á razon de veintidos sueldos por cubierto. He socorrido á los oprimidos : he aliviado á los que padecian. He desgarrado la sábana del altar , pero ha sido para vendar las heridas de la patria. He sostenido siempre la marcha progresiva del género humano hácia la luz, y he resistido algunas veces los progresos crueles. En ocasiones, he protegido á mis propios adversarios, vuestros amigos. Hay en Peteghem en Flandes, en el sitio mismo en que los reyes merovingios tenian su palacio de verano, un convento de urbanistas, la abadía de Santa Clara de Beaulieu, á la cual salvé en 1795. He cumplido mi deber segun mis fuerzas, y he hecho el bien que he podido. A pesar de esto he sido llevado y traido, perseguido, calumniado, ridiculizado, escarnecido, maldito y proscripto. Ya desde hace muchos años, á pesar de mis cabellos blancos, siento y conozco que muchas personas creen tener sobre mí el derecho de despreciarme ; para la pobre turba ignorante mi cara es la de un condenado, y acepto, sin odiar á nadie, el aislamiento del odio. Al presente tengo ochenta y seis años, y voy á morir. ¿Qué es lo que venís á pedirme?

—El amigo, dijo el obispo, os pide que estrecheis su mano : el sacerdote os da su bendicion.

Cuando el obispo levantó la cabeza, el rostro del convencional habia tomado un tinte verdaderamente augusto ; acababa de espirar.

El obispo volvió á su casa profundamente absorto, no se sabe en qué pensamientos ; y pasó toda la noche en oracion.

Desde aquel momento redobló su ternura y su fraternidad para con los pobres y con los que padecen.

Toda alusion á «aquel viejo malvado de G.» le hacia caer en una profunda y singular meditacion. Nadie podria decir que el paso de aquel espíritu ante el suyo, y el reflejo de aquella gran conciencia sobre su conciencia no habia influido algo en su proximidad á la perfeccion.

Digitized by Google

Aquella «visita pastoral» fue naturalmente ocasion de murmuraciones y hablillas en los círculos de la ciudad.

—¿Es acaso el sitio de un obispo la cabecera de tal moribundo? Evidentemente allí no se podia aguardar ninguna conversion. Todos esos revolucionarios son relapsos. Y entonces, ¿para qué ir? ¿Qué tenia que hacer allí? Preciso es que tuviera gran curiosidad de ver cómo se llevaba un alma el diablo.

Digitized by Google

# XI.

## UNA RESTRICCION.

Muy cerca estaria de engañarse quien de aquí dedujera que monseñor Bienvenido era «un obispo filósofo» ó «un cura patriotero.» Su encuentro, lo que casi pudiera llamarse su conjuncion, con el convencional G., le causó una especie de admiracion, que le hizo mas humilde todavía; pero no pasó de aquí.

Aunque monseñor Bienvenido nunca habia sido, ni mucho menos, hombre político, tal vez es esta la ocasion de indicar, muy á la ligera, cual fue su actitud en los acontecimientos de entonces, suponiendo que monseñor Bienvenido pensara alguna vez en tener una actitud.

Remontémonos á algunos años atrás.

Poco tiempo despues de la elevacion de M. Myriel al episcopado, el Emperador le hizo baron del imperio al mismo tiempo que á muchos otros obispos. Sucedió la prision del Papa, como es sabido, en la noche del 5 al 6 de julio de 1809 ; y en esta ocasion M. Myriel fue llamado por Napoleon al sínodo de los obispos de Francia y de Italia convocado en París. El sínodo se celebró en Nuestra Señora, reuniéndose por primera vez el 15 de junio de 1811 bajo la presidencia del cardenal Fesch ; y M. Myriel fue uno de los noventa y cinco obispos que acudieron ; pero

Digitized by Google

solo asistió á una sesion, y á tres ó cuatro conferencias particulares. Obispo de una diócesi montañesa, viviendo tan cerca de la naturaleza, en la rusticidad y en la desnudez, parecia como que aportaba entre aquellos eminentes personajes, ideas que cambiaban la temperatura de la asamblea. Volvióse muy pronto á D.—Preguntáronle sobre aquella súbita vuelta, y contestó:

—*Les molestaba: entrábales por mí el aire de fuera, y les causaba el efecto de una puerta abierta.*

Otra vez dijo:—*¿Qué quereis? Aquellos monseñores son príncipes, y yo no soy mas que un pobre obispo plebeyo.*

El hecho es que habia disgustado. Entre otras cosas estrañas, se le habia escapado decir una noche, hallándose en casa de uno de sus colegas mas calificados:

—¡Qué hermosos relojes! ¡Qué hermosas alfombras! ¡Qué lujosas libreas! Debe de ser todo esto altamente importuno. ¡Oh! No quisiera tener todas estas superfluidades, porque me pareceria que me gritaban continuamente al oido: ¡hay personas que tienen hambre! ¡hay personas que tienen frio! ¡hay pobres! ¡hay pobres!

Digámoslo, aunque de paso: no seria un odio inteligente el odio al lujo, porque implicaria el odio á las artes. Sin embargo, en los hombres de iglesia, fuera de la representacion y de las ceremonias, el lujo es una falta. Parece revelar hábitos, poco caritativos. Un sacerdote opulento es un contrasentido: el sacerdote debe mantenerse cerca de los pobres. ¿Puede nadie estarse rozando dia y noche con todas las miserias, con todas las desgracias, con todos los infortunios, con todas las indigencias, sin llevar sobre sí mismo un poco de esa santa miseria, como el polvo del trabajo? ¿Puede imaginarse un hombre que esté cerca de un brasero y que no sienta calor? ¿Hay un obrero que trabaje sin descanso en una fragua y que no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor, ni una mota de ceniza en el rostro? La primera prueba de caridad en el sacerdote, en el obispo sobre todo, es la pobreza.

Esto sin duda era lo que opinaba Su Ilustrísima el obispo de D.—

No por esto debe creerse que participara sobre ciertos puntos delicados de lo que llamaremos «las ideas del siglo.»

Mezclábase muy poco en las disputas teológicas del momento, y

Digitized by Google

guardaba silencio sobre las cuestiones en que están comprometidos el Estado y la Iglesia; pero si se le hubiese apremiado, parécenos que mas bien se le hubiera hallado ultramontano que galicano.

Como hacemos un retrato, y nada queremos ocultar, nos vemos obligados á decir que fue glacial para Napoleon cuando declinó. Desde 1813 se adhirió, ó dió su aprobacion, á todas las manifestaciones hostiles al Emperador. No quiso verle cuando pasó de vuelta de la isla de Elba, y se abstuvo de mandar en su diócesi que se hicieran las rogativas públicas por el emperador durante los Cien Dias.

Además de su hermana, la señorita Baptistina, tenia dos hermanos: el uno general, el otro prefecto. A entrambos les escribia con frecuencia. Fue rigoroso con el primero, porque estando encargado de un mando en Provenza, en la época del desembarco de Cannes, se puso á la cabeza de mil y doscientos hombres, y persiguió al Emperador como si le quisiera dejar escapar. Su correspondencia continuó mas afectuosa con su otro hermano, antiguo prefecto, hombre bueno y digno, que vivia en París retirado, en una casa de la calle de Casette.

Monseñor Bienvenido tuvo, pues, tambien su hora de espíritu de partido, su hora de amargura, su nube. La sombra de las pasiones del momento se proyectó sobre aquella alma grande y afable, únicamente ocupada en las cosas eternas. En verdad, semejante hombre hubiera merecido no tener opiniones políticas. No hay que interpretar mal nuestro pensamiento; no confundamos lo que se llama «opiniones políticas» con la gran aspiracion al progreso, con la sublime fé patriótica que en nuestros dias debe ser y constituir el fondo de toda inteligencia generosa.

Sin profundizar cuestiones que solo tocan indirectamente al asunto de este libro, decimos simplemente esto. Hubiera sido hermoso que monseñor Bienvenido no hubiese sido realista: que su mirada no se hubiera separado un solo instante de esa contemplacion serena, en que se ven irradiar distintamente, por encima de las ficciones y de los odios de este mundo, por encima del vaiven tempestuoso de las cosas humanas, esas tres puras luces: la Verdad; la Justicia; la Caridad.

Aun conviniendo en que Dios no habia creado á monseñor Bienvenido para cargos políticos, hubiéramos comprendido y admirado en él la protesta en nombre del derecho y de la libertad: la oposicion altiva,

Digitized by Google

la resistencia peligrosa y justa á Napoleon omnipotente; pero lo que nos agrada respecto de los que suben, nos disgusta respecto de los que bajan. Nos gusta el combate mientras en él hay peligro, y en todo caso, solo los combatientes de la primera hora tienen derecho á ser los esterminadores de la última. Quien no ha sido obstinado acusador durante la prosperidad, debe callarse ante el derrumbamiento. El denunciador del éxito es el solo legítimo justiciero de la caida. Por lo que á nosotros toca, cuando la Providencia se mezcla en el asunto y hiere, dejamos hacer.

Los sucesos de 1812 comienzan á desarmarnos. En 1813 la cobarde ruptura del silencio de aquel cuerpo legislativo, envalentonado por las catástrofes, debia indignar, y era una falta el aplaudirla. En 1814 ante aquellos mariscales que hacian traicion; ante aquel senado que pasaba de un fango á otro, insultando despues de haber divinizado; ante aquella idolatría que volvia la espalda y escupia al ídolo, era un deber volver la cabeza y apartar la vista. En 1815, cuando se cernian en el aire los supremos desastres, cuando la Francia sentia el misterioso estremecimiento de su siniestra proximidad, cuando ya vagamente se podia distinguir á Waterloo abierto ante Napoleon, las doloridas aclamaciones del ejército y del pueblo al condenado del destino, nada tenian de risibles; y prescindiendo del déspota, un corazon como el del obispo de D.— no hubiera debido desconocer lo que habia de augusto y de conmovedor en el estrecho abrazo de una gran nacion y de un grande hombre, dado y recibido al borde del abismo.

Fuera de esto, era y fue el obispo de D.—en todo justo, verdadero, equitativo, inteligente, humilde y digno, benéfico y benévolo, que es una especie de beneficencia tambien. Era un sacerdote, un sabio y un hombre. Pero, debe decirse, aun en esta opinion política que acabamos de reprocharle y que estamos dispuestos á juzgar casi siempre con severidad, era tolerante y fácil, tal vez mas que los mismos que le censuramos.

El portero de la casa de Ayuntamiento habia sido colocado en aquel puesto por el Emperador. Era un antiguo sargento de la vieja guardia, legionario de Austerlitz, mas bonapartista que el águila. Aquel pobre diablo dejaba escapar á cada momento, y sin reflexion, palabras que las leyes de entonces calificaban de *dichos sediciosos*. Desde que el perfil imperial habia desaparecido de la legion de honor, nunca se vestia *con*



Digitized by Google

*arreglo á ordenanza*, como él decia, á fin de no tener que ponerse su cruz. Habia quitado por sí mismo devotamente la efigie imperial de la cruz que Napoleon le habia dado, lo cual habia causado un agujero en la condecoracion, que no quiso tapar con nada. *Antes morir*, decia, *que llevar sobre mi corazon los tres sapos*. Burlábase en alta voz de Luis XVIII: *Viejo gotoso*, decia, *con calzones de inglés: váyase á Prusia con su escorzonera;* considerándose feliz por poder reunir en una misma imprecacion las dos cosas que mas cordialmente aborrecia: la Prusia y la Inglaterra.

Por fin, tanto hizo, que perdió su empleo. Quedóse sin pan, en medio de la calle, con su mujer y sus hijos. El obispo le llamó; le riñó con dulzura, y le nombró portero de la catedral.

En nueve años, á fuerza de santas acciones y de afables modales, monseñor Bienvenido habia llenado la ciudad de D.—de una especie de veneracion tierna y filial. Hasta su conducta respecto de Napoleon fue aceptada, y como tácitamente perdonada por el pueblo, bueno y débil rebaño que adoraba á su Emperador, pero que amaba á su obispo.

Digitized by Google

# XII.

## SOLEDAD DE MONSEÑOR BIENVENIDO.

Hay casi siempre alrededor de un obispo una turba de cleriguillos, como en rededor de un general hay una bandada de oficiales. Estos son los que el bueno y sencillo San Francisco de Sales llama, no sé dónde, «curas boqui-rubios.» Toda carrera tiene sus aspirantes, que naturalmente forman el séquito de los que han llegado á su término. No hay poder que no tenga su comitiva, ni fortuna que no tenga su corte. Los buscadores del porvenir hormiguean en derredor del presente espléndido. Toda metrópoli tiene su estado mayor: todo obispo un poco influyente, lleva en pos de sí una nube de querubines seminaristas, que hacen la ronda y conservan el órden en el palacio episcopal, y montan la guardia á la sonrisa de Su Ilustrísima. Agradar á un obispo es poner el pié en el estribo para un subdiaconato. Es menester andar el camino: el apostolado no desdeña las canongías.

Así como en otros ramos hay cargos pingües, en la Iglesia hay buenas mitras. Estas las desempeñan obispos que están bien con la córte; ricos, con rentas, hábiles, aceptados por el mundo, que sin duda

Digitized by Google

saben orar, pero que tambien saben solicitar; poco escrupulosos de que toda una diócesi haga antesala á su persona; lazos de union entre la sacristía y la diplomacia; mas bien clérigos que sacerdotes; mas bien prelados que obispos. ¡Feliz el que á ellos se aproxima!

Como son gente de crédito, hacen llover en torno suyo, sobre los servidores solícitos y los favoritos, y sobre toda esa juventud que sabe agradar, los buenos curatos, las prebendas, los arcedianatos, las capellanías y las canongías, mientras llegan las dignidades episcopales. Al avanzar ellos mismos, hacen progresar á sus satélites: es cada uno de ellos todo un sistema solar en marcha. Su esplendor irradia sobre su séquito; su prosperidad se distribuye entre sus paniaguados en buenas promociones y buenos ascensos. Cuanto mayor es la diócesi del patrono, mayor es el curato del favorito; y luego á Roma por todo. Un obispo que sabe llegar á ser arzobispo, un arzobispo que sabe alzarse á cardenal, os lleva como conclavista; entrais en la Rota; teneis el palio; os veis hecho auditor, camarero, monseñor. Despues, desde la ilustrísima á la eminencia no hay mas que un paso, y entre la eminencia y la santidad no hay mas que el humo de un escrutinio. Todo bonete puede soñar con la tiara: el sacerdote es en nuestros dias el único hombre que puede regularmente llegar á ser rey; ¡y qué rey! ¡el rey supremo! Así, ¡qué semillero de aspirantes en un seminario! ¡Qué de niños de coro rubicundos, qué de jóvenes presbíteros llevan en la cabeza el cántaro de la lechera! ¡Qué facilmente la ambicion se oculta bajo el nombre de vocacion, de buena fé tal vez y engañándose á sí misma, cándida como es!

Monseñor Bienvenido, humilde, pobre, particular, no se contaba entre las buenas mitras. Era esto visible en la completa ausencia de clérigos jóvenes que se notaba en torno suyo. Ya se ha visto que en París «no habia petado.» Ni un solo porvenir pensaba apoyarse en el solitario anciano; ni una ambicion en flor cometia la locura de cobijarse bajo su sombra. Sus canónigos y sus vicarios eran buenos viejos como él, como él tambien un poco plebeyos, encerrados con él en aquella diócesi sin salida al cardenalato, y que se parecian á su obispo, con la diferencia de que ellos eran finitos, y él era cabal.

Se comprendia tan perfectamente la imposibilidad de medrar cerca de monseñor Bienvenido, que apenas salian del seminario los jóvenes

Digitized by Google

tonsurados y ordenados por él, se hacian recomendar á los obispos de Aix ó de Auch, y se marchaban á escape; porque al cabo, no es necesario repetirlo, todo el mundo quiere que le den la mano. Un santo que vive en un escéso de abnegacion es una vecindad peligrosa. Podria muy bien comunicar por contagio una pobreza incurable, la enquilosis de las articulaciones útiles al adelantamiento, y en suma, mas desprendimiento del que se quiere tener: por eso se huye de esa virtud sarnosa. De aquí el aislamiento de monseñor Bienvenido. Vivimos en una sociedad sombría. Medrar: tal es la enseñanza que gota á gota cae de la corrupcion á plomo sobre nosotros.

Dicho sea de paso, el éxito es una cosa bastante fea. Su falso parecido con el mérito engaña á los hombres de tal modo, que para la multitud, el triunfo tiene casi el mismo rostro que la superioridad. El éxito, ese menecmo del talento, tiene una víctima á quien engaña, y es la historia. Juvenal y Tácito son los únicos que de él murmuran. En nuestros dias ha entrado de sirviente en casa del éxito una filosofía casi oficial, que lleva la librea de su amo, y hace el oficio de lacayo en la antesala. Medrad: esta es la teoría. Prosperidad supone capacidad. Ganad á la lotería, y sois un hombre hábil. Quien medra es venerado. Naced de pié: todo consiste en esto. Aprovechad la ocasion de medrar y tendreis lo demás; sed afortunado y os creerán grande. Fuera de cinco ó seis escepciones inmensas, que son el orgullo y la luz de un siglo, la admiracion contemporánea no es sino miopía: se toma el similor por el oro: no importa que uno sea advenedizo si llega á su objeto el primero. El vulgo es un viejo Narciso que se adora á sí mismo, y que aplaude todo lo vulgar. Esa facultad enorme por la cual un hombre es Moisés, Esquilo, Dante, Miguel Angel ó Napoleon, la multitud la concede por unanimidad y por aclamacion á quien alcanza su fin, sea en lo que quiera. Que un notario se transforme en diputado; que un falso Corneille haga el *Tiridates*; que un eunuco llegue á poseer un harem; que un militar adocenado gane por casualidad la batalla decisiva de una época; que un boticario invente las suelas de carton para el ejército del Sambre-et-Meuse, y adquiera, con el carton vendido por suela, cuatrocientas mil libras de renta; que un buhonero se case con la usura, y tenga de ella por hijos siete ú ocho millones de francos; que un predicador gerundiano llegue á ser obispo;

Digitized by Google

que á un mayordomo de buena casa, al salir del servicio se le haga ministro de Hacienda, no importa: los hombres llaman á esto genio, lo mismo que llaman Belleza á la figura de Mosqueton, y Magestad á la tiesura de Claudio. Confunden con las constelaciones del firmamento las huellas estrelladas que dejan en el cieno blando de un lodazal las patas de los gansos.

Digitized by Google

# XIII.

## LO QUE CREIA.

Bajo el punto de vista de la ortodoxia, no tenemos por qué sondear al obispo de D.—Ante una alma semejante solo sentimos respeto. La conciencia del justo debe ser creida sobre su palabra. Además, dadas ciertas naturalezas, admitimos el desarrollo posible de todas las bellezas de la virtud humana en una creencia diversa de la nuestra.

¿Qué pensaba de este dogma ó de aquel misterio? Estos secretos del fuero interno solo son conocidos de la tumba, donde las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros es de que nunca las dificultades de la fé se resolvian por él con hipocresía. En el diamante no es posible ninguna podredumbre. Creia lo mas que podia. *Credo in patrem* esclamaba con frecuencia. Hallaba, además, en las buenas obras esa cantidad de satisfaccion que basta á la conciencia, y que os dice por lo bajo: ¡Tú estás con Dios!

Lo que sí debemos observar es que, fuera, y por decirlo así, mas allá de su fé, tenia un esceso de amor. Por esto, *quia multum amavit*, es por lo que le juzgaban vulnerable los « hombres serios » « las personas graves, » y la « gente sensata » locuciones favoritas de nuestro triste mundo, en que el egoismo recibe el santo y seña del pedantismo.

Digitized by Google

¿Qué era este esceso de amor? Era una benevolencia tranquila, serena, que pasando mas allá del hombre, como ya hemos indicado, en ocasiones se hacia estensiva á las cosas. Vivia sin desden hácia nadie ni hácia nada. Era indulgente para con lo creado por Dios. Todo hombre, aun el mejor, tiene en sí cierta dureza irreflexiva que reserva siempre para el animal. El obispo de D.—carecia de esa dureza, particular, sin embargo, á muchos sacerdotes. No llegaba hasta el respeto del brahman á los seres vivientes; pero parecia haber meditado esta frase del Eclesiástes: « ¿Sabes á donde va el alma de los animales? » La fealdad del aspecto, las deformidades del instinto, ni le turbaban ni le indignaban, antes bien le conmovian y casi le enternecian. Parecia como si quisiera investigar, mas allá de la vida aparente, la causa, la esplicacion, ó la escusa de aquellas deformidades. En ciertos momentos parecia pedir á Dios conmutaciones. Examinaba sin cólera y con la mirada del lingüista que descifra un palimpsesto, la cantidad de caos que existe todavía en la naturaleza. En estas meditaciones dejaba á veces escapar palabras estrañas. Una mañana estaba en el jardin; se creia solo; pero su hermana paseaba detrás sin que él la viese: de repente se paró; miró algo en el suelo: era una araña gorda, negra, velluda, horrible. Su hermana le oyó decir:—¡Pobre animal! no es culpa suya.

¿Por qué ocultar estas niñerías casi divinas de la bondad? ¿Son puerilidades? Que lo sean. Pero estas puerilidades sublimes han sido las de San Francisco de Asis, y las de Marco Aurelio. Un dia se causó una pequeña dislocacion en un pié por no haber querido aplastar una hormiga.

Asi vivia este hombre justo. Algunas veces se dormia en su jardin, y entonces nada habia mas venerable que su semblante.

Si hemos de dar crédito á lo que se contaba de su juventud y aun de su virilidad, monseñor Bienvenido habia sido en otro tiempo un hombre apasionado y quizá violento. Su mansedumbre universal, mas que un instinto natural, era el resultado de una gran conviccion, filtrada en su corazon al través de la vida, y que habia caido lentamente en él, pensamiento á pensamiento, porque en un carácter como en una roca puede haber agujeros causados por gotas de agua. Estas cavidades son indelebles: estas formaciones son indestructibles.

En 1815, creemos haberlo ya dicho, contaba setenta y cinco años,

Digitized by Google

si bien no aparentaba tener mas de sesenta. No era alto: tenia cierta obesidad, y para combatirla daba largos paseos á pié: su paso era firme, y su cuerpo estaba ligeramente encorvado, detalle del cual nada pretendemos deducir. Monseñor Bienvenido tenia lo que el pueblo llama «una hermosa cabeza;» pero era tan amable, que hacia olvidar su hermosura.

Cuando hablaba con esa alegría infantil, que era una de sus gracias, y á la cual ya hemos aludido, causaba cierto placer estar al lado suyo, y parecia que de toda su persona brotaba alegría. Su tez, de buen color y fresca; sus dientes perfectamente blancos, que habia conservado intactos, y que dejaba ver cuando reia, le daban ese aire franco y fácil, que hace decir de un hombre: «es un buen muchacho;» y de un anciano «es un buen hombre.» Este era, si se recuerda, el efecto que habia causado en Napoleon. Al pronto y para el que le veia por primera vez, no era mas que un buen hombre, en efecto. Pero si se pasaban algunas horas á su lado, y á poco que se le viera pensativo, el buen hombre se trasfiguraba poco á poco, y tomaba no sé qué de imponente: su frente espaciosa, serena y augusta por los blancos cabellos que la rodeaban, cobraba mayor magestad por la meditacion: de aquella bondad se desprendia la majestad, pero sin que la bondad dejase de irradiar: esperimentábase algo parecido á la emocion que causaria el ver á un ángel sonriéndose, abrir lentamente sus alas sin dejar de sonreirse.

El respeto, un respeto inesplicable, penetraba por grados, y subia hasta el corazon de todo el que se le acercaba, comprendiendo que tenia delante de sí una de esas almas fuertes, probadas é indulgentes, en las cuales, por lo grande que es el pensamiento, solo puede ya ser suave.

Como se ha visto, la oracion, la celebracion de los oficios religiosos, la limosna, el consuelo á los afligidos, el cultivo de un pedazo de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitalidad, el desprendimiento, la confianza, el estudio, el trabajo, llenaban todos y cada uno de los dias de su vida. *Llenar* es justamente la palabra, adecuada á esta idea; y ciertamente que cada uno de los dias del buen obispo estaba lleno hasta los bordes de buenos pensamientos, de buenas palabras y de buenas acciones. Sin embargo, no era completo, si el tiempo frio ó lluvioso le

Digitized by Google

impedian pasar de noche, luego que las dos mujeres se habian retirado, una ó dos horas en su jardin antes de dormirse.

Parecia que era para él como una especie de rito prepararse al sueño por la meditacion en presencia de los grandes espectáculos que ofrece el cielo por la noche. Agunas veces, á hora bastante avanzada de esta, si las dos mujeres no dormian, le oian pasear lentamente por las calles del jardin. Hallábase allí solo consigo mismo, recogido, apacible, adorando, comparando la serenidad de su corazon con la serenidad del éter, conmovido en las tinieblas por los resplandores visibles de las constelaciones, y por los invisibles resplandores de Dios, abriendo su alma á los pensamientos que brotan de lo desconocido.

En aquellos momentos, cuando á la hora en que las flores nocturnas ofrecen su perfume, ofrecia su corazon, ardiendo como una lámpara en el centro de la noche estrellada, esparciéndose en éxtasis en medio de la irradiacion universal de la creacion, ni él mismo hubiera podido decir lo que pasaba en su espíritu. Sentia algo que se lanzaba fuera de él, y algo tambien que descendia sobre él. Misteriosas relaciones entre los abismos del alma y los abismos del universo.

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios; en la eternidad futura, estraño misterio; en la eternidad pasada, misterio mas estraño todavía; en todos los infinitos que se hundian ante sus ojos en todos sentidos; y sin tratar de comprender lo incomprensible, lo miraba. No estudiaba á Dios; se deslumbraba contemplándole en sus obras. Consideraba aquellos magníficos enlaces de los átomos que dan aspecto á la materia; que revelan las fuerzas evidenciándolas; que crean los individuos en la unidad, las proporciones en la estension, lo innumerable en lo infinito, y que por la luz producen la belleza. Estos enlaces se forman y deshacen sin cesar: de aquí la vida y la muerte.

Sentábase en un banco de madera pegado á una parra decrépita; y miraba los astros al través de los brazos descarnados y raquíticos de sus árboles frutales. Aquel pedazo de tierra tan pobremente plantado, tan lleno de cobertizos y casuchas, le bastaba, y sentia cariño hácia él.

¿Qué mas necesitaba aquel anciano, que repartia los ocios de su vida, donde tan poco lugar habia de estar ocioso, entre cuidar su jardin de dia, y la contemplacion de noche? Aquel estrecho cercado que tenia por bóveda los cielos, ¿no era bastante para poder adorar á Dios, ya en

Digitized by Google

sus obras mas hermosas, ya en las mas sublimes? ¿qué mas podia desear? Un pequeño jardin para pasearse, y la inmensidad para meditar. A sus piés lo que podia cultivar y recoger; sobre su cabeza lo que se puede estudiar y meditar: algunas flores sobre la tierra, y todas las estrellas en el cielo.

Digitized by Google

# XIV.

## LO QUE PENSABA.

Una palabra para concluir.

Como los pormenores de esta clase, particularmente en el momento en que estamos, y para servirnos de una espresion moderna, podrian dar al obispo de D.—cierta fisonomía «panteista» y hacer creer, ya en contra, ya en favor suyo, que profesaba una de esas filosofías personales propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los ánimos solitarios, y en ellos se arraigan, se desarrollan y crecen hasta reemplazar á la religion, debemos decir, é insistimos en ello, que ninguno de cuantos han conocido á monseñor Bienvenido se ha creido autorizado para pensar nada semejante de él. Lo que en aquel hombre resplandecia era el corazon. Su sabiduría era hija de la luz que aquel producia.

Ningun sistema, muchas obras: tal era su conducta. Las especulaciones abstractas acaban por producir vértigos; y nada indica que aventurase su espíritu en los apocalipsis. El apóstol puede ser osado; pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulo de sondear demasiado el fondo de ciertos problemas, reservados en algun modo á los grandes y atrevidos pensadores. A las puertas del enigma hay cierto horror sagrado: aquellos sombríos caminos, están allí abiertos, pero alguna cosa os grita, pasajeros de la vida, que no entreis allí. Desgraciado del que por ellos penetra.

Digitized by Google

Los genios, en las inauditas profundidades de la abstraccion y de la especulacion pura, situados, por decirlo asi, por encima de los dogmas, proponen sus ideas á Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusion: su adoracion interroga. Esta es la religion directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para quien trata de probar sus escarpados senderos.

La meditacion humana no tiene límites. A su costa y riesgo analiza y profundiza su propio deslumbramiento. Podria decirse que por una especie de reaccion espléndida, deslumbra con él á la naturaleza. El mundo misterioso que nos rodea devuelve lo que recibe: es probable que los contempladores sean contemplados. Sea como quiera, hay sobre la tierra hombres,—¿son hombres?—que perciben distintamente al estremo de los horizontes de la meditacion, las alturas de lo absoluto, y que tienen la terrible vision de la montaña infinita. Monseñor Bienvenido no era de estos hombres: monseñor Bienvenido no era un genio. Hubiera temido en tal caso esas sublimes concepciones, desde donde algunos, muy grandes, como Pascal y Swedenborg, han caido en la demencia. Es verdad que esos poderosos delirios tienen su utilidad moral, y que por esos árduos caminos se acerca uno á la perfeccion ideal. El preferia la travesía que abrevia: el Evangelio.

No trataba de hacer en su casulla los pliegues del manto de Elías: no proyectaba ningun rayo del porvenir sobre los vaivenes tenebrosos de los acontecimientos: no trataba de condensar en llama la luz de las cosas: nada tenia de profeta, y nada de mago. Aquella alma humilde amaba y nada mas.

Que dilatase la oracion hasta una aspiracion sobrehumana, es probable; pero nunca se ora demasiado, ni se ama demasiado tampoco. Y si fuera una herejía orar aun mas allá de los testos, Santa Teresa y San Gerónimo serian herejes.

Inclinábase hácia lo que gime y hácia lo que expía. El universo se le aparecia como una inmensa enfermedad; sentia en todas partes la calentura; auscultaba en todas partes el padecimiento, y sin tratar de adivinar el enigma, procuraba vendar y curar la llaga.

El tremendo aspecto de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento: no se ocupaba sino en buscar para sí mismo y para los demás la manera mejor de compadecer y aliviar: cuanto existe era para

Digitized by Google

aquel bueno y raro sacerdote un motivo permanente de tristeza que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan en la estraccion del oro; él trabajaba en la estraccion de la piedad. La miseria universal era su mina; el dolor por todas partes esparcido, era para él siempre ocasion de bondad. *Amaos los unos á los otros:* en esta máxima lo encontraba todo, nada mas deseaba, y esta era toda su doctrina.

Un dia, aquel hombre que se creia «filosofo,» aquel senador que ya hemos nombrado, dijo al obispo:

—Mirad el espectáculo que ofrece el mundo: guerra de todos contra todos: el mas fuerte es el de mas talento. Vuestro «*amaos los unos á los otros*» es una tontería.

—*Pues bien*, respondió monseñor Bienvenido sin disputar, *si eso es una tontería, el alma debe encerrarse en ella como la perla dentro de la concha de la ostra.*

Y en ella se encerraba, y de ella vivia, y con ella se satisfacia absolutamente, dejando á un lado las cuestiones prodigiosas que atraen y que espantan; las perspectivas insondables de la abstraccion; los precipicios de la metafísica; todas esas profundidades, convergentes para el apóstol hácia Dios, para el ateo hácia la nada: el destino; el bien y el mal; la guerra del ser contra el ser; la conciencia del hombre; el somnambulismo pensativo del animal; la trasformacion por la muerte; la recapitulacion de existencias que contiene la tumba; el ingerto incomprensible de los amores sucesivos en el yo persistente; la esencia, la sustancia, el Nihil y el Ens, el alma, la naturaleza, la libertad, la necesidad; problemas pavorosos, precipicios siniestros, á los cuales se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu humano, formidables abismos que Manú, Lucrecio, San Pablo y Dante contemplan con esa mirada fulgurante que parece, al mirar fijamente al infinito, que hace brotar en él estrellas.

Monseñor Bienvenido era sencillamente un hombre que observaba desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas, y sin perturbar su propio espíritu, y que tenia en el alma el grave respeto de la sombra.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Digitized by Google

# LIBRO SEGUNDO.

## LA CAIDA.

Digitized by Google

Digitized by Google

# I.

## LA NOCHE DE UN DIA DE MARCHA.

En los primeros dias del mes de octubre de 1815, como una hora antes de ponerse el sol, un hombre que viajaba á pie entraba en la pequeña ciudad de D.—Los pocos habitantes que en aquel momento estaban asomados á sus ventanas ó en el umbral de sus casas, miraban á aquel viajero con cierta especie de inquietud. Difícil hubiera sido hallar un transeunte de aspecto mas miserable. Era un hombre de mediana estatura, rechoncho y robusto, en la fuerza de la edad; y como de cuarenta y seis á cuarenta y ocho años. Un casquete con visera de cuero, calado hasta los ojos, ocultaba en parte su rostro tostado por el sol y el aire, y todo cubierto de sudor. Su camisa, de una tela gorda y amarillenta, abrochada al cuello con una pequeña áncora de plata, dejaba ver su velludo pecho: llevaba una corbata retorcida como una cuerda; un pantalon de cutí azul, usado y roto, blanco en una rodilla, agujereado en la otra; una vieja blusa gris hecha girones, remendada en una de las mangas con un pedazo de paño verde cosido con bramante; un morral de soldado á la espalda, bien repleto, bien cerrado y nuevo; en la mano un enorme palo nudoso, los pies sin medias, calzados con gruesos zapatos claveteados, la cabeza esquilada y la barba larga.



Digitized by Google

El sudor, el calor, el viajar á pie, el polvo, añadian no sé qué de sórdido á aquel conjunto derrotado.

Sus cabellos estaban cortados al rape, y sin embargo, erizados, porque comenzaban á crecer un poco y parecia que no habian sido cortados hacia algun tiempo.

Nadie le conocia. Evidentemente era forastero. ¿De dónde venia? Del Mediodía; de las orillas del mar, tal vez, pues hacia su entrada en D.—por la misma calle que siete meses antes habia visto pasar á Napoleon, yendo de Cannes á París. Aquel hombre debia de haber caminado todo el dia, pues parecia muy fatigado.

Algunas mujeres del antiguo arrabal, que está en lo bajo de la ciudad, le habian visto pararse junto á los árboles del boulevard Gassendi y beber en la fuente que hay al estremo del paseo. Mucha debia de ser su sed, porque algunos chicos que le seguian le vieron pararse de nuevo y volver á beber, doscientos pasos mas lejos, en la fuente de la plaza del Mercado.

Al llegar á la esquina de la calle de Poichevert, tomó por la izquierda y se dirigió hácia el ayuntamiento. Entró en él y volvió á salir un cuarto de hora despues. Un gendarme estaba sentado á la puerta, en el banco de piedra mismo en que el general Drouot habia subido el 4 de marzo para leer á la muchedumbre afanada de los habitantes de D.—la proclama del golfo Juan. El hombre se quitó su casquete y saludó humildemente al gendarme.

El gendarme, sin contestar á su saludo, le miró atentamente, le siguió algun tiempo con la vista, y luego entró en la casa de ayuntamiento.

Habia entonces en D.—una buena posada que, segun la muestra, se titulaba de *La Cruz de Colbas*. Aquella posada tenia por dueño á un tal Joaquin Labarre, hombre considerado en la ciudad por su parentesco con otro Labarre que tenia en Grenoble la posada de los *Tres Delfines*. Contábase que el general Bertrand, disfrazado de carretero, habia hecho allí frecuentes paradas en el mes de febrero, y que habia distribuido cruces y puñados de napoleones á la gente de la ciudad y del campo. El hecho es que el Emperador, cuando entró en Grenoble, no quiso hospedarse en el palacio de la prefectura, y dió las gracias al alcalde diciéndole: *Voy á casa de un hombre á quien conozco* y se fué á los *Tres Delfines*. La

Digitized by Google

gloria de este Labarre se reflejaba á veinticinco leguas de distancia sobre el Labarre de *La Cruz de Colbas*. Y en la ciudad decian de él: *es el primo del de Grenoble*.

Encaminóse el hombre hácia esta posada, que era la mejor del pais, y entró en la cocina, á la cual se pasaba directamente desde la calle. Todas las hornillas estaban encendidas, y un gran fuego ardia alegremente en la chimenea. El posadero, que era al mismo tiempo jefe de cocina, iba del hogar á las cacerolas, muy ocupado en vigilar una escelente comida, destinada á unos carreteros á quienes se oia hablar y reir ruidosamente en una pieza inmediata.

Todo el que ha viajado sabe que nadie come mejor que los carreteros. Una liebre bien gorda, flanqueda por dos perdices y dos gallinas, daba vueltas en un largo asador delante del fuego: en las hornillas cocian dos gruesas carpas del lago de Lanzet, y una trucha del lago de Alloz.

El posadero, al oir abrirse la puerta y entrar uno, preguntó sin apartar la vista de sus hornillas:

—¿Qué ocurre?

—Cama y comida, dijo el hombre.

—Al momento, replicó el huésped. Entonces volvió la cabeza, abrazó con una rápida ojeada todo el conjunto del viajero, y añadió: pagando por supuesto.

El hombre sacó una gran bolsa de cuero del bolsillo de su blusa y contestó:

—Tengo dinero.

—En ese caso, al momento soy con vos, dijo el huésped.

El hombre volvió á meter la bolsa en la blusa; se quitó el morral, lo puso en el suelo cerca de la puerta, conservó su palo en la mano, y fué á sentarse en un banquillo cerca del fuego.

Las noches de octubre son frias en D.—que está cerca de las montañas. Entre tanto el huésped, yendo y viniendo de un lado para otro, no hacia mas que mirar al viajero.

—¿Se come pronto? preguntó este.

—Al momento, dijo el huésped.

Mientras el recien venido se calentaba con la espalda vuelta al posadero, este sacó un lápiz del bolsillo, rasgó un pedazo de periódico que

Digitized by Google

habia sobre una mesa pequeña cerca de la ventana, escribió en el márgen blanco una línea ó dos, lo dobló sin cerrarlo, y entregó aquel papel á un muchacho que parecia servirle á la vez de pinche y de criado. Despues dijo una palabra al oido del chico, y este marchó corriendo en direccion á la casa de ayuntamiento.

El viajero nada de esto habia visto.

Volvió á preguntar otra vez:

—¿Comeremos pronto?

—En seguida, volvió á contestar Labarre.

Volvió el muchacho; traia un papel. El huésped lo desdobló apresuradamente, como quien está esperando una contestacion. Leyó atentamente, movió la cabeza y permaneció pensativo. Por fin dió un paso hácia el viajero, que parecia sumido en no muy agradables ni tranquilas reflexiones.

—Buen hombre, le dijo, no puedo recibiros en mi casa.

El hombre se medio enderezó sobre su asiento.

—¡Cómo! ¿Temeis que no pague el gasto? ¿Quereis cobrar anticipado? Os digo que tengo dinero.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Vos teneis dinero.

—He dicho que sí.

—Pero yo, dijo el posadero, no tengo cuarto que daros.

El hombre replicó tranquilamente:

—Dejadme un sitio en la cuadra.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque los caballos la ocupan toda.

—Pues bien, insistió el viajero, ya habrá un rincon en el pajar, y un poco de paja no faltará tampoco. Lo arreglaremos despues de comer.

—No puedo daros de comer.

Esta declaracion, hecha con tono mesurado, pero firme, pareció grave al forastero, el cual se levantó.

—¡Bah! me estoy muriendo de hambre. Estoy en pie desde que salió el sol; he andado doce leguas. Pago y quiero comer.

—Yo no tengo qué daros, dijo el posadero.

Digitized by Google

JUAN VALJEAN.

Digitized by Google

Digitized by Google

El hombre soltó una carcajada, y volviéndose hácia el hogar y las hornillas, preguntó:

—¿Nada? ¿Y todo esto?

—Todo eso está ya comprometido.

—¿Por quién?

—Por los carreteros que están allá dentro.

—¿Cuántos son?

—Doce.

—Ahí hay comida para veinte.

—Lo han encargado todo, y además me lo han pagado adelantado.

El hombre se sentó, y sin alzar la voz dijo:

—Estoy en la hostería, tengo hambre y me quedo.

El posadero se inclinó entonces hácia él, y le dijo con un acento que le hizo estremecer:

—Marchaos.

El viajero estaba en aquel momento encorvado, y empujaba algunas brasas con la contera de su garrote. Volvióse bruscamente, y como abriese la boca para replicar, el huésped le miró fijamente y añadió en voz baja:

—Mirad, basta de conversacion. ¿Quereis que os diga vuestro nombre? Os llamais Juan Valjean. Ahora, ¿quereis que os diga tambien lo que sois? Al veros entrar sospeché algo; envié á preguntar al ayuntamiento, y ved lo que me han contestado: ¿sabeis leer?

Al hablar asi Labarre presentaba al viajero, desdoblado, el papel que acababa de ir desde la hostería á la alcaldía, y de esta á aquella. El hombre fijó en él una mirada. El hostalero añadió despues de una pausa:

—Me gusta ser político con todo el mundo. Marchaos.

El hombre bajó la cabeza, recogió el morral que habia dejado junto á la puerta al entrar, y se marchó.

Echó por la calle principal; caminaba á la casualidad, pegado casi á las paredes de las casas, como un hombre humillado y triste. No volvió la cabeza ni una sola vez. Si la hubiera vuelto, hubiera visto al posadero de *la Cruz de Colbas* en el umbral de la puerta, rodeado de todos los huéspedes de la posada hablando con viveza, y señalándole con la mano; y en las miradas de desconfianza y de espanto del grupo habria adivi-

Digitized by Google

nado que antes de mucho su llegada seria el acontecimiento de aquel dia en la ciudad.

Nada de esto vió: las personas agoviadas por algun pesar no miran detrás de sí. Saben demasiado que les sigue siempre su mala suerte.

Caminó asi algun tiempo andando á la ventura por calles que no conocia, olvidando el cansancio, como sucede cuando el ánimo está triste. De pronto sintióse aguijado por el hambre. La noche se acercaba. Miró en derredor para ver si descubria algun sitio donde recogerse.

La posada se habia cerrado para él: buscaba algun humilde figon, algun pobre chiribitil.

Precisamente ardia una luz al estremo de la calle: una rama de pino colgada de una horquilla de hierro se destacaba sobre el fondo blanquecino del crepúsculo. Se dirigió hácia allá.

Era en efecto un figon, y al propio tiempo una casa para dormir: el figon de la calle de Chaffaud.

El viajero se detuvo un momento, miró por los vidrios de la puerta el interior de la sala baja del figon, iluminada por una pequeña lámpara colocada sobre una mesa, y por un gran fuego que ardia en la chimenea. Algunos hombres bebian. El tabernero se calentaba. La llama hacia cocer el contenido de una marmita de hierro, colgada de una cadena en medio del hogar.

Entrábase al figon, que como ya hemos dicho, era tambien una especie de posada, por dos puertas. La una daba á la calle; la otra á un pequeño corral lleno de estiercol.

El viajero no se atrevió á entrar por la puerta de la calle. Entró en el corral, se detuvo de nuevo, luego levantó tímidamente el pestillo, y empujó la puerta.

—¿Quién vá? dijo el amo.

—Uno que quiere cenar y dormir.

—Las dos cosas pueden hacerse aquí.

Entró. Todos cuantos se hallaban en el figon se volvieron hácia él. La luz de la lámpara le iluminaba por un lado: el fuego de la chimenea por otro. Examináronle algun tiempo mientras se despojaba de su moral.

El huésped le dijo

—Aquí teneis fuego. La cena cuece en la marmita; venid á calentaros, camarada.

Digitized by Google

El viajero fué á sentarse junto al hogar: estendió hácia el fuego sus piés doloridos por el cansancio: un agradable olor se exhalaba de la marmita. Todo lo que de su rostro se podia distinguir bajo la visera de su casquete, tomó un vago aspecto de bienestar mezclado con ese otro aspecto tan punzante que dá el hábito del padecimiento.

Su semblante era firme, enérgico y triste. Era estraña por demás la composicion de aquella fisónomía: comenzaba por parecer humilde, y acababa por parecer severa. Los ojos brillaban bajo las cejas, como el fuego bajo la maleza.

Uno de los que estaban sentados junto á la mesa del figon era un pescadero, que antes de ir á él habia estado á dejar su caballo en la posada de Labarre. La casualidad habia hecho que aquella misma mañana hubiera encontrado á aquel viandante de mal aspecto entre Bras d'Asse y..... (he olvidado el nombre: creo que ha de ser Escoublon). Ahora bien, al encontrarle el viajero, que parecia muy fatigado ya, le habia pedido que le permitiera subirse á la grupa, á lo que el pescadero solo contestó doblando el paso de su cabalgadura. Este pescadero formaba parte media hora antes del grupo que rodeaba á Joaquin Labarre, y él mismo habia contado su desagradable encuentro de por la mañana á los huéspedes de *la Cruz de Colbas*.

Desde el sitio en que estaba hizo al figonero una seña imperceptible. Este se acercó á él, y hablaron algunas palabras en voz baja. El hombre habia vuelto á caer en sus meditaciones.

El figonero se acercó á la chimenea, puso bruscamente la mano en el hombro del viajero, y le dijo:

—Vas á largarte de aquí.

El viajero se volvió, y contestó con dulzura.

—¡Ah! ¿sabeis?....

—Sí.

—¿Que no me han admitido en la posada?

—Y yo te echo de aquí.

—¿Pero á dónde quereis que vaya?

—A cualquier parte.

El hombre cogió su garrote y su morral, y se marchó.

Al salir, algunos chiquillos que le habian seguido desde *la Cruz de Colbas*, y que parecia que le habian esperado, le empezaron á tirar pie-

Digitized by Google

dras. Volvió atrás colérico, y les amenazó con el palo; y los muchachos se dispersaron como una bandada de pájaros.

Pasó por delante de la cárcel. A la puerta colgaba una cadena de hierro unida á una campana. Llamó.

Abrióse un postigo.

—Buen carcelero, le dijo quitándose respetuosamente la gorra, ¿quereis abrirme y darme alojamiento por esta noche?

Una voz le contestó:

—La cárcel no es una posada. Haced que os prendan, y se os abrirá.

El postigo volvió á cerrarse.

Entró en una callejuela á la cual daban muchos jardines. Algunos en vez de tapia solo estaban cerrados por un pequeño seto, lo cual alegraba la calle. Entre estos jardines y estos setos vió una casa de un solo piso, cuya ventana aparecia iluminada. Acercóse, y miró por la vidriera como habia hecho en la taberna. Era una habitacion grande enjalbegada: habia en ella una cama con colcha de indiana, una urna en un rincon, algunas sillas de madera, y una escopeta de dos cañones colgada de la pared. En medio se veia una mesa dispuesta para comer. Un velon de cobre iluminaba el mantel de tela gorda, pero blanca, el vaso de estaño reluciente como si fuera de plata, lleno de vino, y una sopera oscura humeante. A la mesa estaban sentados un hombre como de cuarenta años, de fisonomía alegre y franca, que hacia brincar sobre sus rodillas un niño. Cerca de él estaba una mujer jóven, dando de mamar á otro niño. El padre reia, el niño reia tambien, la madre se sonreia.

El forastero permaneció un momento meditabundo ante aquel espectáculo tierno y tranquilo. ¿Qué pasó en su ánimo? Solo él pudiera decirlo. Es probable que pensara que aquella casa alegre tambien seria hospitalaria, y que allí donde veia tanta dicha, hallaria tal vez un poco de piedad.

Llamó débilmente con la mano á uno de los vidrios.

No le oyeron.

Dió un segundo golpe.

Oyó que la mujer decia al marido:

—Hombre, me parece que llaman.

—No, contestó el marido.

Llamó por tercera vez.

Digitized by Google

El marido se levantó, cogió el velon y abrió la puerta.

Era un hombre alto, medio campesino, medio artesano, con un gran delantal de cuero que le subia hasta los hombros. En la parte del pecho, convertida en una especie de bolsillo, llevaba un martillo, un pañuelo encarnado, una caja de tabaco y varios otros objetos. Tenia la cabeza echada hácia atrás; y la camisa abierta y el cuello vuelto dejaban desnudo el suyo, que era blanco y grueso como el de un toro. Sus cejas eran muy espesas, sus bigotes grandes y poblados; sus ojos relucian á la flor de la cara; y la parte inferior del rostro, semejante al de un perro de presa, tenia ese aire de estar en su casa, que es una cosa inesplicable.

—Buen hombre, perdonad, dijo el viajero. ¿Podriais darme, pagando por supuesto, un plato de sopa y un rincon en ese cobertizo del jardin para pasar la noche? ¿Podriais dármelo, pagando?

—¿Quién sois? preguntó el amo de la casa.

El hombre contestó:

—Vengo de Puy-Moisson. He caminado todo el dia: he andado doce leguas. ¿Podriais proporcionarme lo que os pido, pagándolo?

—No hay duda que no me negaria á alojar á nadie con tal que me lo pagase bien. Pero ¿por qué no habeis ido á la posada?

—No habia lugar ya en ella.

—¡Bah! no es posible. Hoy no ha sido dia ni de feria, ni de mercado. ¿Habeis estado en casa de Labarre?

—Sí.

—¿Y bien?

El viajero contestó con turbacion:

—No sé por qué, pero no me ha recibido.

—¿Por qué no habeis ido al figon de la calle de Chaffaud?

La turbacion del forastero crecia por momentos.

—No me ha querido recibir tampoco, balbuceó.

El rostro del artesano tomó una viva espresion de desconfianza: miró al viajero de la cabeza á los piés, y de pronto esclamó con una especie de estremecimiento:

—¡Ah! ¿sereis vos por ventura el....

Dirigió una nueva mirada al forastero, dió tres pasos atrás, dejó el velon en el suelo, y descolgó la escopeta.

A las palabras del marido *y sereis vos por ventura*... la mujer se le-



Digitized by Google

vantó, cogió sus dos niños en brazos, se refugió precipitadamente detrás de su marido, mirando con espanto al forastero, desnuda la garganta, asustados los ojos, y murmurando en voz baja: ¡tunante!

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos tardado en referirlo. Despues de haber examinado por algunos momentos al viajero, como se examina á una víbora, el dueño de la casa se encaminó á la puerta y le dijo con imperioso acento:

—Vete.

—Por piedad, replicó el hombre: un vaso de agua.

—Un tiro sí que te daré.

Al propio tiempo cerró violentamente la puerta, y el viajero le oyó correr dos gruesos cerrojos. Poco despues cerráronse tambien las maderas de la ventana, y desde fuera se oyó el ruido de una barra de hierro.

Continuaba anocheciendo, y el viento frio de los Alpes comenzaba á soplar. A la luz del espirante dia el forastero descubrió en uno de los jardines que costeaban la calle, una caseta ó choza que le pareció construida con trozos de césped. Atravesó resueltamente la barrera de madera que cerraba el jardin, y se halló dentro de este. Acercóse á la choza: tenia esta por puerta una estrecha abertura muy baja y se parecia á esas construcciones que los peones levantan á la orilla de las carreteras.

Pensó que efectivamente seria aquella alguna choza de peones camineros. Sentia frio y hambre. Estaba resignado á sufrir esta, pero contra el frio queria encontrar un abrigo. Generalmente esta clase de chozas no están habitadas por la noche. Púsose á gatas, y logró penetrar en la choza. Estaba caliente, y además halló en ella una buena cama de paja. Quedóse por un momento tendido en aquel lecho, sin poder hacer ningun movimiento; tal era su cansancio. Luego, como notase que el morral le incomodaba, y que además podia servirle de escelente almohada, púsose á desatar una de las correas. En aquel momento se oyó un gruñido: alzó los ojos y vió que por la abertura de la choza asomaba la cabeza de un mastin enorme.

El sitio en donde estaba era una perrera.

Era el viajero vigoroso y temible: armóse con su garrote, hizo de su morral una especie de escudo, y salió de la choza como pudo, no sin agrandar los desgarrones de su vestido.

Digitized by Google

Salió tambien del jardin; pero andando hácia atrás, obligado, para mantener al perro á distancia respetuosa, á recurrir á ese manejo del palo, que los maestros en el arte llaman el *molinete*.

Cuando, no sin trabajo, hubo vuelto á pasar la barrera, y se halló de nuevo en la calle, solo, sin comida, sin techo, sin abrigo, arrojado hasta de aquella cama de paja, y de aquella zahurda miserable, dejóse caer mas bien que se sentó sobre una piedra, y parece que uno que pasaba le oyó decir:

—Soy menos que un perro.

A poco se levantó y se puso de nuevo á andar. Salió de la ciudad, esperando encontrar algun árbol, ó alguna pila de heno que le diera abrigo.

Caminó un rato con la cabeza siempre baja. Cuando se vió lejos de toda habitacion, alzó los ojos y miró en derredor. Estaba en el campo: ante él habia una de esas colinas bajas, cubiertas de rastrojo que despues de la siega parecen cabezas esquiladas.

El horizonte estaba negro, no solo por efecto de la oscuridad de la noche, sino porque le empañaban nubes muy bajas, que parecian apoyarse en la colina, y que subian cubriendo todo el cielo. Sin embargo, como la luna iba á salir, y flotaba aun en el cenit un resto de claridad crepuscular, aquellas nubes formaban en lo alto del cielo una especie de bóveda blancuzca, desde la cual caia sobre la tierra cierta claridad.

Estaba, pues, la tierra mas iluminada que el cielo, lo cual es de un efecto particularmente siniestro; y la colina, de pobres y mezquinos contornos, dibujábase vaga y descolorida sobre el tenebroso horizonte. Nada habia en el campo ni en la colina mas que un árbol deforme, cuyas ramas se retorcian gimiendo á algunos pasos del viajero. Aquel hombre estaba muy distante de tener esos hábitos delicados de la inteligencia y del espíritu que nos hacen sensibles al aspecto misterioso de las cosas; sin embargo, habia en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura, y en aquel árbol, algo tan profundamente desconsolador, que despues de un momento de inmovilidad y de meditacion, el viajero se volvió atrás bruscamente. Hay momentos en que hasta la naturaleza parece hostil.

Volvióse á la ciudad. Las puertas de D.—estaban ya cerradas. D.—que sostuvo sitios durante las guerras de religion, estaba todavía rodeada en 1815 de viejas murallas flanqueadas de torres cuadradas, que des-

Digitized by Google

pues han sido demolidas. Pasó por una brecha, y entró de nuevo en la poblacion.

Serian como las ocho de la noche. Como no conocia, ni bien, ni mal las calles, volvió á comenzar su paseo á la ventura.

Andando asi, llegó á la prefectura y luego al seminario. Cuando pasó por la plaza de la catedral, enseñó el puño á la iglesia en señal de amenaza.

En la esquina de esta calle hay una imprenta. Allí se imprimieron por primera vez las proclamas del Emperador y de la guardia imperial al ejército, traidas de la isla de Elba, y dictadas por el mismo Napoleon.

Destrozado por el cansancio, y no esperando ya nada, se echó sobre el banco de piedra que estaba á la puerta de aquella imprenta.

Una anciana salia de la iglesia en aquel momento, y vió á aquel hombre tendido en la oscuridad.

—¿Qué haceis, buen amigo? le preguntó.

—Ya lo veis, buena mujer, me acuesto, le contestó con voz colérica y dura.

La buena mujer, bien digna de este nombre por cierto, era la marquesa de R.—

—¿En ese banco? replicó.

—Durante diez y nueve años he tenido un colchon de madera, y hoy tengo un colchon de piedra.

—¿Habeis sido soldado?

—Sí, buena mujer, soldado.

—¿Por qué no vais á la posada?

—Porque no tengo dinero.

—¡Ay! dijo la marquesa de R.—: no llevo en el bolsillo mas que cuatro sueldos.

—Dádmelos.

El viajero tomó los cuatro sueldos; la señora R.—continuó:

—Con tan poco no podeis alojaros en una posada. ¿Habeis probado, sin embargo? Es imposible que paseis así la noche. Tendreis sin duda, frio y hambre. Bien pudieran haberos recibido por caridad.

—He llamado á todas las puertas.

—¿Y qué?

—De todas me han arrojado.

Digitized by Google

La «buena mujer» tocó en el hombro al viajero, y le señaló al otro estremo de la plaza una puerta pequeña al lado del palacio arzobispal.

—¿Habeis llamado, repitió, á todas las puertas?

—Sí.

—¿Habeis llamado á aquella?

—No.

—Pues, llamad á ella.

Digitized by Google

# II.

## LA PRUDENCIA ACONSEJADA Á LA SABIDURÍA.

Aquella noche el obispo de D.—, despues de dar un paseo por la ciudad, permaneció hasta bastante tarde encerrado en su cuarto. Ocupábase en escribir una gran obra sobre los *Deberes*, la cual desgraciadamente ha quedado incompleta. Reunia cuidadosamente cuanto los Padres y Doctores han dicho sobre este asunto grave: su libro estaba dividido en dos partes; primera, de los deberes de todos; segunda, de los deberes de cada uno, segun la clase á que pertenece.

Los deberes de todos son los grandes deberes. Hay cuatro, y San Mateo los señala: Deberes para con Dios (San Mat., IV); Deberes para con uno mismo (San Mat., V, 29, 30); Deberes para con el prójimo (San Mateo, VII, 12); Deberes para con las criaturas (VI, 20, 25). Los demás deberes el obispo los habia hallado indicados y prescritos en otras partes: los de los soberanos y de los súbditos en la Epístola á los Romanos; de los magistrados, de las esposas, de las madres y de los jóvenes, por San Pedro; de los maridos, de los padres, de los hijos y de los servidores, en la Epístola á los Efesios; de los fieles, en la Epístola á los Hebreos; de las doncellas, en la Epístola á los Corintios. De todas estas prescripciones

Digitized by Google

iba haciendo laboriosamente un conjunto que queria presentar á las almas.

A las ocho trabajaba todavía, escribiendo bastante incómodamente en grandes cuartillas de papel, con un voluminoso libro abierto sobre las rodillas, cuando la señora Magloire entró, segun costumbre, á sacar la plata del cajon colocado junto á la cama.

Poco despues el obispo, conociendo que la mesa estaba puesta, y que su hermana tal vez estaria esperando, cerró su libró, abandonó su asiento, y entró en el comedor.

Era este una pieza oblonga con chimenea, una puerta, que, como ya hemos dicho, daba á la calle, y un balcon al jardin.

La señora Magloire, en efecto, acababa de poner la mesa.

Mientras andaba ocupada en esto, hablaba con la señora Baptistina.

Sobre la mesa habia un velon: la mesa estaba junto á la chimenea, y en esta ardia un buen fuego.

Fácil es imaginarse aquellas dos mujeres, que las dos pasaban ya de los setenta años: la señora Magloire, pequeña, gruesa, vivaracha; la señora Baptistina, afable, delgada, un poco mas alta que su hermano, vestida con un traje de seda color de ala de mosca, color de moda en 1806, que compró entonces en París, y que todavía le duraba. Las locuciones vulgares tienen el mérito de espresar con una sola palabra una idea, que no bastaria á esplicar acaso una página. Asi, valiéndonos de una de esas locuciones, diremos que la señora Magloire tenia aire de *aldeana*, y aire de *señora* la señorita Baptistina.

La señora Magloire gastaba una cofia ó gorra blanca encañonada, una gargantilla de oro al cuello, única alhaja de mujer que habia en la casa, una camiseta muy blanca saliendo de un vestido de buriel negro con mangas anchas y cortas, un delantal de algodon con cuadros azules y verdes, atado á la cintura con una cinta verde, y un pechero sujeto con alfileres en los dos hombros, zapatos gruesos, y medias amarillas, como las que usan las mujeres de Marsella.

El vestido de la señorita Baptistina estaba cortado por los patrones de moda de 1806: talle corto, saya sin vuelo, mangas con hombreras y botones. Ocultaba sus cabellos grises bajo una palma rizada á lo *niño*. La señora Magloire tenia aire inteligente, vivo y bonachon: los dos án-

Digitized by Google

gulos de su boca levantados desigualmente, y el labio superior algo mas grueso que el inferior, le daban un no sé qué de áspero é imperioso.

Mientras su Ilustrísima callaba, ella hablaba resueltamente con una mezcla de respeto y libertad; pero cuando el señor hablaba, obedecia pasivamente como la señorita. La señorita Baptistina no hablaba; limitábase á obedecer y complacer. Aun siendo jóven, nunca fue bonita. Tenia grandes ojos azules un poco saltones, y la nariz larga y remangada; pero todo su rostro, toda su persona, lo dijimos al comenzar, respiraba una inefable bondad. Siempre habia parecido como predestinada á la mansedumbre; pero la fé, la caridad, la esperanza, estas tres virtudes que infunden dulce calor en el alma, habian elevado poco á poco aquella mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza habia hecho de ella solo un cordero: la religion hizo de ella un ángel. ¡Pobre y santa mujer! ¡Dulce porvenir desvanecido!

La señorita Baptistina ha referido tantas veces despues lo que aquella noche pasó en el *palacio* del obispo, que muchas personas que viven todavía recuerdan hasta los mas pequeños pormenores.

En el momento en que el obispo entró en el comedor, la señora Magloire hablaba con singular viveza. Conversaba con la *señorita* de un asunto que le era familiar, y al cual el obispo estaba ya acostumbrado. Tratábase del cerrojo de la puerta principal.

Parece que yendo á hacer algunas compras para la cena habia oido referir ciertas cosas en distintos sitios. Hablábase de un vagabundo de mala facha: decíase que habia llegado un hombre sospechoso, el cual debia de estar en alguna parte en la ciudad, y que podia suceder que llegasen á tener algun mal encuentro los que aquella noche se olvidaran de recogerse temprano.

Añadíase que la policía estaba muy mal organizada, en atencion á ciertas rivalidades que mediaban entre el prefecto y el alcalde, los cuales trataban de hacerse daño, dejando que se verificasen los acontecimientos que debieran evitar; y que á las personas prudentes tocaba vigilar lo que la policía descuidaba, guardarse bien y tener mucho cuidado con echar cerrojos, y atrancar *y cerrar bien las puertas*.

La señora Magloire recalcó esta última frase: pero el obispo acababa de salir de su cuarto, donde hacia bastante frio, y habiéndose sentado á la chimenea, se calentaba, y acaso pensaba en cosa muy distinta de

Digitized by Google

la que formaba el tema de la conversacion de las dos mujeres. No paró, pues, la atencion en ninguna de las palabras que acababa de pronunciar la señora Magloire. Esta volvió á repetirlas, y entonces la señorita Baptistina, queriendo satisfacerla, sin desagradar á su hermano, se atrevió á decir tímidamente:

—Hermano mio, ¿oyes lo que dice la señora Magloire?

—He oido vagamente algo, contestó el obispo.

Despues, medio volviéndose en su silla hácia la anciana, poniendo ambas manos sobre las rodillas, y levantando su rostro cordial y francamente alegre, iluminado por el resplandor del fuego, añadió:

—Veamos: ¿qué hay? ¿Qué sucede? ¿Nos amenaza algun peligro?

Entonces la señora Magloire comenzó de nuevo su historia, exagerándola un poco, sin querer y sin advertirlo. Decíase que un gitano, un desarrapado, una especie de mendigo peligroso se hallaba en la ciudad. Habíase presentado para alojarse en la posada de Joaquin Labarre, que no lo quiso recibir. Se le habia visto llegar por el boulevard Gassendi, y vagar al oscurecer por las calles. Era un hombre con un morral y cuerdas, de una facha terrible.

—¿De veras? dijo el obispo.

Este consentimiento en interrogarla alentó á la señora Magloire: parecia indicarle que el obispo no estaba muy distante de sentir alguna alarma: asi, pues, prosiguió con acento y ademan triunfante:

—Sí, monseñor: es como os lo digo. Esta noche sucederá alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Luego, ¡como la policía es tan mala! (Repeticion útil). ¡Vivir en un país montañoso como este, y no tener por la noche faroles en la calles! Se sale.... y á lo mejor.... Yo decia, monseñor, y la señorita decia tambien....

—Yo, interrumpió la hermana, no digo nada. Lo que mi hermano haga está bien hecho.

La señora Magloire continuó como si no hubiera habido protesta:

—Decíamos que esta casa no está del todo segura; que si monseñor lo permite, voy á avisar á Paulino Musebois que venga á poner los antiguos cerrojos de la puerta: están ahí, de modo que es cosa de un minuto. Y digo que hacen falta cerrojos, aunque no sea sino por esta



Digitized by Google

noche, monseñor, porque una puerta que se abre desde fuera con solo levantar el pestillo, por el primero que llega, es una cosa terrible. Luego, como monseñor tiene la costumbre de decir siempre que entren, y además, como á media noche, ¡válgame el cielo! no hace falta el pedir permiso....

En aquel momento se oyó llamar á la puerta con alguna violencia.

—¡Adelante! dijo el obispo.

Digitized by Google

# III.

## HEROISMO EE LA OBEDIENCIA PASIVA.

La puerta se abrió.

Pero se abrió de par en par, todo lo grande que era, como si alguien la empujase con energía y resolucion.

Entró un hombre.

A este hombre le conocemos ya. Era el viajero á quien hemos visto há poco vagar buscando asilo.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando detrás de sí la puerta abierta. Llevaba el morral á la espalda; el palo en la mano; en los ojos una espresion ruda, audaz, cansada y violenta: iluminábale el fuego de la chimenea: estaba espantoso. Era una aparicion siniestra.

La señora Magloire ni aun fuerza tuvo para lanzar un grito. Se estremeció, y quedó muda é inmóvil como una estátua.

La señorita Baptistina se volvió, vió al hombre que entraba, y medio se incorporó de miedo: luego volviendo poco á poco la cabeza hácia la chimenea, se puso á mirar á su hermano, y su rostro adquirió al fin un aspecto de profunda calma y serenidad.

El obispo fijaba en el hombre una mirada tranquila.

Al abrir los labios, sin duda para preguntar al recien venido lo que

Digitized by Google

deseaba, este apoyó ambas manos en su garrote, paseó su mirada por el anciano y las dos mujeres, y sin esperar á que el obispo hablase, dijo en alta voz:

—Me llamo Juan Valjean: soy presidiario. He pasado en presidio diez y nueve años. Estoy libre desde hace cuatro dias, y me encamino á Pontarlier, que es el punto de mi residencia. Hace cuatro dias que estoy en marcha desde Tolon. Hoy he andado doce leguas á pie. Esta tarde, al llegar á este pais, he entrado en una posada, de la cual me han despedido, á causa de mi pasaporte amarillo, que habia presentado en la alcaldía. Era preciso que asi lo hiciese. He ido á otra posada, y me han dicho:—Véte; lo mismo en la una que en la otra. Nadie quiere recibirme. He ido á la cárcel, y el carcelero no me ha abierto. Me he metido en una perrera, y el perro me ha mordido y me ha arrojado de allí, como si no hubiera sido un hombre. No parecia sino que sabia quien yo era. Me he ido al campo para dormir al raso; pero ni aun esto me ha sido posible. He creido que iba á llover, y que no habria un buen Dios que impidiera la lluvia, y he vuelto á entrar en la ciudad para buscar en ella el quicio de una puerta. Iba á echarme ahí en la plaza sobre una piedra, cuando una buena mujer me ha señalado vuestra casa, y me ha dicho: llamad ahí. He llamado: ¿Qué casa es esta? ¿una posada? Tengo dinero, producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en presidio con mi trabajo en diez y nueve años. Pagaré: ¿qué me importa si tengo dinero? Estoy muy cansado: he andado doce leguas á pie, y tengo hambre: ¿queréis que me quede?

—Señora Magloire, dijo el obispo, poned un cubierto mas.

El hombre dió tres pasos, y se acercó al velon que estaba sobre la mesa.

—Mirad, dijo, no me habeis comprendido bien: no es eso. Habeis oido lo que he dicho: soy un presidiario, un forzado. Vengo de presidio: —Y sacó del bolsillo una gran hoja de papel amarillo que desdobló.— Ved mi pasaporte. Amarillo como veis: esto sirve para que me echen de todas partes. ¿Quereis leerlo? Lo leeré yo: sé leer: he aprendido en presidio. Hay allí una escuela para los que quieren aprender. Ved lo que han puesto en mi pasaporte: «Juan Valjean, presidiario cumplido, natural de....» esto no hace al caso.... «Ha estado diez y nueve años en »presidio: cinco por robo con fractura: catorce por haber intentado

Digitized by Google

»evadirse cuatro veces. Es hombre muy peligroso.» Ya lo veis. Todo el mundo me cela. ¿Quereis vos recibirme? ¿Es esta una posada? ¿Quereis darme cama y cena? ¿Teneis una cuadra?

—Señora Magloire, dijo el obispo, pondreis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Ya hemos esplicado de qué naturaleza era la obediencia de aquellas dos mujeres.

La señora Magloire salió para ejecutar las órdenes que habia recibido.

El obispo se volvió hácia el hombre y le dijo:

—Sentaos y calentaos: dentro de un momento cenaremos, y mientras cenais se os hará la cama.

El hombre comprendió al fin. La espresion de su rostro, hasta entonces sombría y dura, cambióse en una espresion de estupefaccion, de duda de alegría estraordinaria. Comenzó á balbucear como un loco:

—¿Es de veras? ¡Cómo! ¿me recibís? ¿no me echais? ¿á mí? ¿á un presidiario? ¿y no me tuteais? ¿y no me decís: «¡vete, perro!» como acostumbran á decirme? Yo creia que tampoco aquí me recibirian: por eso he dicho en seguida lo que soy. ¡Oh, gracias á la buena mujer que me ha enseñado esta casa! ¡Voy á cenar! ¡á dormir en una cama con colchones y sábanas como todo el mundo! ¡Una cama! Hace diez y nueve años que no me he acostado en una cama, y no querreis que la deje. Sois personas muy dignas, y además tengo dinero: pagaré bien. Dispensad, señor posadero: ¿cómo os llamais? Pagaré todo lo que querais. Sois un escelente hombre. Sois el posadero, ¿no es verdad?

—Soy, dijo el obispo, un sacerdote que vive aquí.

—¡Un sacerdote! dijo el hombre. ¡Oh, un buen sacerdote! Entonces ¿no me pedis dinero? ¿Sois el cura, no es esto? ¿El cura de esta gran iglesia? ¡Toma, y es verdad! ¡Qué tonto! No habia visto vuestro solideo.

Hablando asi habia dejado el saco y el palo en un rincon, guardado su pasaporte en el bolsillo y tomado asiento. La señorita Baptistina le miraba con dulzura.

—Sois muy humano, señor cura, continuó diciendo; vos no despreciais á nadie. Es gran cosa un buen sacerdote. ¿De modo que no teneis necesidad de que os pague?

Digitized by Google

—No, dijo el obispo, guardad vuestro dinero. ¿Cuánto teneis? ¿No me habeis dicho que ciento nueve francos?

—Y quince sueldos, añadió el hombre.

—Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo os ha costado ganar ese dinero?

—Diez y nueve años.

—¡Diez y nueve años!

El obispo suspiró profundamente.

El hombre prosiguió: —Todavía tengo todo mi dinero. En cuatro dias no he gastado mas que veinticinco sueldos, que he ganado ayudando á descargar unos carros en Grasse. Y pues que sois sacerdote, voy á deciros que en el presidio teníamos un capellan. Y un dia ví á un obispo, á monseñor como allí le llaman. Era el obispo de la Mayor en Marsella. Es el cura que está sobre los curas. Vos ya lo sabeis; perdonadme; yo hablo mal; ¡pero está esto tan lejos de mí!—Ya comprendeis lo que somos nosotros.—El obispo dijo la misa en medio del presidio, en un altar, y tenia en la cabeza una cosa de oro terminada en punta. Era el medio dia y brillaba. Estábamos colocados en fila, por los tres lados, con los cañones y las mechas encendidas en frente de nosotros. No lo veíamos bien. El obispo habló; pero estaba demasiado lejos, y no le oimos. Ved aquí lo que es un obispo.

Mientras hablaba, el obispo se habia levantado á cerrar la puerta, que habia quedado completamente abierta.

La señora Magloire volvió, y trajo un cubierto que puso en la mesa.

—Señora Magloire, dijo el obispo, poned ese cubierto lo mas cerca posible de la lumbre.—Y volviéndose hácia su huésped:—El viento de la noche es muy crudo en los Alpes: ¿teneis frio, caballero?

Cada vez que pronunciaba la palabra *caballero* con su voz dulcemente grave, se iluminaba la fisonomía del huésped. Llamar caballero á un presidiario, es dar un vaso de agua á un náufrago de la Medusa. La ignominia está sedienta de consideracion.

—Mal alumbra esta luz, dijo el obispo.

La señora Magloire lo oyó; trajo de la chimenea del cuarto de su Ilustrísima los dos candeleros de plata, y los puso encendidos en la mesa.

—Señor cura, dijo el hombre, sois bueno; no me despreciais. Me re-

Digitized by Google

cibis en vuestra casa. Encendeis las bugías para mí. Y sin embargo, no os he ocultado de donde vengo, y que soy un miserable.

El obispo que estaba sentado á su lado, le tocó suavemente la mano:

—Podeis escusaros el decirme quien sois. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esa puerta no pregunta al que entra por ella si tiene un nombre, sino si tiene algun dolor. Padeceis; teneis hambre y sed; pues seais bien venido. No me lo agradezcais; no me digais que os recibo en mi casa. Aquí no está en su casa mas que el que necesita un asilo. Asi debo decíroslo á vos que pasais por aquí: estais en vuestra casa mas que yo en la mia. Todo lo que hay aquí es vuestro. ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? Además teneis un nombre que antes que le dijeseis le sabia yo.

El hombre abrió sus ojos asombrado.

—¿De veras? ¿Sabeis cómo me llamo?

—Sí, respondió el obispo, os llamais mi hermano.

—¡Ah, señor cura! esclamó el viajero. Antes de entrar aquí tenia mucha hambre; pero sois tan bueno, que ahora no sé lo que tengo. El hambre me se ha pasado.

El obispo le miró y le dijo:

—¿Habeis padecido mucho?

—¡Oh! la chaqueta roja, la bala en el pié, una tarima para dormir, el calor, el frio, el trabajo, los presidiarios, los golpes, la doble cadena por nada, el calabozo por una palabra, y aun enfermo en la cama, la cadena! ¡Los perros, los perros son mas felices! ¡Diez y nueve años! Ahora tengo cuarenta y seis, y un pasaporte amarillo. Aquí está todo.

—Sí, replicó el obispo, salis de un lugar de tristeza. Pero sabed que hay mas alegría en el cielo por las lágrimas de un pecador arrepentido, que por la blanca vestidura de cien justos. Si salis de ese lugar de dolores con pensamientos de odio y de cólera contra los hombres, sereis digno de lástima; pero si salis con pensamientos de caridad, de dulzura y de paz, valdreis mas que todos nosotros.

Mientras tanto la señora Magloire habia servido la cena; una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; un poco de tocino, un pedazo de carnero, higos, un queso fresco, y un gran pan de centeno. A la comida ordinaria del obispo habia añadido una botella de vino añejo de Mauves.

Digitized by Google

La fisonomía del obispo tomó de repente la espresion de dulzura propia de las personas hospitalarias:—A la mesa, dijo con viveza, segun acostumbraba cuando cenaba con él algun forastero; é hizo sentar al hombre á su derecha. La señorita Baptistina, tranquila y naturalmente, tomó asiento á su izquierda.

El obispo dijo el *benedicite*, y despues sirvió la sopa, segun su costumbre. El hombre empezó á comer ávidamente.

—Me parece que falta algo en la mesa, dijo el obispo de repente.

La señora Magloire no habia puesto mas que los tres cubiertos absolutamente necesarios. Pero era costumbre de la casa, cuando el obispo tenia algun convidado, poner en la mesa los seis cubiertos de plata, inocente ostentacion. Esta graciosa apariencia de lujo era una especie de niñada, notable en aquella casa tranquila y severa, que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magloire comprendió la observacion, salió sin decir una palabra, y un momento despues los tres cubiertos pedidos por el obispo lucian en el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los tres comensales.

Digitized by Google

# IV.

## PORMENORES SOBRE LAS QUESERIAS DE PONTARLIER.

Ahora, para dar una idea de lo que pasó en aquella mesa, no podremos hacer nada mejor que trascribir aquí un pasaje de una carta de la señorita Baptistina á la señora de Boischevron, en que refiere con minuciosa sencillez la conversacion entre el obispo y el forzado.

. . . . . .

«Este hombre no prestaba atencion alguna á nada. Comia con una »voracidad de hambriento. Sin embargo, despues de cenar dijo:

—»Señor ministro de Dios, todo esto es demasiado bueno para mí; »pero debo deciros que los carreteros que no me han permitido comer »con ellos, comen mejor que vos.

»Aquí, entre nosotras, esta observacion me pareció un poco estraña. »Mi hermano le respondió:

—»Trabajan mas que yo.

—»No, replicó el hombre, tienen mas dinero. Vos sois pobre; ya lo »veo. Quizá no sois ni aun cura. ¿Sois cura siquiera? ¡Ah! Si Dios »fuese justo, bien mereceriais ser cura.

—»Dios es mas que justo, dijo mi hermano.

»Un momento despues añadió:



Digitized by Google

—»Señor Juan Valjean, ¿vais á Pontarlier?

—»Con itinerario forzoso.

»Creo que esto fue lo que contestó. Despues continuó:

—»Es preciso que me ponga en camino mañana al rayar el dia. Muy »duro es viajar. Las noches son frias y los dias calurosos.

—»Vais, dijo mi hermano, á buen país. En tiempo de la revolucion »quedó arruinada mi familia, y yo me refugié en el Franco-Condado, »donde viví algun tiempo con el trabajo de mis manos. Tenia buena »voluntad: encontré en qué ocuparme. No tuve que hacer mas que es- »coger. Habia almacenes de papel, de curtidos, de esencias, de acei- »tes; fábricas de relojes, de acero, de cobre, y mas de veinte de hierro, »entre las cuales son notables las de Lods, Châtillon, Audincourt y Beure...

»Creo que no me equivoco, y que son estos los nombres que mi »hermano citó. Despues de esto se volvió á mirarme, y me dirigió la »palabra.

—»Querida hermana: ¿no tenemos parientes en ese país?

»Yo le respondí:

—»Teniamos, entre otros, al señor Lucenet, capitan de puertas en »Pontarlier, bajo el antiguo régimen.

—»Sí, dijo mi hermano; pero en el 93 no habia parientes, ni tenia »uno más que sus brazos; y yo trabajé. Hay en el país de Pontarlier »adonde vais señor Valjean, una industria patriarcal y hermosa, her- »mana mia: las queserías, que llaman allí fruterías.

»Entonces mi hermano, mientras comia aquel hombre, le esplicó »detenidamente lo que son las fruterías de Pontarlier—que las hay de »dos clases:—las *grandes granjas* que pertenecen á los ricos, y tienen »cuarenta ó cincuenta vacas, que producen de siete á ocho mil quesos »en el verano; y las *queserías de asociacion*, que son de los pobres; es »decir, de los campesinos de la montaña que reunen sus vacas, y se »reparten los productos.—Toman á su servicio un quesero, á quien »llaman el *grurin*; el cual recibe la leche que le dá cada uno de los aso- »ciados tres veces al dia, y anota estas cantidades en una tabla dupli- »cada; á fines de abril empieza el trabajo en la queserías; y hácia »mediados de junio los queseros llevan sus vacas á la montaña.

»El hombre se reanimaba comiendo. Mi hermano le hacia beber del

Digitized by Google

»rico vino de Mauves, de que no se atreve á beber él mismo, porque »dice que es muy caro; y entre tanto le referia todos estos pormenores »con esa sencilla alegría, que ya conoceis, mezclando sus palabras con »graciosos gestos dirigidos á mí. Insistió mucho en la buena posicion »del *grurin*, como si desease que este hombre comprendiera, sin aconsejarle directa y claramente, que en tal oficio encontraria un asilo. »Una cosa me chocó. Este hombre era lo que os he dicho. Pues bien, »mi hermano, ni durante toda la cena, ni en el resto de la noche, si se »esceptuan algunas palabras sobre Jesús que pronunció á su entrada, »dijo una frase que pudiese recordar á este hombre quién era, ni darle á conocer lo que era mi hermano. Y esta era, sin embargo, una »ocasion muy propia para dirigirle un trozo de sermon. Cualquiera hubiera creido que teniendo al lado á este desgraciado, era la ocasion de »dar alimento á su alma al mismo tiempo que al cuerpo, y de hacerle »alguna reconvencion bien sazonada de moral y de consejo, ó de manifestarle conmiseracion exhortándole á obrar mejor en el porvenir. Pero »mi hermano, ni aun le preguntó de dónde era, ni cuál era su vida. »En su vida está indudablemente su falta; y mi hermano parecia evitar »todo lo que pudiese traerla á la memoria; hasta el punto de que en un »momento en que hablaba de los montañeses de Pontarlier, que *tienen »un suave trabajo cerca del cielo, y que son felices porque son inocentes*, se »detuvo de repente, temiendo que hubiese en estas palabras que se le »escapaban algo que pudiera ofender al huésped. A fuerza de reflexionar »creo haber comprendido lo que pasaba en el corazon de mi hermano. »Pensaba sin duda que este hombre, que se llama Juan Valjean, tenia »tan presente su miseria en el espíritu, que debia distraerle, y hacerle »creer, aunque no fuese mas que por un momento, que era una persona »como otra cualquiera, y que para él todo aquello era lo mismo que sucedia ordinariamente. En efecto: ¿no es esto comprender bien la cari»dad? ¿No hay, buena amiga, algo verdaderamente evangélico en esta »delicadeza que prescinde del sermon, de la moral, y de las alusiones? »La piedad mas grande ¿no consiste, cuando un hombre tiene un sitio »dolorido, en no tocar este sitio? Me ha parecido que este era el pensa»miento íntimo de mi hermano. En todo caso, lo que puedo decir es »que si efectivamente obró así, no lo dió á conocer ni aun á mí misma: »estuvo lo mismo que todas las noches, y cenó con Juan Valjean con la

Digitized by Google

»misma naturalidad, con la misma fisonomía con que hubiera cenado »con el señor Gedeon el preboste, ó con el señor cura párroco.

»Al fin de la cena, cuando estábamos comiendo unos higos, llamaron »á la puerta. Era la tia Gerbaud con su hijo en brazos. Mi hermano besó »al niño la frente, y me pidió quince sueldos que tenia yo allí, para »darlos á la tia Gerbaud. El hombre no prestó gran atencion á esto. »No hablaba nada, y parecia cansado. La pobre tia Gerbaud salió; mi »hermano dió gracias; se volvió hácia el hombre y le dijo: debeis de »tener necesidad de descanso. La señora Magloire quitó el cubierto en »seguida. Yo comprendí que debíamos retirarnos para dejar dormir al »viajero; y ambas subimos á nuestro cuarto. Pero poco despues envié á »la señora Magloire para que pusiera en la cama de este hombre una piel »de corzo de la Selva Negra que tengo en mi habitacion.

»Las noches son muy frias, y esta piel calienta. Es una lástima que »esté ya muy usada: se le cae todo el pelo. Mi hermano la compró »cuando estuvo en Alemania, en Tottlingen, cerca de las fuentes del »Danubio, al mismo tiempo que el cuchillito de mango de marfil que »uso en la mesa.

»La señora Magloire volvió en seguida: hicimos oracion á Dios en »el salon donde se cuelga la ropa blanca, y despues nos fuimos cada una »á nuestro cuarto sin hablar una palabra.»

Digitized by Google

# V.

## TRANQUILIDAD.

Monseñor Bienvenido, despues de haber dado las buenas noches á su hermana, cogió uno de los dos candeleros de plata que habia sobre la mesa, dió el otro á su huésped, y le dijo:

—Caballero, voy á enseñaros vuestro cuarto.

El hombre le siguió.

Como ha podido conocerse por lo que hemos dicho mas arriba, la habitacion estaba distribuida de tal modo, que para salir ó entrar al oratorio en que estaba la alcoba, era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban este cuarto, la señora Magloire cerraba el armario de la plata que estaba á la cabecera de la cama. Este era el último cuidado que tenia cada noche antes de acostarse.

El obispo instaló á su huésped en la alcoba. Una cama blanca y limpia le esperaba. El hombre puso la luz sobre una mesita.

—Vaya, dijo el obispo, que paseis buena noche. Mañana temprano, antes de marchar, tomareis una taza de leche de nuestras vacas, bien caliente.

—Gracias, señor cura, dijo el hombre.

Digitized by Google

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras de paz, súbitamente, sin transicion alguna, hizo un movimiento estraño, que hubiese helado de espanto á las dos santas mujeres, si hubieran estado presentes. Hoy mismo nos es difícil esplicar la causa que le impulsaba en aquel momento. ¿Queria hacer una advertencia ó una amenaza? ¿Obedecia simplemente á una especie de impulso instintivo y desconocido para él mismo? Lo cierto es que se volvió bruscamente hácia el anciano, cruzó los brazos, y fijando en él una mirada salvaje, esclamó con voz ronca:

—¡Ah! ¡decididamente me alojais en vuestra casa y tan cerca de vos!

Calló un momento, y añadió con una risa que tenia algo de monstruosa:

—¿Lo habeis reflexionado bien? ¿Quién os ha dicho que no soy un asesino?

El obispo respondió:

—Esa es cuenta de Dios.

Despues, con toda gravedad y moviendo los labios como el que reza ó habla consigo mismo, bendijo con los dos dedos de la mano derecha á su huésped, que ni aun dobló la cabeza, y sin volver la vista atrás entró en su dormitorio.

Cuando la alcoba estaba habitada, el altar se cubria con una gran cortina de sarga, que corria de un lado á otro del oratorio. El obispo se arrodilló al pasar delante de la cortina, é hizo una breve oracion.

Un momento despues estaba en su jardin, paseando, meditabundo, contemplando con el alma y con el pensamiento los grandes misterios que Dios descubre por la noche á los ojos que permanecen abiertos.

En cuanto al hombre, estaba tan cansado, que ni aun se aprovechó de aquellas sábanas tan blancas. Apagó la luz soplando con la nariz como acostumbran los presidiarios, y se dejó caer vestido en la cama, donde quedó en seguida profundamente dormido.

Era media noche cuando el obispo volvia del jardin á su cuarto.

Algunos minutos despues, todos dormian en aquella casa.

---

Digitized by Google

# VI.

## JUAN VALJEAN.

Juan Valjean despertó poco despues de media noche.

Juan Valjean era de una pobre familia de la Brie. No habia aprendido á leer en su infancia; y cuando fue hombre, tomó el oficio de podador en Faverolles. Su madre se llamaba Juana Mathieu, y su padre Juan Valjean ó Vlajean, mote y contraccion probablemente de (voilá Jean): ahí está Juan.

Juan Valjean tenia el carácter pensativo, aunque no triste, propio de las almas afectuosas. Su naturaleza estaba algo adormecida, era algo indiferente, en apariencia á lo menos. Perdió de muy corta edad á su padre y á su madre. Esta murió de una fiebre láctea mal cuidada. Su padre, podador como él, se habia matado de una caida de un árbol. Juan Valjean se encontró sin mas familia que una hermana de mas edad que él, viuda y con siete hijos entre varones y hembras. Esta hermana habia criado á Juan Valjean, y mientras vivió su marido tuvo en su casa á su hermano. El marido murió cuando el mayor de los siete hijos tenia ocho años y el menor uno. Juan Valjean acababa de cumplir veinticinco años. Reemplazó al padre, y mantuvo á su vez á su hermana que le

Digitized by Google

habia criado. Hizo esto sencillamente, como un deber, y aun con cierta rudeza.

Su juventud se gastaba, pues, en un trabajo duro y mal pagado. Nunca le habian conocido «novia» en el pais. No habia tenido tiempo para enamorarse.

Por la noche entraba cansado en su casa, y comia su sopa sin decir una palabra. Mientras comia, su hermana, la tia Juana, tomaba con frecuencia de su escudilla lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para dárselo á alguno de sus hijos. Él, sin dejar de comer, inclinado sobre la mesa, con la cabeza casi metida en la cena, con sus largos cabellos esparcidos alrededor de la escudilla, y ocultando sus ojos, parecia que nada observaba; y dejaba hacer. Habia en Faverolles, no lejos de la choza de Valjean, al otro lado de la calle, una lechera llamada María Claudia: los hijos de Juana, casi siempre hambrientos, iban muchas veces á pedir prestada á María Claudia en nombre de su madre una pinta de leche, que bebian detrás de una enramada, ó en cualquier rincon de la calle, arrancándose unos á otros el vaso; y con tanta precipitacion, que las niñas pequeñas le derramaban en su delantal y en su cuello. Si la madre hubiera sabido este hurtillo habria corregido severamente á los delincuentes. Pero Juan Valjean, brusco y gruñon, pagaba, sin que Juana lo supiera, la pinta de leche á María Claudia, y los niños evitaban asi el castigo.

Juan Valjean ganaba en la estacion de la poda diez y ocho sueldos diarios; y despues se empleaba como segador, como peon de albañil, como mozo de bueyes, y como jornalero. Hacia todo lo que podia. Su hermana tambien trabajaba por su parte. Pero ¿qué habian de hacer con siete niños? Aquella familia era un triste grupo rodeado y estrechado poco á poco por la miseria. Llegó un invierno cruel; Juan no tuvo que trabajar. La familia no tuvo pan. ¡Ni un bocado de pan y siete niños!

Un domingo por la noche Maubert Isabeau, panadero de la plaza de la Iglesia en Faverolles, se disponia á acostarse, cuando oyó un golpe violento en la puerta y en la vidriera de su tienda. Acudió, y llegó á tiempo de ver pasar un brazo al través del agujero hecho en la vidriera por un puñetazo. El brazo cogió un pan y se retiró. Isabeau salió apresuradamente: el ladron huyó á todo correr, pero Isabeau corrió tambien

Digitized by Google

y le detuvo. El ladron habia tirado el pan, pero tenia aun el brazo ensangrentado. Era Juan Valjean.

Esto pasó en 1795. Juan Valjean fue acusado ante los tribunales de aquel tiempo como autor de un «robo con fractura, de noche, y en casa habitada.» Tenia en su casa un fusil de que se servia como el mejor tirador del mundo; era un poco aficionado á la caza furtiva, y esto le perjudicó. Porque hay contra estos cazadores una repulsion legítima. El cazador furtivo, lo mismo que el contrabandista, anda muy cerca del salteador. Sin embargo, digámoslo de paso, hay un abismo entre ambos y el miserable asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en el bosque; el contrabandista en las montañas ó en el mar. Las ciudades crian hombres feroces, porque crian hombres corrompidos. La montaña, el mar, el monte crian hombres salvajes, en los cuales se desarrolla el lado feroz; pero casi siempre sin destruir el instinto humano.

Juan Valjean fue declarado culpado. Las palabras del código eran terminantes. Hay en nuestra civilizacion momentos terribles, y son precisamente aquellos en que la ley penal pronuncia una condena. ¡Instante fúnebre aquel en que la sociedad se aleja y consuma el irreparable abandono de un ser pensador! Juan Valjean fue condenado á cinco años de presidio.

El 22 de abril de 1796 se celebró en París la victoria de Montenotte, ganada por el general en jefe del ejército de Italia, á quien el mensaje del Directorio á los Quinientos, el 2 floreal del año IV, llama Buonaparte. Aquel mismo dia se remachó una cadena en Bicêtre. Juan Valjean formaba parte de esta cadena. Un antiguo mozo de la cárcel, que tiene hoy cerca de noventa años, recuerda aun perfectamente á este desgraciado, cuya cadena se remachó en la estremidad del cuarto cordon en el ángulo Norte del patio. Estaba sentado en el suelo como todos los demás. Parecia que no comprendia de su posicion sino que era horrible. Pero es probable que descubriese al través de las vagas ideas de un hombre completamente ignorante, que habia en su pena algo escesivo. Mientras que á grandes martillazos remachaban detrás de él la bala de su cadena, lloraba; las lágrimas le ahogaban, le impedian hablar, y solamente de rato en rato esclamaba: *Yo era podador en Faverolles.* Despues sollozando y alzando su mano derecha, y bajándola gradualmente siete veces, como si tocase sucesivamente siete cabezas á desigual altura,



Digitized by Google

queria indicar que lo que habia hecho, fuese lo que fuese, habia sido para alimentar y vestir á siete pequeñas criaturas.

Por fin partió para Tolon, adonde llegó despues de un viaje de veintisiete dias, en una carreta y con la cadena al cuello. En Tolon fue vestido con la chaqueta roja; y entonces se borró todo lo que habia sido en su vida, hasta su nombre, porque desde entonces ya no fue Juan Valjean, sino el número 24,601. ¿Qué fue de su hermana? ¿Qué de los siete niños? Pero ¿quién se cuida de esto? ¿Qué es del puñado de hojas del árbol serrado por el pié?

La historia es siempre la misma. Estos pobres séres, estas criaturitas de Dios, sin apoyo alguno, sin guia, sin asilo, quedaron á merced de la casualidad: ¿qué mas se ha de saber? Se fueron cada uno por su lado, y se sumergieron poco á poco en esa fria bruma en que se sepultan los destinos solitarios; tenebrosas tinieblas en que desaparecen sucesivamente tantos infortunados en la sombría marcha del género humano. Abandonaron aquel pais. La campana de lo que habia sido su pueblo les olvidó; el límite de lo que habia sido su campo les olvidó; y despues de algunos años de presidio, Juan Valjean les olvidó tambien. En aquel corazon, donde habia existido una herida, quedó una cicatriz, y nada mas. Apenas, durante todo el tiempo que pasó en Tolon, oyó hablar una sola vez de su hermana. Al fin del cuarto año de su prision, recibió noticias por no sé qué conducto. Alguno que los habia conocido en su pais habia visto á su hermana: estaba en París. Vivia en un miserable callejon, cerca de San Sulpicio, en la calle de Geindre. No tenia consigo mas que un niño, un niño pequeño, el menor de todos. ¿Dónde estaban los demás? Quizá su misma madre no lo sabia. Todas las mañanas iba á una imprenta, en la calle de Sabat, núm. 3, adonde trabajaba de plegadora y encuadernadora. Debia estar allí á las seis de la mañana, mucho antes de ser de dia en el invierno. En la misma casa de la imprenta habia una escuela, adonde llevaba á su hijo, que tenia siete años. Pero como ella entraba en la imprenta á las seis, y la escuela no se abria hasta las siete, el niño tenia que esperar una hora en el patio á que se abriese la escuela; en el invierno una hora de noche y al descubierto. En la imprenta no querian que entrase el niño, porque incomodaba, segun decian. Los obreros veian á esta criatura, al pasar por la mañana, sentado en el suelo cayéndose de sueño, y muchas veces dormido en la

Digitized by Google

oscuridad, acurrucado sobre su cestito. Los dias de lluvia, una viejecita, la portera, tenia compasion del infeliz, y le recogia en su covacha, donde no habia mas que una pobre cama, una rueca y dos taburetes: el pobrecillo se dormia allí en un rincon, arrimándose al gato para sentir menos el frio. A las siete se abria la escuela y entraba en ella. Esto fue lo que dijeron á Juan Valjean. Ocupó su ánimo esta noticia un dia, es decir un momento, un relámpago, como una ventana abierta bruscamente en el destino de los seres á quienes habia amado. Despues se cerró la ventana; no se volvió á hablar mas, y todo se acabó. Nada supo despues; no los volvió á ver; no los encontró, ni los encontrará en la continuacion de esta dolorosa historia.

A fines de este mismo cuarto año, le llegó su turno para la evasion. Sus camaradas le ayudaron como suele hacerse en aquella triste mansion, y se evadió. Anduvo errante dos dias en libertad por el campo, si es ser libre estar perseguido, volver la cabeza á cada instante, y tambien al menor ruido, tener miedo de todo; del techo que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del dia porque se ve, de la noche porque no se ve, del camino, del sendero, de los árboles, del sueño. En la noche del segundo dia fue preso. No habia comido ni dormido hacia treinta y seis horas. El tribunal marítimo le condenó por este delito á un recargo de tres años, con lo cual eran ocho los de la pena. Al sesto año le tocó tambien el turno para la evasion; pero no pudo consumarla. Habia faltado á la lista. Tiróse el cañonazo, y por la noche la ronda le encontró oculto bajo la quilla de un buque en construccion; hizo resistencia á los guardias que le cogieron: evasion y rebelion. Este hecho previsto por el Código especial fue castigado con un recargo de cinco años, dos de ellos de doble cadena: total trece años. Al décimo le llegó otra vez su turno, y le aprovechó; pero no salió mejor librado. Tres años mas por esta nueva tentativa: total diez y seis años. En fin, el año décimo tercio, segun creo, intentó de nuevo su evasion, y fue cogido á las cuatro horas. Tres años mas por estas cuatro horas: total diez y nueve años. En octubre de 1815 salió en libertad: habia entrado en presidio en 1796 por haber roto un vidrio y haber cogido un pan.

Hagamos aquí un corto paréntesis. Esta es la segunda vez que el autor de este libro en sus estudios sobre la cuestion penal y sobre la

Digitized by Google

cadena legal, toma el robo de un pan como punto de partida del desastre de un destino. Claudio el mendigo habia robado un pan: Juan Valjean habia robado un pan. Una estadística inglesa demuestra que en Lóndres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre.

Juan Valjean habia entrado en el presidio sollozando y tembloroso; salió impasible. Entró desesperado; salió sombrío.

¿Qué habia pasado en su alma?

Digitized by Google

# VII.

## LA INFERIORIDAD DE LA DESESPERACION.

Tratemos de esplicarlo.

Es preciso que la sociedad se fije en estas cosas, pues que ella es su causa.

Juan era, como hemos dicho, un ignorante; pero no era un imbécil. La luz natural ardia en su interior; y la desgracia, que tiene tambien su luz, aumentó la poca claridad que habia en aquel espíritu. Bajo la influencia del látigo, de la cadena, del calabozo, del trabajo, bajo el ardiente sol del presidio, en el lecho de tablas del presidiario, se encerró en su conciencia, y reflexionó.

Se constituyó en tribunal.

Principió por juzgarse á sí mismo.

Reconoció que no era un inocente castigado injustamente. Confesó que habia cometido una accion mala, culpable: que quizá no le habrian negado el pan si le hubiese pedido: que en todo caso hubiera sido mejor esperar para conseguirle de la piedad ó del trabajo: que no es una razon que no tiene réplica el decir: ¿se puede esperar cuando se padece hambre? Que es muy raro el caso que un hombre muere literalmente de hambre; y que afortunada ó desgraciadamente, el hombre está cons-

Digitized by Google

tituido de modo, que puede sufrir mucho y por mucho tiempo, moral y físicamente, sin que le hiera la muerte; que le era preciso haber tenido paciencia; que esto hubiera sido mejor para sus pobres niños; que habia sido un acto de locura en él, desgraciado criminal, coger violentamente á la sociedad entera por el cuello, y figurarse que se puede salir de la miseria por medio del robo; que es siempre una mala puerta para salir de la miseria la que da entrada á la infamia; y en fin, que habia obrado mal.

Despues se preguntó:

Si era el único que habia obrado mal en tan fatal historia; si no era una cosa grave que él, trabajador, careciese de trabajo; que él, laborioso, careciese de pan; si el castigo no habia sido feroz y estremado despues de cometida y confesada la falta; si no habia mas abuso por parte de la ley en la pena, que por parte del culpado en la culpa; si no habia un esceso de peso en uno de los platillos de la balanza, en el de la expiacion; si el recargo de la pena no era el olvido del delito, y no producia por resultado el cambio completo de la situacion, reemplazando la falta del delincuente con el esceso de la represion, trasformando al culpado en víctima, y al deudor en acreedor, poniendo definitivamente el derecho de parte del mismo que le habia violado; si esta pena, complicada con recargos sucesivos por las tentativas de evasion, no concluia por ser una especie de atentado del fuerte contra el débil, un crimen de la sociedad contra el individuo; un crímen que empezaba todos los dias; un crímen que se cometia continuamente por espacio de diez y nueve años.

Se preguntó si la sociedad humana podia tener el derecho de hacer sufrir igualmente á sus miembros, en un caso su imprevision irracional, y en otro su impía prevision; y de apoderarse para siempre de un hombre entre una falta y un esceso; falta de trabajo, esceso de castigo.

Se preguntó si no era injusto que la sociedad tratase asi precisamente á aquellos de sus miembros peor dotados en la reparticion casual de los bienes, y por lo tanto á los miembros mas dignos de consideracion.

Presentadas y resueltas estas cuestiones, juzgó á la sociedad, y la condenó.

La condenó en su odio.

La hizo responsable de su suerte, y se dijo que no dudaria quizá en

Digitized by Google

pedirle cuentas algun dia. Se declaró á sí mismo que no habia equilibrio entre el mal que habia causado y el que habia recibido; concluyendo por fin, que su castigo no era ciertamente una injusticia, pero era seguramente una iniquidad.

La cólera puede ser loca, absurda; el hombre puede irritarse injustamente; pero no se indigna sino cuando tiene razon en el fondo por algun lado. Juan Valjean se sentia indignado.

Además, de la sociedad no habia recibido sino males: nunca habia conocido mas que esa fisonomía iracunda que se llama Justicia, y que enseña á los que castiga.

Los hombres no le habian tocado mas que para maltratarle. Todo contacto que con ellos habia tenido habia sido una herida. Nunca, desde su infancia, esceptuando á su madre y á su hermana, nunca habia encontrado una voz amiga, una mirada benévola. Asi, de padecimiento en padecimiento llegó á la conviccion de que la vida es una guerra, y que en esta guerra él era el vencido. Y no teniendo mas arma que el odio, resolvió aguzarle en el presidio, y llevarle consigo á su salida.

Habia en Tolon una escuela para los presidiarios, dirigida por los hermanos llamados Ignorantinos, en la cual se enseñaba lo mas preciso á los desgraciados que tenian por su parte buena voluntad. Juan fue del número de los hombres de buena voluntad. Principió á ir á la escuela á los cuarenta años, y aprendió á leer, á escribir y á contar. Entonces conoció que fortificar su inteligencia, era fortificar su odio: porque en ciertos casos, la instruccion y la luz pueden servir de auxiliares al mal.

Digamos ahora una cosa triste. Juan, despues de haber juzgado á la sociedad que habia hecho su desgracia, juzgó á la Providencia que habia hecho la sociedad, y la condenó tambien.

Así, durante estos diez y nueve años de tortura y de esclavitud, su alma se elevó y decayó al mismo tiempo. En ella entraron, la luz por un lado, y las tinieblas por otro.

Juan Valjean no tenia, como se ha visto, una naturaleza malvada. Aun era bueno cuando entró en el presidio. Allí condenó á la sociedad, y conoció que se hacia malo; condenó á la Providencia, y conoció que se hacia impío.

Aquí es difícil pasar adelante sin meditar un momento.

Digitized by Google

¿La naturaleza humana puede trasformarse completamente? ¿El hombre, creado bueno por Dios, puede hacerse malo por el hombre? ¿Puede el alma modificarse completamente por el destino, y hacerse malvada siendo malo el destino? ¿Puede el corazon hacerse deforme, y contraer defectos y enfermedades incurables bajo la presion de una desgracia desproporcionada, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja?

¿No hay en toda alma humana, no habia en el alma de Juan Valjean en particular, una primera chispa, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, encender, purificar, y hacer brillar esplendorosamente, y que el mal no puede nunca apagar?

Todas estas son cuestiones graves y oscuras, á la última de las cuales cualquier fisiólogo hubiese respondido probablemente sin vacilar que *no*, si hubiese visto en Tolon en las horas de descanso, que eran para Juan Valjean horas de meditacion que pasaba sentado con los brazos cruzados, apoyado en algun cabrestante, con el estremo de su cadena metido en el bolsillo para impedir que arrastrase; á este presidiario triste, serio, silencioso y pensativo, paria de las leyes que miraba al hombre con cólera, condenado de la civilizacion que miraba al cielo con severidad.

Cierto, y no tratamos de disimularlo, el observador fisiólogo hubiese visto allí una miseria irremediable; se hubiera lamentado tal vez del mal causado por la ley; pero no hubiera tratado siquiera de curarle; habria vuelto el rostro á otro lado al entrever las profundas cavernas de aquella alma; y como Dante de la puerta del infierno, hubiera borrado de esta existencia la palabra que el dedo de Dios ha escrito en la frente de todo hombre: *¡Esperanza!*

Pero este estado del alma, que hemos tratado de analizar, ¿era tan claro para Juan Valjean, como nosotros tratamos de presentarle á nuestros lectores? ¿Veia distintamente este desgraciado, á medida que se formaban, todos los elementos de que se componia su miseria moral? Este hombre rudo é ignorante, ¿se habia esplicado claramente la sucesion de ideas, por medio de la cual, escalon por escalon habia subido y bajado hasta los lúgubres espacios, que eran desde hacia tantos años el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenia conciencia de todo lo

Digitized by Google

que habia pasado en él, y de todas las emociones que esperimentaba? Esto es lo que no nos atreveremos á decir: esto es lo que no creemos. Habia demasiada ignorancia en Juan Valjean para que, aun despues de tanta desgracia, no quedase mucha vaguedad en su espíritu. Ni aun sabia exactamente en cada momento lo que por él pasaba. Juan Valjean estaba en las tinieblas; padecia en las tinieblas; odiaba en las tinieblas; puede decirse que odiaba todo lo que pudiera haber delante de él. Vivia habitualmente en esta sombra, á tientas, como un ciego, como un delirante. Solamente á intervalos recibia súbitamente, de sí mismo ó del esterior, un impulso de cólera, un aumento de padecimiento, un pálido y rápido relámpago que iluminaba toda su alma, y presentaba bruscamente á su alrededor, y entre los resplandores de una luz horrible, los negros precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Pero pasaba el relámpago, venia la noche, y ¿dónde estaba él? Ya no lo sabia.

La consecuencia inmediata de las penas de esta naturaleza, en las que domina la impiedad, es decir, la estupidez, es trasformar poco á poco, por una especie de transfiguracion estúpida, un hombre en una bestia; y algunas veces en una bestia feroz. Las tentativas de evasion de Juan Valjean, sucesivas y obstinadas, bastarian para probar esta estraña influencia de la ley penal sobre el alma humana. Juan Valjean habria renovado estas tentativas, tan inútiles y tan temerarias, cuantas veces se hubiese presentado la ocasion, sin pensar un instante en el resultado, ni en la esperiencia adquirida. Se escapaba impetuosamente como el lobo que encuentra abierta la jaula. El instinto le decia: ¡sálvate! La razon le habria dicho: ¡espera! Pero ante una tentacion tan violenta, la razon desaparecia; quedaba solo el instinto. Obraba la bestia. Cuando era preso de nuevo, la severidad no servia mas que para aumentar su irritacion.

Una circunstancia que no debemos omitir es que estaba dotado de una fuerza física, á que no llegaba con mucho ninguno de sus compañeros de presidio. En el trabajo para hacer un cable, para tirar de una cabria, Juan Valjean valia tanto como cuatro hombres. Levantaba y sostenia enormes pesos sobre su espalda, y reemplazaba en algunas ocasiones el instrumento llamado *cabria* ó *gato*, y que antes se llamaba *orgullo*, de donde ha tomado su nombre, dicho sea de paso, la calle de Mont-



Digitized by Google

Orgueil, cerca del mercado de París. Sus compañeros le habian apellidado Juan Gabria. Una vez que se estaba componiendo el balcon de las Casas Consistoriales de Tolon, una de las admirables cariátides de Puget que le sostienen se separó, é iba á caer, cuando Juan Valjean que se hallaba cerca, sostuvo la cariátide con los hombros, y dió tiempo para que llegaran los obreros.

Su agilidad era aun mayor que su fuerza. Ciertos presidiarios, fraguadores perpétuos de evasiones, concluyen por hacer de la fuerza y de la destreza combinadas una verdadera ciencia: la ciencia de los músculos. Los presidiarios, eternos envidiosos de las moscas y de los pájaros, practican cuotidianamente esta estática misteriosa. Subir por una vertical, y hallar puntos de apoyo, donde no habia apenas un desnivel, era solamente un juego para Juan Valjean. Dado un ángulo de un muro, con la tension de la espalda, y de los jarretes, con los codos y talones hundidos en las asperezas de la piedra se izaba, por decirlo asi, mágicamente á un tercer piso: Algunas veces subia de este modo hasta el techo del calabozo.

Juan Valjean hablaba poco y no reia nunca. Era necesaria una emocion fuertísima para arrancarle una ó dos veces al año, esa lúgubre risa del forzado, que es como el eco de una risa satánica. Parecia ocupado siempre en mirar una cosa terrible.

Estaba continuamente absorto, en efecto.

Al través de las percepciones defectuosas de una naturaleza incompleta y de una inteligencia oprimida, conocia confusamente que habia algo monstruoso sobre él. Y en aquella penumbra sombria y tenebrosa en que se arrastraba, cada vez que volvia la cabeza y trataba de elevar sus miradas, veia con miedo y furor al mismo tiempo, sobreponerse, subir y desaparecer en alturas escarpadas una especie de monton confuso y repugnante de cosas, de leyes, de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos no podia descubrir, cuya masa le asustaba, y que no era mas que esa prodigiosa pirámide que llamamos civilizacion. Distinguia aquí y allí en esta confusion movediza y deforme, ya á su lado, ya lejos, en llanuras inaccesibles, algun grupo, algun detalle, vivamente iluminado; aquí el cabo con su vara; allí el gendarme con su sable; mas allá el arzobispo con su mitra; en lo alto como una especie de sol, el emperador coronado y deslumbrante. Y le parecia que estos

Digitized by Google

resplandores lejanos, no solo no disipaban su noche, sino que la hacian mas fúnebre, mas negra.

Todo esto, leyes, ilusiones, hechos, hombres y cosas, iba y venia sobre su cabeza, siguiendo el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime á la civilizacion, pasando sobre él, y humillándole con pacífica crueldad, con inexorable indiferencia. Los réprobos de la ley, almas caidas en el fondo del infortunio, desgraciados perdidos en lo mas inferior de los limbos, adonde nadie dirige una mirada, sienten gravitar sobre su cabeza todo el peso de la sociedad humana, tan formidable para el que está fuera de ella, tan espantosa para el que está debajo de ella.

En esta situacion Juan Valjean meditaba. ¿Cuál podia ser la naturaleza de su meditacion?

Si el grano de mijo colocado bajo la rueda del molino pudiese pensar, pensaria indudablemente lo mismo que Juan Valjean.

Todas estas cosas, realidades llenas de espectros, fantasmagorías llenas de realidades, habian contribuido á crear en él un estado interior indescriptible.

Con frecuencia en su trabajo de presidio se detenia algunos momentos; meditaba. Su razon mas madura, pero mas turbada que en otro tiempo, se rebelaba. Todo lo que le habia sucedido le parecia absurdo: todo lo que le rodeaba le parecia imposible. Se decia: esto es un delirio. Miraba al cabo de vara que estaba de pié á algunos pasos; el cabo le parecia un fantasma: pero pronto el fantasma le sacudia un varazo.

La naturaleza visible apenas existia para él. Casi con verdad podria decirse que no habia para Juan Valjean ni sol, ni hermosos dias de verano, ni cielo esmaltado, ni frescas auras de abril. No sé qué dia de suspiros iluminaba habitualmente su alma.

Para resumir lo que puede resumirse y traducirse en resultados positivos de todo lo que acabamos de indicar, nos limitaremos á consignar que en diez y nueve años Juan Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el terrible presidiario de Tolon, habia llegado á ser capaz, gracias á la constitucion del presidio, de dos clases de malas acciones: primera, de una mala accion rápida, irreflexiva, llena de aturdimiento, hija del instinto, especie de represalia del mal sufrido; y segunda, de una mala accion, grave, séria, meditada en la conciencia con las ideas

Digitized by Google

falsas que puede dar semejante desgracia. Sus premeditaciones pasaban por las tres fases sucesivas, que solo las naturalezas de cierto temple pueden recorrer: la razon, la voluntad, la obstinacion. Tenia por móviles la indignacion habitual, la amargura del alma, el profundo sentimiento de la iniquidad padecida, la reaccion, aun contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hay. El punto de partida, asi como el término de estos pensamientos eran el odio á la ley humana: ese odio, que si no se detiene en su desarrollo por algun incidente providencial, llega á ser en un tiempo dado, el odio á la sociedad; despues el odio al género humano; despues el odio á la creacion, que se traduce por un deseo vago, incesante y brutal de hacer daño, no importa á quién, á todo ser viviente. No sin razon, pues, el pasaporte de Juan Valjean le calificaba de *hombre muy peligroso*.

De año en año se habia ido desecando su alma, lenta, pero fatalmente. A alma seca, ojos secos. A su salida del presidio hacia diez y nueve años que Juan Valjean no habia derramado una lágrima.

Digitized by Google

# VIII.

## LA OLA Y LA SOMBRA.

¡Un hombre al mar!

¡Qué importa! El buque no se detiene por eso. El viento sopla; el sombrío buque tiene una senda trazada, que debe recorrer necesariamente. Y pasa.

El hombre desaparece y vuelve á aparecer: se sumerge y sube á la superficie; llama; tiende los brazos, pero no es oido: el buque temblando al impulso del huracan continua sus maniobras; los marineros y los pasajeros no ven al hombre sumergido; su miserable cabeza no es mas que un punto en la inmensidad de las olas.

Sus gritos desesperados resuenan en las profundidades. Observa aquel espectro de una vela que se aleja. La mira, la mira desesperadamente. Pero la vela se aleja, decrece, desaparece. Allí estaba él hacia un momento, formaba parte de la tripulacion; iba y venia por el puente con los demás; tenia su parte de aire y de sol; estaba vivo. Pero ¿qué ha sucedido? Resbaló; cayó. Todo ha terminado.

Se encuentra sumergido en el monstruo de las aguas. Bajo sus pies no hay mas que olas que huyen, olas que se abren, que desaparecen. Estas olas rotas y rasgadas por el viento, le rodean espantosamente; los

Digitized by Google

vaivenes del abismo le arrastran; los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza; un pueblo de olas escupe sobre él; confusas cavernas amenazan devorarle; cada vez que se sumerge descubre precipicios llenos de oscuridad: una vegetacion desconocida le sujeta, le enreda los pies, le atrae: siente que se va á connaturalizar con el abismo; que forma ya parte de la espuma, que las olas se le echan de una á otra; bebe toda su amargura; el Océano se encarniza con él para ahogarle; la inmensidad juega con su agonía. Parece que el agua se ha convertido en odio.

Pero lucha todavía.

Trata de defenderse, de sostenerse, hace esfuerzos, nada. ¡Pobre fuerza agotada ya, que combate con lo inagotable!

¿Dónde está el buque?—Allá á lo lejos. Apenas es ya visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas soplan: las espumas le cubren. Alza la vista; ya no divisa mas que la lividez de las nubes. En su agonia asiste á la inmensa demencia de la mar. La locura de las olas es su suplicio: oye mil ruidos inauditos que parecen salir de mas allá de la tierra; de un sitio desconocido y horrible.

Hay pájaros en las nubes, lo mismo que hay ángeles sobre las miserias humanas; pero ¿qué pueden hacer por él? Ellos vuelan, cantan y se ciernen en los aires, y él agoniza. Se vé ya sepultado entre dos infinitos; el cielo y el Océano: este es su tumba; aquel su mortaja.

Llega la noche; hace algunas horas que nada; sus fuerzas se agotan ya: aquel buque, aquella cosa lejana donde hay hombres ha desaparecido: se encuentra, pues, solo en el formidable antro crepuscular; se sumerge, se estira, se enrosca; ve debajo de sí los indefinibles mónstruos del infinito; grita.

Ya no le oyen hombres. ¿Y dónde está Dios?

Llama: ¡socorro! ¡socorro! Llama sin cesar.

Pero nada en el horizonte; nada en el cielo.

Implora al espacio, á la ola, á las algas, al escollo; todo ensordece. Suplica á la tempestad; la tempestad imperturbable solo obedece al infinito.

A su alrededor tiene la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso y ciego, el movimiento indefinido de las temibles olas;

Digitized by Google

dentro de sí el horror y la fatiga; debajo de sí el abismo sin un punto de apoyo. A su imaginacion se presentan las aventuras tenebrosas del cadáver en medio de la sombra ilimitada.

El frio sin contacto alguno le paraliza. Sus manos se crispan y se cierran, y cogen al cerrarse la nada. Vientos, nubes, torbellinos, estrellas: ¡todo le es inútil! ¿Qué hacer? El desesperado se abandona; el que está cansado toma el partido de morir, se deja llevar, se entrega á la suerte, y rueda para siempre en las lúgubres profundidades del sepulcro.

¡Oh destino implacable de las sociedades humanas, que perdeis los hombres y las almas en vuestro camino! ¡Océano en que cae todo lo que deja caer la ley! ¡Siniestra desaparicion de todo auxilio! ¡Muerte moral!

La mar es la inexorable noche social en que la penalidad arroja á sus condenados. La mar es el gran misterio.

El alma naufragando en este abismo puede convertirse en un cadáver. ¿Quién le resucitará?

Digitized by Google

# IX.

## NUEVAS QUEJAS.

Cuando llegó la hora de la salida del presidio; cuando Juan Valjean oyó resonar en sus oidos estas palabras estrañas *¡estas libre!* tuvo un momento indescriptible: un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los vivos penetró en él súbitamente. Pero no tardó en debilitarse este rayo. Juan Valjean se habia deslumbrado con la idea de la libertad. Habia creido en una vida nueva; pero pronto conoció lo que es una libertad con pasaporte amarillo.

Además, otras amarguras le esperaban. El habia calculado que su masita, durante su estancia en presidio, se habia elevado á ciento setenta y un francos; pero es justo añadir que habia olvidado en sus cálculos el reposo forzado de los domingos y dias de fiesta, que en diez y nueve años hacian una disminucion de veinticuatro francos próximamente. Además, esta masita habia sido reducida, por varias retenciones, á la suma de ciento nueve francos y quince sueldos, que le habian sido entregados á su salida.

Pero él no comprendia esto, y se creia perjudicado; digamos la palabra: robado.

Al dia siguiente de su libertad, en Grasse vió delante de la puerta

Digitized by Google

de un destilador de flores de naranjo algunos hombres que descargaban unos fardos. Ofreció su trabajo. Era necesario y fue aceptado. Se puso á trabajar. Era inteligente, robusto, ágil: trabajaba perfectamente: su amo parecia estar contento. Pero estando trabajando pasó un gendarme, le observó, y le pidió sus papeles. Le fue preciso enseñar el pasaporte amarillo. Hecho esto, Juan Valjean volvió á su trabajo. Un momento antes habia preguntado á un compañero cuánto ganaba al dia: *treinta sueldos*, le habian respondido. Llegó la tarde, y como debia partir al siguiente dia por la mañana, se presentó al amo y le rogó que le pagase. El amo no pronunció una palabra, y le entregó quince sueldos. Reclamó, y le respondieron: *bastante es eso para ti*. Insistió. El amo le miró fijamente, y le dijo: *¡guárdate de la cárcel!*

Tambien allí se creyó robado.

La sociedad, el Estado disminuyéndole su masita le habia robado en grande. Ahora le tocaba la vez al individuo, y le robaba en pequeño.

La escarcelacion no es la libertad. Se acaba el presidio, pero no la condena.

Esto era lo que le habia sucedido en Grasse.

Ya hemos visto cómo habia sido recibido en D.—



Digitized by Google

# X.

## EL HOMBRE DESPIERTO.

Daban las dos en el reló de la catedral cuando Juan Valjean despertó.

Lo que le despertó fue el lecho demasiado bueno. Iban á cumplirse veinte años en que no se habia acostado en cama, y aunque no se hubiese desnudado, la sensacion era demasiado nueva para no turbar su sueño.

Habia dormido mas de cuatro horas. Habia descansado. No acostumbraba á dedicar mas horas al reposo.

Abrió los ojos y miró un momento en la oscuridad en derredor suyo; despues los cerró para dormir otra vez.

Pero cuando han agitado el ánimo durante el dia muchas sensaciones diversas; cuando se ha pensado á la vez en muchas cosas, el hombre duerme, pero no vuelve á dormir una vez que ha despertado. El sueño viene con mas facilidad que vuelve. Esto fue lo que sucedió á Juan Valjean. No pudo dormir otra vez, y se puso á meditar.

Se encontraba en uno de esos momentos en que todas las ideas que tiene el espíritu se mueven y agitan sin fijarse. Tenia una especie de va-y-ven oscuro en el cerebro. Sus recuerdos anteriores y sus recuer-

Digitized by Google

dos inmediatos flotaban en su cabeza, y se cruzaban confusamente, perdiendo sus formas, aumentándose desmesuradamente, y desapareciendo despues de repente como en una laguna fangosa y removida.

Muchas ideas le acosaban; pero entre ellas habia una que se presentaba mas contínuamente á su espíritu, y que espulsaba á las demás. Vamos á manifestar desde luego esta idea:—Habia reparado en los seis cubiertos de plata y el cucharon que la señora Magloire habia puesto en la mesa.

Estos seis cubiertos de plata le perseguian.—Y estaban allí.—A algunos pasos.—En el mismo instante en que atravesaba el cuarto contiguo para venir al suyo, la antigua criada los colocaba en un cajoncito á la cabezera de la cama.—Se habia fijado mucho en este cajoncito.—A la derecha, entrando por el comedor.—Y eran macizos.—Y de plata antigua.—Con el cucharon, valdrian lo menos doscientos francos.—Doble de lo que hubiera ganado en diez y nueve años.—Verdad es que hubiera ganado mas si «*la administracion*» no le hubiese «*robado*.

Su mente osciló por espacio de una hora larga en fluctuaciones, en que habia alguna lucha. Dieron las tres. Abrió los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, estendió el brazo, y buscó á tientas el morral que habia arrojado en un rincon de la alcoba; despues dejó caer sus piernas, puso los pies en el suelo, y se encontró, casi sin saber cómo, sentado en la cama.

Permaneció por algun tiempo pensativo en esta actitud, siniestra para todo el que le hubiese observado en aquella oscuridad, y despierto él solo en aquella casa en que todo dormia. De repente se bajó, se quitó los zapatos, que colocó suavemente en la estera cerca de la cama; volvió á su primera postura de meditacion, y quedó inmóvil.

En aquella horrible meditacion, las ideas que hemos dicho asaltaban sin cesar su cerebro entraban, salian, volvian, formando una especie de peso en su cabeza. Además pensaba tambien, sin saber por qué, y con esa obstinacion maquinal, propia del delirio, en un presidiario llamado Brevet, á quien habia conocido en el presidio, y que llevaba un pantalon sujeto solo por un tirante de algodon hecho á punta de aguja. El dibujo á cuadros de este tirante se le presentaba sin cesar en la memoria.

Digitized by Google

Seguia en esta situacion, y hubiera permanecido en ella hasta que viniese el dia, si el reloj no hubiese dado una campanada—el cuarto ó la media.—No pareció sino que esta campanada le dijo: ¡Vamos!

Se puso de pie, dudó aun un momento, y escuchó: todo estaba en silencio en la casa: entonces se dirigió á cortos pasos y rectamente á la ventana guiado por la luz que penetraba entre las rendijas. La noche no era oscura, habia luna llena, ante la cual pasaban gruesas nubes impulsadas por el viento, que producian por fuera alternativas de luz y de sombra, eclipses, iluminaciones, y por dentro una especie de crepúsculo. Este crepúsculo, suficiente para servir de guia, é intermitente á causa de las nubes, se asemejaba á las tintas lívidas que penetran por el respiradero de una cueva, sobre el cual van y vienen los transeuntes.

Cuando llegó á la ventana Juan Valjean la examinó. No tenia reja, daba al jardin y no estaba cerrada, segun la costumbre del pais, mas que con un pestillo. La abrió; pero el aire frio y penetrante que entró bruscamente en la alcoba, le obligó á cerrar en seguida. Miró al jardin con esa mirada atenta que estudia mas que mira. El jardin estaba cerrado por una pared blanca bastante baja y fácil de escalar. Mas allá distinguió las copas de unos árboles plantados á distancias, iguales lo que le indicaba que la pared separaba el jardin de una alameda ó de una calle con árboles.

Despues de haber echado esta mirada, y con el ademan de un hombre resuelto, se dirigió á la cama, cogió su morral, le abrió, le registró, sacó un cosa que puso sobre la cama, se metió los zapatos en los bolsillos, cerró el saco, y se le echó á la espalda, se puso la gorra bajando la visera encima de los ojos, buscó á tientas su palo, y fué á colocarle en el ángulo de la ventana; despues volvió á la cama y cogió resueltamente el objeto que habia dejado allí. Parecia una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo por uno de sus estremos.

Hubiera sido difícil distinguir en la oscuridad para qué servia aquel pedazo de hierro. ¿Era una palanca? ¿Era una maza?

A la luz hubiera podido conocerse que no era mas que un candelero de mina. Los presidiarios se empleaban algunas veces en estraer piedra de las colinas que rodean á Tolon, y no es por lo tanto estraño que tuvieran á su disposicion útiles de minería. Los candeleros de minero

Digitized by Google

son de hierro macizo, y terminan en su estremo inferior por una punta que se clava en la roca.

Tomó, pues, el candelero en la mano derecha, y conteniendo la respiracion, y andando en silencio se dirigió á la puerta del cuarto contiguo donde estaba el obispo, como sabe el lector. Encontró la puerta entornada. El obispo no la habia cerrado.

Digitized by Google

# XI.

## LO QUE HACE.

Juan Valjéan escuchó un momento. No se oia ruido alguno.

Empujó la puerta.

La empujó con un solo dedo, suavemente, con la suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar en una habitacion.

La puerta cedió á esta presion, y se movió imperceptible y silenciosamente, ensanchando un poco la abertura.

Juan Valjean esperó un momento, y despues empujó la puerta por segunda vez, pero con mas fuerza.

La puerta cedió en silencio. La abertura era ya suficiente para dejarle paso. Pero habia cerca de la puerta una mesita, que formaba con ella un ángulo, impidiendo la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Necesitaba abrir un poco mas la puerta.

Se decidió y la empujó por tercera vez con mas energía que las anteriores. Esta vez, un gozne mal untado de aceite produjo en la oscuridad un ruido ronco y prolongado.

Juan Valjean tembló. El ruido de este gozne sonó en sus oidos como un eco formidable y vibrante, como la trompeta del juicio final.

Digitized by Google

En el terror fantástico del primer momento casi se figuró que aquel gozne se animaba y recibia una vida terrible; que ladraba como un perro para llamar á todo el mundo, y despertar á los que dormian.

Se detuvo, temblando, azorado; y cayó, por decirlo asi, desde la punta del pié hasta el talon. Oyó latir las arterias en sus sienes como dos martillos de fragua, y le pareció que el aliento salia de su pecho con el ruido con que sale el viento de una caverna. Creia imposible que el grito de aquel gozne irritado no hubiese estremecido toda la casa como la sacudida de un temblor de tierra. La puerta impulsada por él habia dado la voz de alarma, habia llamado; el viejo se levantaria, las dos mujeres gritarian, recibirian auxilio, y antes de un cuarto de hora el pueblo estaria en movimiento, y la gendarmería en pié. Por un momento se creyó perdido.

Permaneció inmóvil, petrificado como estatua de sal, sin atreverse á hacer ningun movimiento. Pasaron algunos minutos. La puerta se habia abierto completamente. Se atrevió á entrar en el cuarto; nada se habia movido. Escuchó; nada se movia. El ruido del gozne mohoso no habia despertado á nadie.

Habia pasado el primer peligro; pero Juan Valjean estaba sobrecogido y confuso. Mas no retrocedió. Ni aun en el momento en que se creyó perdido retrocedió. Solo pensó en acabar cuanto antes. Dió un paso y se encontró en el cuarto del obispo.

En este cuarto reinaba una calma perfecta. Distinguíanse aquí y allí formas vagas y confusas que de dia eran papeles esparcidos en una mesa, libros abiertos, tomos colocados uno sobre otro en un taburete, un sofá con algunas ropas, y un reclinatorio; pero que á aquella hora no eran mas que rincones tenebrosos, y espacios blanquecinos. Juan Valjean se adelantó con precaucion, evitando tropezar con los muebles. Oia en el fondo de la habitacion la respiracion igual y tranquila del obispo dormido.

De repente se detuvo. Estaba cerca de la cama; habia llegado antes de lo que creia.

La naturaleza mezcla algunas veces sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones dándoles una especie de armonía sombría é inteligente, como si quisiese obligarnos á reflexionar. Hacia media hora que el cielo estaba cubierto de una opaca nube. En el momento en que Juan

Digitized by Google

Valjean se detuvo ante el lecho, se abrió la nube como si hubiera estado esperando aquel instante, y un rayo de luna que atravesó la alta ventana fué á iluminar súbitamente la pálida cabeza del obispo. Dormia tranquilamente. Estaba medio vestido, para evitar la frialdad de las noches en los Alpes Bajos, de un traje de lana oscura que le cubria los brazos hasta las muñecas. Tenia la cabeza echada en la almohada en la actitud de abandono propia del reposo; y dejaba caer fuera de la cama la mano adornada del anillo pastoral; aquella mano que ejecutaba tan santas obras, tan buenas acciones. Su fisonomía estaba iluminada con una vaga espresion de satisfaccion, de esperanza, de beatitud. Esta espresion era mas que una sonrisa; era casi un resplandor. En su frente brillaba la indefinible claridad de una luz oculta. El alma de los justos en el sueño contempla un cielo misterioso.

La fisonomía del obispo reflejaba este cielo.

Dejaba pasar su luz, porque este cielo estaba dentro del obispo. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino á sobreponerse, por decirlo asi, á esta claridad interior, el obispo dormido apareció como rodeado de un claro resplandor: pero quedó no obstante velado por una semi-luz inefable. Aquella luna, aquella naturaleza adormecida, aquel jardin sin un murmullo, aquella casa tan silenciosa, la hora, el momento, el silencio, daban un no sé qué de solemne al venerable reposo del obispo, y rodeaban con una especie de aureola magestuosa y serena sus blancos cabellos, sus ojos cerrados, su semblante que espresaba la esperanza y la confianza, su cabeza de anciano, y su sueño de niño.

Habia casi divinidad en aquel hombre tan augusto, sin saberlo.

Juan Valjean estaba en la sombra con su barra de hierro en la mano, de pié, inmóvil, azorado ante aquel anciano resplandeciente. Nunca habia visto una cosa semejante. Aquella confianza le asustaba. El mundo moral no puede presentar espectáculo mas grande: una conciencia turbada é inquieta, próxima á cometer una mala accion, contemplando el sueño de un justo.

Este sueño en aquel aislamiento, y al lado de aquel hombre, tenia una sublimidad que se sentia vaga, pero enérgicamente.

Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento por el criminal: ni aun él mismo lo sabia. Para tratar de espresarlo es preciso

Digitized by Google

combinar mentalmente lo mas violento con lo mas suave. En su fisonomía no se podia distinguir nada con certidumbre; parecia espresar un asombro esquivo. Contemplaba aquel cuadro; pero ¿qué pensaba? Imposible es adivinarlo. Era evidente que estaba conmovido y desconcertado. Pero ¿de qué naturaleza era esta emocion?

Su vista no se separaba del anciano; y lo único que dejaba conocer claramente su fisonomía era una estraña indecision. Parecia dudar entre dos abismos; el de la perdicion y el de la salvacion; entre herir aquel cráneo y besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes levantó el brazo izquierdo hasta la frente, y se quitó la gorra; despues dejó caer el brazo con lentitud y volvió á su meditacion, con la gorra en la mano izquierda, la barra en la derecha, y los cabellos erizados sobre su tenebrosa frente.

El obispo seguia durmiendo tranquilamente bajo aquella mirada espantosa.

El reflejo de la luna hacia visible confusamente encima de la chimenea el crucifijo, que parecia abrir sus brazos á ambos, bendiciendo al uno, y perdonando al otro.

De repente Juan Valjean se puso la gorra, pasó rápidamente á lo largo de la cama sin mirar al obispo, dirigiéndose al armarito que estaba á la cabecera; alzó la barra de hierro como para forzar la cerradura, pero estaba puesta la llave; le abrió, y lo primero que encontró fue el cestito con la plata; le cogió, atravesó la estancia á largos pasos, sin precaucion alguna y sin cuidarse ya del ruido, pasó la puerta, entró en el oratorio, cogió su palo, abrió la ventana, la saltó, guardó la plata en su morral, tiró el canastillo, atravesó el jardin, saltó la pared como un tigre, y desapareció.

---



Digitized by Google

# XII.

## EL OBISPO TRABAJA.

Al dia siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenido se paseaba por el jardin. La señora Magloire salió corriendo á su encuentro toda azorada.

—Monseñor, monseñor, esclamó: ¿sabe vuestra grandeza dónde está el canastillo de la plata?

—Sí, contestó el obispo.

—¡Bendito sea Dios! dijo ella. No sabia dónde estaba.

El obispo acababa de recoger el canastillo en uno de los cuadros sembrados del jardin; y se le presentó á la señora Magloire.

—Aquí está.

—Sí, dijo ella; pero vacío. ¿Dónde está la plata?

—¡Ah! dijo el obispo. ¿Es la plata lo que buscais? No lo sé.

—¡Gran Dios! ¡La han robado! El hombre de anoche la ha robado.

Y en un momento, con toda su viveza la señora Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba, y volvió al lado del obispo. Este se habia bajado, y examinaba suspirando una planta de coclearia de Gillons que habia destrozado el canastillo al ser arrojado. Un grito de la señora Magloire le hizo levantarse.

Digitized by Google

—¡Monseñor, el hombre se ha escapado! ¡Ha robado la plata!

Al hacer esta esclamacion sus miradas se fijaron en un ángulo del jardin, en que se veian las huellas del escalamiento. El tejadillo de la pared estaba roto.

—Mirad; por allí se ha ido. Ha saltado á la calle Cochefilet. ¡Ah, qué abominacion! ¡Nos ha robado la plata!

El obispo permaneció un momento silencioso, alzó despues la vista, y dijo á la señora Magloire con toda dulzura:

—¿Y era nuestra esa plata?

La señora Magloire se quedó suspensa. Hubo un momento de silencio, y el obispo añadió:

—Señora Magloire; yo retenia injustamente hace algun tiempo esa plata. Pertenecia á los pobres. ¿Quién es ese hombre? Un pobre evidentemente.

—¡Ay Jesús! dijo la señora Magloire. No lo digo por mí ni por la señorita, porque nos es lo mismo: lo digo por vuestra ilustrísima. ¿Con qué vá á comer ahora monseñor?

El obispo la miró como asombrado.

—¿Pues no hay cubiertos de estaño?

La señora Magloire se encogió de hombros.

—El estaño huele mal.

—Entonces de hierro.

La señora Magloire hizo un gesto espresivo:

—El hierro sabe mal.

—Pues bien, dijo el obispo, cubiertos de palo.

Algunos momentos despues almorzaba en la misma mesa á que se habia sentado Juan Valjean la noche anterior. Mientras almorzaba, monseñor Bienvenido hacia notar alegremente á su hermana, que no hablaba nada, y á la señora Magloire que murmuraba sordamente, que no habia necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque fuesen de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

¡Tambien es idea, decia la señora Magloire yendo y viniendo, recibir un hombre asi, y darle cama á su lado! ¡Aun estamos de enhorabuena porque no haya hecho mas que robar! ¡Ah, Dios mio! Tiemblo cuando me acuerdo.

Cuando el ama y la hermana iban á levantarse de la mesa llamaron á la puerta.

Digitized by Google

—Adelante, dijo el obispo.

Abrióse la puerta. Un grupo estraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres traian á otro agarrado del cuello. Los tres hombres eran tres gendarmes. El cuarto era Juan Valjean.

Un cabo de gendarmes que parecia dirigir el grupo estaba tambien cerca de la puerta. A poco entró y se dirigió al obispo haciendo el saludo militar.

—Monseñor, dijo.....

Al oir esta palabra Juan Valjean que estaba silencioso y parecia abatido, levantó estupefacto la cabeza.

—¡Monseñor! murmuró. ¡No es el cura!....

—Silencio, dijo un gendarme. Es Su Ilustrísima el obispo.

Mientras tanto, monseñor Bienvenido se habia aproximado tan precipitadamente como le permitia su edad.

—¡Ah, estais aquí! dijo mirando á Juan Valjean. Me alegro veros. Os habia dado tambien los candeleros, que son de plata, y os pueden valer muy bien doscientos francos. ¿Por qué no los habeis llevado con los cubiertos?

Juan Valjean abrió los ojos y miró al venerable obispo con una espresion que no podria pintar ninguna lengua humana.

—Monseñor, dijo el cabo de gendarmes: ¿es verdad lo que decia este hombre? Le hemos encontrado como si fuese huyendo, y le hemos detenido hasta ver. Tenia esos cubiertos.....

—¿Y os ha dicho, interrumpió sonriendo el obispo, que se los habia dado un buen hombre, un sacerdote anciano, en cuya casa habia pasado la noche? Ya lo veo. Y le habeis traido aquí. Eso no es nada.

—Segun eso, dijo el gendarme, ¿podemos dejarle libre?

—Sin duda, dijo el obispo.

Los gendarmes soltaron á Juan Valjean, que retrocedió.

—¿Es verdad que me dejais? dijo con voz inarticulada, y como si hablase en sueños.

—Sí, te dejamos, ¿no lo oyes? le dijo un gendarme.

—Amigo mio, dijo el obispo, tomad vuestros candeleros, antes de iros. Llevadlos.

Y fué á la chimenea, cogió los dos candeleros de plata, y los dió á Juan Valjean. Las dos mujeres le miraban sin hablar palabra, sin

Digitized by Google

hacer un gesto, sin dirigir una mirada que pudiese distraer al obispo.

Juan Valjean temblando de piés á cabeza, tomó los dos candeleros con aire distraido.

—Ahora, dijo el obispo, id en paz. Y á propósito, cuando volvais, amigo mio, es inútil que paseis por el jardin. Podeis entrar y salir siempre por la puerta de la calle. Está cerrada solo con picaporte noche y dia.

Despues, volviéndose á los gendarmes, les dijo:

—Señores, podeis retiraros.

Los gendarmes salieron.

Juan Valjean quedó como un hombre que va á desmayarse.

El obispo se aproximó á él, y le dijo en voz baja:

—No olvideis nunca que me habeis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado.

Juan Valjean, que no recordaba haber prometido nada, quedó suspenso. El obispo habia recargado estas palabras al pronunciarlas, y continuó con solemnidad:

—Juan Valjean, hermano mio, vos no perteneceis al mal, sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdicion, y la consagro á Dios.

Digitized by Google

# XIII.

## GERVASILLO.

Juan Valjean salió del pueblo como huido. Caminó precipitadamente por el campo, tomando los caminos y senderos que se le presentaban, sin notar que á cada momento desandaba lo andado. Asi anduvo errante toda la mañana, sin comer, y sin tener hambre. Una multitud de sensaciones nuevas le oprimian. Se sentia colérico, y no sabia contra quién. No podia distinguir si estaba conmovido ó humillado. Sentia por momentos un estremecimiento estraño, y le combatia, oponiéndole el endurecimiento de sus últimos veinte años. Esta situacion le fatigaba. Veia con inquietud que se debilitaba en su interior la horrible calma que le habia hecho adquirir la injusticia de su desgracia. Y se preguntaba con qué la reemplazaria. En algun instante hubiera preferido estar preso con los gendarmes, y que todo hubiera pasado de otra manera: de seguro entonces no tendria tanta intranquilidad. Aunque la estacion estaba muy adelantada, habia aun en las enramadas algunas flores tardías, cuyo olor que percibia en su camino, le traia á la memoria recuerdos de la infancia. Estos recuerdos le eran insoportables; tánto tiempo hacia que no le habian impresionado!

Digitized by Google

Todo el dia le persiguieron multitud de pensamientos imposibles de espresar.

Cuando ya el sol iba á desaparecer en el horizonte, y alargaba en el suelo hasta la sombra de la menor piedrecilla, Juan Valjean se sentó detrás de un matorral en una gran llanura rojiza, enteramente desierta. En el horizonte solo se descubrian los Alpes; ni siquiera el campanario de algun pueblecillo próximo. Juan Valjean estaria á tres legues de D.—Un sendero que cortaba la llanura pasaba á algunos pasos del matorral.

En medio de su meditacion, que no hubiera contribuido poco á hacer mas temerosos sus harapos para todo el que le hubiese encontrado, oyó un alegre ruido.

Volvió la cabeza, y vió venir por el sendero á un niño saboyano, de unos diez años, que venia cantando, con su gaita al lado, y un cajon con una mona á la espalda.

Era uno de esos alegres muchachos que van de pais en pais, enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

El muchacho interrumpia de rato en rato su canto para jugar con algunas monedas que llevaba en la mano, y que serian probablemente todo su capital. Entre estas monedas habia una de plata de dos francos, ó sean cuarenta sueldos.

El muchacho se detuvo cerca del arbusto sin ver á Juan Valjean, y tiró al alto las monedas, que hasta entonces habia cogido con bastante habilidad en el dorso de la mano.

Pero esta vez la moneda de cuarenta sueldos se le escapó, y fué rodando por la yerba hasta donde estaba Juan Valjean.

Juan Valjean le puso el pie encima.

Pero el niño habia seguido la moneda con la vista y lo habia observado.

No se detuvo; se fue derecho hácia el hombre.

El sitio estaba completamente solitario. No habia ni un alma en todo lo que podia abarcar la vista; ni en la llanura, ni en el camino. Solo se dejaban oir las débiles piadas de una nube de pájaros que cruzaba el cielo á gran altura. El muchacho volvia la espalda al sol, que doraba sus cabellos y teñia con una claridad sangrienta la salvaje fisonomía de Juan Valjean.

Digitized by Google

—Señor, dijo el saboyanito, con esa confianza de los niños, que es una mezcla de ignorancia y de inocencia:—¡Mi moneda!

—¿Cómo te llamas? preguntó Juan Valjean.

—Gervasillo, señor.

—Pues anda con Dios, le dijo Juan Valjean.

—Señor, dadme mi moneda, volvió á decir el niño.

Juan Valjean bajó la cabeza y no respondió.

El muchacho volvió á decir:

—¡Mi moneda, señor!

La vista de Juan Valjean siguió fija en el suelo.

—¡Mi moneda! gritó ya el niño, ¡mi moneda de plata! ¡mi dinero!

Parecia que Juan Valjean no oia nada. El niño le cogió del cuello de la blusa, y le sacudió, haciendo esfuerzos al mismo tiempo para separar el tosco zapato claveteado que cubria su tesoro.

—¡Quiero mi moneda! ¡mi moneda de cuarenta sueldos!

El niño lloraba. Juan Valjean levantó la cabeza; pero siguió sentado. Sus ojos estában turbios. Miró al niño como con asombro, y despues llevó la mano al palo gritando con voz terrible:—¿Quién está ahí?

—Yo, señor, respondió el muchacho. Yo, Gervasillo. ¿Queréis volverme mis cuarenta sueldos? ¿Queréis alzar el pie?

Y despues irritado ya, y casi con tono amenazador, á pesar de su niñez le dijo:

—¿Pero quitareis el pie? ¡Vamos: levantad el pie!

—¡Ah! Con qué estás ahí todavía, dijo Juan Valjean; y poniéndose repentinamente de pié, sin descubrir por esto la moneda, añadió: ¿Acabarás de largarte de aquí?

El niño le miró atemorizado; tembló de pies á cabeza, y despues de algunos momentos de estupor, echó á correr con todas sus fuerzas sin volver la cabeza, ni dar un grito.

Sin embargo, á alguna distancia, la fatiga le obligó á detenerse, y Juan Valjean, en medio de su meditacion, le oyó sollozar.

Algunos instantes despues el niño habia desaparecido.

El sol se habia puesto.

La sombra crecia alrededor de Juan Valjean. En todo el dia no habia tomado alimento: es probable que tuviera fiebre.

Se habia quedado de pié, y no habia cambiado de postura desde

Digitized by Google

que habia huido el niño. La respiracion levantaba su pecho á intervalos largos y desiguales. Su mirada, clavada diez ó doce pasos delante de él, parecia examinar con profunda atencion un pedazo de loza azul que habia entre la yerba. De pronto se estremeció: sentia ya el frio de la noche.

Se encasquetó bien la gorra; se cruzó y abotonó maquinalmente la blusa, dió un paso, y se bajó para coger del suelo el palo.

Al hacer este movimiento vió la moneda de cuarenta sueldos que su pié habia medio sepultado en la tierra, y que brillaba entre algunas piedras. Su vista le hizo el efecto de una conmocion galvánica.—¿Qué es esto? dijo entre dientres. Retrocedió tres pasos, y se detuvo sin poder separar su vista de aquel punto que habia pisoteado hacia un momento; como si aquella cosa que brillaba en la oscuridad hubiese tenido un ojo abierto y fijo en él.

Despues de algunos minutos se tiró convulsivamente á la moneda de plata, la cogió, y enderezándose miró á lo lejos por la llanura, dirigiendo sus ojos á todo el horizonte, anhelante, como una fiera asustada que busca un asilo.

Nada vió. La noche cerraba, la llanura estaba fria, é iba formándose una bruma violada en la claridad del crepúsculo.

Dió un suspiró y marchó rápidamente en una direccion, hácia el sitio por donde el niño habia desaparecido. Despues de haber andado unos treinta pasos se detuvo y miró. Pero tampoco vió nada.

Entonces gritó con todas sus fuerzas:—¡Gervasillo! ¡Gervasillo!

Calló y esperó.

Nada respondió.

El campo estaba desierto y triste; Juan Valjean se veia rodeado solo del espacio. En su derredor no habia mas que una sombra en que se perdia su mirada, un silencio en que se perdia su voz.

Soplaba un viento glacial, que daba á los objetos una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudian sus ramas descarnadas con increible furia. Parecia que amenazaban y perseguian á alguien.

El hombre volvió á andar, á correr; de rato en rato se paraba, y gritaba en aquella soledad con una voz formidable y desolada: ¡Gervasillo! ¡Gervasillo!

Si el muchacho hubiera oido estas voces, de seguro habria tenido



Digitized by Google

miedo, y se hubiera guardado muy bien de acudir. Pero debia de estar ya muy lejos sin duda.

Juan Valjean encontró á un cura que iba á caballo. Se dirigió á él y le dijo:

—Señor cura: ¿habeis visto pasar á un muchacho?

—No, dijo el cura.

—¡Uno que se llama Gervasillo!

—No he visto á nadie.

Entonces Juan Valjean sacó dos monedas de cinco francos de su morral, y se las dió al cura.

—Señor cura, tomad para los pobres. Señor cura, es un muchacho de unos diez años con una mona y una gaita. Iba caminando. Es uno de esos saboyanos; ya sabeis....

—No le he visto.

—¡Gervasillo! ¿No hay algun pueblo por aquí? ¿Podriais decirme?

—Si es como decís, debe de ser un estranjero, de esos que pasan y nadie los conoce.

Juan Valjean tomó violentamente otras dos monedas de cinco francos, y las dió al sacerdote.

—Para los pobres, le dijo.

Y despues añadió con azoramiento:

—Señor cura, mandad que me prendan: soy un ladron.

El cura picó espuelas, y huyó atemorizado.

Juan Valjean echó á correr en la direccion que habia tomado primeramente.

Siguió á la suerte un camino mirando, llamando y gritando; pero no encontró á nadie. Dos ó tres veces corrió hácia algunos objetos que le parecieron una persona echada ó acurrucada: eran malezas ó rocas á flor de tierra. En fin, se detuvo en un sitio en que habia tres senderos. La luna habia salido. Paseó su mirada á lo lejos, y gritó por última vez. ¡Gervasillo! ¡Gervasillo! ¡Gervasillo! Sus voces se apagaron en la bruma sin despertar ni un eco siquiera. Murmuró aun otra vez: ¡Gervasio! pero ya con una voz débil y casi inarticulada. Aquel fue su último esfuerzo; sus piernas se doblaron bruscamente, como si un poder invisible le oprimiese con todo el peso de su mala conciencia. Cayó desfalle-

Digitized by Google

cido sobre una piedra con las manos en la cabeza y la cara entre las rodillas, y esclamó: ¡Soy un miserable!

Su corazon se abrió, y rompió á llorar. Era la primera vez que lloraba en diez y nueve años.

Cuando Juan Valjean salió de casa del obispo estaba, por decirlo asi, fuera de todo lo que habia sido su pensamiento hasta allí. No podia esplicarse lo que pasaba por él. Queria resistir la accion angélica, las dulces palabras del anciano: «Me habeis prometido ser hombre honrado. »Yo compro vuestra alma. Yo la liberto del espíritu de perversidad, y »la consagro á Dios.» Estas frases se presentaban á su memoria sin cesar; y oponia á esta indulgencia celeste el orgullo, que es en nosotros la fortaleza del mal. Conocia claramente que el perdon de aquel sacerdote era el ataque mas formidable que podia recibir: que su endurecimiento seria infinito si podia resistir aquella clemencia; pero que si cedia, le seria preciso renunciar á aquel odio contra los actos de los demás hombres, que habia alimentado en su alma por espacio de tantos años, aquel odio en que hallaba un placer; que en esta ocasion no habia medio entre vencer ó ser vencido; y que habia comenzado una lucha colosal y definitiva entre su maldad y la bondad del anciano sacerdote.

Ante estas meditaciones que eran ya un principio de luz caminaba como un hombre enajenado. Pero mientras caminaba asi con los ojos estraviados, ¿tenia una percepcion clara de lo que podria resultar de la aventura de D.—? ¿Oia todos los ruidos confusos y misteriosos que aconsejan ó importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida?

Una voz le decia al oido que acababa de atravesar la hora solemne de su destino; que ya no habia término medio para él; que si desde entonces no era el mejor de los hombres, seria el peor; que era preciso, por decirlo asi, que se elevase á mayor altura que el obispo, ó descendiese mas abajo que el presidiario; que si queria ser bueno, debia ser un ángel; si queria ser malo, debia ser un mónstruo.

Y aquí debemos volver á hacernos las preguntas que ya nos hemos hecho otra vez. ¿Tenia en su inteligencia alguna sombra confusa de lo que por ella pasaba? Ciertamente la desgracia, segun hemos dicho ya, educa la inteligencia; pero es muy dudoso que Juan Valjean estuviese en estado de comprender todo lo que vamos diciendo. Si se le presentaban estas ideas, las vislumbraba mas bien que las percibia; y solo ser-

Digitized by Google

vian para causarle una confusion inesplicable y casi dolorosa. Al salir de aquella cosa negra é informe que se llama el presidio, el obispo le habia causado un dolor en el alma, del mismo modo que una viva claridad hiere los ojos que acaban de salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible se le presentaba desde entonces pura, esplendente, y le llenaba de ansiedad. Verdaderamente no sabia qué era de sí mismo. El presidiario habia sido deslumbrado y cegado por la virtud, como un mochuelo que viera salir repentinamente el sol.

Lo cierto, lo que Juan Valjean veia sin duda alguna, era que ya no era el mismo hombre; que todo habia cambiado en él, y que no habia estado en su mano evitar que el obispo le hablase y le conmoviese.

En esta situacion de espíritu habia encontrado á Gervasillo, y le habia robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? De seguro no hubiera podido esplicarlo. ¿Era aquella accion un último efecto, un supremo esfuerzo de las malas ideas que habia traido del presidio; un resto de impulso, un resultado de lo que se llama en mecánica *fuerza adquirida*? Esto era; pero era tambien algo menos. Digámoslo claramente; no era él el que habia robado; no era el hombre, era la bestia que por hábito y por instinto habia puesto estúpidamente el pie sobre aquella moneda, mientras que la inteligencia luchaba en medio de tantas mortificaciones nuevas y desconocidas. Cuando la inteligencia despertó y vió esta accion del bruto, Juan Valjean retrocedió con angustia, y dió un grito de espanto.

Al robar la moneda al niño se habia verificado en él un estraño fenómeno, que parecia imposible en su situacion, porque habia hecho una cosa de que hacía mucho tiempo no era capaz.

Sea como fuere, esta última mala accion causó en él un efecto decisivo: atravesó bruscamente el caos que tenia en la inteligencia y le disipó; separó á un lado las nubes sombrías y á otro la luz, y obró en su alma en el estado en que se encontraba, como obran algunos reactivos químicos sobre una mezcla; precipitando un elemento y clarificando el otro.

Ante todo, antes de examinarse y de reflexionar, azorado como el que busca su salvacion, trató de buscar al muchacho para volverle su dinero, y cuando conoció que esto era inútil é imposible, se detuvo desesperado. En el momento en que esclamaba: ¡soy un miserable!

Digitized by Google

acababa de conocerse tal como era. Estaba en aquel instante como separado de sí mismo; se figuraba que él no era mas que un fantasma, y que tenia delante de sí al repugnante presidiario Juan Valjean en carne y hueso con su palo en la mano, su blusa, su saco lleno de objetos robados á la espalda, su fisonomía resuelta y taciturna, su imaginacion llena de proyectos abominables.

El esceso del infortunio, segun hemos hecho notar ya, le habia hecho visionario en cierto modo. Esto fue, pues, una vision. Vió realmente á Juan Valjean con su siniestra fisonomía delante de sí. Estuvo casi dispuesto á preguntarse quién era aquel hombre, y le tuvo horror.

Su cerebro estaba en uno de esos momentos violentos, y sin embargo horriblemente tranquilos, en que la meditacion es tan profunda que absorbe la realidad: momentos en que no se ven los objetos que se tienen delante, y se ven fuera de sí mismo las imágenes que existen en el espíritu.

Se contempló, pues, por decirlo asi, cara á cara, y al mismo tiempo, al través de aquella alucinacion vió, como en una profundidad misteriosa, una especie de luz que tomó al principio por una antorcha. Examinando con mas atencion esta luz encendida en su conciencia, vió que tenia la forma humana, y que era el obispo.

Su conciencia comparó sucesivamente estos dos hombres colocados en frente de ella; el obispo y Juan Valjean. Habia sido necesario nada menos que el primero para vencer al segundo. Por uno de esos efectos singulares, propios de esta clase de éstasis, á medida que la ilusion se prolongaba, el obispo crecia y resplandecia á sus ojos, y Juan Valjean se achicaba y desaparecia. Despues de algunos instantes solo quedó de él una sombra. Despues desapareció del todo. Solo quedó el obispo.

El obispo, que iluminaba el alma de aquel miserable con un resplandor magnífico.

Juan Valjean lloró un buen rato. Lloró lágrimas ardientes, lloró sollozando, lloró con la debilidad de una mujer, con el temor de un niño.

Mientras lloraba se encendia poco á poco una luz en su cerebro, una luz estraordinaria, una luz maravillosa y terrible á la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiacion, su embrutecimiento este-

Digitized by Google

rior, su endurecimiento interior, su libertad alhagada con tantos planes de venganza, las escenas de casa del obispo, la última accion que habia cometido, aquel robo de cuarenta sueldos á un niño, crímen tanto mas culpable, tanto mas monstruoso; cuanto que tuvo efecto despues del perdon del obispo; todo esto se le presentó claramente; pero con una claridad que no habia conocido hasta entonces. Examinó su vida y le pareció horrorosa: examinó su alma y le pareció horrible. Y sin embargo, sobre su vida y sobre su alma se estendia una suave claridad. Parecíale que descubria á Satanás con la luz del paraiso.

¿Cuánto tiempo estuvo llorando así? ¿Qué hizo despues de llorar? ¿A dónde fue? No se supo. Solamente parece averiguado que aquella misma noche, el conductor que hacia el viaje á Grenoble, y que llegaba á D.— hácia las tres de la mañana, al atravesar la calle donde vivia el obispo, vió á un hombre en actitud de orar, de rodillas en el empedrado, en la sombra, y delante de la puerta de monseñor Bienvenido.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Digitized by Google

# LIBRO TERCERO.

## EN EL AÑO 1817.

Digitized by Google

Digitized by Google

# I.

## EL AÑO 1817.

El de 1817 era el año que Luis XVIII, con cierto aplomo real, que no estaba exento de orgullo, llamaba el vigésimo segundo de su reinado. Era tambien el año en que tenia celebridad M. Bruguiere de Sorsum. Todas las peluquerías, esperando los polvos y la vuelta del ave real, estaban pintadas de azul y flordelisadas.

Era el tiempo inocente en que el conde Lynch se sentaba todos los domingos como mayordomo de fábrica en San German de los Prados, vestido de Par de Francia, con su cordon rojo, y su larga nariz, y aquella magestad de perfil, peculiar al que ha hecho una accion brillante. La accion brillante de M. Lynch fue haber entregado la ciudad, siendo alcalde de Burdeos, el 12 de marzo de 1814 demasiado pronto al duque de Angulema. Esta accion le hizo Par. En 1817 la moda sepultaba á los niños de cuatro á seis años en grandes gorras de tafilete, con orejeras algo semejantes á las mitras de los Esquimales. El ejército francés estaba vestido de blanco, á la austriaca; los regimientos se llamaban legiones; y en vez de número llevaban el nombre de los departamentos. Napoleon estaba en Santa Elena, y como Inglaterra le negaba el paño verde, se veia obligado á volver su ropa vieja.



Digitized by Google

En 1817 cantaba Pelegrini, bailaba la señorita Bigottini, reinaba Potier, y Odry no existia aun. Madama Saquí sucedia á Forioso. Aun habia prusianos en Francia. M. Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de afirmarse cortando la mano y despues la cabeza á Pleignier, á Carbonneau y á Tolleron. El príncipe Talleyrand, gran Chambelan, y el abate Luis, designado para ministro de Hacienda, se miraban y se reian con la risa de dos augures: ambos habian celebrado, el 14 de julio de 1790, la misa de la federacion en el campo de Marzo; Talleyrand habia oficiado como obispo, y Luis le habia ayudado como diácono. En 1817 en la arboleda del mismo campo de Marzo se veian gruesos cilindros de madera, espuestos á la lluvia, pudriéndose entre la yerba, pintados de azul con restos de águilas y de abejas que habian sido doradas. Estos restos eran las columnas que dos años antes habian sostenido el solio del Emperador en el campo de Mayo. Estaban ya ennegrecidas por el fuego de los austriacos, acampados cerca de Gros-Caillou. Dos ó tres de estas columnas habian desaparecido en las hogueras de estos campamentos, y habian servido para calentar las anchas manos de los kaiserlicks. El campo de Mayo habia tenido de notable que se habia celebrado en el mes de junio y en el campo de Marzo. En este año de 1817 eran muy populares dos cosas: el Voltaire-Touquet, y la tabaquera de la Carta. La emocion parisiense mas reciente era el crímen de Dautun, que habia arrojado la cabeza de su hermano al estanque del Mercado de las Flores. El ministerio de Marina principiaba á inquietarse por no tener noticias de la desgraciada fragata *Medusa*, que debia cubrir de vergüenza á Chaumareix, y de gloria á Gericault. El coronel Selves hacia su viaje á Egipto para convertirse en Soliman Bajá. El palacio de las Termas, calle de la Harpe, servia de tienda á un tonelero. Aun se veia en la plataforma de la torre octógona del palacio de Cluny el cajon de madera que habia servido de observatorio á Messier, astrónomo de la marina en tiempo de Luis XVI. La duquesa de Duras leia á tres ó cuatro amigos en su gabinete amueblado al estilo del siglo X, y cubierto de seda azul celeste, la *Qurika* inédita. Se borraban las N en el Louvre. El puente de Austerlitz abdicaba, y tomaba el nombre de puente del Jardin del Rey, doble enigma que ocultaba á la vez el puente de Austerlitz y el Jardin Botánico. Luis XVIII pensativo, señalando con la uña en Horacio los héroes que se hacen emperadores, y los zapateros

Digitized by Google

que se hacen delfines, tenia dos cuidados: Napoleon y Mathurin Brunneau. La Academia francesa proponia como tema de premio *la felicidad que proporciona el estudio*. M. Bellart era elocuente oficialmente. A su sombra germinaba el futuro abogado general de Broë, prometido á los sarcasmos de Pablo Luis Courier. Habia un falso Chateaubriand llamado Marchangy, esperando que hubiese un falso Marchangy llamado Arlincourt. *Clara de Alba* y *Malek-Adel* eran las obras mas notables; y madama Cottin era considerada como el primer escritor de la época. El Instituto dejaba borrar de su lista al académico Napoleon Bonaparte. Un real decreto erigia á Angulema en escuela de Marina, porque siendo el duque de Angulema gran almirante, era evidente que la ciudad de Angulema tenia de derecho todas las cualidades de puerto de mar, sin lo cual la monarquía hubiera estado en peligro. Se trataba en Consejo de Ministros de si se debian tolerar las viñetas que representaban juegos gimnásticos, y adornaban los carteles de Franconi, porque reunian á los pilluelos de las calles. M. Paër autor de la *Inés*, buen hombre, de cara cuadrada, con una berruga en la mejilla, dirigia los conciertos íntimos de la marquesa de Sassenaye, calle de la Ville-l'évêque. Todas las jóvenes cantaban el ermitaño de Saint-Avelle, letra de Edmundo Geraud. El *Enano amarillo* se trasformaba en *Espejo*. El café de Lemblin defendia al Emperador contra el café de Valois que defendia á los Borbones. Acababa de casarse el duque de Berry con una princesa de Sicilia; y Louvel le seguia ya los pasos. Hacia un año que habia muerto madama Staël. Los guardias de corps silbaban á la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños. La forma era reducida, pero la libertad grande. *El Constitucional* era constitucional. *La Minerva* llamaba á Chateaubriand, Chateaubriant. Esta *t* hacia reir mucho al pueblo á costa del gran escritor. En los diarios vendidos escribian periodistas prostituidos que insultaban á los proscriptos de 1815: David no tenia talento, ni Arnault ingenio, ni Carnot probidad; Soult no habia ganado ninguna batalla; y Napoleon verdaderamente no tenia genio. Nadie ignora que es muy raro que un desterrado reciba las cartas echadas al correo, porque la policía convierte su interceptacion en un religioso deber. Pues esto no es nuevo. Descartes en su destierro se quejaba ya de lo mismo. David escribió en un periódico belga lamentándose de no recibir las cartas que le escribian, lo cual pareció gracioso á los periódicos realis-

Digitized by Google

tas que se mofaban con este motivo del proscripto. Decir: los *regicidas*, ó decir: los *votantes;* decir: los *enemigos*, ó decir: los *aliados;* decir: *Napoleon*, ó decir: *Buonaparte* eran cosas que separaban á dos hombres mas que un abismo. Todas las personas de buen sentido convenian en que Luis XVIII, llamado «el autor inmortal de la Carta» habia cerrado para siempre la era de las revoluciones. En el terraplen del Puente Nuevo se esculpia la palabra *Redivivo* en el pedestal que esperaba la estátua de Enrique IV. M. Piet abria en la calle Thérése, número 4, su conciliábulo para consolidar la monarquía. Los jefes de la derecha decian en las grandes crísis: «es preciso escribir á Bacot.» Canuel O'Mahony y Chappedelaine declinaban, no sin aprobacion del hermano de Luis XVIII, lo que debia ser despues «la conspiracion de Bord-del'eau.» El Alfiler Negro conspiraba por su parte. Delaverderie se unia á Trogoff. Dominaba Decazes, liberal hasta cierto punto. Chateaubriand, de pie todas las mañanas ante su ventana del número 27 de la calle de Saint-Dominique, con pantalon de piel y zapatillas, con sus cabellos grises encerrados en un pañuelo, los ojos fijos en un espejo, y un estuche completo de cirujano dentista, abierto delante, se limpiaba los dientes que eran hermosos, dictando al mismo tiempo *La monarquía segun la Carta*, á su secretario M. Pilorge. La crítica formando autoridad preferia Lafon á Talma. M. de Feletz se firmaba A.; M. Hoffman firmaba *Z*, y Cárlos Nodier escribia *Teresa Aubert*. Habíase abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios; y los colegiales, con la flor de lis en el cuello, se daban de puñadas con motivo del rey de Roma. La contrapolicía de palacio denunciba á Su Alteza Real la hermana del rey el retrato espuesto en todas partes, del duque de Orleans, que tenia mejor semblante de uniforme de coronel general de húsares, que el duque de Berry de uniforme de coronel general de dragones, lo que era un grave inconveniente. La ciudad de París restauraba á su costa los dorados de la cúpula de los Inválidos. Los hombres formales se preguntaban qué haria en tal ó tal ocasion M. de Trinquelague. M. Clausel de Montals se separaba en algunos puntos de M. Clausel de Coussergues. M. de Salaberry no estaba contento. El cómico Picard, que era de la Academia en que no habia podido entrar el cómico Moliere, hacia representar *Los dos Filibertos* en el Odeon, en cuyo frontis, á pesar de haberse arrancado las letras, se leia claramente: TEATRO DE LA EMPERATRIZ. Todo el mundo

Digitized by Google

tomaba partido en favor ó en contra de Cugnet de Montarlot. Fabvier era faccioso, y Bavoux revolucionario. El librero Pelicier publicaba una edicion de Voltaire con el título: *Obras de Voltaire* de la Academia francesa, y decia cándidamente: «Esto llama á los compradores.» La opinion general era que M. Cárlos Loyson sería el genio del siglo; la envidia empezaba á morderle, signo de gloria, y se le aplicaba este verso:

Aun cuando Loyson vuela, se ve que tiene patas.

El cardenal Fesch se negaba á hacer dimision, y administraba la diócesi de Lyon M. Pins, arzobispo de Amasia. Principiaba la cuestion del valle de Dappes entre Suiza y Francia por una memoria del capitan Dufour, general despues. Saint Simon desconocido, meditaba su sublime teoría. Habia en la Academia de Ciencias un Fourier célebre, á quien ha olvidado ya la posteridad, y en una bohardilla un Fourier oscuro, de quien se acordará el porvenir. El nombre de lord Byron principiaba á sonar; y una nota del poema de Millevoye le daba á conocer á Francia en estos términos: *un tal lord Baron*. David de Angers se ensayaba en dar forma al mármol. El abate Caron citaba con elogio en el comité de seminaristas del callejon de Feullantines á un sacerdote desconocido, llamado Felecitas Roberto, que fue despues Lamennais. En el Sena humeaba y se movia con el ruido de un perro que nada, una cosa que iba y venia bajo las ventanas de las Tullerías desde el Puente Real al Puente de Luis XV; era un aparato mecánico que no valia gran cosa, una especie de juguete, un sueño de un inventor fantástico, una utopia: un barco de vapor. Los parisienses miraban esta inutilidad con indiferencia. M. de Vaublanc, reformador del Instituto por golpe de Estado, real órden y hornada, autor distinguido de varios académicos, despues de haberlos hecho, no podia conseguir serlo. El barrio de San German y el pabellon Marsan deseaban que se nombrase prefecto de policía á M. Delaveau, á causa de su devocion. Dupuytren y Recamier disputaban en el anfiteatro del colegio de Medicina, y se amenazaban con el puño tratando de la divinidad de Jesucristo. Cuvier con un ojo en el Génesis y otro en la naturaleza se esforzaba por agradar á la reaccion hipócrita, poniendo los fósiles de acuerdo con los testos sagrados, y adulando á Moisés con los mastodontes. M. Francisco de Neufchateau, digno cultivador de la

Digitized by Google

memoria de Parmentier, hacia mil esfuerzos para que *pomme de terre* se pronunciase *parmentiere*, y no lo conseguia. El abate Gregoire, antiguo obispo, antiguo convencional y antiguo senador, habia pasado en la política realista al estado de «infame Gregoire.» Esta locucion que acabamos de emplear *pasar al estado de* era denunciada como un neologismo por M. Royer-Collard. Aun podia distinguirse por su blancura en el tercer arco del puente de Jena la piedra nueva con que dos años antes se habia cubierto la boca de la mina hecha por Blucher para volar el puente. La justicia llamaba al tribunal á un hombre, que viendo entrar al conde de Artois en Nuestra Señora, habia dicho en voz alta: *Por vida mia, que echo de menos el tiempo en que veia á Bonaparte y á Talma entrar del brazo en Bal-Sauvage.* Palabras sediciosas: seis meses de prision.

Los traidores se presentaban al descubierto; hombres que se habian pasado al enemigo la víspera de una batalla, no ocultaban la recompensa, é iban públicamente pavoneándose en mitad del dia con todo el cinismo de las riquezas y de las dignidades: desertores de Ligny y de Quatre-Bras, en la ostentacion de su infamia pagada, manifestaban su adhesion monárquica completamente desnuda, olvidando lo que se dice en las paredes interiores de las columnas mingitorias de Inglaterra: *Please adjust your dress before leaving,* ó lo que es lo mismo: *sírvase V. abrocharse antes de salir.*

Esto era lo que sobrenadaba confusamente en el año 1817, olvidado ya hoy. La historia no se hace cargo de todas estas particularidades; y no puede tampoco hacer otra cosa, porque la invadiria el infinito. Sin embargo, estos detalles que se llaman pequeños,—no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetacion—son útiles. La figura de los siglos se compone de la fisonomía de los años.

En este año de 1817 cuatro jóvenes parisienses representaron «una buena farsa.»

Digitized by Google

# II.

## DOBLE QUATOR.

Estos parisienses eran uno de Tolosa, otro de Limoges, el tercero de Cahors, y el cuarto de Montauban; pero eran estudiantes; y quien dice estudiante dice parisiense, porque estudiar en París es nacer en París.

Estos jóvenes eran insignificantes: todo el mundo conoce su tipo; cuatro imágenes del primero que llega; ni buenos, ni malos; ni sabios, ni ignorantes; ni génios, ni imbéciles, ramas de ese abril encantador que se llama veinte años. Eran cuatro Oscares cualesquiera; porque en aquella época aun no se conocian los Arturos. *Quemad en honor suyo los perfumes de la Arabia*, decia la novela, *Oscar adelanta, Oscar, voy á verle.* Se salia de Ossian; la elegancia era escandinava y caledoniana; el género inglés puro no debia prevalecer hasta despues; y el primero de los Arturos, Wellington, acababa apenas de ganar la batalla de Waterloo.

Estos Oscares se llamaban Félix Tholomyes de Tolosa; Listolier de Cahors; Fameuil de Limoges, y Blachevelle de Montauban. Cada uno tenia naturalmente su amor. Blachevelle amaba á Favorita, llamada asi porque habia estado en Inglaterra; Listolier adoraba á Dalia, que habia

Digitized by Google

tomado por nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba á Zefina, abreviatura de Josefina; Tholomyes queria á Fantina, llamada larubia, por sus hermosos cabellos, que eran como los rayos del sol.

Favorita, Dalia, Zefina y Fantina eran cuatro encantadoras jóvenes perfumadas y radiantes, un poco obreras aun, porque no habian abandonado enteramente la aguja, distraidas con sus amorcillos, y que conservaban en su fisonomía un resto de la serenidad del trabajo y en su alma esa flor de la honestidad que sobrevive en la mujer á su primera caida. Una de las cuatro se llamaba la jóven porque era la menor, y otra se llamaba la vieja: la vieja tenia veintitres años. Y para no callar nada diremos, que las tres primeras eran mas esperimentadas, mas despreocupadas, y mas amigas del ruido de la vida, que Fantina la rubia, que aun vivia en su primera ilusion.

Dalia, Zefina, y sobre todo Favorita, no hubieran podido decir lo mismo; porque habia ya mas de un episodio en la novela de su vida: el amante, que se llamaba Adolfo en el primer capítulo, se convertia en Alfonso en el segundo, y Gustavo en el tercero. La pobreza y la coquetería son dos consejeros fatales; el uno murmura y el otro halaga; y las jóvenes del pueblo tienen ambos consejeros que les habla cada uno á un oido. Estas almas mal guardadas les escuchan; y de aquí provienen los tropiezos que dan, y las piedras que se les arrojan. Se les oprime con el esplendor de todo lo que es inmaculado é inaccesible. ¡Ah, si la señorita aristocrática tuviese hambre!

Favorita tenia por admiradoras á Zefina y á Dalia, á causa de haber estado en Inglaterra. Habia tenido muy pronto casa propia. Su padre era un viejo profesor de matemáticas brutal y fanfarron. No estaba casado, y vivia á salto de mata á pesar de su edad. Siendo jóven vió un dia engancharse el vestido de una doncella de servicio en la rejilla de la chimenea de un gabinete, y se enamoró de este accidente. De él resultó Fantina. Esta encontraba algunas veces á su padre que la saludaba. Una mañana, una mujer de edad y aspecto beato entró en su casa y le dijo: —¿No me conoceis, señorita?—No.—Pues soy tu madre.—En seguida abrió un aparador, bebió y comió, trajo un colchon que tenia, y se instaló allí. Esta madre gruñona y devota no hablaba nunca con Favorita; permanecia horas enteras sin pronunciar palabra; almorzaba, comia y

Digitized by Google

FANTINA

Digitized by Google

Digitized by Google

cenaba como cuatro, y bajaba á hacer la visita al portero, donde pasaba el rato hablando mal de su hija.

Lo que habia arrastrado á Dalia hácia Listolier, hácia otros tal vez, y hácia la ociosidad era el tener bonitas uñas rosadas. ¿Cómo habian de trabajar aquellas uñas? La que quiera ser virtuosa no debe tener piedad de sus manos. En cuanto á Zefina, habia conquistado á Fameuil por su manera graciosa y halagüeña de decir: Sí señor.

Los jóvenes eran camaradas; las jóvenes eran amigas. Tales amores llevan siempre consigo tales amistades.

La filosofía y la sabiduría son dos cosas distintas; y lo prueba el que, prescindiendo de estas particularidades, Favorita, Zefina y Dalia eran filósofas, y Fantina era sabia.—¡Sabia! se dirá: ¿y Tholomyes? Salomon responderia que el amor es parte de la sabiduría. Nosotros nos limitaremos á decir que el amor de Fantina era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Fantina era la única de las cuatro á quien no tuteaba mas que un hombre.

Fantina era uno de esos seres que salen del fondo del pueblo. Habia salido de las regiones mas insondables de la sombra social, y tenia en su frente la señal de lo anónimo y de lo desconocido. Habia nacido en M.—á orillas del M.—¿Quiénes eran sus padres? ¿Quién podria decirlo? Nadie habia conocido á su padre ni á su madre. Se llamaba Fantina. ¿Y por qué se llamaba Fantina? Nadie sabia otro nombre. Cuando nació existia aun el Directorio. No tenia nombre de familia, no tenia familia; no tenia nombre de bautismo, la iglesia no existia para ella. Se llamó como quiso el primer transeunte que la encontró con los pies descalzos en la calle. Recibió un nombre, lo mismo que recibia en su frente el agua de las nubes los dias de lluvia. Se la llamó Fantinita; y nadie sabia mas. Asi vino á la vida esta criatura humana. A los diez años Fantina abandonó la ciudad y se puso á servir en las quintas de los alrededores. A los quince años fué á París á «buscar fortuna.» Fantina era hermosa, y permaneció pura todo el mayor tiempo que pudo. Era una bonita rubia con bellísimos dientes: tenia por dote el oro y las perlas; pero el oro estaba en su cabeza, y las perlas en su boca.

Trabajó para vivir; y despues amó tambien para vivir; porque el corazon tiene su hambre.



Digitized by Google

Y amó á Tholomyes.

Amor pasajero para él; pasion para ella. Las calles del barrio latino, que hormiguean en estudiantes y grisetas, vieron el principio de este sueño. Fantina habia huido mucho tiempo de Tholomyes; pero de modo que siempre le encontraba en los laberintos de la colina del Panteon, donde se empiezan y desenlazan tantas aventuras. Hay una manera de huir que parece buscar. Pronto tuvo lugar la égloga.

Blachevelle, Listolier y Fameuil formaban un grupo, á cuya cabeza estaba Tholomyes. Este era el genio de la compañía.

Tholomyes era el estudiante veterano; era rico; tenia cuatro mil francos de renta, escándalo de esplendidez en la montaña de Santa Genoveva: Tholomyes era un vividor de treinta años, mal conservado. Tenia ya arrugas; habia perdido los dientes; y le principiaba una calvicie, de que decia él mismo sin tristeza; entradas á los treinta, rodilla á los cuarenta. Digeria mal, y tenia un ojo lacrimoso. Pero á medida que perdia su juventud, se rejuvenecia su buen humor; reemplazaba sus dientes con animadas gesticulaciones, sus cabellos con la alegría, la salud con la ironía, y el ojo que lloraba estaba siempre riendo. Estaba aniquilado, pero cubierto de flores. Su juventud, liando el petate antes de tiempo, se retiraba en buen órden, riendo y llena de entusiasmo. Habia escrito una pieza que no le habian admitido en el Vaudeville, y componia á cada momento versos. Además dudaba de todo, lo que es una gran fuerza á los ojos de los débiles. Siendo, pues, calvo é irónico, era el jefe. *Iron* es una palabra inglesa que significa hierro. ¿Vendrá de aquí la palabra ironía?

Un dia Tholomyes llamó á parte á los otros tres, hizo un gesto propio de un oráculo, y les dijo:

—Pronto hará un año que Fantina, Dalia, Zefina y Favorita nos piden una sorpresa. Se la hemos prometido solemnemente, y nos la están reclamando siempre; á mí sobre todo. Lo mismo que en Nápoles las viejas dicen á San Genaro: *Faccia gialluta fa il miracolo,* ¡cara amarillenta, haz el milagro! nuestras bellas nos dicen sin cesar: Tholomyes, ¿cuándo darás á conocer tu sorpresa? Al mismo tiempo nuestros padres nos escriben. Nos vemos apremiados por dos partes. Me parece que ha llegado el momento. Hablemos.

Tholomyes bajó la voz, y articuló misteriosamente algunas palabras

Digitized by Google

tan alegres, que de las cuatro bocas salió á carcajadas un gran entusiasmo, al mismo tiempo que Blachevelle esclamaba:—¡Es una gran idea!

Hallaron al paso un café lleno de humo, y entraron, perdiéndose en aquella espesa atmósfera el fin de su conferencia.

El resultado de aquel secreto fue una gran partida de campo que se celebró el domingo siguiente, invitando los cuatro estudiantes á las cuatro jóvenes.

Digitized by Google

# III.

## CUATRO Á CUATRO.

Es muy difícil figurarse hoy lo que era hace cuarenta y cinco años una comida de campo de estudiantes y grisetas. París no tiene ya los mismos alrededores; la vida que podria llamarse circum-parisiense ha cambiado completamente en medio siglo: donde estaba el carro está hoy el wagon; donde estaba el patache está hoy el barco de vapor, y hoy se dice Fecamp como entonces se decia Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad que tiene por arrabales toda la Francia.

Las cuatro parejas llevaron á cabo concienzudamente todas las locuras campestres posibles entonces. Principiaban las vacaciones; y era un claro y ardiente dia de verano. La víspera, Favorita, que era la única que sabia escribir, habia escrito á Tholomyes lo siguiente: «Es muy sano salir de madrugada.»

Por esta razon se levantaron todos á las cinco de la mañana. Fueron á Saint-Cloud en coche; se pararon ante la cascada seca, y esclamaron: ¡qué hermosa seria si tuviera agua! Almorzaron en la *Tete-Noire,* donde no se conocia á Castaing; jugaron una partida á la sortija en las arboledas del estanque grande; subieron á la linterna de Diógenes; jugaron los macarrones en la ruleta del puente de Sevres; hicieron ramille-

Digitized by Google

tes en Poteaux; compraron silbatos en Neuilly; comieron en todas partes pastelillos de manzanas; en fin, fueron perfectamente felices.

Las jóvenes triscaban y gritaban como una cotorra escapada. Aquello era un delirio. No hacian mas que dar golpecitos con la mano á los jóvenes. ¡Embriaguez matinal de la vida! ¡Edad adorable! El ala de los libelulios juguetea. ¡Oh! quien quiera que seais, ¿os acordais? ¿Habeis ido alguna vez por la maleza separando las ramas para que pasase una linda cabeza que venia detrás de vosotros? ¿Habeis bajado alguna vez una cuestecilla mojada por la lluvia con una mujer amada, que os detiene por la mano y esclama: ¡Ay mis botitas nuevas! ¡Cómo se han puesto!

Pero apresurémonos á decir que faltó esta encantadora contrariedad, un chaparron; aunque Favorita habia dicho al salir con acento sentencioso y maternal: *Las arañas andan por el suelo: señal de lluvia, hijos mios.*

Las cuatro eran locamente hermosas. Un viejo poeta clásico, muy nombrado entonces, un hombre que tenia una Leonor, el caballero Labouisse, paseando aquel dia bajo los castaños de Saint-Cloud les habia visto pasar á las diez de la mañana, y habia dicho: *Sobra una*, acordándose de las Gracias. Favorita, la amiga de Blachevelle, la de los veintitres años, la vieja, corria bajo las grandes ramas verdes de los árboles, saltaba las caceras, pasaba atrevidamente los matorrales, y presidia aquella fiesta con el entusiasmo de una diosa de las selvas. Zefina y Dalia, á quienes la fortuna habia hecho hermosas de tal manera que se hacian valer mas, y se completaban, por decirlo asi, uniéndose, no se separaban, por instinto de coquetería, mas bien que por amistad, y apoyadas una en otra tomaban actitudes inglesas. Los primeros *keapsakes* acababan de aparecer; comenzaba la melancolía de las mujeres, como posteriormente el byronismo en los hombres, y los cabellos del bello sexo empezaban á caer lánguidamente. Zefina y Dalia estaban peinadas con tirabuzones. Listolier y Fameuil empeñados en una discusion sobre sus profesores, esplicaban á Fantina la diferencia que habia entre M. Delvincourt y M. Blondeau.

Blachevelle parecia haber sido criado espresamente para llevar en el brazo los domingos el chal de tres colores con cenefa de Favorita.

Seguia Tholomyes dominando el grupo. Era muy alegre, pero de-

Digitized by Google

jaba conocer el deseo de mando: su jovialidad tenia algo de dictadura; la prenda principal de su traje era un pantalon muy ancho de mahon, con trabillas de correa tejida; tenia un gran baston de doscientos francos, y como todo se lo permitia, una cosa estraña, llamada cigarro en la boca. No habiendo nada sagrado para él, fumaba.

—Este Tholomyes es admirable, decian los demás con veneracion. ¡Qué pantalones! ¡qué energía!

En cuanto á Fantina, era la misma alegría. Sus blancos dientes habian recibido evidentemente de Dios una mision: reir. Llevaba en la mano, mas que en la cabeza, un sombrerito de paja con grandes cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios acostumbrados á flotar y á desatarse fácilmente, siendo preciso componerlos á cada momento, parecian hechos para representar la fuga de Galatea entre los sauces. Sus labios rosados charlaban encantadoramente. Los estremos de la boca voluptuosamente levantados como en los antiguos mascarones de Erigone, parecian animar á los atrevidos; pero sus largas pestañas cubiertas de sombra, se bajaban discretamente contra este atractivo de la parte inferior del rostro, como imponiéndole silencio. Su traje tenia un no sé qué de encantador y de flotante. Llevaba un vestido de barés color de malva; zapatos de color de canela, con cintas que subian trazando X por su blanquísima media; y una especie de spencer de muselina, invencion marsellesa, cuyo nombre canesú, corrupcion de las palabras *quinze aout*, (quince de agosto) pronunciadas en la Cannebiére, significan buen tiempo, calor y medio-dia. Las otras tres, menos tímidas, segun hemos dicho ya, estaban descotadas, lo que en el verano, con sombreros cubiertos de flores, tiene mucha gracia y gran atractivo; pero al lado de estos vestidos ceñidos el canesú de la rubia Fantina, con su trasparencia, sus indiscreciones, sus reticencias, ocultando y enseñando á la vez, parecia una invencion provocativa de la decencia. La famosa corte de amor presidida por la vizcondesa de Cette, la de los ojos de verde mar, habría dado probablemente el premio de la coqueteria á este canesú que se presentaba en nombre de la castidad. Lo mas sencillo es algunas veces lo mejor entendido. Esto es lo que sucede siempre.

Fantina tenia un rostro deslumbrador, delicado perfil, los ojos de azul oscuro, los párpados gruesos, los pies bien formados y pequeños, las muñecas y las coyunturas perfectamente torneadas, el cutis blanco,

Digitized by Google

que dejaba ver por todas partes las ramificaciones azuladas de las venas; las mejillas infantiles y frescas, el cuello robusto de las Junos eginéticas, la nuca fuerte y flexible; los hombros modelados como por Coston, tenian en su centro una voluptuosa hendidura, visible al través de la muselina; era una alegría velada por la meditacion; una escultura esquisita. Bajo aquellas trenzas y aquellas cintas se adivinaba una estátua, y en la estátua un alma.

Fantina era bella sin saberlo. Los pensadores, sacerdotes misteriosos de la belleza, que examinan silenciosamente todo, hasta la perfeccion, habrian descubierto en aquella jóven, al través de la trasparencia de la gracia parisiense, la antigua eufonia sagrada. Aquella hija de la noche tenia su raza. Era bella bajo ambos aspectos, el del estilo y el del ritmo. El estilo es la forma de lo ideal; el ritmo es el movimiento.

Hemos dicho que Fantina era la alegría; pero era tambien el pudor.

Un observador que hubiera estudiado detenidamente lo que se desprendia de ella al través de aquella embriaguez de la edad, de la estacion y del amor, hubiera encontrado una espresion invencible de pudor y de modestia. Estaba siempre como un poco asombrada. Este casto asombro era la nube que separaba á Psiquis de Venus. Tenia los dedos blancos, largos y delgados de la vestal que remueve las cenizas del fuego sagrado con un alfiler de oro. Aunque nada habia negado á Tholomyes, segun veremos mas adelante, su rostro en el reposo era soberanamente virginal; una especie de dignidad grave, casi austera, le dominaba en algunos momentos, y era un espectáculo singular y admirable ver aparecer en él rápidamente la alegría, y sucederla el recogimiento sin transicion. Esta gravedad repentina, rigorosamente marcada muchas veces, parecia el desden de una diosa. Su frente, su nariz y su barba presentaban el equilibrio lineal, muy distinto del equilibrio de proporcion, y del cual resulta la armonía del rostro; en el intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior, tenia una curvatura imperceptible y encantadora, signo misterioso de la castidad que hizo á Barbaroja enamorarse de una Diana de las cuevas de Iconia.

El amor es una falta; pero Fantina era la inocencia flotando sobre la falta.

Digitized by Google

# IV.

## THOLOMYES ESTA TAN ALEGRE QUE CANTA UNA CANCION ESPAÑOLA.

Aquel dia parecia una aurora continua. La naturaleza estaba de fiesta, y manifestaba su alegría. Los parterres de Saint-Cloud embalsamaban el aire; el soplo del Sena movia suavemente las hojas; las ramas gesticulaban en el viento; las abejas saqueaban los jazmines; una nube de mariposas se posaba en las hojas de los tréboles y las avenas; el augusto parque del rey de Francia estaba ocupado por un ejército de vagabundos, por los pájaros.

Las cuatro divertidas parejas resplandecian al sol en el campo, entre las flores y los árboles.

En aquella felicidad comun, hablando, cantando, corriendo, bailando, persiguiendo á las mariposas, cogiendo campanillas, mojando las botas en las yerbas altas y húmedas, recibian á cada momento los besos de todos, escepto Fantina que permanecia encerrada en su vaga resistencia pensativa y respetable.—Tú, le decia Favorita, tú tienes siempre alguna cosa.

Allí estaba el placer. Los pasos de aquellas felices parejas eran un llamamiento á la vida y á la naturaleza, y hacian salir de todas partes el amor y la luz. Hubo una hada que hizo las praderas y los árboles espre-

Digitized by Google

samente para los amantes. Y desde entonces existe esa escuela campestre de los amantes, que principia siempre, y que durará mientras haya campo y estudiantes. De aquí proviene la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el duque y par y el último jornalero, los cortesanos y los villanos, como se decia en otro tiempo, son súbditos de esta fiesta. Todos rien, todos se buscan; hay en el aire una claridad de apoteosis, una transfiguracion, ¡la del amor! Los árboles son dioses. Los gritos, las correrías por la yerba, las hojas cogidas al vuelo, esos ruidos que forman una melodía, esas adoraciones que se descubren en el modo de pronunciar una sílaba; esas cerezas arrancadas de una boca por otra; todo esto brilla y pasa en placeres celestiales. Las jóvenes hacen un grato desperdicio de sí mismas. Esto creemos que no concluirá nunca. Los filósofos, los poetas, los pintores consideran estos éstasis, y no saben qué hacer; ¡tanto les deslumbran! ¡La partida de Citerea! esclama Walteau; Larncet, el pintor de la plebe contempla á sus ciudadanos perdidos en el azul; Diderot tiende los brazos á estos amorcillos, y Urfé los confunde con los druidas.

Despues del almuerzo las cuatro parejas fueron á ver, en lo que se llamaba entonces el jardin del rey, una planta nueva llevada de la India, cuyo nombre no recordamos en este momento, y que en aquella época llevaba á todo París á Saint-Cloud; era un bonito y caprichoso arbolillo de un tallo, cuyas innumerables ramas, delgadas como hilos, enmarañadas y sin hojas, estaban cubiertas de miles de rositas blancas; lo que daba á la planta el aspecto de una cabellera sembrada de flores. Siempre habia una multitud que la admiraba.

Despues de visto el arbusto dijo Tholomyes: ¡Os ofrezco unos burros! y ajustándose con un burrero volvieron por Vanvres é Issy. En Issy tuvieron un incidente.

El parque *Bien National*, que era propiedad entonces del asentista Bourguin, estaba abierto. Los jóvenes pasaron la verja, visitaron al maniquí anacoreta en su gruta, probaron los misteriosos efectos del famoso gabinete de los espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro millonario, ó de Turcaret convertido en Priapo, y sacudieron fuertemente el columpio sujeto á los dos castaños, celebrados por el abate de Bernis. Cuando se columpiaban las jóvenes una tras otra, lo que producia entre risas universales movimientos de los vestidos que Greuze hubiera desea-



Digitized by Google

do contemplar, el tolosano Tholomyes, algo español, porque Toulouse es prima de Tolosa, cantaba en tono melancólico una antigua cancion gallega, probablemente inspirada por alguna jóven lanzada en una cuerda entre dos árboles:

Al balcon de los ojos
Se asoma el alma:
Para ver lo que enseñas
Amor me llama

Fantina era la única que se negaba á columpiarse.

—No me gustan esos genios, dijo bastante agriamente Favorita.

Dejaron despues los burros, y encontraron una nueva diversion: embarcáronse en el Sena, y desde Passy fueron á pie hasta la barrera de la Estrella. Estaban en pie, segun hemos dicho, desde las cinco de la mañana: pero ¡bah! *nadie se cansa el domingo*, decia Favorita: *el domingo no cansa el trabajo*. A las tres las cuatro parejas perdidas de placer, descendian por las montañas rusas, edificio singular que ocupaba entonces las alturas de Beaujou, y cuya línea se descubria serpenteando por cima de los árboles de los Campos Elíseos.

De cuando en cuando preguntaba Favorita:

—¿Y la sorpresa?

—Paciencia, respondia Tholomyes.

Digitized by Google

# V.

## EN CASA DE BOMBARDA.

Cansados ya de las montañas rusas, habian pensado en comer; y los ocho algo fatigados habian entrado en la hostería de Bombarda, sucursal que habia establecido en los Campos Elíseos aquel famoso Bombarda, cuya muestra se veia entonces en la calle de Rívoli, al lado del pasaje Delorme.

Allí entraron en un cuarto grande, pero mal alhajado, con alcoba y cama en el fondo (tuvieron que aceptar este rincon por estar la hostería llena), dos ventanas, desde donde se descubrian, al través de los olmos, el muelle y el rio, y por donde entraba un magnífico sol de agosto; dos mesas, en una de las cuales habia una montaña de ramilletes mezclados con sombreros de hombre y de mujer, y en la otra las cuatro parejas sentadas alrededor de un monton de platos, bandejas, vasos y botellas, frascos de cerveza y de vino; poco órden en la mesa, y algun desórden debajo:

> Los pies bajo la mesa, sin reposo
> Armaban un estrépito espantoso.

dice Moliére.

Allí, pues, estaba á las cuatro y media de la tarde la broma que

Digitized by Google

habia empezado á las cinco de la mañana. El sol declinaba, y el apetito se estinguia.

Los Campos Elíseos cubiertos de sol y de gente, no eran mas que luz y polvo, dos cosas que componen la gloria. Los caballos de Marly, mármoles que relinchaban, hacian sus cabriolas en una nube de oro. Los coches iban y venian. Un escuadron de guardias de corps, con el clarin á la cabeza, bajaba por la alameda de Neuilly; la bandera blanca, rosada vagamente por el sol poniente, flotaba en la torre de las Tullerías. La plaza de la Concordia, llamada entonces de Luis XV, rebosaba de paseantes. Muchos llevaban la flor de lis de plata suspendida de una cinta blanca de aguas, que en 1817 todavía no habia desaparecido de las botonaduras. En varios puntos, y en medio de los paseantes que formaban círculo y aplaudian, habia corros de niñas que tiraban al aire una pelota borbónica, célebre entonces, destinada á anatematizar los Cien Dias, y que tenia por estribillo:

Devolvednos nuestro padre
el de Gante,
Devolvednos nuestro padre.

Gran número de habitantes de los arrabales con sus trajes de fiesta, y aun tambien con flores de lis como los ciudadanos, en el gran cuadro y en el cuadro Marigny, jugaban á la sortija, y daban vueltas en los caballos de madera: otros bebian; algunos aprendices de cajistas llevaban gorras de papel, y se oian sus risas. Todo estaba hermoso. Era aquel un tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista; era la época en que el prefecto de policía Anglés terminaba un informe reservado al rey acerca de los arrabales de París con las siguientes palabras: «Bien considerado todo, señor, no hay nada que temer de esta gente. Son »descuidados é indolentes como gatos. El pueblo bajo de las provincias »es inquieto; pero el de París no lo es. Estos son unos hombres muy pe»queños, señor, seria necesario poner dos de ellos uno sobre otro para »hacer uno de vuestros granaderos. No hay temor ninguno por parte del »populacho de la capital. Es muy notable que hasta la estatura haya de»crecido en cincuenta años: el pueblo de los arrabales de París tiene »menos estatura que antes de la revolucion. No es temible. En fin, es »una buena canalla.»

Digitized by Google

Los prefectos de policía no creian que un gato pudiese convertirse en leon; pero este es el milagro del pueblo de París. El gato por otra parte, tan despreciado del conde Anglés, era muy estimado de las repúblicas antiguas; tanto que encarnaba á sus ojos la libertad, y asi para servir de contrapeso á la Minerva áptera del Pireo, habia en la plaza pública de Corinto el coloso de bronce de un gato. La inocente policía de la Restauracion creia muy «bueno» al pueblo de París. No es sin embargo, tan buena «canalla» como se creia. El parisiense es al francés lo que el ateniense al griego; nadie duerme mejor que él; nadie es mas francamente frívolo, ni mas perezoso; nadie tiene aspecto mas olvidadizo; pero no hay que fiarse. Es dejado: pero cuando tiene en frente la gloria, es admirable en su furia. Dadle una pica y tendreis el 10 de agosto; dadle un fusil, y tendreis un Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleon, y el recurso de Danton. ¿Se trata de la patria?—Se alista.—¿Se trata de la libertad?—Levanta barricadas. ¡Cuidado! Sus cabellos encolerizados son capaces de la epopeya; su blusa se convierte en una clámide. Mucho cuidado. De la primera calle Grenetat que encuentre hará unas horcas. Y cuando suena la hora, este hombre tan pequeño crece, se levanta, mira de un modo terrible, y su aliento es una tempestad; de su delgado pecho sale un viento bastante fuerte para deshacer las arrugas de los Alpes. Y gracias al habitante de París, la revolucion que le mezcla en el ejército conquista la Europa. Canta: este es su placer. Dadle una cancion proporcionada á su naturaleza, y vereis. Cuando no tiene mas cancion que la carmañola, no hace mas que derribar á Luis XVI; hacedle cantar la marsellesa, y libertará al mundo.

Despues de escribir esta nota al márgen dél informe del conde Anglés, volvamos á nuestras cuatro parejas. La comida, como hemos dicho, iba concluyendo.

Digitized by Google

# VI.

## EL AMOR DE FAVORITA.

Palabras de sobremesa y palabras de amor: tan difíciles son de coger unas como otras. Las palabras de amor son llamaradas: las palabras de sobre mesa son humo.

Fameuil y Dalia murmuraban una cancion; Tholomyes bebia; Zefina reia; Fantina se sonreia; Listolier tocaba una trompetilla de madera comprada en Saint-Cloud. Favorita miraba tiernamente á Blachevelle, y decia:

—Blachevelle, te adoro.

Esto produjo una pregunta de Blachevelle.

—¿Qué es lo que harias, Favorita, si dejara de amarte?

—¡Yo! esclamó Favorita. ¡Bah! no digas eso, ni aun en broma. Si dejaras de amarme, me tiraria á tí, te arañaria, te arrancaría los ojos, te daria un baño, y te haria prender.

Blachevelle se sonrió con la voluptuosa fatuidad de un hombre halagado en su amor propio. Favorita continuó:

—Sí; gritaria, llamaria á la guardia! ! Oh! ¡no me cortaria por eso, bribon!

Blachevelle estasiado se recostó en la silla, y cerró orgullosamente ambos ojos.

Digitized by Google

Dalia, sin dejar de comer, decia por lo bajo á Favorita en medio del tumulto:

—¿Tanto idolatras á tu Blachevelle?

—¡Yo! le detesto, respondió Favorita en el mismo tono, volviendo á coger su tenedor. Es avaro. El que me gusta es el pequeñito de en frente de mi casa. Es muy guapo aquel jóven, ¿le conoces? Por las trazas debe de ser actor. Me gustan los actores. En cuanto entra en casa dice su madre:—¡Ay Dios mio! ya perdí la tranquilidad. Ahora va á gritar: ¿pero no vés que tus chillidos me vuelven loca?—Porque en cuanto vuelve á casa, en el desvan, en las bohardillas, á donde quiera que puede subir, allí se encarama y empieza á declamar, y á cantar, y á gesticular, pero tan fuerte, que se le oye desde una legua. Gana veinte sueldos al dia en casa de un procurador, copiando autos y pedimentos. Es hijo de un antiguo sochantre de Saint-Jaques-du-Haut-Pas. Está muy bien. ¡Vaya! Me idolatra hasta un punto, que el otro dia al verme hacer un poco de almidon para unos rizados, me dijo: *Señorita: haga usted buñuelos con sus guantes, y soy capaz de comérmelos.* Solo á los artistas se les ocurren cosas como estas. ¡Ah! está muy bien, y yo creo que voy á enloquecer por ese chico. Sin embargo digo á Blachevelle que le adoro! ¡Cómo miento! ¿eh? ¡cómo miento!

Favorita hizo una pausa, y continuó:

—Dalia, ¿lo creerás? estoy triste. Todo el verano ha estado lloviendo: el viento me encoleriza, me irrita los nervios. Blachevelle es muy roñoso; apenas hay guisantes en el mercado; no sé qué comer: tengo *spleen*, como dicen los ingleses; ¡está tan cara la manteca! y luego, ya ves; es un horror esto: ¡comer en un cuarto donde hay una cama! Es cosa de aborrecer la vida.

Digitized by Google

# VII.

## SABIDURÍA DE THOLOMYES.

Viendo que unos hablaban y otros cantaban tumultuosamente, y todos juntos metian ruido, Tholomyes intervino.

—No hablemos asi por hablar, ni con demasiada viveza, esclamó. Si queremos deslumbrar, meditemos. El demasiado improvisar vacia tontamente la imaginacion. Quien mucho abarca poco aprieta. Señores, nada de prisa. Démosle magestad á nuestra francachela. Comamos con recogimiento: *Festina lente*. No nos apresuremos. Ved lo que le pasa á la primavera; se adelanta y todo se pierde: todo se le hiela. El esceso de celo pierde los albérchigos y los albaricoques. El esceso de celo mata la gracia y la alegría de los festines. Nada de celo, señores. Grimaud de la Reyniere es del parecer de Talleyrand.

Una sorda rebelion agitó al grupo.

—Tholomyes, déjanos en paz, dijo Blachevelle.

—Abajo el tirano, esclamó Fameuil.

—Bombarda, Bombance y Bamboche, gritó Listolier.

—El domingo existe, repitió Fameuil.

—Nosotros somos sobrios, añadió Listolier.

—Tholomyes, dijo Blachevelle, contempla mi calma.

Digitized by Google

—Tú eres el marqués de ese título, respondió Tholomyes.

Este equívoco de mediano gusto produjo el efecto de una piedra arrojada á un charco. El marqués de Montcalm era un realista entonces célebre (1). Todas las ranas se callaron.

—Amigos, continuó Tholomyes con el acento de un hombre que recobra el imperio, reponeos. No hay que acoger con tanto estupor ese equívoco llovido del cielo. No todo lo que de este modo cae, es necesariamente digno de entusiasmo y de respeto. El equívoco es la secrecion del talento que vuela: la secrecion cae en cualquier parte; y el talento, despues de haber segregado una necedad, se remonta y se pierde en el azul del cielo. Una materia blanquecina que cae y se aplasta sobre una roca no impide al condor que siga volando. Lejos de mí la idea de insultar al equívoco. Le respeto en proporcion de sus méritos; nada mas. Las personas mas augustas, mas sublimes y mejores de la humanidad, y aun de fuera de la humanidad, se han entretenido en hacer juegos de palabras. Jesu-Cristo hizo uno acerca de San Pedro: Moisés acerca de Isaac; Esquilo acerca de Polinice; Cleopatra acerca de Octavio. Y notad, que este equívoco de Cleopatra precedió á la batalla de Accio, y que sin él nadie se acordaria de la ciudad de Toryne, nombre griego que significa cucharon. Concedido esto, vuelvo á mi exhortacion. Hermanos mios, lo repito: nada de celo, nada de barullo, nada de escesos, ni aun en chistes, juegos de palabras y demás. Escuchadme: yo tengo la prudencia de Anfiarao, y la calvicie de César. Es preciso un límite hasta á los geroglíficos. *Est modus in rebus* (2). Es preciso un límite aun á las comedias. Señoras mias, os gustan con esceso las tortas de manzanas: no abuseis. Aun en esto de tortas debe haber arte y buen sentido. La glotonería castiga al gloton. Gula castigó á Gulax. Las indigestiones están encargadas por Dios de moralizar los estómagos. No olvideis esto: cada una de nuestras pasiones, aun el amor, tiene un estómago que es menester no rellenar demasiado. En todo es preciso escribir á tiempo la palabra *finis*: cuando urja es necesario contenerse, echar el cerrojo al apetito; llevar á la prevencion la fantasía, y encerrarse uno mismo en el cuerpo de guar-

(1) El equívoco consiste en que mi calma se dice en francés *mon calme*, y se pronuncia como Montcalm.

(2) En francés se llama *rebus* lo que en lenguaje periodístico llamamos nosotros geroglífico.



Digitized by Google

dia. El hombre sabio es aquel que en un momento dado sabe contenerse. Confiad en mí. Porque yo haya estudiado un poco de leyes, segun dicen mis exámenes; porque sepa la diferencia que hay entre la cuestion promovida y la cuestion pendiente; porque haya sostenido en latin una tésis sobre la manera con que se daba tormento en Roma en tiempo en que Munatius Demens era cuestor del Parricida; porque á lo que parece, voy á ser doctor, no se sigue de aquí necesariamente que yo sea un imbécil. Os recomiendo la moderacion en los deseos. Tan cierto, como que me llamo Félix Tholomyes, que hablo en razon. Dichoso aquel que cuando la hora ha sonado, toma un partido heróico, y abdica como Sila ó como Orígenes.

Favorita escuchaba con profunda atencion.

—¡Félix! dijo; ¡que bonita palabra! Me gusta ese nombre. Debe ser latino, y querrá decir lo mismo que Próspero.

Tholomyes prosiguió:

—Quirites, gentlemen, caballeros, amigos mios: ¿quereis no sentir ningun aguijon, olvidaros del lecho nupcial, y desafiar al amor? Nada mas sencillo. Ved aquí la receta: limonada, mucho ejercicio, trabajo forzoso: descrismaos; arrancad piedras, no durmais, velad: tomad gran cantidad de bebidas nitrosas y de tisanas de ninfeas: saboread emulsiones de adormideras y de agnocasto: sazonad todo esto con una dieta severa: reventad de hambre: añadid baños frios, cinturones de yerbajos, la aplicacion de una placa de plomo, lociones con el licor de saturno, y fomentos con el oxicrato.

—Prefiero una mujer. dijo Listolier.

—¡La mujer! replicó Tholomyes: desconfiad de ella. Desgraciado del que se entrega al corazon cambiante de una mujer. ¡La mujer es pérfida y tortuosa! Detesta á la serpiente por celos del oficio; la serpiente es para la mujer, lo que la tienda de en frente para el tendero.

—Tholomyes, gritó Blachevelle, tú estás borracho.

—¡Pardiez! dijo Tholomyes.

—Pues ponte alegre, replicó Blachevelle.

—Consiento en ello, respondió Tholomyes.

Y llenando su vaso se levantó:

—¡Gloria al vino! ¡*Nunc te Bacche canam!* Perdonad, señoritas, esto es español. Y la prueba, señores, vedla aquí: tal pueblo, tal tonel. La

Digitized by Google

arroba de Castilla tiene diez y seis litros: el cántaro de Alicante, doce; el almud de Canarias, veinticinco; el cuartal de las Baleares, veintiseis; la bota del Czar Pedro, treinta. ¡Viva este Czar que era grande, y viva su bota que es mas grande todavía! Señoras, un consejo de amigo: si os parece bien, tomad un vecino por otro: lo natural del amor es equivocarse. La enamorada no está hecha para acurrucarse y embrutecerse como una criada inglesa que cria callo en las rodillas. No está hecha para eso: la dulce enamorada debe errar alegremente. Se ha dicho: humano es el error: yo digo que el error es un amante. Señoras, os idolatro á todas. ¡Oh, Zefina! ¡Oh, Josefina, figura mas que chafada, seriais encantadora si no os viera de perfil! Teneis el aspecto de una cara muy bonita, sobre la cual se han sentado por equivocacion. En cuanto á Favorita, ¡oh ninfas y musas! Un dia que Blachevelle pasaba el arroyo de la calle Guerin Boisseau, vió una jóven de medias blancas y muy estiradas que enseñaba las piernas. Este prólogo le agradó, y Blachevelle amó. La que amaba era Favorita. ¡Oh, Favorita, tú tienes los labios jónicos! Habia un pintor griego llamado Euforion, al cual apellidaron el pintor de labios. Solo aquel griego hubiese sido digno de pintar tu boca. Escucha, antes que tú no habia criatura digna de este nombre. Tú estás hecha para recibir la manzana como Venus, ó para comerla como Eva. La belleza comienza en tí. Acabo de mentar á Eva: tú eres quien la has creado. Tú mereces el privilegio de invencion de la mujer bonita. ¡Oh, Favorita, dejo de tutearos porque paso de la poesía á la prosa. Hablábais de mi nombre ahora poco: esto me ha enternecido; pero seamos lo que queramos, desconfiemos de nuestros nombres. Pueden engañarse: yo me llamo Félix y no soy feliz. Las palabras son engañadoras. No aceptemos ciegamente las indicaciones que nos hacen. Seria un error escribir á Lieja para tener tapones y á Pau para tener guantes. Miss Dalia, yo en vuestro lugar me llamaria Rosa. Es preciso que la flor huela bien, y que la mujer tenga talento. Nada digo de Fantina; es una soñadora, una delirante, una pasionaria, una sensitiva: es un fantasma en forma de ninfa, y con el pudor de una monja; que se estravía en la vida de griseta, pero que se refugia en las ilusiones; que canta, que ora, que mira al cielo, tal vez sin saber lo que ve ni lo que hace, y que con la vista en la inmensidad vaga por un jardin, donde hay mas pájaros que existir pueden. ¡Oh, Fantina! sabe bien esto: yo, Tholomyes, soy una

Digitized by Google

ilusion; pero no me oye la rubia hija de las quimeras. Por lo demás, todo en ella es frescura, suavidad, juventud, dulce y matinal claridad. ¡Oh, Fantina muchacha digna de llamaros Margarita ó Perla; sois una mujer del mas bello oriente. Señoras, un segundo consejo: no os caseis. El matrimonio es un ingerto: en unos prende bien y en otros mal. Huid de este riesgo. Pero ¡bah! ¿qué les estoy diciendo? Mis palabras son perdidas. Las mujeres en punto á matrimonio son incurables; y todo cuanto podamos decir los sabios no impedirá que las chalequeras y ribeteadoras sigan soñando con maridos ricos y llenos de diamantes. Pero en fin, sea; hermosas mias, recordad lo que os voy á decir: comeis demasiado azúcar. Solo una falta teneis ¡oh mujeres! la de rumiar siempre azúcar. ¡Oh sexo roedor, tus lindos, pequeños y blancos dientes adoran el azúcar! Pero sabed que el azúcar es una sal. Toda sal es secante. La mas secante de todas las sales es el azúcar. Absorbe al través de las venas los líquidos de la sangre: de aquí la coagulacion; despues la solidificacion de la sangre; de aquí los tubérculos en el pulmon; de aquí la muerte. Por esto es por lo que la diabetis confina con la tisis. ¡Con que no comais azúcar y vivireis! Me dirijo ahora á los hombres: señores, haced conquistas. Robaos los unos á los otros sin remordimiento vuestras queridas: cambiad de parejas unos con otros. En amor no hay amigos. Donde quiera que hay una mujer bonita, están abiertas las hostilidades. Nada de cuartel: guerra de esterminio. Una mújer bonita es un *casus belli;* una mujer hermosa es delito flagrante. Todas las invasiones de la historia están determinadas y señaladas por mujeres. La mujer es el derecho del hombre. Romulo robó las Sabinas: Guillermo robó las Sajonas: César robó las Romanas. El hombre que no es amado se cierne como un buitre sobre los amores del prógimo. Por lo que á mi hace, á todos esos infortunados que están viudos, les dirijo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: «Soldados, careceis de todo. El enemigo lo tiene.»

Tholomyes se detuvo.

—Escupe, Tholomyes, dijo Blachevelle.

Al mismo tiempo, este acompañado de Listolier y de Fameuil, entonó con la música de una cancion lastimera, uno de esos cánticos de taller, compuesto de las primeras palabras que á la imaginacion se ocurren, medio rimados, medio sin rimar, vacios de sentido, como el mo-

Digitized by Google

vimiento de un árbol ó el ruido del viento, que nacen del vapor de las pipas, y se disipan y desvanecen como el humo que las mismas arrojan.

No era un cántico de esta suerte lo mas á propósito para calmar la improvisacion de Tholomyes: vació su vaso, lo llenó de nuevo, y volvió á comenzar.

—¡Abajo la sabiduría! Olvidad todo cuanto he dicho. No seamos ni hombres de pudor, ni de prudencia, ni de pro. ¡Brindo á la alegría! Alegrémonos. Completemos nuestros cursos de derecho con la locura y la comida. Indigestion y Digesto. ¡Qué Justiniano sea el macho, y que Francachela sea la hembra! ¡Gozo en los abismos! Rueda, ¡oh creacion! El mundo es un gran diamante. Yo soy dichoso. Los pájaros son admirables. ¡Qué fiesta tan general! El ruiseñor es un Farinelli gratis. ¡Estío, yo te saludo! ¡Oh, Luxemburgo! ¡Oh Geórgicas de la calle Madame y de la Alameda del Observatorio! ¡Oh, estudiantes meditabundos! ¡Oh, encantadoras niñeras, que mientras cuidais los niños, os divertís en bosquejar otros! Las pampas de la América me agradarian, si no tuviese á mi disposicion las bóvedas del Odeon. Mi alma vuela hácia los bosques vírgenes y hácia las sábanas. ¡Todo es bello! Las moscas zumban revoloteando en torno á los rayos del sol. De un estornudo del sol ha nacido el colibrí. Abrázame, Fantina.

Se equivocó, y abrazó á Favorita.

Digitized by Google

# VIII.

## MUERTE DE UN CABALLO.

—Se come mejor en casa de Edon que en casa de Bombarda, esclamó Zefina.

—Yo prefiero Bombarda á Edon, declaró Blachevelle. Este tiene mas lujo: es mas asiático. Ved, si no, la habitacion de abajo: tiene espejos en las paredes (1).

—A mí me gustan mas en el plato, dijo Favorita.

Blachevelle insistió.

—Mirad los cuchillos: los mangos son de plata en casa de Bombarda, y de hueso en casa de Edon. Ahora bien, la plata es cosa mucho mas preciosa que el hueso.

—Escepto para los que tienen una barba de plata, observó Tholomyes.

En este momento miraba la cúpula de los Inválidos, visible desde las ventanas de Bombarda.

Hubo una pausa.

(1) En francés espejo y sorbete se designan con la misma palabra *glace*. De aquí el equívocó intraducible que hay en esta frase y la réplica siguiente.

Digitized by Google

—Tolomyes, gritó Fameuil, hace poco Listolier y yo teníamos una disputa.

—Disputar es bueno, respondió Tholomyes, pero reñir es mejor.

—Disputábamos sobre filosofía.

—¿Y bien?

—¿A quién prefieres tú, á Descartes ó á Espinosa?

—A Desaugiers, dijo Tholomyes.

Dictada esta sentencia, bebió, y continuó:

—¡Consiento en vivir! Todo no ha concluido en la tierra, pues que todavía se puede disparatar. Doy por ello gracias á los dioses inmortales. Se miente, pero se rie. Se afirma, pero se duda. Lo inesperado brota del silogismo. Esto es bello. Hay tambien aquí abajo, seres que saben alegremente abrir y cerrar la caja de sorpresas de la paradoja. Esto, señoras, que bebeis tan tranquilamente, es vino de Madera, sabedlo, de la cosecha del Corral das Freiras, que se halla á trescientas diez y siete toesas sobre el nivel del mar. ¡Atencion al beber! ¡Trescientas diez y siete toesas! y el señor Bombarda, el magnífico fondista, os da esas trescientas diez y siete toesas por cuatro francos y cincuenta céntimos!

Fameuil le interrumpió de nuevo:

—Tholomyes, tus opiniones son ley. ¿Cuál es tu autor favorito?

—Ber....

—¿Quin?

—No. Choux.

Y Tholomyes prosiguió:

—¡Honor á Bombarda! Igualaria á Munofis de Elefanta si pudiera cogerme una almeja, y á Tigelion de Queronea si pudiera traerme una hetaria. Porque, señoras, tambien en Grecia y en Egipto habia Bombardas: Apuleyo nos lo cuenta. ¡Ay! siempre las mismas cosas y nada nuevo. Nada inédito en la creacion del Creador. *Nihil sub sole novum*, dijo Salomon: *amor omnibus idem*, dijo Virgilio; y Carabina se embarca con Carabin en la galeota de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la escuadra de Samos. Una postrer palabra. ¿Sabeis lo que era Aspasia, señoras? Aunque vivió en un tiempo en que las mujeres no tenian todavía alma, era una alma: un alma de color de rosa y púrpura, mas abrasada que el fuego, mas fresca que la aurora. Aspasia

Digitized by Google

era una criatura, en la cual se tocaban los dos estremos de la mujer; era la prostituta diosa: Sócrates, y además Manon Lescaut. Aspasia fue creada para el caso de que á Prometeo le hiciese falta un molde.

Una vez lanzado Tholomyes, difícilmente se hubiera detenido, á no haber caido un caballo en la calle en aquel momento mismo. Al choque paráronse la carreta que aquel arrastraba y el orador. Era el animal una yegua vieja y flaca, digna del matadero, que arrastraba una carreta muy pesada. Al llegar delante de casa de Bombarda, la bestia, agotadas las fuerzas, se habia negado á dar un paso mas. Este incidente habia atraido gente. Apenas el carretero indignado jurando y perjurando habia tenido tiempo de pronunciar con la conveniente energía la palabra sacramental *¡arré!* acompañada de un implacable palo, la yegua cayó para no volverse á levantar. Al ruido de la gente, los alegres oyentes de Tholomyes volvieron la cabeza, y este se aprovechó de la ocasion para terminar su discurso con esta melancólica estrofa:

Ella era de este mundo, en que coches y carros
tienen igual destino.

—¡Pobre caballo! suspiró Fantina.

Y Dalia esclamó:

—¿A que Fantina va á compadecerse de los caballos? Vaya si es menester ser tonta de remate para eso.

En aquel momento Favorita, cruzando los brazos, echando la cabeza hácia atrás, miró resueltamente á Tholomyes, y le dijo:

—Pero, ¿y la sorpresa?

—Justamente ha llegado el momento, respondió Tholomyes. Señores, la hora de sorprender á estas damas ha sonado. Señoras, esperadnos un momento.

—La sorpresa empieza por un beso, dijo Blachevelle.

—En la frente, añadió Tholomyes.

Cada uno depositó gravemente un beso en la frente de su querida: despues se dirigieron hácia la puerta todos cuatro en fila, con el dedo puesto sobre la boca.

Favorita aplaudió al verlos salir.

—¡Qué divertido es! dijo.

—No tardeis mucho, murmuró Fantina: os esperamos.

Digitized by Google

# IX.

## ALEGRE FIN DE LA ALEGRIA.

Una vez solas las jóvenes se echaron de pechos dos á dos en cada ventana charlando, sacando fuera las cabezas, y hablándose de una ventana á otra.

Vieron á los jóvenes salir del brazo de casa de Bombarda; los cuatro se volvieron, hiciéronles varias señas riéndose y desaparecieron en aquella polvorienta muchedumbre que invade semanalmente los Campos Elíseos.

—¡No tardeis mucho! gritó Fantina.

—¿Qué nos traerán? dijo Zefina.

—De seguro que será una cosa bonita, dijo Dalia.

—Yo quiero que sea de oro, replicó Favorita.

Muy pronto se distrajeron con el movimiento y la gente que cruzaba, y que se veia por entre las ramas de los grandes árboles. Era la hora de salida de los correos y diligencias. Casi todas las mensajerías del Mediodía y del Oeste pasaban entonces por los Campos Elíseos. La mayor parte seguian el muelle, y salian por la barrera de Passy. De minuto en minuto algun gran carruaje pintado de amarillo y negro, pesadamente cargado, con ruidoso atalaje, disforme á fuerza de baules,



Digitized by Google

maletas, vacas y cajones, lleno de cabezas que en seguida desaparecian, haciendo añicos el empedrado, cruzaba al través del gentío, sacando chispas del perdenal como una fragua, con el polvo por humo, y cierto aire de furia. Aquel estrépito alegraba á las jóvenes.

Favorita esclamó:

—¡Qué tumulto! Parece que arrastran montañas de cadenas.

Sucedió que uno de estos carruajes, que se distinguia no muy fácilmente al través de los árboles, se paró un momento, y luego volvió á marchar al galope. Esto chocó á Fantina.

—Es particular, dijo: yo creia que la diligencia no se paraba nunca.

Favorita se encogió de hombros.

—Esta Fantina es sorprendente. Yo voy á verla por curiosidad. Las cosas mas sencillas la deslumbran. Una suposicion: yo soy un viajero y digo á la diligencia: voy delante; subiré cuando paseis por el muelle. La diligencia llega, me vé, se detiene y subo. Esto sucede todo los dias. Tú no conoces la vida, querida.

Pasó algun tiempo. De pronto Favorita hizo un movimiento como quien se despierta:

—¡Ah! dijo: ¿y la sorpresa?

—Es verdad, añadió Dalia; ¿y la famosa sorpresa?

—¡Cuánto tardan! dijo Fantina.

Cuando Fantina acababa mas bien de suspirar que de decir esto, el camarero que les habia servido la comida entró. Llevaba en la mano algo que se parecia á una carta.

—¿Qué es eso? preguntó Favorita.

El camarero respondió:

—Es un papel que esos señores han dejado abajo para estas señoras.

—¿Por qué no lo habeis traido antes?

—Porque esos señores, añadió el camarero, mandaron que no se os entregara hasta pasada una hora.

Favorita arrancó el papel de manos del camarero. Era una carta en efecto.

—¡Calla! dijo: no tiene sobre; pero ved lo que tiene escrito encima:

ESTA ES LA SORPRESA.

Digitized by Google

Rompió vivamente el sobre, abrió la carta y leyó (sabia leer):

«¡Oh, amadas nuestras!

«Sabed que tenemos padres: vosotras no entendereis muy bien qué »es esto de padres. Asi se llaman el padre y la madre en el Código civil, »pueril y honrado. Ahora bien, estos padres lloran; estos ancianos nos »reclaman; estos buenos hombres y estas buenas mujeres nos llaman »hijos pródigos, desean nuestra vuelta, y nos ofrecen hacer sacrificios. »Somos virtuosos y los obedecemos. A la hora en que leais esto, cinco »fogosos caballos nos arrastran hácia nuestros papás y nuestras mamás. »Levantamos el campo, como dice Bossuet. Partimos; hemos partido. »Huimos en brazos de Lafitte y en alas de Caillard. La diligencia de To»losa nos arranca del borde del abismo; el abismo sois vosotras, ¡oh »nuestras bellas amantes! Entramos de nuevo en la sociedad, en el deber, »y en el órden, al gran trote, á razon de tres leguas por hora. Importa á »la patria que seamos como todo el mundo, prefectos, padres de familia, »guardas campestres y consejeros de Estado. Veneradnos: nos sacrifica»mos. Lloradnos rápidamente, y reemplazadnos pronto. Si esta carta os »produce pena, rompedla. Adios.

»Durante dos años os hemos hecho dichosas: no nos guardeis, pues, »rencor.

»Firmado—»Blachevelle.
»Fameuil.
»Listolier.
»Félix Tholomyes.

»*Post-scriptum.* La comida está pagada.»

Las cuatro jóvenes se miraron.

Favorita fue la primera que rompió el silencio.

—¡Y bien! esclamó: lo mismo dá: es una buena broma.

—Es muy graciosa.

—Quien la ha ideado debe de ser Blachevelle, replicó Favorita. Esto hace que le vuelva á querer. Tan pronto ido, tan pronto amado. Esta es la historia.

—No, dijo Dalia, esta idea es de Tholomyes: se conoce á la legua.

Digitized by Google

—En ese caso, dijo Favorita, ¡muera Blachevelle y viva Tholomyes!

—¡Viva Tholomyes! gritaron Dalia y Zefina.

Y rompieron á reir.

Fantina soltó tambien la risa como las demás.

Una hora despues, cuando estuvo ya en su cuarto, lloró. Era, ya lo hemos dicho, su primer amor. Se habia entregado sin reserva á Tholomyes como á un marido, ¡y la pobre jóven era madre!

FIN DEL LIBRO TERCERO.

Digitized by Google

# LIBRO CUARTO.

## CONFIAR ES Á VECES ENTREGAR.

Digitized by Google

Digitized by Google

# I.

## UNA MADRE QUE SE ENCUENTRA CON OTRA.

En el primer cuarto de este siglo habia en Montfermeil, cerca de París, una especie de figon que ya no existe. Este figon, á cargo de unas personas llamadas Thenardier, que eran marido y mujer, se hallaba situado en un callejon titulado del *Boulanger*. Por cima de la puerta se veia una tabla clavada descuidadamente en la pared, en la cual se hallaba pintado algo que en cierto modo se asemejaba á un hombre que llevase á cuestas á otro hombre con grandes charreteras de general doradas, y grandes estrellas plateadas; unas manchas rojas querian figurar la sangre; el resto del cuadro era todo humo, y representaba una batalla. Debajo del cuadro se leia esta inscripcion: MESON DEL SARGENTO DE WATERLOO.

Nada mas frecuente que ver un carro ó una carreta á la puerta de una taberna, pero esto no obstante, el vehículo, ó mejor dicho, el fragmento de vehículo que obstruia la calle delante del figon del Sargento de Waterloo, una tarde de la primavera de 1818, hubiese ciertamente llamado la atencion, por su masa, de cualquier pintor que lo hubiera visto.

Era la parte delantera de uno de esos carretones que se usan en los

Digitized by Google

paises montuosos, y que sirven para cargar maderas y troncos de árboles. Componíase de un eje macizo de hierro, en el cual encajaba un pesado timon, y que estaba sostenido por dos ruedas desmesuradas. Todo el conjunto era amazacotado, pesado y deforme, como hubiera podido ser el afuste de un cañon gigante. Los caminos habian dado á las ruedas, á las llantas, á los cubos, al eje y al timon de aquel armatoste, una capa de lodo, sucio y amarillento estucado, muy parecido al que de buena voluntad se emplea para adornar las catedrales. La madera desaparecia bajo el barro, y el hierro bajo el moho. Debajo del eje colgaba una gruesa cadena digna de un Goliat forzado. Aquella cadena hacia obedecer, no ya á la viga que estaba destinada á conducir, sino á los mastodontes y mamuthes que hubiera podido arrastrar; tenia cierto aspecto de objeto de presidio, pero de un presidio ciclópeo y sobrehumano, y parecia como desligada de algun monstruo. Homero hubiese amarrado con ella á Polifemo, y Shakspeare á Caliban.

¿Por qué aquella desmesurada carreta ocupaba aquel sitio en la calle? Lo primero para obstruirla, y lo segundo para que se acabara de enmohecer. En el viejo órden social hay tambien una porcion de instituciones que ocupan del mismo modo la via pública, y que tampoco tienen otras razones para estar en ella.

El centro de la cadena colgaba debajo muy próximo al suelo, y en su medio, como sobre la cuerda de un columpio, estaban sentadas y agrupadas aquella tarde, en una union perfecta, dos tiernas niñas, la una como de dos años y medio, la otra como de diez y ocho meses, la mas pequeña en los brazos de la mayor. Un pañuelo prudentemente atado impedia que se cayesen. Una madre habia visto aquella espantosa cadena y habia dicho: buen entretenimiento para mis niñas.

Por lo demás, las dos niñas graciosamente ataviadas, hasta con cierto cuidado, brillaban, por decirlo asi; parecian dos rosas entre el hierro viejo; sus ojos eran un triunfo, sus frescas mejillas sonreian; una de las niñas era rubia-castaña, la otra morena; sus inocentes rostros eran dos admiraciones encantadoras; un espino florido que habia cerca enviaba á los transeuntes perfumes que parecia provenian de ellas; la de diez y ocho meses enseñaba su lindo vientre desnudo con la casta indecencia de la infancia. Por cima y alrededor de aquellas cabezas delicadas, sumidas en la felicidad é inundadas de luz, la gigantesca

Digitized by Google

carreta, negra por el orin, casi terrible, toda llena de nudos y de feos ángulos, se redondeada como la boca de una caverna. A la distancia de algunos pasos, acurrucada en el umbral del figon, la madre, mujer de poco agradable aspecto, pero interesante en aquel momento, columpiaba á las dos niñas por medio de una larga cuerda, protegiéndolas con su mirada temerosa de un accidente, con esa espresion animal y celeste propia de la maternidad. A cada vaiven, los horribles anillos despedian un sonido estridente que parecia un grito de cólera; las niñas se estasiaban, el sol poniente participaba de aquella alegría, y nada tan hermoso como el capricho del azar que habia hecho de una cadena de titanes un columpio de querubines.

Al mismo tiempo que mecia á sus hijas, la madre con voz de falsete entonaba una cancion entonces célebre:

Preciso es, decia un guerrero...

Su cancion y la contemplacion de sus niñas la impedian ver y oir lo que pasaba en la calle.

Esto no obstante, una persona se la habia ido aproximando cuando empezaba la primera estrofa de su cancion, y de improviso oyó una voz que decia muy cerca de su oido:

—Tencis dos hermosas niñas, señora.

A su adorada Imogina,

respondió la madre continuando su cancion, y volviendo despues la cabeza.

Hallábase á algunos pasos delante de ella una mujer, la cual llevaba tambien en sus brazos una niña.

Además llevaba un abultado saco de noche que parecia muy pesado.

La hija de aquella mujer era uno de los seres mas hermosos que pueden verse. Era una niña de dos á tres años. Por la coquetería de su adorno hubiera podido competir con las otras niñas; tenia una gorrita de lienzo fino, cintas en la chambra, y además lazos en la gorra. El pliegue de su falda levantada dejaba ver un muslo blanco, apretado y firme. Era admirablemente sonrosada y bien hecha. La hermosa niña inspiraba el deseo de morder en las manzanas de sus mejillas. De sus



Digitized by Google

ojos nada podia decirse, sino que debian de ser grandísimos, y que tenian magníficas pestañas. Estaba dormida.

Dormia con ese sueño de absoluta confianza propio de su edad. Los brazos de las madres son hechos de ternura; los niños duermen en ellos profundamente.

En cuanto á la madre, era pobre y triste su aspecto. Tenia el traje de una obrera que tiende á convertirse en aldeana. Era jóven; acaso hermosa, pero con aquel traje no lo parecia. Sus cabellos, de los cuales se descubria un mechon rubio, parecian muy espesos; pero se ocultaban severamente bajo una gorra de beata, fea, estrecha, apretada y sujeta debajo de la barba. Cuando se tienen buenos dientes, la risa los pone de manifiesto; pero aquella mujer no se reia. Sus ojos parecian secos desde hacia mucho tiempo. Estaba pálida, tenia aspecto cansado y algo enfermizo; miraba á su niña dormida en sus brazos con ese aire particular de la madre que ha criado á su hijo. Un ancho pañuelo azul parecido á los que usan los inválidos, doblado en forma de pañoleta, ocultaba pesadamente su talle. Tenia las manos ásperas y salpicadas de manchas rojizas, el índice endurecido y agrietado por la aguja, una manta negra de lana tosca, y gruesos zapatos. Era Fantina.

Tal era Fantina: con dificultad se la conocía; sin embargo, al examinarla atentamente, se descubria siempre su hermosura. Un pliegue triste, que parecia un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. Por lo que hace á su traje, aquel traje aéreo de muselina y de cintas que parecia hecho de la alegría, de la locura y de la música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se habia desvanecido, como la bella escarcha que se finge diamantes á la luz del sol, pero que al deshacerse, deja enteramente negra la rama en que posaba.

Diez meses habian trascurrido desde la «famosa sorpresa.»

¿Qué habia sucedido durante estos diez meses? Fácil es adivinarlo.

Despues del abandono, la miseria: Fantina habia perdido consecutivamente de vista á Favorita, Zefina y Dalia; el lazo, una vez cortado por el lado de los hombres, se habia deshecho por el lado de las mujeres; quince dias despues se hubieran admirado mucho si se les hubiera dicho que eran amigas; aquello no tenia razon de ser. Fantina habia quedado sola. Habiéndola abandonado el padre de su hija,—¡ah! y estos rompimientos son irrevocables,—se encontró absolutamente aislada, con

Digitized by Google

el hábito del trabajo de menos y la aficion al placer de mas. Impulsada por sus relaciones con Tholomyes á despreciar el pobre oficio que sabia, habia descuidado sus medios de trabajo, y todas las puertas llegaron á cerrársele. No le quedó ningun recurso: apenas sabia leer, é ignoraba el arte de escribir; en su niñez no la habian enseñado sino á poner su nombre; un memorialista tuvo que ponerle una carta para Tholomyes, despues otra, luego una tercera. Tholomyes no contestó á ninguna, y cierto dia Fantina oyó decir á sus compañeras, que miraban á su hija:—¿por ventura se toma en sério tener esos niños? ¡El que los engendra se encoge de hombros!—Entonces pensó que Tholomyes se encogeria de hombros tambien cuando oyera hablar de su hija, y que el padre no tomaria por lo sério á aquel ser inocente; su corazon se puso tétrico para todo lo que hacia relacion á aquel hombre. ¿Pero qué partido tomar? No sabia á quién dirigirse. Habia cometido una falta; pero el fondo de su naturaleza era, segun puede recordarse, pudor y virtud: conoció que se hallaba en vísperas de caer en el abatimiento y de resbalar hasta el abismo. Necesitaba valor, lo tuvo, y se irguió de nuevo. Ocurrióle la idea de volver á su pueblo natal, á M. á orillas del M. Acaso allí la conoceria alguno y le daria trabajo, sí; pero érale menester ocultar su falta. Entonces entrevió confusamente la necesidad posible de una separacion mas dolorosa aun que la primera. Compungióse su corazon, pero se resolvió. Como se verá, Fantina tenia el feroz valor de la vida. Habia ya renunciado valientemente á las galas; se habia vestido de percal, colocando toda su seda, todos sus adornos, todas sus cintas y todas sus blondas en su hija, única vanidad que le quedaba, bien santa por cierto. Vendió, pues, todo lo que tenia, lo cual le produjo doscientos francos; y despues de pagar sus pequeñas deudas, vinieron á quedarle unos ochenta francos próximamente. A los veinte y dos años, y en una hermosa mañana de primavera, dejó á París llevando su niña á la espalda. El que las hubiese visto pasar á una y otra se hubiera apiadado de ellas. Aquella mujer no tenia en el mundo mas que aquella niña, y aquella niña no tenia en el mundo mas que aquella mujer. Fantina habia criado á su hija, y esto la habia fatigado el pecho, por lo cual tosia un poco.

Ya no tendremos ocasion de hablar de Félix Tholomyes. Limitémonos á decir que veinte años despues, en los tiempos del rey Luis Felipe,

Digitized by Google

era un robusto abogado de provincia, influyente y rico, prudente elector y jurado severísimo; siempre hombre alegre.

Hácia el medio dia, Fantina, despues de haber caminado de cuando en cuando para descansar un rato, mediante tres ó cuatro sueldos por legua, en lo que entonces se llamaban pequeños coches de los alrededores de París, se encontró en Montfermeil, en el callejon del Boulanger.

Al pasar por delante de la hostería de Thenardier las dos niñas, tan contentas en su columpio mónstruo, produjeron en ella una especie de deslumbramiento, y se detuvo ante aquella vision de alegría.

Tenia aquella vision sus encantos. Las dos pequeñas niñas fueron una para aquella madre.

Contemplábalas toda conmovida. La presencia de los ángeles es anuncio del paraiso. Creyó ver por cima de aquella hostería el misterioso *Aquí* de la Providencia. ¡Aquellas dos niñas eran evidentemente dichosas! Mirábalas y las admiraba conmovida de tal modo, que al tomar su madre aliento entre los dos versos de su cancion, no pudo menos de decirle las palabras que se acaban de leer:

—Teneis dos hermosas niñas, señora.

Las criaturas mas feroces se sienten desarmadas cuando se acaricia á sus hijos.

La madre levantó la cabeza y le dió gracias, é hizo sentar á la transeunte en el escalon de la puerta, porque ella estaba tambien en el umbral. Las dos mujeres hablaron.

—Me llamo la señora Thenardier, dijo la madre de las dos niñas. Tenemos esta hostería.

Despues, siempre con su cancion, añadió entre dientes:

Preciso es, soy caballero,
Partir para Palestina.

Era la señora Thenardier una mujer colorada, robusta y angulosa, el tipo de la mujer de soldado en toda su desgracia, aunque por un capricho con cierto aire sentimental, que debia á sus lecturas novelescas. Era una carantoña hombruna. Las antiguas novelas que se incrustan en las imaginaciones de las bodegoneras producen esos efectos. Aun

Digitized by Google

LA FAMILIA THENARDIER

Digitized by Google

Digitized by Google

era jóven, pues apenas contaba treinta años. Si aquella mujer que estaba acurrucada hubiese estado derecha, acaso su alta estatura y su aspecto de coloso ambulante, propio de las selvas, habrian asustado á la viajera, perturbado su confianza y desvanecido lo que tenemos que referir. El destino se entromete hasta en que una persona esté de pié ó sentada.

La viajera refirió su historia un poco modificada.

Contó que era trabajadora; que su marido habia muerto; que faltándole trabajo en París, iba á buscarlo fuera, á su pais; que habia dejado á París aquella misma mañana, á pié; que como llevaba su hija y se sentia cansada, habia encontrado el coche de Villemomble y habia subido; que de Villemomble á Montfermeil habia venido á pié; que la niña habia andado un poco, aunque no mucho, porque como era tan pequeñita, habia tenido que cogerla, y que la alhaja se habia dormido.

Y al decir esta palabra dió á su hija un apasionado beso que la despertó. La niña abrió los ojos, unos grandes ojos azules como los de su madre, y miró, ¿qué? Nada, todo, con ese aire grave y á veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia ante nuestros crepúsculos de virtudes. Podria decirse que saben que ellos son ángeles, y nosotros solo hombres. Despues la niña se echó á reir, y aunque su madre quiso detenerla, se deslizó al suelo con la indomable energía de un pequeño ser que quiere correr. Repentinamente descubrió á las otras dos sobre el columpio, se detuvo en seguida, y sacó la lengua en señal de admiracion.

La tia Thenardier desató á sus hijas, las hizo bajar del columpio, y dijo:

—Jugad las tres.

Aquellos ángeles se avinieron en seguida, y al cabo de un minuto, las niñas de la Thenardier jugaban con la recien llegada á hacer agujeros en el suelo; ¡placer inmenso!

La recien llegada era muy alegre; la bondad de la madre se hallaba escrita en la alegría de la chicuela; habia cogido un palito que le servia de pala, y cavaba enérgicamente una fosa como para una mosca. La misma obra de un enterrador viene á ser cosa de risa hecha por un niño.

Digitized by Google

Las dos mujeres continuaban hablando.

—¿Cómo se llama vuestra niña?

—Cosette.

Léase Eufrasia, no Cosette. La niña se llamaba Eufrasia: pero de Eufrasia habia hecho la madre Cosette por ese dulce y gracioso instinto de las madres y del pueblo, que cambia Josefa en Pepita, y Francisca en Paquita. Es este un género de derivados que pierde y desconcierta toda la ciencia de los etimologistas. Hemos conocido una abuela que del nombre de Teodora habia llegado á formar el de Gnon.

—¿Qué edad tiene?

—Va para tres años.

—Lo mismo que mi niña mayor.

Mientras tanto las tres criaturas se habian agrupado con una actitud de ansiedad profunda y de beatitud: habíase verificado un acontecimiento; acababa de salir de la tierra un gran gusano, y tenian miedo, y estaban en éstasis.

Sus frentes radiantes se tocaban, y parecian tres cabezas en una auréola.

—Lo que son los niños, esclamó la tia Thenardier, cualquiera diria que eran tres hermanas.

Estas palabras fueron la chispa que probablemente esperaba la otra madre, porque tomando la mano de la Thenardier la miró fijamente, y le dijo:

—¿Quereis tenerme á mi niña?

La Thenardier hizo uno de esos movimientos de sorpresa que no son ni el asentimiento, ni la negativa.

La madre de Cosette continuó:

—Mirad, yo no puedo llevar á mi hija á mi pais. El trabajo no lo permite. Con una criatura no hay donde colocarse. ¡Son tan ridículos en mi pais! El Dios de bondad es el que me ha hecho pasar por vuestra hostería. Cuando ví vuestras niñas tan bonitas, tan compuestas y tan contentas, me chocó. Dije para mí, esta es una buena madre. Podrán ser tres hermanas. Además, que yo no tardaré mucho en volver. ¿Queréis encargaros de mi niña?

—Veremos, dijo la Thenardier.

—Pagaré seis francos al mes.

Digitized by Google

Entonces una voz de hombre gritó desde el interior del figon.

—No se puede menos de siete francos, y eso pagando seis meses adelantados.

—Seis por siete son cuarenta y dos, dijo la Thenardier.

—Los daré, dijo la madre.

—Además quince francos para los primeros gastos, añadió la voz de hombre.

—Total cincuenta y siete francos, dijo la tia Thenardier. Y al través de sus números cantaba vagamente:

Preciso es, decia un guerrero...

—Los pagaré, dijo la madre. Tengo ochenta francos. Yendo á pie me quedaré con qué llegar á mi tierra. Allí ganaré dinero, y tan pronto como reuna un poco volveré á buscar mi amor.

La voz de hombre repuso:

—¿Y la niña tiene equipo?

—Ese es mi marido, dijo la Thenardier.

—Vaya si tiene equipo mi pobre tesoro. Ya he conocido que es vuestro marido. ¡Vaya, y buen equipo! un equipo desmedido, todo por docenas, y trajes de seda como una señora. Ahí lo tengo en mi saco de noche.

—Habrá que dejársele, volvió á decir la voz de hombre.

—¡Ya lo creo que se le dejaré! dijo la madre. ¡No seria mala picardía que yo dejase á mi hija desnuda!

Entonces apareció el rostro del amo.

—Está bien, dijo.

El trato quedó cerrado. La madre pasó la noche en la hosteria, dió su dinero y dejó su niña, ató de nuevo su saco de noche, desprovisto ya del equipo, y partió á la madrugada siguiente, calculando volver en breve. Con facilidad se disponen estas separaciones; pero causan la desesperacion.

Una vecina de los Thenardier encontró á aquella madre cuando se alejaba, y volvió diciendo:

—Acabo de ver una mujer que va llorando por la calle que es un dolor.

Digitized by Google

Cuando la madre de Cosette hubo marchado, el hombre dijo á su mujer:

—Con esto satisfaré mi pagaré de cien francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta. ¿Sabes que si no, hubiese tenido aquí al escribano con un protesto? No has armado mala ratonera con tus niñas.

—No creia yo coger ese raton, dijo la mujer.

Digitized by Google

# II.

## PRIMER CONTORNO DE DOS FIGURAS BIZCAS.

Pobre era el raton cogido; pero el gato se alegra aun por el raton mas flaco. ¿Quiénes eran los Thenardier?

Digámoslo desde luego. Despues completaremos el cuadro.

Pertenecian estos seres á esa clase bastarda compuesta de personas groseras que han llegado á elevarse, y de personas inteligentes que han decaido, que está entre la clase llamada media y la llamada inferior, y que combina alguno de los defectos de la segunda con casi todos los vicios de la primera, sin tener el generoso impulso del obrero, ni el honesto órden del ciudadano.

Eran de esas naturalezas enanas, que llegan con facilidad á hacerse monstruosas, si por acaso las caldea un fuego sombrío. Tenia la mujer el fondo de un bruto, y el hombre era de la estofa de un pordiosero vagabundo. Ambos eran, en el mas alto grado, capaces de cierta especie de repugnante progreso que se hace en el alma. Hay almas, que como el cangrejo, retroceden contínuamente hácia las tinieblas, que retrogradan mas que adelantan en la vida, empleando su esperiencia en aumentar su deformidad, empeorándose sin cesar, é impregnándose mas y mas de un tizne creciente. Aquel hombre y aquella mujer eran de esa clase de almas.



Digitized by Google

Particularmente Thenardier era repugnante para el fisonomista. A ciertos hombres no hay mas que mirarlos para desconfiar de ellos, porque se les ve tenebrosos por sus dos lados. Son inquietos por detrás y amenazadores por delante. Hay algo en ellos de lo desconocido, sin que se pueda responder de lo que han hecho ni de lo que podrán hacer. Denúnciales la sombra que tienen en su mirada. Con oirles pronunciar una palabra, ó con verles hacer un gesto se entreven sombríos secretos en su pasado, y sombríos misterios en su porvenir.

El tal Thenardier, á creer su dicho, habia sido soldado; él decia que sargento; habia hecho probablemente la campaña de 1815, y aun se habia conducido bastante bien á lo que parece. Despues veremos lo que habia de cierto en esto. La muestra de su bodegon era una alusion á uno de sus hechos de armas. Habíale pintado por sí mismo, porque entendia algo de todo; por supuesto, mal.

Era entonces la época en que la antigua novela clásica, (que despues de haber sido *Clelia* no era mas que *Lodoiska*, siempre noble, pero cada vez mas vulgar, habiendo caido de la señorita de Scudery en la señora Bournon-Malarme, y de la señora de Lafayette en la señora Barthelemy-Hadot), incendiaba el alma amante de las porteras de París, y tal vez arrasaba algun tanto las de los alrededores. La señora Thenardier era lo suficiente inteligente para leer tal especie de libros, los cuales constituian su alimento intelectual. Con ellos ahogaba el poco seso que tenia, habiendo adquirido mientras que fue jovencita, y aun un poco despues, una especie de actitud pensativa respecto de su marido, pícaro de cierta profundidad, rufian letrado, menos en la gramática, grosero y fino á la vez, pero que en punto á sentimentalismo, leia á Pigault-Lebrun, y «para todo lo que toca al sexo» como decia en su jerga, era alcaravan completo y sin mezcla. Su mujer tenia como doce ó quince años menos que él. Despues, cuando los cabellos novelescamente llorones comenzaron á blanquear, cuando la Megera se desprendió de la Pamela, la Thenardier no fue ya mas que una gruesa y mala mujer que habia saboreado estúpidas novelas. Pero no se leen necedades impunemente; y de aquella lectura resultó que su hija mayor se llamó Eponina: en cuanto á la menor, la pobre niña estuvo á pique de llamarse Gulnara, y debió á no sé qué graciosa diversion producida por una novela de Ducray-Dumesnil, llamarse Azelma.

Digitized by Google

Por lo demás, dicho sea de paso, no todo es ridículo y superficial en la curiosa época á que vamos aquí aludiendo, y que podria llamarse de la anarquía de los nombres de bautismo. Al lado del elemento novelesco que acabamos de indicar, se halla el síntoma social. No es nada raro hoy que el hijo de un carretero se llame Arturo, Alfredo ó Alfonso, y que el vizconde—si todavía hay vizcondes—se llame Tomás, Pedro ó Santiago. Esta dislocacion que pone el nombre «elegante» al plebeyo, y el nombre campesino al aristócrata, no es mas que un remolino de la igualdad. La irresistible penetracion del soplo nuevo se ve en esto como en todo. Bajo esta discordancia aparente hay una cosa grande y profunda; la revolucion francesa.

Digitized by Google

# III.

## LA ALONDRA.

No basta ser malo para prosperar. El bodegon iba mal.

Gracias á los cincuenta y siete francos de la viajera, Thenardier pudo evitar un protesto y hacer honor á su firma. Al mes siguiente volvieron á tener necesidad de dinero, y la mujer llevó á París y empeñó en el Monte de piedad el equipo de Cosette en la cantidad de sesenta francos. Cuando hubieron gastado aquella cantidad, los esposos Thenardier se fueron acostumbrando á no ver en la niña mas que una criatura que tenian en su casa por caridad, tratándola como á tal. Como ya no tenia equipo propio, la vistieron con las sayas viejas y las camisas desechadas de sus hijas; es decir, con harapos. Por alimento le daban las sobras de los demás; esto es, un poco mejor que al perro, y un poco peor que al gato. En efecto, el perro y el gato eran sus acostumbrados comensales; Cosette comia con ellos debajo de la mesa en una hortera de madera igual á la suya.

Su madre, que se habia establecido como se verá despues, en M.— á orillas del M.—, escribia, ó mejor dicho, hacia escribir todos los meses para tener noticias de su hija. Los Thenardier contestaban siempre: Cosette está perfectamente.

Trascurridos los seis primeros meses, la madre remitió siete fran-

Digitized by Google

cos para el siguiente, y continuó con bastante exactitud haciendo sus remesas de mes en mes. Aun no habia concluido el año cuando Thenardier dijo:—¡Vaya un gran favor que nos hace! ¿qué quiere que hagamos con siete francos?—y la escribió pidiéndole hasta doce. La madre, á la cual persuadian que su hija era feliz, y que «se criaba bien» se sometió, y envió los doce francos.

Ciertas naturalezas no pueden amar por un lado sin odiar por otro. La tia Thenardier amaba apasionadamente á sus propias hijas, lo cual fue causa de que detestase á la forastera. Triste es pensar que el amor de una madre puede tener algun lado malo. El poco lugar que Cosette ocupaba en su casa le parecia que le usurpaba á los suyos, y que aquella niña disminuia el aire que sus hijas respiraban. Aquella mujer, como muchas de su calaña, tenia una suma de caricias, y una suma de golpes y de injurias que distribuir cada dia. Si no hubiese tenido en su poder á Cosette, de seguro sus hijas, aunque idolatradas, lo hubieran recibido todo; pero la forastera les hizo el favor de atraer los golpes para sí, y á sus hijas no les tocaron mas que las caricias. Cosette no hacia movimiento que no fuera causa de que cayese sobre su cabeza una lluvia de castigos violentos é inmerecidos: débil y tímido ser que nada debia comprender de este mundo, ni de Dios, sin cesar castigada, reñida, maltratada, golpeada, y que veia á su lado dos pequeñas criaturas como ella que vivian como en un rayo de la aurora.

Siendo la Thenardier mala para Cosette, Eponina y Azelma lo fueron tambien. A su edad, los niños no son mas que ejemplares de su madre. No hay mas diferencia sino que la forma es mas pequeña.

Decíase en el lugar:

—¡Qué buena gente son los Thenardier! A pesar de que no son ricos están manteniendo una pobre niña abandonada en su casa.

Creian que Cosette habia sido olvidada por su madre.

Mientras tanto Thenardier, habiendo llegado á saber por no sé qué oscuros caminos que la niña era probablemente bastarda, y que su madre no podia confesarlo, exigió quince francos al mes, diciendo que «la criatura» se iba haciendo grande, y que «*comia*» y amenazando con despedirla. «Que no me ande fastidiando, esclamaba, porque le arrojo »su rapaza en medio de sus tapujos. Es preciso que aumente el esti»pendio.» La madre pagó hasta los quince francos.

Digitized by Google

De año en año la niña crecia, y su miseria tambien.

Mientras que Cosette fue pequeñita, fue la lleva-golpes de las otras dos niñas; pero desde que empezó á desarrollarse un poco, es decir, aun antes de que cumpliera cinco años, vino á ser la criada de la casa.

A los cinco años, se dirá, eso es inverosímil. ¡Ah! pero es cierto. El padecimiento social empieza en todas edades. No hace mucho hemos visto el proceso de un tal Dumolard, huérfano convertido en bandido, que desde la edad de cinco años, segun espresan los documentos oficiales, encontrándose solo en el mundo «trabajaba para vivir, y robaba.»

Obligóse, pues, á Cosette á hacer los recados, barrer las habitaciones, el patio, la calle, fregar la vajilla, y hasta llevar fardos. Los Thenardier se creyeron tanto mas autorizados para proceder de este modo, cuanto que la madre de la niña que estaba todavía en M.—á orillas del M.—empezó á pagar mal, dejando pasar algunos meses en descubierto.

Si aquella madre hubiese vuelto á Montfermeil al cabo de estos tres años, no habria conocido á su hija. Cosette, tan fresca y tan linda cuando llegó á aquella casa, estaba entonces flaca y pálida, notándose además en ella cierto aire de desconfianza. ¡Es muy cazurra! decian los Thenardier.

Habíala hecho desconfiada la injusticia, y la miseria la habia tornado fea. No le quedaban mas que sus hermosos ojos que causaban lástima, porque siendo muy grandes, parecia que en ellos se veia mayor cantidad de tristeza.

Lástima daba ver en el invierno á aquella pobre niña, que aun no contaba seis años, tiritando bajo los viejos harapos de percal agujereados, barrer la calle antes de apuntar el dia, con una enorme escoba en sus manitas amoratadas, y una lágrima en sus grandes ojos.

En el lugar la llamaban la Alondra. El pueblo, que gusta de las imágenes, se complacia en dar este nombre á aquel pequeño ser, no mayor que un pájaro, que temblaba, se asustaba y tiritaba, despierto el primero en la casa y en la aldea, siempre el primero en la calle ó en el campo antes del alba.

Solo que la pobre alondra no cantaba nunca.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

Digitized by Google

# LIBRO QUINTO.

## EL DESCENSO.

Digitized by Google

Digitized by Google

# I.

## HISTORIA DE UN PROGRESO EN LOS ABALORIOS NEGROS.

¿Qué era, dónde estaba, qué hacia mientras tanto aquella madre, que al decir de la gente de Montfermeil parecia haber abandonado á su hija?

Despues de dejar su pequeña Cosette á los Thenardier, prosiguió su camino, y llegó á M.—á orillas del M.—

Se recordará que esto era en 1818.

Fantina habia abandonado su país como unos diez años antes. M.—á orillas del M.—habia cambiado de aspecto. Mientras Fantina descendia lentamente de miseria en miseria, su pueblo natal habia prosperado.

Hacia como dos años próximamente que se habia realizado en él uno de esos hechos industriales que son los grandes acontecimientos de los pequeños paises.

Es este un detalle importante, y creemos útil desarrollarle, y aun casi podríamos decir subrayarle.

De tiempo inmemorial, M.—á orillas del M.—tenia por industria especial la imitacion del azabache inglés y de las cuentas de vidrio negras de Alemania. Semejante industria no habia hecho mas que ve-



Digitized by Google

jetar á causa de la carestía de las primeras materias, la cual venia á redundar en perjuicio de la mano de obra. Pero cuando Fantina volvió á M.—á orillas del M.—habíase verificado una trasformacion inaudita en aquella produccion de «artículos negros.» A fines de 1815, un hombre, un desconocido habia ido á establecerse al pueblo y concebido la idea de sustituir en aquella fabricacion la goma laca á la resina, y para los brazaletes en particular, los colgantes simplemente enlazados á los colgantes soldados.

Tan pequeño cambio fue una revolucion, pues redujo prodigiosamente el precio de la materia primera: lo cual en primer lugar, permitia subir el de la mano de obra, beneficio para el país; en segundo, mejorar la fabricacion, provecho para el consumidor; y en tercero, vender mas barato triplicando la ganancia, ventaja para el manufacturero.

De modo, que por una idea se obtenian tres resultados.

En menos de tres años habíase hecho rico el autor de aquel procedimiento, cosa escelente, y lo que es mas, todo lo habia enriquecido á su alrededor. Era forastero en el departamento. Nada se sabia de su orígen, y muy poco de sus principios.

Referíase que habia llegado al pueblo con muy poco dinero; algunos centenares de francos todo lo mas.

De tan pequeño capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecundada por el órden y la prevision, habia sacado su fortuna, y la fortuna de toda la comarca.

A su llegada á M.—á orillas del M.—no tenia sino el traje, el aspecto y el lenguaje del obrero.

A lo que parece, la tarde misma en que aquel personaje hacia oscuramente su entrada en el pequeño pueblo de M.—á orillas del M.—, á la caida de una tarde de diciembre, llevando el morral á la espalda y el palo de espino en la mano, acababa de estallar un violento incendio en la casa municipal. Aquel hombre se arrojó al fuego, y salvó, con peligro de su vida, á dos niños, que despues resultaron ser los del capitan de la gendarmería; lo cual hizo que no se pensase en pedirle el pasaporte. Desde entonces se supo su nombre. Llamábase el tio Madgdalena.

Digitized by Google

# II.

## EL TIO MAGDALENA,

Era hombre como de cuarenta años, de aire distraido, pero bueno. Esto es todo lo que de él podia decirse.

Gracias á los rápidos progresos de aquella industria que habia restaurado tan admirablemente, M.—á orillas de M.— se habia convertido en un considerable centro de negocios. España, que consume mucho abalorio negro, encargaba á aquel pueblo compras inmensas cada año. M.—á orillas del M.— por su comercio, hacia casi competencia á Lóndres y Berlin. Los beneficios del tio Magdalena eran tales, que al segundo año pudo ya edificar una gran fábrica, en la cual habia dos grandes talleres, uno para los hombres, y otro para las mujeres. Allí podia presentarse todo el que tenia hambre, seguro de encontrar trabajo y pan. El tio Magdalena pedia á los hombres buena voluntad, á las mujeres costumbres puras, á todos probidad. Habia dividido los talleres á fin de separar los sexos, y que las mozas y las mujeres pudiesen estar tranquilas. En este punto era inflexible. Era lo único en que mostraba cierta intolerancia. Y su severidad era tanto mas fundada, cuanto que siendo M.—á orillas del M.—pueblo de guarnicion, abundaban las ocasiones de corrupcion en él. Por lo demás, su llegada habia sido un beneficio, y su presencia como una providencia. Antes de llegar el tio Magdalena, todo

Digitized by Google

decaia en el pais; desde entonces todo vivia la saludable vida del trabajo. Una fuerte circulacion lo reanimaba y penetraba todo. La holganza y la miseria eran desconocidas. No habia bolsillo tan escaso, que no tuviese un poco de dinero, ni vivienda tan pobre que no contuviese un poco de alegría.

El tio Magdalena ocupaba á todo el mundo. No exigia mas que una sola cosa: ¡ser hombre honrado! ser mujer honrada!

Segun hemos dicho, en medio de aquella actividad, de que era causa y eje, el tio Magdalena hacia su fortuna; pero, cosa no poco singular en un hombre dedicado tan solo al comercio, no mostraba que fuera aquel su principal cuidado. Parecia que pensaba mucho en los demás, y poco en sí mismo. En 1820 se le conocia una suma de seiscientos treinta mil francos colocada en casa de Laffitte; pero antes de ahorrar estos seiscientos mil francos, habia gastado mas de un millon para el pueblo y para los pobres.

El hospital estaba mal dotado; habia costeado diez camas. M.—á orillas del M.—estaba dividida en la poblacion alta y baja. La baja donde Magdalena vivia, no tenia mas que una escuela, que era un mal casucho que se caia á pedazos; él construyó dos escuelas, una para niñas y otra para niños. Pagaba de su bolsillo á los dos maestros una gratificacion doble del mezquino sueldo oficial, y habiéndose admirado alguno de esto, le respondió: «los dos primeros funcionarios del Estado son la nodriza y el maestro de escuela.» Habia fundado á sus espensas una sala de asilo, cosa hasta entonces desconocida en Francia, y una caja de socorros para los trabajadores viejos é impedidos. Como su fábrica era un centro, un nuevo barrio, en que habia un buen número de familias indigentes que habian surgido rápidamente á su alrededor, estableció para ellas una botica gratuita.

En los primeros tiempos, cuando se le vió empezar, las buenas almas decian: es un atrevido que quiere enriquecerse. Cuando le vieron enriquecer el pais antes de enriquecerse á sí propio, las mismas buenas almas dijeron: es un ambicioso. Lo cual parecia tanto mas probable, cuanto que aquel hombre era religioso, y aun practicaba la devocion con cierta regularidad, cosa muy bien vista en aquella época. Todos los domingos iba á oir misa rezada. El diputado del distrito, que por todas partes olfateaba competencias, no tardó mucho en inquietarse por

Digitized by Google

aquella religion. Este diputado, que habia sido miembro del Cuerpo legislativo del Imperio, participaba de las ideas religiosas de un padre del Oratorio conocido con el nombre de Fouché, duque de Otranto, de quien era protegido y amigo. A puerta cerrada se reia lindamente de Dios. Pero cuando vió al rico manufacturero Magdalena ir á la misa rezada de las siete, vislumbró en él un candidato posible, y resolvió superarle: tomó un confesor jesuita, y fué á misa mayor y á vísperas. En aquellos tiempos la ambicion era literalmente una *carrera al campanario*. Los pobres, lo mismo que el rico, sacaron su provecho de aquel terror, porque el ilustre diputado costeó tambien dos camas en el hospital, con lo cual se juntaron doce.

Esto no obstante, en 1819, corrió la voz una mañana por el lugar de que á propuesta del prefecto, y en consideracion á los servicios hechos al pais, el tio Magdalena iba á ser nombrado por el rey alcalde de M.—á orillas del M.—Los que habian declarado «ambicioso» al recien llegado, aprovecharon con trasporte la ocasion, que todos los hombres desean, de esclamar: «¡Vaya! ¿no lo decia yo?» Esta esclamacion se repitió por todo M.—á orillas del M.—La noticia tenia fundamento. Dias despues apareció el nombramiento en el *Monitor*. A la mañana siguiente renunció el tio Magdalena.

En aquel mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento inventado por Magdalena figuraron en la esposicion de la industria; á informe del jurado, el rey nombró al inventor caballero de la legion de honor. Nuevo rumor en la poblacion «¡Vaya, era la cruz lo que queria!» El tio Magdalena renunció la cruz.

Decididamente aquel hombre era un enigma. Pero las buenas almas salieron del paso diciendo: «Por lo menos es una especie de aventurero.»

Como hemos visto, la comarca le debia mucho; los pobres se lo debian todo: era tan útil, que no podia menos de estimársele, y tan afable, que no se podia menos de amarle: sus trabajadores en particular lo adoraban, y Magdalena admitia esta adoracion con una especie de gravedad melancólica. Cuando fue reputado rico «las personas de buena sociedad» le saludaron, y en el lugar se le llamó el señor Magdalena; —sus trabajadores y los niños, le llamaban como siempre *el tio Magdalena*, y era lo que mas le agradaba. Las invitaciones llovian sobre él á

Digitized by Google

medida que iba subiendo: «La sociedad» le llamaba. Los pequeños salones colgados de M.—á orillas del M.—que no debe olvidarse, habian estado cerrados en los primeros tiempos al artesano, se abrieron de par en par al millonario. Hiciéronsele mil invitaciones. A todas se negó.

Entonces las buenas almas no tuvieron obstáculo en esclamar: «Es un hombre ignorante y de baja educacion. Bien se comprende por qué hace eso. No sabria conducirse entre personas decentes. Ni aun consta que sepa leer.»

Cuando se le vió ganar dinero, se dijo: es un negociante. Cuando se le vió derramar su ganancia, se dijo: es un ambicioso. Cuando se le vió desechar los honores, se dijo: es un aventurero. Cuando se le vió rechazar la sociedad, se dijo: es un bruto.

En 1820, cinco años despues de su llegada á M.—á orillas del M.—eran tan notables los servicios que habia hecho al pais, y tan unánime el voto de toda la comarca, que el rey le nombró nuevamente alcalde de la ciudad. De nuevo renunció; pero el prefecto no admitió su renuncia; rogáronle los notables, suplicóle el pueblo en plena calle, y la insistencia fue tan viva, que al fin tuvo que aceptar. Echóse de ver que lo que mas pareció determinarle fue un apóstrofe casi irritado de un viejo del pueblo, que desde el umbral de su puerta le gritó desembozadamente: *Un buen alcalde es útil. ¿Quién retrocede cuando puede hacer un bien?*

Aquella fue la tercera fase de su elevacion. El tio Magdalena habia llegado á ser el señor Magdalena; el señor Magdalena habia llegado á ser el señor alcalde.

Digitized by Google

# III.

## CANTIDADES DEPOSITADAS EN CASA DE LAFITTE.

Magdalena, por lo demás, continuó viviendo con la misma sencillez del primer dia. Tenia los cabellos grises, la mirada grave, el aire cansado del obrero, y el rostro pensativo de un filósofo. Ordinariamente llevaba sombrero de anchas alas y ancho gaban de paño grueso, abotonado hasta la barba. Cumplia con las funciones de alcalde, y fuera de ellas vivia solitario. Hablaba con pocos. Huia los cumplimientos, saludaba de paso, se esquivaba pronto, se sonreia para ahorrarse de hablar, y daba para ahorrarse de sonreir. Las mujeres decian de él: ¡qué buen oso!» Su distraccion era pasear por el campo.

Comia siempre solo, con un libro abierto delante de sí, en el cual leia. Tenia una pequeña y escogida biblioteca; gustaba de los libros: los libros son amigos frios y seguros. A medida que con la riqueza adquiria desahogo de trabajo, parecia que se aprovechaba de él para cultivar su espíritu. Desde que estaba en M. — á orillas del M. — se echaba de ver que su modo de hablar se habia ido haciendo mas fino, mas escogido, mas suave.

Frecuentemente llevaba consigo una escopeta en sus paseos, pero rara vez se servia de ella. Cuando asi sucedia por casualidad, tenia un

Digitized by Google

tino tan infalible, que espantaba. Nunca mataba un animal inofensivo; jamás tiró á un pajarillo.

A pesar de no ser ya jóven, decíase que tenia fuerzas prodigiosas. Ofrecia echar una mano á quien lo necesitaba; levantaba un caballo, desatrancaba una rueda atollada, detenia por los cuernos un toro escapado. Llevaba siempre los bolsillos llenos de monedas menudas al salir de casa, y vacíos al volver. Cuando pasaba por alguna aldea, los chiquillos desarrapados corrian alegremente detrás de él, y le rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que habria debido vivir en otro tiempo la vida del campo, porque conocia toda clase de secretos útiles, que comunicaba á los campesinos. Enseñábales á destruir la cizaña de los trigos, asperjeando las paneras, é inundando las hendiduras del suelo con una disolucion de sal comun, y á estirpar el gorgojo, suspendiendo en todas partes en las paredes y en los techos, en los pajares y en las casas, romero en flor. Tenia «recetas» para estirpar de un campo la neguilla, el tizon, la algarroba silvestre, la cola de zorro y demás plantas parásitas que consumen el trigo. Libraba una conejera de los ratones nada mas que con el olor de un pequeño cerdo de Berbería que ponia en ella.

Viendo un dia á la gente del pais muy ocupada en arrancar ortigas, miró aquel monton de plantas desarraigadas y ya secas, y dijo:—están muertas. No obstante, serian provechosas si se supieran utilizar. Cuando la ortiga es nueva, su hoja es una escelente legumbre; cuando es vieja, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga seria tan buena como la tela de cáñamo. Picada la ortiga es buena para las aves; molida es buena para los animales de cuernos. La semilla de ortiga mezclada con el forraje da lustre al pelo de los animales: su raiz meclada con sal produce un hermoso color amarillo. Por lo demás, es un escelente heno que se puede segar dos veces. ¿Y qué necesita la ortiga? Un poco de tierra sin cuidado ni cultivo alguno. Unicamente la semilla se cae conforme va madurando, y es difícil de recoger, pero no mas. Con poco trabajo la ortiga seria útil; se la desprecia, y es dañina. Entonces se la mata. ¡Cuántos hombres se asemejan á la ortiga!—Despues de una pausa añadió:—amigos mios, acordaos de esto; no hay, ni malas yerbas, ni malos hombres. No hay sino malos cultivadores.

Digitized by Google

Los niños le amaban además, porque sabia hacer lindos juguetes con paja y nueces de coco.

Cuando veia la puerta de una iglesia vestida de negro, entraba buscando en ella un entierro, como otros buscan un bautizo. Por su gran bondad le atraian la viudez y la desgracia de los demás; poníase entre los amigos afligidos, entre las familias enlutadas, entre los sacerdotes que gemian en derredor de un féretro. Parecia que daba gustoso por testo á sus pensamientos aquellas salmodias fúnebres, llenas de la vision del otro mundo: con los ojos elevados al cielo, escuchaba con una especie de aspiracion hácia todos los misterios del infinito aquellas voces tristes que cantaban al borde del oscuro abismo de la muerte.

Ejecutaba una multitud de acciones buenas, ocultándose como si fueran malas. Penetraba de oculto por las tardes en las casas, y subia furtivamente las escaleras. Un pobre diablo al volver á su chiribitil, veia que su puerta habia sido abierta, algunas veces forzada en su ausencia. El pobre hombre se alarmaba y pensaba: algun malhechor habrá entrado aquí. Entraba, y lo primero que veia era alguna moneda de oro olvidada sobre un mueble. El malhechor que habia entrado era el tio Magdalena. Era afable y triste. El pueblo decia: ese es un hombre rico que no tiene aire orgulloso; un hombre feliz que no tiene aire de contento.

Pretendíase por algunos que era un personaje misterioso, y afirmaban que jamás entraba nadie en su cuarto, el cual era una verdadera celda de anacoreta, amueblada con relojes de arena alados, y adornada de huesos en cruz y de calaveras. Repetíase tanto esto, que algunas jóvenes elegantes y maliciosas de M. — á orillas del M. — fueron un dia á su casa y le dijeron: señor alcalde, enseñadnos vuestro cuarto: se cuenta que es una gruta. Se sonrió y las introdujo inmediatamente en aquella «gruta,» con lo cual quedaron bien castigadas por su curiosidad, pues era una habitacion adornada sencillamente, con muebles de anacardo, bastante feos, como todos los muebles de ese género, y tapizada de papel de doce sueldos. Nada pudo chocarles allí como no fuesen dos candelabros de forma antigua que estaban sobre la chimenea, y que parecian ser de plata «porque estaban contrastados:» observacion que demuestra bien el espíritu de los pueblos pequeños.

No por esto se dejó de decir que nadie penetraba en su cuarto, el



Digitized by Google

cual era una caverna de ermitaño, una cueva, un agujero, un sepulcro.

Murmurábase que tenia sumas «inmensas» colocadas en casa de Laffitte, con la particularidad de que estaban siempre á su disposicion inmediata, de tal suerte, añadian, que el señor Magdalena podria llegar una mañana á casa de Laffitte, firmar un recibo, y llevarse sus dos ó tres millones de francos en diez minutos. En realidad, segun hemos dicho, estos «dos ó tres millones» se reducian á seiscientos treinta ó cuarenta mil francos.

Digitized by Google

# IV.

## EL SEÑOR MAGDALENA DE LUTO.

Al principiar el año de 1821 anunciaron los periódicos la muerte del señor Myriel, obispo de D.—apellidado «*monseñor Bienvenido*,» que habia fallecido en olor de santidad, á la edad de ochenta y dos años.

El obispo de D.,—para añadir aquí un detalle que los periódicos omitieron, estaba, cuando murió, ciego desde hacia muchos años, y contento de hallarse ciego, porque su hermana estaba á su lado.

Digámoslo de paso; ser ciego y ser amado, es, en efecto, en este mundo en que nada hay completo, una de las formas mas estrañamente perfectas de la felicidad. Tener continuamente á nuestro lado á una mujer, una hija, una hermana, un ser encantador, que está allí, precisamente, porque necesitamos de él, y porque no puede pasar sin nosotros, conocer que somos indispensables á aquel ser á quien necesitamos, poder medir incesantemente su afecto por la cantidad de presencia que nos da, y decir: pues que me consagra todo su tiempo, es que tengo todo su corazon; ver el pensamiento á falta de la fisonomía, comprobar la fidelidad de un ser en el eclipse del mundo, percibir el crugido de un vestido como un ruido de alas, sentir ir y venir, salir,

Digitized by Google

entrar, hablar, cantar; y pensar que uno es el centro de esos pasos, de esa palabra, de ese canto; manifestar á cada instante su propia atraccion; conocerse uno tanto mas poderoso cuanto es mas impotente, y llegar á ser en la oscuridad y por la oscuridad, el astro á cuyo alrededor gravita aquel ángel; pocas felicidades igualan á esta. La dicha suprema de la vida es la conviccion de que somos amados, amados por nosotros mismos; mejor dicho, amados á pesar de nosotros; esta conviccion la tiene el ciego. Ser en su desgracia servido, es ser acariciado. ¿Le falta algo? No. Tener amor no es perder la luz. ¡Y qué amor! un amor formado enteramente de virtud. No hay ceguera donde hay certidumbre. El alma á tientas busca el alma, y la encuentra. Y aquella alma encontrada y esperimentada es una mujer: os sostiene una mano, es la suya; una boca roza vuestra frente, es su boca; oís cerca de vosotros una respiracion, es ella. Tenerlo todo de ella, desde su culto hasta su piedad, no ser nunca abandonado, tener esa dulce debilidad que os socorre, apoyarse en esa caña inquebrantable, tocar por sus manos la Providencia, y poder tomarla en los brazos como un Dios palpable, ¡que arrobamiento! El corazon, esa celeste flor oscura, cae en un desvanecimiento misterioso. ¡No se cambiaria esta sombra por toda la claridad! El alma ángel está allí, sin cesar allí: si se aparta es para volver; se disipa como el sueño, y reaparece como la realidad; se siente el calor de su presencia que se aproxima, vedla. Hay en ella una efusion de serenidad, de alegría, de éxtasis; es un rayo de luz en la noche. Mil cuidados pequeños, nadas que son enormes en aquel vacío; los mas inefables acentos de la voz femenil, empleados en mimarnos, y supliendo por nosotros en el universo desvanecido. Siéntese uno acariciado con el alma. Nada ve, pero se conoce adorado. Está en un paraiso de tinieblas.

Desde aquel paraiso habia pasado monseñor Bienvenido al otro.

El anuncio de su muerte fue reproducido por el periódico local de M. — á orillas del M., — y el señor Magdalena se presentó á la mañana siguiente todo de negro con gasa en el sombrero.

Echóse de ver en el pueblo su luto, y se comentó. Pareció como un vislumbre del orígen del señor Magdalena. Dedújose que tenia algun parentesco con el venerable obispo. *Lleva luto por el obispo de D.*— se dijo en las reuniones, y esto realzó mucho al señor Magdalena, dándole súbita y repentinamente cierta consideracion entre la gente noble

Digitized by Google

de M. — á orillas del M. — Y el microscópico arrabal de San German de la localidad decidió hacer cesar la cuarentena impuesta al señor Magdalena, pariente probable de un obispo. El señor Magdalena conoció lo que habia adelantado, en las mayores reverencias que le hicieron las señoras viejas, y en las sonrisas mas frecuentes que le dirigieron las jóvenes. Una tarde cierta decana de aquel pequeño círculo aristocrático, curiosa por derecho de ancianidad, se atrevió á preguntarle: ¿era acaso el señor alcalde primo del difunto obispo de D.?—

Respondió: No, señora.

—Pues, repuso la viuda, ¿no llevais luto por él?

Magdalena respondió: es que en mi juventud fuí lacayo de su familia.

Otra cosa se advirtió además, á saber: que cada vez que pasaba por el pueblo un jóven saboyano recorriendo el pais en busca de chimeneas que limpiar, el señor alcalde le hacia llamar, le preguntaba su nombre y le daba dinero. Los saboyanitos se lo contaban unos á otros, y por allí pasaban muchos.

Digitized by Google

# V.

## VAGOS RELÁMPAGOS EN EL HORIZONTE.

Poco á poco y con el tiempo fueron disipándose todas la oposiciones. Habíanse propalado en un principio contra el señor Magdalena, por esa ley que sufren siempre los que se elevan, injurias y calumnias, que despues no fueron sino murmuraciones, luego malicias, y que por último se desvanecieron del todo: el respeto llegó á ser cumplido, unánime, cordial, y hubo un momento, en 1821, en que estas palabras: «el señor alcalde» se pronunciaban en M.—á orillas del M.—casi con el mismo acento que estas otras: «el señor obispo» eran pronunciadas en D.—en 1815. Ibase de diez leguas á la redonda á consultar al señor Magdalena. Terminaba las diferencias, suspendia los pleitos, y reconciliaba á los enemigos. Todos le tomaban por juez de sus derechos. Parecia como que tenia por alma el cetro de la ley natural. Aquello fue como un contagio de veneracion que en seis ó siete años se estendió por todo el pais.

Un hombre solo, en la poblacion y en el distrito, se libró absolutamente de aquel contagio, é hiciera lo que quisiese el tio Magdalena, permanecia rebelde, como si una especie de instinto incorruptible é imperturbable le despertase é inquietase. Diríase que existe en efecto en

Digitized by Google

ciertos hombres un verdadero instinto bestial, puro é íntegro como todo instinto, que crea la antipatía y la simpatía, que separa fatalmente unas naturalezas de otras, que no vacila, que no se turba, ni se calla, ni se desmiente jamás; claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario á todos los consejos de la inteligencia y á todos los disolventes de la razon, y que de cualquiera manera que vengan los destinos, advierte secretamente al hombre-perro que le posee la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro la presencia del hombre-leon.

Muchas veces, cuando el señor Magdalena pasaba por una calle tranquilo, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecia que un hombre de alta estatura, vestido con una levita gris oscura, armado de un grueso baston y cubierto con un sombrero de copa achatada, se volvia bruscamente á mirarle, y le seguia con la vista hasta que desaparecia, cruzando los brazos, sacudiendo lentamente la cabeza y levantando los labios hasta la nariz, especie de gesto significativo que podia traducirse por: ¿Pero quién es este hombre?—Estoy seguro de haberlo visto en alguna parte.—De todos modos, á mi no me engaña.

Este personaje, grave, con gravedad casi amenazadora, era de esos que por rápidamente que se los vea, llaman la atencion del observador.

Llamábase Javert, y era de la policía.

Desempeñaba en M.—á orillas del M.—las funciones penosas, pero útiles, de inspector. No sabia los antecedentes de Magdalena; debia el puesto que ocupaba á la proteccion del señor Chabouillet, secretario del ministro de Estado, conde Anglés, entonces prefecto de policía en París; y cuando llegó á M.—á orillas del M.—estaba ya hecha la fortuna del gran manufacturero, y el tio Magdalena se habia convertido en el señor Magdalena.

Ciertos polizontes tienen una fisonomía particular que se complica con un aspecto de bajeza mezclado con cierto aire de autoridad; Javert tenia esta fisonomía, menos la bajeza.

Tenemos la conviccion de que si fueran las almas visibles á los ojos, se veria distintamente una cosa estraña, y es que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde á alguna de las especies de la creacion animal; entonces se podria conocer fácilmente la verdad, apenas entrevista por el pensador, de que desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales están en el hombre, y cada

Digitized by Google

uno de ellos está en un hombre; y aun en ocasiones muchos de ellos á la vez.

Los animales no son sino las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes delante de nuestros ojos; los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los pone de manifiesto para hacernos reflexionar. Solo que como los animales no son mas que sombras, Dios (¿y para qué?) no les ha hecho educables en el sentido completo de la palabra. Por el contrario, á nuestras almas, siendo realidades y teniendo un fin que les es propio, les ha dado Dios inteligencia, es decir, les ha hecho susceptibles de educacion. La educacion social bien entendida, puede sacar siempre de una alma, cualquiera que sea, toda la utilidad que contenga.

Entiéndase cuanto decimos bajo el punto de vista concreto de la vida terrestre aparente, y sin prejuzgar la cuestion profunda de la personalidad anterior ó ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza en manera alguna al pensador para negar el yo latente. Hecha esta salvedad, continuemos.

Pues bien, si por un momento se admite con nosotros que en todo hombre hay una de las especies de animales de la creacion, nos será fácil decir quién era el inspector de policía Javert.

Los aldeanos de Asturias creen que en cada camada de loba nace un perro, el cual es muerto por su madre, porque si no, tan pronto como llegara á hacerse grande, devoraria á sus demás hermanos.

Dótese de un rostro humano á este perro hijo de loba, y tendremos á Javert.

Javert habia nacido en una prision, de una echadora de cartas, cuyo marido estaba en presidio. Cuando hubo crecido, pensó que se hallaba fuera de la sociedad, y se desesperó por no poder entrar en ella nunca. Advirtió que la sociedad mantiene irremisiblemente fuera de sí dos clases de hombres, los que la atacan y los que la guardan; no tenia eleccion sino entre una de estas dos clases; al mismo tiempo sentia dentro de sí un cierto fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, complicado con un inesplicable ódio hácia esa raza de gitanos de que descendia. Entró, pues, en la policía y prosperó. A los cuarenta años era inspector.

En su juventud habia estado empleado en los presidios del Mediodía.

Digitized by Google

Antes de pasar adelante, espliquemos las palabras rostro humano que no há mucho aplicamos á Javert.

El rostro humano de Javert consistia en una nariz chata, con dos profundas ventanas hácia las cuales se estendian, campeando en sus dos carrillos, enormes patillas. Impresionaban desagradablemente la primera vez que se veian aquellas dos selvas y aquellas dos cavernas. Cuando Javert se reia, lo cual era raro y terrible, sus labios delgados se apartaban y dejaban ver, no tan solo los dientes, sino tambien las encías; y alrededor de su nariz se formaba un pliegue abultado y feroz como sobre el hocico de una fiera carnívora. Javert sério, era un perro de presa; cuando se reia era un tigre. Por lo demás, tenia poco cráneo, mucha mandíbula; los cabellos le ocultaban la frente y le caian sobre las cejas; tenia entre los ojos un ceño central permanente como una estrella de cólera, la mirada oscura, la boca recogida y temible, el aire de mando feroz.

Estaba compuesto èste hombre de dos sentimientos muy sencillos y relativamente muy buenos, pero que él convertia casi en malos á fuerza de exajerarlos; el respeto á la autoridad, y el odio á la rebelion. Javert envolvia en una especie de fé ciega y profunda á todo el que en el Estado desempeñaba una funcion cualquiera, desde el primer ministro hasta el guarda rural. Cubria de desprecio, de aversion y de disgusto á todo el que una vez habia pasado el límite legal del mal. Era absoluto, y no admitia escepciones. Por una parte, decia:—el funcionario no puede engañarse; el magistrado nunca se equivoca.—Por la otra decia:—estos están irremediablemente perdidos, nada bueno puede esperarse de ellos.—Era en un todo de la opinion de esos hombres estremados, que atribuyen á la ley humana el poder de hacer, ó si se quiere, de descubrir demonios, y que ponen una Estigia en lo mas bajo de la sociedad. Era estóico, sério, austero, pensador, lúgubre, humilde y altanero como los fanáticos. Toda su vida se compendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. Habia introducido la línea recta en lo que hay mas torcido en el mundo; tenia la conciencia de su utilidad, la religion de sus funciones, y era espía como se puede ser sacerdote. ¡Desgraciado del que caia en sus manos! Hubiese sido capaz de prender á su padre al escaparse del presidio, y denunciar á su madre al huir de la prision; y lo hubiera hecho con esa especie de satisfaccion interior



Digitized by Google

que da la virtud. Añádase que llevaba una vida de privaciones, de aislamiento, de abnegacion, de castidad, sin una distraccion nunca. Era el deber implacable, la policía comprendida como los espartanos comprendian á Esparta; una vigilancia inexorable, una honradez feroz, un espía marmóreo, Bruto injerto en Vidocq.

Toda la persona de Javert espresaba al hombre que espía y que se oculta. La escuela mística de José de Maistre, que en aquella época sazonaba con una alta cosmogonía los periódicos llamados ultras, hubiera dicho indudablemente que Javert era un símbolo. No se le veia la frente que desaparecia bajo el sombrero; no se le veian los ojos que se perdian bajo las cejas; no se le veia la barba que se introducia en la corbata; no se le veian las manos que quedaban entre las mangas; no se le veia el baston porque le llevaba debajo de la levita. Pero llegada la ocasion, veíanse de pronto salir de aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada funesta, una barba amenazadora, unas manos enormes, y un garrote monstruoso.

En sus momentos de ocio, que eran poco frecuentes, aunque odiaba los libros, leia; de aquí que no fuese completamente iliterato, lo cual se conocia en cierto énfasis que habia en sus palabras.

No tenia vicio alguno, ya lo hemos dicho. Cuando estaba contento de sí, se concedia un polvo de tabaco. Tal era el lazo que le unia á la humanidad.

Sin trabajo se comprenderá que Javert era el espanto de toda esa clase que la estadística anual del ministerio de Justicia designa bajo la casilla de: «Personas sin oficio conocido.» El nombre de Javert les ponia en huida con solo pronunciarlo: el rostro de Javert apareciendo les petrificaba.

Tal era este hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre fijo sobre el señor Magdalena: ojo lleno de sospechas y conjeturas. El señor Magdalena llegó al fin á advertirlo; pero á lo que parece, semejante cosa significó muy poco para él. Ni una pregunta hizo á Javert; ni le buscaba, ni le huia; y sufria, sin aparentar conocerlo, aquella mirada incómoda, y casi pesada.

Por algunas palabras sueltas escapadas á Javert se adivinaba que habia buscado secretamente, con esa curiosidad propia de la raza en que entra tanto del instinto como de la voluntad, todas las huellas y ante-

Digitized by Google

cedentes que el tio Magdalena habia podido dejar en otras partes. Parecia saber, y á veces decia con palabras embozadas, que alguno habia tomado determinados informes en cierto pais sobre cierta familia que habia desaparecido. Una vez le aconteció decir hablando consigo mismo:—Creo que le he cogido. Luego se quedó tres dias pensativo sin pronunciar una palabra. Parecia que se habia roto el hilo que habia creido coger.

Por lo demás, y este es un correctivo necesario al sentido demasiado absoluto que pudieran presentar ciertas palabras, nada puede haber verdaderamente infalible en una criatura humana; y es propio del instinto precisamente el poder ser confundido, descaminado, desorientado. Sin esto seria superior á la inteligencia, y entonces resultaria que las bestias poseerian mejor luz que el hombre.

Javert estaba evidentemente desconcertado en algun modo por el aspecto natural y la tranquilidad de Magdalena.

Esto no obstante, un dia su estraño comportamiento pareció hacer impresion en Magdalena, con el motivo que vamos á decir.

Digitized by Google

# VI.

## EL TIO FAUCHELEVENT.

El señor Magdalena, pasando una mañana por una callejuela no empedrada de M.—á orillas del M.—oyó ruido y viendo un grupo á alguna distancia, acercóse á él: un viejo llamado el tio Fauchelevent acaba de caer debajo de su carro, cuyo caballo se habia rendido.

El tal Fauchelevent era uno de los raros enemigos que tenia el señor Magdalena en aquella época. Cuando Magdalena llegó al pais, Fauchelevent, antiguo tabelion, y campesino casi letrado, tenia un comercio que empezaba á decaer. Fauchelevent vió aquel simple obrero que se enriquecia, mientras que él, amo, se arruinaba; y de aquí que se llenase de envidia, y que hiciese siempre cuanto estuvo en su mano para perjudicar á Magdalena. Habiendo llegado su ruina, y no quedándole mas que un carro y un caballo, y estando por otra parte sin familia y sin hijos, habíase hecho carretero para vivir.

El caballo tenia rotas las dos piernas y no se podia levantar. El anciano habia caido entre las ruedas, y tan desgraciada habia sido la caida, que todo el peso del carruaje, que iba muy cargado, gravitaba sobre su pecho. El tio Fauchelevent arrojaba lastimeros ayes. Habíase tratado

Digitized by Google

de sacarle, pero en vano. Un esfuerzo desordenado, un socorro mal entendido, una sacudida en falso podia acabar con él. No habia mas medio de libertarle que levantando el cuarruaje por debajo. Javert, que habia llegado en el momento del accidente, habia mandado á buscar un cabrestante.

El señor Magdalena llegó, y todos se apartaron con respeto.

—¡Socorro! gritó el viejo Fauchelevent. ¿No habrá alguno tan bueno que quiera salvar á este viejo?

El señor Magdalena se volvió hácia los concurrentes:

—¿No hay un cabrestante? dijo.

—A buscarle han ido, respondió un aldeano.

—¿Cuanto tiempo tardarán en traerlo?

—Han ido á lo mas cerca, á Flachot, donde hay un herrador; pero con todo, aun tardarán un buen cuarto de hora.

—¡Un cuarto de hora! esclamó Magdalena.

Habia llovido la víspera, el suelo estaba húmedo, y el carro se hundia en tierra á cada instante, y comprimia mas y mas el pecho del viejo carretero. Era evidente que antes de cinco minutos tendria las costillas rotas.

—Es imposible aguardar un cuarto de hora, dijo Magdalena á los aldeanos que miraban.

—No hay mas remedio.

—Pero entonces no será ya tiempo. ¿No estais viendo que el carro se hunde?

—¡Gran Dios!

—Oid, repuso Magdalena, todavía queda debajo del carro bastante espacio para que un hombre pase y le levante con la espalda. Medio minuto no mas y se sacará á ese pobre hombre. ¿Hay alguno que tenga puños y corazon? Hay cinco luises de oro que ganar.

Nadie chistó en el grupo.

—¡Diez luises! dijo Magdalena.

Los asistentes bajaron los ojos. Uno de ellos murmuró:—Muy fuerte habria que ser. Se corre el peligro de quedar aplastado.

—¡Vamos! añadió Magdalena ¡veinte luises!

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta, dijo una voz.

Digitized by Google

El señor Magdalena se volvió y conoció á Javert. No le habia visto al llegar.

Javert continuó:

—Es la fuerza. Seria preciso ser un hombre terrible para hacer la proeza de levantar un carro como ese con la espalda.

Y mirando fijamente al señor Magdalena, continuó recalcando cada una de las palabras que pronunciaba:

—Señor Magdalena, no he conocido mas que un hombre capaz de hacer lo que pedis.

Magdalena se sobresaltó.

Javert añadió con tono de indiferencia, pero sin apartar los ojos de los de Magdalena:

—Era un forzado.

—¡Ah! dijo Magdalena.

—Del presidio de Tolon.

Magdalena se puso pálido.

Mientras tanto el carro se iba hundiendo lentamente. El tio Fauchelevent gritaba y ahullaba:

—¡Que me ahogo! ¡Se me rompen las costillas! ¡Una cabria! ¡Cualquier cosa! ¡Ah!

Magdalena miró á su alrededor.

—¿No hay nadie, pues, que quiera ganarse veinte luises, y salvar la vida á ese pobre anciano?

Ninguno de los asistentes se movió. Javert repuso:

—No he conocido mas que un hombre que pudiera reemplazar á una cabria; era un forzado.

—¡Ah! que me aplasta, gritó el viejo.

Magdalena levantó la cabeza, encontró los ojos de halcon de Javert siempre fijos sobre él, vió á los aldeanos y se sonrió tristemente. En seguida, sin decir una palabra se puso de rodillas, y antes que la multitud hubiese podido arrojar un grito, estaba debajo del carro.

Hubo un momento espantoso de espectacion y de silencio.

Vióse á Magdalena pegado á tierra bajo aquel peso espantoso probar dos veces en vano á juntar los codos con las rodillas. Gritábanle:—tio Magdalena, salid de ahí. El mismo viejo Fauchelevent le dijo:—¡señor Magdalena, marchaos! ¡No hay mas remedio que morir,

Digitized by Google

ya lo veis, dejadme! ¡Vais á ser aplastado tambien! Magdalena no respondió.

Los concurrentes vacilaban. Las ruedas habian seguido hundiéndose, y era ya casi imposible que Magdalena saliese de debajo del carro.

De pronto se vió conmoverse la enorme masa, el carro se levantaba lentamente, las ruedas salian casi del carril. Oyóse una voz ahogada que esclamaba: ¡pronto, ayudad! Era Magdalena que acababa de hacer el último esfuerzo.

Todos se precipitaron. La abnegacion de uno solo dió fuerza y valor á todos. El carro fue levantado por veinte brazos: el viejo Fauchelevent se habia salvado.

Magdalena se levantó. Estaba lívido, aunque el sudor le caia á chorros. Su vestido estaba desgarrado y cubierto de lodo. Todos lloraban; el viejo le besaba las rodillas y le llamaba el buen Dios. Magdalena tenia en su rostro no sé qué espresion de padecimiento feliz y celestial, y fijaba su vista tranquila sobre Javert que le seguia mirando.

Digitized by Google

# VII.

## FAUCHELEVENT SE HACE JARDINERO EN PARIS.

Fauchelevent se habia dislocado la rótula en la caida. El tio Magdalena le hizo llevar á una enfermería que habia establecido para sus trabajadores en el edificio mismo de su fábrica, y que estaba asistida por dos hermanas de la caridad. A la mañana siguiente temprano el anciano se halló un billete de mil francos sobre la mesa de noche, con esta línea escrita por mano del tio Magdalena: *Os compro vuestro carro y vuestro caballo.* El carro se habia roto, y el caballo muerto. Fauchelevent curó; pero la pierna le quedó enquilosada. El señor Magdalena, por recomendacion de las hermanas y de su cura, hizo colocar al pobre hombre de jardinero en un convento de monjas del barrio de San Antonio en París.

Algun tiempo despues, el señor Magdalena fue nombrado alcalde. La primera vez que Javert vió al señor Magdalena revestido de la banda que le daba toda autoridad sobre la poblacion, esperimentó la especie de estremecimiento que sentiria un mastin que olfatease un lobo bajo los vestidos de su amo. Desde aquel momento huyó de él todo cuanto pudo; y cuando las necesidades del servicio lo exigian imperiosamente,

Digitized by Google

y no podia menos de encontrarse con el señor alcalde, le hablaba con un respeto profundo.

La prosperidad creada por el tio Magdalena en M.—á orillas del M.—tenia además de los signos visibles que hemos indicado, otro síntoma, que por no ser visible no era menos significativo; síntoma que no engaña nunca. Cuando la poblacion padece, cuando falta el trabajo, cuando el comercio es nulo, el contribuyente resiste el impuesto por penuria, deja pasar los plazos, y el Estado gasta mucho dinero en apremios y reintegros. Cuando el trabajo abunda, cuando el pais es feliz y rico, el impuesto se paga cómodamente, y cuesta poco al Estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible en los gastos de percepcion del impuesto. En siete años los gastos de percepcion del impuesto habian bajado las tres cuartas partes en el distrito de M.—á orillas del M.—lo cual era causa de que se citase frecuentemente este distrito entre todos por M. de Villèle, entónces ministro de Hacienda.

Tal era la situacion del pais cuando volvió á él Fantina. Nadie se acordaba de ella; pero afortunadamente la puerta de la fábrica del señor Magdalena era como un rostro amigo. Se presentó y fue admitida en el obrador de las mujeres. Era el oficio enteramente nuevo para Fantina, y no podia estar muy esperta en él; por lo tanto sacaba poca cosa como producto de su jornal; pero al fin aquello le bastaba, el problema estaba resuelto; ganaba su vida.

---



Digitized by Google

# VIII.

## LA SEÑORA VICTURNIEN GASTA TREINTA FRANCOS EN FAVOR DE LA MORALIDAD.

Cuando Fantina vió que vivia con su trabajo, tuvo un momento de alegría. Ganarse la vida honradamente, ¡qué favor del cielo! Recobró verdaderamente el gusto del trabajo. Se compró un espejo, se regocijó de ver en él su juventud, sus hermosos cabellos, sus hermosos dientes; olvidó muchas cosas; no pensó sino en Cosette y en el porvenir posible, y fue casi feliz. Alquiló un cuartito y le amuebló de fiado sobre su trabajo futuro; resto de sus hábitos de desórden.

No pudiendo decir que estaba casada, se guardó mucho, como lo hemos dejado entrever, de hablar de su pequeña hija.

En un principio, como hemos visto, pagaba exactamente á los Thenardier; y como no sabia mas que firmar, para escribirles se veia obligada á valerse de un memorialista.

Escribia con frecuencia, y esto se echó de ver. Empezóse á decir en voz baja en el taller de mujeres que Fantina «escribia cartas,» y que «tenia ciertas maneras.»

Nadie mejor para espiar las acciones de los demás que aquellos que nada tienen que ver con ellas.—¿Por qué ese caballero no viene sino al oscurecer? ¿Por qué el señor N. no cuelga la llave en su respectivo

Digitized by Google

clavo de la portería el jueves? ¿Por qué va siempre por calles estraviadas? ¿Por qué la señora se baja del coche de alquiler antes de llegar á la casa? ¿Por qué envia á buscar un cuadernillo de papel de cartas cuando tiene llena la papelera?» etc., etc. Existen seres que por saber el secreto de tales enigmas, que les son por lo demás perfectamente indiferentes, gastan mas dinero, desperdician mas tiempo, y se toman mas trabajo, que costaria ejecutar diez buenas acciones; y todo ello lo hacen gratuitamente, por placer, sin que su curiosidad reciba mas paga que la curiosidad. Seguirán á este ó aquel dias enteros, harán largas horas centinela en las esquinas, entre los árboles, de noche, con frio y con lluvia, corromperán criados, emborracharán cocheros y lacayos, comprarán á la doncella, harán la adquisicion de un portero, ¿para qué? Para nada. Por encarnizamiento de ver, de saber vidas ajenas, por pura comezon de murmurar. Y frecuentemente, conocidos estos secretos, publicados estos misterios, descubiertos estos enigmas á la luz del dia, producen catástrofes, duelos, quiebras, ruinas de familias, existencias amargadas, con gran gozo de aquellos que lo han «descubierto todo» sin interés, y por puro instinto. Cosa triste en verdad.

Ciertas personas son malas únicamente por necesidad de hablar. Su palabra, conversacion en la sala, habladuría en la antecámara, es como esas chimeneas que consumen pronto la leña; necesitan mucho combustible, y el combustible es el prójimo.

Observóse, pues, á Fantina.

Añádase, que mas de una tenia envidia de sus cabellos rubios, y de sus blancos dientes.

Averiguóse que en el obrador, entre las demás, se volvia frecuentemente para enjugar una lágrima. Eran los momentos en que pensaba en su hija, y quizá tambien en el hombre á quien habia amado.

Es una obra dolorosa la de romper los sombríos lazos de lo pasado.

Se descubrió tambien que escribia por lo menos dos veces al mes, siempre con el mismo sobre, y que franqueaba las cartas. Consiguióse adquirir un sobre que decia: *Al señor Thenardier, mesonero en Montfermeil.* Hízose hablar en la taberna al memorialista, viejo que no podia llenar su estómago de vino tinto, sin desocupar su pecho de secretos. En una palabra, se supo que Fantina tenia un hijo «que debia ser una especie de hija.» Hubo comadre que hizo el viaje á Montfermeil, habló

Digitized by Google

á los Thenardier, y dijo á su vuelta: «Mis treinta y cinco francos me ha costado, pero lo sé todo. He visto á la criatura.»

La comadre que esto hizo, era una gorgona, llamada señora Victurnien, guardiana y portera de la virtud de todo el mundo. La señora Victurnien, mujer de cincuenta y seis años, tenia forrada la máscara de su fealdad con la máscara de la vejez, voz encabritada, y espíritu caprichante. Semejante vieja, habia sido jóven, cosa admirable. En su juventud, en pleno Noventa y tres, casó con un fraile escapado del cláustro, con gorro colorado, y que pasó de los bernardinos á los jacobinos. Era flaca, seca, áspera, puntiaguda, espinosa, casi ponzoñosa; siempre acordándose de su fraile, de quien estaba viuda, y que la habia domado y plegado mucho. Era una ortiga en que se advertia el rozamiento del hábito frailesco. Cuando la Restauracion, se hizo devota, pero tan enérgicamente, que los clerizontes le perdonaron su boda con el fraile. Poseia un pequeño patrimonio que habia legado á campana herida á una comunidad religiosa, y estaba muy bien vista en el obispado de Arras. Esta tal señora Victurnien fue, pues, la que pasó á Montfermeil, y volvió diciendo: He visto á la niña.

Tantos pasos pidieron tiempo; Fantina llevaba ya un año en la fábrica, cuando una mañana la sobrestante del obrador le entregó, de parte del señor alcalde, cincuenta francos, diciéndole que ya no formaba parte del taller, y que el señor alcalde la invitaba á salir fuera del pais.

Esto ocurrió precisamente en el mismo mes en que los Thenardier, despues de haber pedido doce francos en lugar de seis, acababan de exigir quince francos en vez de los doce.

Fantina quedó aterrada. No podia salir del pueblo; debia el alquiler de la casa y de los muebles. Cincuenta francos no eran bastantes para solventar estas deudas. Balbuceó algunas palabras de súplica; pero la sobrestante la dió á entender que tenia que salir inmediatamente del obrador. Por otra parte, Fantina no era mas que una trabajadora mediana. Oprimida por la vergüenza, mas que por la desesperacion, dejó el obrador y entró en su casa. Su falta era, pues, conocida de todos.

No se sentia con fuerzas para decir una palabra. Aconsejáronla que viese al alcalde; pero no se atrevió. El alcalde le daba cincuenta francos, porque era bueno, y la despedia, porque era justo. Se sometió, pues, á su decreto.

Digitized by Google

# IX.

## TRIUNFO DE LA SEÑORA VICTURNIEN.

La viuda del fraile sirvió, pues, para algo.

En cuanto al señor Magdalena, no supo nada de aquello. Tales son las combinaciones de que está llena la vida. El señor Magdalena no acostumbraba á entrar casi nunca en el taller de mujeres.

Habia puesto al frente de este obrador á una soltera vieja que le habia proporcionado el cura, y tenia toda su confianza en aquella capataza, persona respetable verdaderamente, firme, equitativa, íntegra, llena de la caridad que consiste en dar; pero que no poseia en el mismo grado la caridad que consiste en comprender y en perdonar. El señor Magdalena descuidaba en ella. Los mejores hombres se ven obligados ordinariamente á delegar su autoridad; en uso de la cual, y con la conviccion de que obraba bien, la capataza instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó á Fantina.

Respecto de los cincuenta francos, los dió de una cantidad que el señor Magdalena le confiaba para limosnas y socorros á las trabajadoras, y de que no daba cuenta.

Fantina se ofreció como criada en la localidad, y fué de casa en casa. Nadie la admitió. No habia podido dejar el pueblo. El prendero á quien debia los muebles, ¡qué muebles! le dijo: «Si os marchais os haré

Digitized by Google

prender por ladrona.» El propietario á quien debia el alquiler, le dijo: «Sois jóven y bonita, podeis pagar.» Dividió los cincuenta francos entre el prendero y el propietario; devolvió á aquel las tres cuartas partes de los muebles, no quedándose mas que con lo necesario, y se encontró sin trabajo, sin profesion, sin tener mas que su cama, y debiendo todavía sobre cien francos.

Púsose á coser camisas para los soldados de la guarnicion, con lo que ganaba doce sueldos al dia: su hija le costaba diez. Entonces fue cuando comenzó á pagar mal á los Thenardier.

No obstante, una anciana que le encendia la luz cuando volvia de noche, le enseñó el arte de vivir en la miseria. Detrás del vivir con poco, hay el vivir con nada: son dos habitaciones; la primera oscura, la segunda tenebrosa.

Fantina aprendió cómo se vive completamente sin fuego en el invierno, cómo se renuncia al pájaro que comia un maravedí de alpiste todos los dias, cómo se hace de la saya manta, y de la manta saya, cómo se ahorra la vela tomando la comida á la luz de la ventana de enfrente. Nadie conoce el partido que ciertos séres débiles que han envejecido en la miseria y en la honradez saben sacar de un cuarto. Llega esto hasta ser un talento. Fantina adquirió este sublime talento, y recobró un poco de valor.

En aquella época decia á una vecina:—¡Bah! me digo yo, no durmiendo mas que cinco horas, y trabajando todo lo demás en la costura, siempre llegaré á ganar casi para pan. Además, cuando se está triste se come menos. De modo, que con los padecimientos, las inquietudes, un poco de pan por una parte, y los pesares por otra, entre todo me alimentaré.

En su miseria, haber tenido á su hija hubiese sido una estraña felicidad. Pensó en llevarla consigo: ¿pero á qué? ¿para hacerla participar de su desnudez? Además, debia á los Thenardier; ¿cómo pagar? Y el viaje ¿cómo costearle?

La vieja que le habia dado lo que pudiera llamarse lecciones de vida indigente, era una buena mujer llamada Margarita, devota con buena devocion, pobre y caritativa para los pobres, y aun para los ricos; sabia escribir lo suficiente para firmar *Marjarrita*, y creia en Dios, lo que constituye la ciencia.

Digitized by Google

Hay muchas de estas virtudes, hoy humilladas, que un dia estarán en lo alto. Esta vida tiene un dia siguiente.

En los primeros tiempos se encontró Fantina tan avergonzada, que no se habia atrevido á salir.

Cuando iba por la calle comprendia que la gente volvia la cabeza á su paso y la señalaba con el dedo; todos la miraban, y nadie la saludaba; el desprecio acre y frio de los transeuntes le penetraba en las carnes y en el alma como un viento helado.

En las pequeñas poblaciones, una desgracia se encuentra espuesta al sarcasmo y á la curiosidad de todos. En París siquiera nadie os conoce, y esta oscuridad es como un vestido. ¡Oh! ¡cuánto deseaba volver á París! Pero era imposible!

Era preciso acostumbrarse al menosprecio, como se habia acostumbrado á la indigencia. Poco ó poco fue tomando resolucion. Despues de dos ó tres meses, sacudió la vergüenza, y empezó á salir como si nada hubiera sucedido. Tanto me da, dijo.

Fué y vino, con la cabeza levantada, con amarga sonrisa, y comprendió que se iba haciendo descarada.

La señora Victurnien, cuando la veia pasar por debajo de su ventana, notaba la miseria de «aquella criatura» puesta gracias á ella «en su lugar» y se felicitaba. Los malos tienen una felicidad negra.

El esceso de trabajo fatigaba á Fantina, y se le aumentó la pequeña tos seca que la aquejaba. Un dia decia á su vecina Margarita: Tocad, vereis que calientes tengo las manos.

No obstante, cuando por las mañanas se peinaba con un viejo peine roto, sus hermosos cabellos, que relumbraban como la seda floja, tenia sus minutos de feliz coquetería.

Digitized by Google

# X.

## CONTINUACION DEL TRIUNFO.

Fantina fue despedida á fines de invierno; pasó el verano y el invierno volvió. Dias cortos, menos trabajo. En el invierno no hay calor, no hay luz, no hay mediodia, la tarde se junta con la mañana; todo es niebla, crepúsculo; la ventana está empañada, no se ve claro. El cielo es un tragaluz; todo el dia es cueva; el sol tiene el aspecto de un pobre. El invierno convierte en piedra el agua del cielo y el corazon del hombre. Sus acreedores la acosaban.

Fantina ganaba poquísimo: sus deudas se habian aumentado. Los Thenardier, mal pagados, la escribian á cada instante cartas cuyo contenido la afligia, y cuyo porte la arruinaba. Un dia la escribieron que su pequeña Cosette estaba enteramente desnuda con el frio que hacia, que tenia necesidad de una saya de lana, y que era preciso que su madre enviase diez francos para ella. Recibió la carta y la estrujó entre sus manos todo el dia. Por la noche entró en casa de un peluquero que habitaba en un rincon de la calle, y se quitó el peine. Sus admirables cabellos rubios le cayeron hasta las caderas.

—¡Hermoso pelo! esclamó el peluquero.

—¿Cuánto me dareis por él?_dijo ella.

Digitized by Google

—Diez francos.

—Cortadlo.

Compró un vestido de punto y le envió á los Thenardier, los cuales se pusieron furiosos. Dinero era lo que ellos querian. Dieron el vestido á Eponina; y la pobre Alondra continuó tiritando.

Fantina pensó: mi niña no tiene frio. La he vestido con mis cabellos. Gastaba pequeños gorros redondos, que ocultaban su cabeza trasquilada, y con los cuales aun estaba bonita.

Verificábase á la sazon un trabajo tenebroso en el corazon de Fantina.

Cuando vió que ya no podia peinarse, comenzó á tomar odio á cuanto la rodeaba. Habia participado por mucho tiempo de la veneracion de todos hácia el tio Magdalena; y esto no obstante, á fuerza de repetirse que él habia sido el que la habia despedido y la causa de su desgracia, llegó hasta odiarle mas que á nadie. Cuando pasaba por delante de la fábrica, á las horas en que las trabajadoras estaban á la puerta, afectaba reir y cantar.

Una anciana trabajadora que una vez la vió reir y cantar de aquella manera, dijo: «Hé ahí una jóven que acabará mal.»

Fantina tomó un amante, el primero que se presentó, un hombre á quien no amaba, por despique, con la rabia en el corazon. Era un miserable, un ocioso indigente, que la maltrataba, y que la dejó como ella le habia tomado, con disgusto.

Fantina adoraba á su hija.

A medida que iba descendiendo, cuanto mas sombrío se hacia todo á su alrededor, mas irradiaba en el fondo de su alma aquel dulce angelito. Fantina decia:—Cuando yo sea rica tendré á mi Cosette conmigo; y se sonreia. La tos no la abandonaba, y sentia sudores en la espalda.

Cierto dia recibió una carta de los Thenardier concebida en estos términos: «Cosette está mala de una enfermedad que hay en el pueblo. »Tiene lo que llaman una fiebre miliar. Necesita medicamentos caros, »lo cual nos arruina, y ya no podemos pagar mas. Si no nos enviais »cuarenta francos antes de ocho dias, la niña habrá muerto.»

Echóse á reir á carcajadas, y dijo á su anciana vecina:—¡Vaya que está bueno! ¡cuarenta francos! es decir, ¡dos napoleones de oro! ¿De dónde quieren que yo los saque? ¡Qué tontos son estos aldeanos!



Digitized by Google

No obstante, se dirigió á la escalera, cerca de una ventanilla, y leyó de nuevo la carta.

En seguida bajó la escalera, y salió corriendo y saltando, siempre riendo.

Uno que la encontró le dijo: ¿Qué teneis para estar tan alegre?

Fantina respondió:—Una gran tontería que acaban de escribirme unos aldeanos; me piden cuarenta francos. ¡Lugareños al fin!

Al pasar por la plaza vió mucha gente que rodeaba un coche de forma caprichosa, sobre el cual peroraba un hombre vestido de rojo. Era un titiritero, dentista en ejercicio, que ofrecia al público dentaduras completas, opiatas, polvos y elixires.

Fantina se unió al grupo, y se echó á reir como los demás, con aquella arenga en que habia germanía para la canalla, y jerga para la gente fina. El sacamuelas vió á aquella hermosa jóven que reia, y esclamó de pronto:—¡Hermosos dientes teneis, jóven risueña! Si quereis venderme los paletos, os daré por cada uno un napoleon de oro.

—¿Y cuáles son los paletos? preguntó Fantina.

—Paletos, repuso el profesor dentista, son los dientes de delante, los dos de arriba.

—¡Qué horror! esclamó Fantina.

—¡Dos napoleones de oro! masculló una vieja desdentada que allí estaba. ¡Vaya una mujer feliz!

Fantina echó á correr, y se tapó las orejas para no oir la voz endiablada de aquel hombre que le gritaba:—¡Reflexionad, hermosa! Dos napoleones son algo. Si el corazon os aconseja, id á verme esta tarde á la posada de la «*Cubierta de Plata*» donde me encontrareis.

Fantina volvió á su casa; iba indignada, y contó el caso á su buena vecina Margarita.—¡Comprendeis eso? ¿No es verdad que es un hombre abominable? ¿Cómo se deja que esa gente ande por el pueblo? ¡Arrancarme los dos dientes de delante! ¡Eso seria horrible! Los cabellos vuelven á crecer; ¡pero los dientes! ¡Ah monstruo! Antes querria arrojarme desde un piso quinto de cabeza á la calle. Me ha dicho que estaria esta tarde en la *Cubierta de Plata*.

—¿Y cuánto daba? preguntó Margarita.

—Dos napoleones de oro.

—Que son cuarenta francos.

Digitized by Google

—Sí, dijo Fantina; cuarenta francos.

Se quedó pensativa, y se puso á la labor. Al cabo de un cuarto de hora dejó la costura, y volvió á leer la carta de los Thenardier en la escalera.

Al volver á entrar, dijo á Margarita que trabajaba á su lado:

—¿Qué es una fiebre miliar? ¿lo sabeis?

—Sí, respondió la vieja, es un enfermedad.

—¿Y se necesitan muchas medicinas?

—¡Oh! medicinas terribles.

—¿Y en qué consiste?

—Es una erupcion como otras.

—¿Y ataca solo á los niños?

—Principalmente á los niños.

—¿Y mueren muchos?

—Muchos, dijo Margarita.

Fantina salió, y fue una vez mas á leer la carta en la escalera.

Por la tarde bajó, y se la vió dirigirse hácia la calle de París en que están las posadas.

A la mañana siguiente, como Margarita entrase en el cuarto de Fantina antes de amanecer, porque trabajaban siempre juntas, y de este modo no encendian mas que una luz para las dos, encontró á Fantina pálida, helada. No se habia acostado. La gorra se le habia caido sobre las rodillas. La luz habia ardido toda la noche, y estaba casi consumida.

Margarita se detuvo en el umbral de la puerta, petrificada por tan enorme desórden, y esclamó:

—¡Señor, la vela se ha consumido toda! ¿Qué ocurre?

Despues miró á Fantina que volvia hácia ella su cabeza sin cabellos.

Desde la víspera habia Fantina envejecido diez años.

—¡Jesús! dijo Margarita; ¿qué teneis, Fantina?

—Nada, respondió Fantina. Al contrario. Mi niña no morirá de esa espantosa enfermedad por falta de socorros. Estoy contenta.

Al hablar asi, señalaba á la vieja dos napoleones de oro que relucian sobre la mesa.

—¡Jesús, Dios mio! dijo Margarita. Eso es una riqueza; ¿de dónde habeis sacado esos luises de oro?

Digitized by Google

—Los he ganado, dijo Fantina.

Al mismo tiempo se sonrió. La vela alumbraba su rostro. Era una sonrisa sangrienta. Una saliba rojiza surcaba los estremos de los labios, y en la boca tenia un agujero negro.

Los dos dientes habian sido arrancados.

Envió, pues, los cuarenta francos á Montfermeil.

Por lo demás aquello habia sido una estratajema de los Thenardier para sacar dinero. Cosette no estaba mala.

Fantina tiró su espejo por la ventana. Hacia mucho tiempo que habia dejado su celda del segundo piso por un tabuco cerrado con un picaporte debajo del tejado, una de esas buhardillas en que el techo forma ángulo con el suelo, y en que á cada instante tropieza la cabeza. El pobre no puede penetrar en el fondo de su cuarto, como en el fondo de su destino, sino encorvándose mas y mas. Fantina no tenia ya cama, y le quedaba un pingo, á que llamaba cobertor, un colchon en el suelo, y una silla desvencijada. Un rosalito que tenia, se le habia secado olvidado en un rincon ; y en el otro se veia una orza de manteca que servia para poner el agua, que se helaba en el invierno, y en la cual quedaban marcados los diferentes niveles del líquido por círculos de hielo. Fantina habia perdido el pudor; despues perdió la coquetería, y últimamente hasta el aseo: Salia con papalinas sucias; y ya por falta de tiempo, ya por indiferencia, no recosia su ropa. A medida que se rompian los talones, iba metiendo las medias en los zapatos, lo cual se descubria por ciertos pliegues perpendiculares. Remendaba su corpiño viejo y gastado con pedazos de algodon que se desgarraban al menor movimiento. Las personas á quienes debia le daban «escándalos» y no le dejaban ningun reposo. Encontrábalas en la calle, y las volvia á encontrar en las escaleras. Pasaba las noches llorando y pensando: tenia los ojos muy brillantes, y sentia un dolor fijo en la espaldilla hácia lo alto del omoplato izquierdo. Tosia mucho; odiaba profundamente al tio Magdalena, y no se quejaba. Se pasaba cosiendo diez y siete horas al dia; pero un contratista del trabajo de las cárceles que hacia trabajar mas barato á las presas, hizo de pronto bajar los precios, con lo cual se redujo el jornal de las trabajadoras libres á nueve sueldos. ¡Diez y siete horas de trabajo y nueve sueldos diarios! Sus acreedores eran mas implacables que nunca. El prendero que habia recobrado casi todos sus muebles, le decia:

Digitized by Google

«¿Cuándo me pagarás, pícara?» ¿Qué mas se queria de ella, Dios mio? Veiase acorralada, y se iba desarrollando en ella algo de la fiera. Por entonces tambien Thenardier le escribió diciendo que la habia esperado mucho tiempo con demasiada bondad; que necesitaba cien francos inmediatamente; que si no se los enviaba, pondria en la calle á la pequeña Cosette, aunque convaleciente de su gran enfermedad, con frio, por los caminos, á que fuese de ella lo que quisiera, y que reventase si tal era su gusto.—Cien francos, pensó Fantina. ¿Pero dónde hay ocupacion en que ganar cien sueldos diarios?

—Vaya, dijo, vendamos el resto.

La infortunada se hizo mujer pública.

Digitized by Google

# XI.

## CHRISTUS NOS LIBERAVIT.

¿Qué es esta historia de Fantina? Es la sociedad comprando una esclava.

¿A quién? A la miseria.

Al hambre, al frio, al abandono, al aislamiento, á la desnudez. ¡Mercado doloroso! Un alma por un pedazo de pan: la miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Jesucristo gobierna nuestra civilizacion; pero no la penetra todavía. Se dice que la esclavitud ha desaparecido de la civilizacion europea, y es un error. Existe todavía; solo que no pesa ya sino sobre la mujer, y se llamā prostitucion.

Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la belleza, sobre la maternidad. No es esta una de las menores ignominias del hombre.

En el punto á que hemos llegado de este doloroso drama, nada le queda á Fantina de lo que era en otro tiempo. Se ha convertido en mármol al hacerse lodo. Quien la toca, siente frio. Pasa, os sufre, y no sabe quién sois: es la figura deshonrada y severa: la vida y el órden social le han dicho su última palabra. Le ha acontecido todo lo que podia

Digitized by Google

acontecerle. Todo lo ha sentido, todo lo ha sufrido, todo lo ha esperimentado, todo lo ha soportado, todo lo ha perdido, todo lo ha llorado. Está resignada, con esa resignacion que se parece á la indiferencia, como la muerte se parece al sueño. Nada evita, nada teme. Que caiga sobre ella toda la nube, y pase por ella todo el Océano, ¿qué le importa? Es una esponja empapada.

Asi lo cree ella á lo menos. Pero es un error creer que la suerte se agota, y que se toca el fondo de ninguna situacion, cualquiera que sea.

¡Ah! ¿qué son esos destinos asi lanzados y empujados confusamente? ¿A dónde van? ¿Por qué son asi?

El que esto sabe, ve en toda oscuridad.

Es solo: se llama Dios.

Digitized by Google

# XII.

## LOS OCIOS DEL SEÑOR BAMATABOIS.

Hay en todas las poblaciones pequeñas, y habia en particular en M. —á orillas del M. —una clase de jóvenes que consumen quinientas libras de renta en provincia, con el mismo aire con que sus iguales devoran en París doscientos mil francos por año. Pertenecen estos seres á la gran especie neutra; impotentes, parásitos, nulos, que tienen un poco de tierra, un poco de tontería y un poco de chispa, que serian rústicos en un salon, y se creen caballeros en una taberna; que dicen mis prados, mis bosques, mis colonos; que silban á las actrices del teatro para probar que son personas de gusto; que riñen con los oficiales de la guarnicion para demostrar que son gente de armas tomar; que cazan, fuman, bailan, beben, huelen á tabaco, juegan al billar, miran bajar á los viajeros de la diligencia, viven en el café, comen en la fonda, tienen un perro que roe los huesos debajo de la mesa, y una querida que pone los platos encima; que escatiman un sueldo, exageran las modas; admiran la tragedia, desprecian á las mujeres, gastan las botas viejas, copian á Lóndres al través de París, y á París al través de Pont-à-Musson, envejecen embrutecidos, no trabajan, no sirven de nada y tampoco dañan gran cosa.

Digitized by Google

Si Félix Tholomyes hubiese permanecido en su provincia y no hubiera visto nunca á París, habria sido uno de esos hombres.

De ellos, si fueran mas ricos, se diria: «son elegantes;» si fueran mas pobres: «son holgazanes.» Tales como son, se les llama simplemente «desocupados.» Entre estos desocupados, los hay fastidiosos y fastidiados, filosofastros y pillastres.

Por aquel tiempo, un elegante se componia de un gran cuello, una gran corbata, un reloj con diges, tres chalecos sobrepuestos de colores diferentes, el azul y rojo interiores, un frac de color de aceituna, de talle corto y de cola de merluza, con dos carreras de botones de plata, apretados unos contra otros y subiendo hasta el hombro, y un pantalon color de aceituna mas claro, adornado en sus dos costuras con un número de bandas indeterminado, pero siempre impar, que variaba de una á once, límite de que no se pasaba nunca. Añádanse á esto unos botitos con pequeñas herraduras en el tacon, un sombrero de alta copa y de alas estrechas, cabellos levantados formando tupé, un enorme baston, una conversacion realzada por los retruécanos de Potier, y sobre todo, espuelas y bigotes. En aquella época los bigotes querian decir paisano, y las espuelas peaton.

El elegante de provincia llevaba las espuelas mas largas, y los bigotes mas pronunciados que el de París.

Era la época de la lucha entre las repúblicas de la América meridional y el rey de España, de Bolivar contra Morillo. Los sombreros de alas cortas eran realistas, y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de anchas alas, que se llamaban bolivares.

Ocho ó diez meses despues de lo que se deja referido en las páginas precedentes, en los primeros dias de 1823, una tarde que habia nevado, uno de estos elegantes, uno de estos desocupados «de buenas ideas,» porque llevaba un morillo, é iba además bien embozado en una de aquellas grandes capas que completaban en el tiempo frio el traje de moda, se divertia en hostigar á una mujer que pasaba en traje de baile, toda descotada y con flores en la cabeza, por delante de la puerta del café de los oficiales. Aquel elegante fumaba, porque tal era decididamente la moda.

Cada vez que la mujer pasaba por delante de él, la arrojaba con una bocanada de humo de su cigarro algun apóstrofe, que él creia chis-



Digitized by Google

toso y agudo, como: — «¡Qué fea eres! — ¿Cuándo te ocultas? — No tienes dientes, etc., etc.» La mujer, triste espectro vestido, que iba y venia sobre la nieve, no le respondia, ni siquiera le miraba, y no por eso recorria con menos regularidad su paseo, que la ponia cada cinco minutos bajo el sarcasmo, como el soldado que va y vuelve en una carrera de baquetas. El poco efecto que causaba picó sin duda al ocioso, que aprovechando un momento en que la mujer se volvia, se fué tras ella á paso de lobo, y ahogando la risa, se bajó, tomó del suelo un puñado de nieve y se lo puso bruscamente en la espalda entre sus dos hombros desnudos. La jóven arrojó un rugido, se volvió, saltó como una pantera, y se arrojó sobre el hombre clavándole las uñas en el rostro con las mas espantosas palabras que pueden oirse en un cuerpo de guardia. Aquellas injurias, vomitadas por una voz enronquecida por el aguardiente, salian asquerosamente de la boca de una mujer, á la cual faltaban en efecto los dos dientes delanteros. Era Fantina.

Al ruido que produjo, los oficiales salieron del café, los transeuntes se agruparon tambien, y se formó un gran círculo alegre, azuzando y aplaudiendo alrededor de aquel torbellino, compuesto de dos seres en quienes con trabajo podian distinguirse un hombre y una mujer, el hombre defendiéndose, con el sombrero en tierra, la mujer golpeando con pies y manos, descompuesta, rugiente, sin dientes y sin cabellos, lívida de cólera, horrible.

De pronto, un hombre de alta estatura salió de entre la multitud, agarró á la mujer por el vestido de raso verde, cubierto de lodo, y le dijo: «¡sígueme!»

La mujer levantó la cabeza, y su voz furiosa se apagó súbitamente. Sus ojos se pusieron vidriosos; de lívida se quedó pálida, y temblaba con estremecimientos de terror. Habia conocido á Javert.

El elegante aprovechó la ocasion para escaparse.

Digitized by Google

# XIII.

## SOLUCION DE ALGUNAS CUESTIONES DE POLICIA MUNICIPAL.

Javert alejó á los concurrentes, deshizo el círculo y echó á andar á grandes pasos hácia la oficina de policía, que estaba al estremo de la plaza, arrastrando tras sí á la miserable. Ella se dejó llevar maquinalmente. Ni él ni ella decian una sola palabra. La nube de espectadores, en el parasismo de la alegría, los seguia con sus pullas. La suprema miseria es siempre ocasion de obscenidades.

Al llegar á la oficina de policía, que era una sala baja, caldeada por una estufa, y custodiada por una guardia, con una puerta vidriera enrejada que daba á la calle, Javert abrió la puerta, entró con la Fantina, y cerró detrás de sí, con gran desconcierto de los curiosos, que se empinaron sobre la punta de los pies, y alargaron el cuello por la vidriera oscura del cuerpo de guardia, procurando ver. La curiosidad es una glotonería. Ver es devorar.

Al entrar Fantina fué á sentarse en un rincon, inmóvil y muda, acurrucada como perro que tiene miedo.

El sargento de la guardia puso una luz encendida sobre una mesa. Javert se sentó, sacó del bolsillo una hoja de papel sellado, y se puso á escribir.

Digitized by Google

Esta clase de mujeres están enteramente abandonadas por nuestras leyes á la discrecion de la policía, la cual hace de ellas lo que quiere; las castiga como bien le parece, y confisca á su talante esas dos tristes cosas que se llaman su industria y su libertad. Javert estaba impasible: en su rostro grave no se traslucia emocion alguna. Y no obstante, se hallaba profunda y gravemente absorto. Era aquel uno de esos momentos en que ejercia, sin sujecion á nadie, pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa, su temible poder discrecional. En aquel instante comprendia que su asiento de agente de policía era un tribunal. Juzgaba, y además condenaba. Llamaba á su auxilio cuantas ideas tenia en su espíritu para el buen desempeño de la gran cosa que estaba haciendo. Cuanto mas examinaba el hecho de aquella jóven, se sentia tanto mas indignado. Era evidente que acababa de ver cometer un crímen: acababa de ver en la calle á la sociedad representada por un propietario elector, insultada y atacada por una criatura escluida de todo derecho. Una prostituta habia atentado contra un ciudadano. Lo habia él visto, él, Javert. Escribia, pues, en silencio.

Cuando terminó, firmó, dobló el papel, y dijo al sargento de guardia entregándoselo: Tomad tres hombres y conducid á esta jóven á la cárcel. — Luego, volviéndose hácia Fantina, añadió: Ya tienes para seis meses.

La desgraciada se estremeció.

—¡Seis meses, seis meses de prision! esclamó. ¡Seis meses de ganar siete sueldos por dia! ¿Qué va á ser de Cosette, mi hija, mi hija? Debo mas de cien francos á los Thenardier, señor inspector, ¿no lo sabeis?

Fantina se arrastró por las baldosas, mojadas por las botas llenas de lodo de todos aquellos hombres, sin levantarse, juntando las manos y dando grandes pasos con las rodillas.

—Señor Javert, dijo, os pido perdon. Os aseguro que yo no he tenido la culpa. Si hubiéseis presenciado el principio de la ocurrencia hubiérais visto. Os lo juro por Dios que no he tenido la culpa. Ese caballero, a quien yo no conocia, me echó nieve en la espalda. ¿Hay derecho para ponernos nieve en la espalda cuando vamos tranquilamente por nuestro camino sin hacer mal á nadie? Por eso me exalté. Estoy algo enferma, miradlo; además, hacia mucho tiempo que me estaba insultando: «¡Eres fea, no tienes dientes!» Ya sé que no tengo dientes. Yo no hacia nada;

Digitized by Google

decia entre mí: es un caballero que se divierte. Fuí prudente con él; no le dije nada. Entonces me puso la nieve. Señor Javert, mi buen señor inspector, ¿no hay nadie que lo haya visto para deciros que es verdad lo que cuento? Habré hecho mal en enfadarme; pero ya veis, en el primer momento nadie es dueño de sí; hay prontos. Es cruel sentir sobre sí una cosa tan fria cuando menos se espera. He faltado en derribar el sombrero de aquel caballero. Pero ¿por qué se ha marchado? Yo le pediria perdon. ¡Oh, Dios mio! nada me costaria pedirle perdon. Dispensadme por esta vez, señor Javert. Mirad, no sabeis esto, en las prisiones no se ganan mas que siete sueldos, lo cual no es culpa del gobierno; pero ello es que se ganan siete sueldos; y figuraos que yo tengo que pagar cien francos, de lo contrario me enviarán á mi hija. ¡Dios mio, yo no puedo tenerla conmigo! ¡Es tan vergonzoso lo que yo hago! ¡Oh, mi Cosette! ¡oh mi ángel de la santa Vírgen! ¿qué seria de ella? Mirad, los Thenardier, los posaderos, los campesinos no entienden de razones. Necesitan dinero. No me metais en la cárcel. Mirad, tengo una niña, á quien pondrian en medio del camino á la ventura, en mitad del invierno; es preciso tener piedad de esas criaturas, mi buen señor Javert. Si fuera mayor, ya ganaria su vida; pero no puede aquel ángel. Yo no soy una mala mujer en el fondo. No es el vicio ni la holgazanería los que han hecho de mí lo que veis. Si bebo aguardiente es por miseria. No me gusta, pero me aturde. Cuando yo era mas feliz, si se hubieran examinado mis armarios, se habria visto bien que no era una mujer coqueta que gusta del desórden. Yo tenia ropa blanca, mucha ropa blanca. Tened piedad de mí, señor Javert.

Fantina hablaba así arrodillada, agitada por los sollozos, ciega por las lágrimas, desnuda la garganta, retorciéndose las manos, tosiendo con tos seca y corta, balbuceando en voz baja con la voz de la agonía. El dolor grande es un rayo divino y terrible que trasfigura á los miserables. En aquel momento Fantina habia vuelto á estar hermosa. En ciertos instantes se detenia y besaba tiernamente el leviton del polizonte. Hubiera enternecido un corazon de granito; pero no enterneció un corazon de palo.

—Vamos, dijo Javert, ya te he oido. ¿Has acabado ya? Ahora marcha. ¡Ya tienes para seis meses! Ni el Padre eterno en persona podria hacer nada en esto.

Digitized by Google

Cuando Fantina oyó las solemnes palabras: «ni el Padre Eterno en persona podria hacer nada» comprendió que la sentencia se habia dictado. Quedó abatida completamente, y cayó murmurando:

—¡Perdon!

Javert volvió la espalda.

Los soldados la cogieron por el brazo.

Algunos minutos antes habia penetrado en la sala un hombre sin que se reparase en él, Habia cerrado la puerta, y se habia aproximado á oir las súplicas desesperadas de Fantina.

En el instante en que los soldados echaban mano á la desgraciada, que no queria levantarse, dió un paso, salió de lo oscuro, y dijo:

—Un instante, si os parece.

Javert levantó la vista, y conoció al señor Magdalena.

Se quitó el sombrero, y saludando con cierta especie de torpeza y enfado, dijo:

—Perdonad, señor alcalde.....

Estas palabras, «señor alcalde» hicieron en Fantina un efecto estraño. Se levantó rápidamente como un espectro que sale de la tierra, rechazó á los soldados que la tenian por los brazos, se dirigió al señor Magdalena antes que pudieran detenerla, y mirándole fijamente con aire estraviado, esclamó:

—¡Ah! ¡eres tú el señor alcalde!

Despues se echó á reir, y le escupió en el rostro.

El señor Magdalena se limpió la cara, y dijo:

—Inspector Javert, poned á esta mujer en libertad.

Javert creyó que se habia vuelto loco. Esperimentó en aquel momento una despues de otra, y casi mezcladas, las emociones mas fuertes que habia sentido en su vida. Ver á una mujer pública escupir en el rostro á un alcalde era cosa tan monstruosa, que aun en sus suposiciones mas estrañas hubiera creido un sacrilegio su posibilidad. Por otra parte, en el fondo de su pensamiento hacia una comparacion terrible entre lo que era aquella mujer, y lo que podia ser el alcalde, y entonces entreveia con horror que nada habia de notable en tan prodigioso atentado. Pero cuando vió al alcalde, al magistrado, limpiarse tranquilamente el rostro, y le oyó decir: *poned en libertad á esta mujer*, sintió como un deslumbramiento de estupor; le faltaron el pensamiento y la palabra: el

Digitized by Google

asombro habia pasado para él de los límites de lo posible. Quedó mudo.

Las palabras del alcalde no habian hecho menos efecto en Fantina. Levantó su brazo desnudo, al oirlas, y se agarró á la llave de la estufa, como una persona que vacila. Miró vagamente alrededor de sí, y se puso á hablar en voz baja, como si se hablase á sí misma.

—¡En libertad! ¡Que me dejen marchar! ¡Que no vaya por seis meses á la cárcel! ¿Quién lo ha dicho? ¿Es posible que se haya dicho esto? ¿He oido mal¿ ¡No será el monstruo del alcalde! ¿Habeis sido vos, señor Javert, el que ha dicho que me pongan en libertad? ¡Oh, yo os contaré, y me dejareis marchar! ¡Ese monstruo de alcalde, ese pícaro viejo es la causa de todo! Figuraos, señor Javert, que me ha despedido por las habladurías de una porcion de picaronas que hay en el taller. ¡Esto es horroroso! ¡Despedir á una pobre jóven que trabaja honradamente! Yo no habia ganado lo bastante, y de ahí provino mi desgracia. Es necesaria una reforma, que estos señores de la policía podrian hacer; y es impedir á los contratistas de las cárceles causar perjuicio á las trabajadoras pobres. Voy á esplicaros esto. Ganais, por ejemplo, doce sueldos con las camisas; y baja el precio á nueve sueldos; ya no es posible vivir. Entonces es preciso ir por donde se pueda. Yo tenia mi pequeña Cosette, y me he visto obligada á hacerme mujer mala. Ahora comprendereis como tiene la culpa de todo el pícaro alcalde. Yo he pisoteado el sombrero de aquel caballero delante del café de los oficiales; pero antes me habia él echado á perder un vestido con la nieve. Nosotras no tenemos mas que un vestido de seda para salir por la noche. Ya veis que no he hecho mal intencionadamente; ¿no es verdad, señor Javert? ¡Cuántas mujeres hay peores que yo, y que son mas felices! ¡Oh, señor Javert! vos sois el que habeis dicho que me pongan en libertad, ¿no es cierto? Informaos, hablad á mi casero; pago bien, y os dirá que soy honrada. ¡Dios mio! os pido perdon: he tocado sin querer la llave de la chimenea, y ha salido el humo.

El señor Magdalena la escuchaba con profunda atencion. Mientras Fantina hablaba, habia él metido los dedos en el bolsillo del chaleco, habia sacado la bolsa y la habia abierto; pero estaba vacía, y la habia guardado otra vez. Despues dijo á Fantina:

—¿Cuánto habeis dicho que debeis?

Fantina, que solo miraba á Javert, se volvió y dijo:

Digitized by Google

—¿Te hablo yo á tí?

Y despues dirigiéndose á los soldados:

—¿Habeis visto cómo le he escupido á la cara? ¡Ah bribon de alcalde! Vienes para meterme miedo; pero yo no tengo miedo. A quien tengo miedo es al señor Javert. Tengo miedo á mi buen señor Javert.

Y hablando de este modo se volvió hácia Javert:

—Es preciso, señor inspector, ser justo, y creo que lo sois, señor inspector. Lo que ha pasado es muy sencillo. Un caballero se divierte en poner un poco de nieve en el cuello de una mujer; esto hace reir á los oficiales, que tienen gana de broma; y nosotras solo servimos para que esos señores se diviertan. Os presentais, teneis que restablecer el órden, os traeis á la mujer que ha faltado; pero como sois bueno, reflexionais y decís que me pongan en libertad, por mi hija; porque seis meses de cárcel me impedirian dar de comer á mi niña. Solamente decís: ¡cuidado con la reincidencia, bribonzuela! ¡Oh! no tengais cuidado: no me volverá á suceder; aunque hagan conmigo todo lo que quieran, yo no me moveré. Hoy he gritado, porque me hicieron daño; me sorprendió la frialdad de la nieve; y como os he dicho, no estoy buena, tengo tos, y siento en la garganta como una bola que me abrasa: el médico me dice que me cuide. Traed vuestra mano, tocad aquí, no tengais miedo.

Ya no lloraba; su voz era cariñosa, y ponia sobre su blanca garganta la tosca mano de Javert, á quien miraba sonriendo.

De repente arregló el desórden de sus vestidos; dejó caer los pliegues de la falda que se habian subido hasta cerca de la rodilla, y se dirigió á la puerta, diciendo en voz baja á los soldados, y moviendo amistosamente la cabeza:

—Hijos, el señor inspector ha dicho que me solteis, y me voy.

Puso la mano en el picaporte. Un paso mas y estaba en la calle.

Javert hasta este momento habia permanecido de pie, inmóvil, con la vista fija en el suelo, colocado en medio de esta escena como una estatua quitada de su sitio, que espera se la ponga otro.

El ruido del picaporte le hizo despertar, por decirlo así. Levantó la cabeza con una espresion de autoridad soberana; espresion tanto mas terrible, cuanto mas baja es la autoridad, feroz en la bestia salvaje, atroz en el hombre que no es nada.

Digitized by Google

—Guardia, esclamó; ¿no veis que esa pícara se va? ¿Quién os ha dicho que la dejeis salir?

—Yo, dijo Magdalena.

Fantina al oir la voz de Javert tembló y soltó el picaporte, como suelta un ladron sorprendido infraganti el objeto robado. A la voz de Magdalena se volvió, y sin pronunciar una palabra, sin respirar siquiera, su mirada pasó de Magdalena á Javert, de Javert á Magdalena, segun hablaba uno ú otro.

Era preciso que Javert estuviese, como suele decirse «fuera de juicio» para que se atreviera á apostrofar al guardia, como lo habia hecho, despues de la indicacion del alcalde, para poner á Fantina en libertad. ¿Habia olvidado que estaba delante el alcalde? ¿Habia concluido por decirse á sí mismo, que una autoridad era imposible que hubiese dado semejante órden, y que el alcalde habia dicho, sin querer, una cosa por otra? ¿O bien, despues de haber oido tantas cosas incomprensibles en dos horas, conocia que debia tomar una resolucion suprema, que el pequeño debia hacerse grande, el polizonte magistrado, el hombre de policía hombre de justicia, y que en aquella situácion estrema, el órden, la ley y la moral, el gobierno y la sociedad entera se personificaban en él?

Sea lo que fuere, cuando el señor Magdalena pronunció este *yo*, el inspector de policía se volvió hácia él, pálido, frio, con los labios azulados, la mirada desesperada, agitado de un temblor imperceptible, y le dijo, ¡cosa inaudita! con la vista baja, pero la voz firme:

—Señor, eso no puede ser.

—¡Cómo! dijo Magdalena.

—Esta desgraciada ha insultado á un ciudadano.

—Inspector Javert, contestó el señor Magdalena con voz conciliadora y tranquila, escuchad. Sois un buen hombre, y no tengo dificultad en esplicaros lo que hago. Vais á oir la verdad. Pasaba yo por la plaza cuando traiais á esta mujer; habia aun algunos grupos; me he informado; lo he sabido todo: el ciudadano es el que ha faltado, y el que debia haber sido arrestado.

Javert respondió:—Esta miserable acaba de insultaros.

—Bien: eso me toca á mí, dijo Magdalena. Mi injuria es mia, y puedo hacer de ella lo que quiera.



Digitized by Google

—Perdonad, señor alcalde, la injuria no se ha hecho á vos, sino á la justicia.

—Inspector Javert, contestó el señor Magdalena, la primera justicia es la conciencia. He oido á esta mujer, y sé lo que hago.

—Y yo, señor alcalde, no comprendo lo que estoy viendo.

—Entonces, limitaos á obedecer.

—Obedezco á mi deber; y mi deber me manda que esta mujer sea condenada á seis meses de cárcel.

Magdalena respondió con dulzura:

—Pues escuchad. No estará en la cárcel ni un solo dia.

Al oir estas palabras decisivas, Javert miró fijamente á su jefe, y le dijo con voz siempre respetuosa:

—Siento muchísimo tener que oponerme al señor alcalde; es la primera vez que lo hago en mi vida; pero me será permitido observar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Hablo del hecho del ciudadano. Yo lo presencié. Esta mujer se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de esa hermosa casa de piedra, con tres pisos, que hace esquina á la esplanada. Porque... en fin, ¡hay cosas en este mundo! Pero este es un hecho de policía sucedido en la calle, que me corresponde; y por lo tanto retengo á Fantina.

El señor Magdalena cruzó los brazos, y dijo con una voz severa, que aun no le habia oido nadie en la poblacion:

—El hecho de que hablais es un hecho de policía municipal, de que soy juez segun los artículos nueve, once, quince y sesenta y seis del Código de procedimientos. Mando, pues, que esta mujer quede en libertad.—Javert hizo el último esfuerzo.

—Pero señor alcalde.....

—Os recuerdo el artículo ochenta y uno de la ley de 13 de diciembre de 1799 sobre la detencion arbitraria.

—Señor, permitid.....

—Ni una palabra.

—Sin embargo.....

—Salid de aquí, dijo Magdalena.

Javert recibió este golpe de pie, de frente, en medio del pecho, como un soldado ruso. Saludó profundamente al alcalde, y salió.

Fantina se separó un poco de la puerta, y le vió pasar á su lado con

Digitized by Google

estupor. La jóven estaba sometida á una estraña emocion. Acababa de verse disputada por dos poderes opuestos. Habia presenciado la lucha de aquellos dos hombres que tenian en sus manos su libertad, su vida, su alma, su hija: el uno la arrastraba hácia la sombra, el otro la guiaba hácia la luz. En esta lucha, observada al través de las grandes dimensiones que le prestaba el temor, se presentaban á ella aquellos dos hombres como dos gigantes: uno hablaba como el demonio, otro como un ángel. El ángel habia vencido al demonio, y (precisamente esto la hacia temblar), el ángel, el libertador era el hombre á quien aborrecia, el alcalde á quien habia considerado comor autor de todos su males, el señor Magdalena. ¡Y la salvaba en el momento mismo en que acababa de insultarle tan terriblemente! ¿Se habia, pues, equivocado? ¿Debia cambiar todos sus sentimientos ?.... No lo sabia, temblaba. Escuchaba aturdida, miraba atónita, y á cada palabra que decia Magdalena, sentia deshacerse en su interior las horribles tinieblas del odio, y nacer en su corazon algo consolador, inefable, algo que era alegría, confianza, amor.

Cuando salió Javert, Magdalena se volvió hácia ella, y le dijo con voz lenta, y como un hombre grave que no quiere llorar:

—Os he oido. No sabia nada de lo que habeis dicho. Creo y comprendo que todo es verdad. Ignoraba tambien que hubiéseis abandonado mis talleres. ¿Por qué no os habeis dirigido á mí? Pero yo pagaré ahora vuestras deudas, y haré que venga vuestra hija, ó que vayais á buscarla. Vivireis aquí ó en París, donde querais. Yo me encargo de vuestra hija y de vos: no trabajareis mas si no quereis: os daré todo el dinero que os haga falta. Volvereis á ser honrada siendo feliz. Además de que, y os lo digo desde ahora, si todo ha pasado como decís y yo lo creo, no habeis dejado de ser virtuosa y santa delante de Dios. ¡Pobre mujer!

Esto era mucho mas de lo que Fantina podia resistir. ¡Vivir con Cosette! ¡Dejar aquella vida infame! ¡Vivir libre, rica, dichosa, honrada con Cosette! ¡Ver desarrollarse súbitamente en medio de su miseria todas estas realidades celestiales! La pobre jóven miró como estúpidamente al hombre que la hablaba, y solo pudo suspirar dos ó tres veces: ¡Oh, oh, oh! Dobláronse sus piernas, y cayó de rodillas delante de Magdalena, y antes que él pudiese impedirlo, sintió que le cogia la mano, y posaba en ella los labios. Despues se desmayó.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

# LIBRO SESTO.

## JAVERT.

Digitized by Google

Digitized by Google

# I.

## PRINCIPJO DEL REPOSO.

El señor Magdalena hizo llevar á Fantina á la enfermería que tenia en su propia casa, y la entregó á las hermanas, que la acostaron. Fantina tuvo una gran fiebre, y pasó una parte de la noche delirando y hablando en voz alta: pero por fin se durmió.

Al dia siguiente á mediodia despertó; y oyendo una respiracion cerca de su cama, separó las cortinas, y vió al señor Magdalena de pie, y mirando algo por cima de su cabeza. Esta mirada era piadosa, angustiosa, suplicante. Fantina siguió su direccion, y vió que iba á fijarse en un crucifijo que habia en la pared.

Magdalena se habia trasfigurado á los ojos de Fantina, y se le presentaba como rodeado de luz. Estaba absorto en una especie de oracion. La jóven le miró por largo rato sin atreverse á interrumpirle, y por fin le dijo tímidamente:

—¿Qué haceis ahí?

Magdalena estaba en aquel sitio hacia una hora, esperando á que Fantina despertase. La tomó el pulso, y respondió:

—¿Cómo estais?

—Bien; he dormido, y creo que estoy mejor. Esto no será nada.

Digitized by Google

El respondió entonces á la primera pregunta de Fantina como si la acabase de oir:—Hacia oracion al mártir que está allá arriba.

Y añadió mentalmente: — Rogándole por la mártir que está aquí abajo.

Magdalena habia pasado la noche y la mañana informándose, y ya lo sabia todo: conocia en todos sus dolorosos pormenores la historia de la jóven.

—Habeis padecido mucho, pobre madre, le dijo. ¡Oh! no os quejeis: ahora teneis el dote de los elegidos. De este modo es como los hombres convierten en ángeles á sus semejantes: no es culpa suya, porque no saben obrar de otra manera. Mirad, el infierno de que salis es la primera forma del cielo; y por ella era preciso principiar.

Suspiró profundamente; pero ella se sonrió con aquella sublime sonrisa que mostraba la falta de los dientes.

Javert habia escrito aquella noche una carta, y la habia puesto por sí mismo en el correo de M.—á orillas del M.—Era para París, y el sobre decia: *Al señor Chabouillet, secretario del señor prefecto de policía.* Como la noticia de la cuestion del cuerpo de guardia habia corrido por la poblacion, la mujer encargada de la estafeta y otras personas que vieron la carta antes de salir, y que conocieron la letra de Javert en el sobre, creyeron que enviaba su dimision.

Magdalena se apresuró á escribir á los Thenardier. Fantina les debia ciento veinte francos. Les envió trescientos, diciéndoles que se cobrasen de esta cantidad, y que enviasen inmediatamente á la niña á M.—á orillas del M.—donde estaba su madre.

Esta cantidad deslumbró á Thenardier.—¡Diablo! dijo á su mujer, no hay que soltar la chica. Este pajarillo nos va á dar el producto de una vaca de leche. Lo adivino: algun inocente se habrá enamoricado de su madre.

Contestó enviando una cuenta de quinientos y tantos francos muy bien hecha. En esta cuenta figuraban por mas de trescientos francos dos documentos incontestables; uno del médico y otro del boticario, los cuales habian asistido y medicinado en dos largas enfermedades á Eponina y á Azelma. Cosette, segun hemos dicho ya, no habia estado mala. Pero todo se compuso con una sustitucion de nombres. Thenardier puso debajo de la cuenta: *Recibido á cuenta* 300 *francos.*

Digitized by Google

El señor Magdalena le mandó inmediatamente otros trescientos francos, y escribió: enviad en seguida á Cosette.

—¡Por Cristo¡ dijo Thenardier, no hay que soltar la chica.

Fantina no se restablecia; continuaba en la enfermería.

Las hermanas al principio no habian recibido ni cuidado á esta jóven «soltera» sino con repugnancia. El que haya visto los bajo relieves de Reims, recordará la espresion con que sacan el labio inferior las vírgenes prudentes al contemplar á las vírgenes fátuas. Este antiguo desprecio de las vestales hácia las ambubayas, es uno de los mas profundos instintos de la dignidad femenil; y las hermanas le habian esperimentado, con la severidad que le prestaba la religion. Pero Fantina las habia desarmado en pocos dias; porque empleaba las palabras mas dulces y mas humildes; y como madre enternecia. Un dia las hermanas la oyeron decir delirando:

—He sido pecadora; pero cuando tenga á mi hija conmigo, será señal de que Dios me ha perdonado. Mièntras he sido mala, no he querido tener á Cosette á mi lado; porque no hubiera podido sufrir su triste mirada. Y sin embargo, por ella era mala; por esto creo que me perdonará Dios. Recibiré la bendicion de Dios cuando Cosette esté á mi lado. La miraré, y me consolará ver su inocencia. Es un ángel; nada sabe, hermanas mias. A su edad no se han perdido aun las alas.

Magdalena la visitaba dos veces al dia, y cada vez le preguntaba:

—¿Veré pronto á mi Cosette?

La respuesta era:

—Quizá mañana por la mañana. De un momento á otro llegará: la espero.

Y la pálida fisonomía de la madre brillaba por un instante.

—¡Oh! decia, ¡qué feliz voy á ser!

Acabamos de decir que no se restablecia; por el contrario, su estado parecia agravarse cada semana. La nieve que le habian puesto entre los dos omoplatos habia producido una repentina supresion de la traspiracion, y en seguida se habia manifestado violentamente la enfermedad que estaba latente hacia tantos años. Principiábanse entonces á seguir en el tratamiento de las enfermedades del pecho las indicaciones de Laënnec. El médico auscultó á Fantina, y movió tristemente la cabeza.



Digitized by Google

Magdalena le preguntó:

—¿Y qué?

—¿No tiene un hijo á quien desea ver? dijo el médico.

—Sí.

—Pues haced que venga pronto.

El señor Magdalena se estremeció.

Fantina le preguntó:

—¿Qué ha dicho el médico?

Magdalena hizo un esfuerzo para sonreirse.

—Ha dicho que venga pronto vuestra hija, que esto os volverá la salud.

—¡Oh! dijo ella, tiene razon; pero ¿qué hacen esos Thenardier que no envian á mi Cosette? ¡Oh, va á venir! Por fin veré la felicidad á mi lado.

Thenardier, sin embbargo, no enviaba á la niña; y daba para ello mil razones.

Cosette estaba delicada para ponerse en camino en el invierno; y además tenia una porcion de pequeñas deudas de alimentos y otras cosas de primera necesidad, cuyas facturas estaba reuniendo, etc., etc.

—Enviaré por Cosette, dijo el señor Magdalena; y si es preciso, iré yo mismo.

Y escribió, dictándole Fantina, esta carta que la hizo firmar.

«Señor Thenardier:

»Entregareis á Cosette al dador.

»Se os pagarán todas esas deudillas.

»Tengo el honor de enviaros mis respetos.

FANTINA.»

En este tiempo sucedió un grave incidente. En vano cortamos y labramos lo mejor posible el tronco misterioso de que está hecha nuestra vida; la vena negra del destino se presentará siempre en él.

Digitized by Google

## II.

### DE CÓMO JUAN PUEDE CONVERTIRSE EN CHAMP.

Una mañana, el señor Magdalena estaba en su gabinete ocupado en arreglar con tiempo algunos asuntos de la alcaldía, para el caso en que se decidiese á hacer el viaje á Montfermeil, cuando entraron á decirle que el inspector de policía Javert deseaba hablarle. Al oir pronunciar su nombre no pudo Magdalena evitar cierta impresion desagradable. Desde la cuestion de la oficina de policía, Javert habia huido de él mas que nunca, y no le habia vuelto á ver.

—Que entre, dijo.

Javert entró.

Magdalena permaneció sentado cerca de la chimenea, con la pluma en la mano y la vista sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, y que contenia las actas de varias contravenciones á la policía urbana. No se movió cuando entró Javert. No podia menos de pensar en la pobre Fantina, y le pareció que debia mostrarse glacial con el inspector.

Este saludó respetuosamente al alcalde que le volvia la espalda, y que sin mirarle continuaba anotando su legajo.

Javert dió tres pasos en el gabinete, y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisonomista familiarizado con el carácter de Javert, y que hubiese

Digitized by Google

estudiado por mucho tiempo á aquel salvaje puesto al servicio de la civilizacion, aquella combinacion estraña del tipo romano y del espartano, del fraile y del cabo de escuadra, aquel espía incapaz de mentir, aquel polizonte vírgen; un fisonomista, decimos, que supiera su secreta y antigua aversion hácia Magdalena, y la disputa que habia tenido con él con motivo de Fantina, se hubiera preguntado, al observar á Javert en aquel momento: ¿qué ha pasado? Era evidente para todo el que conociera aquel carácter recto, franco, sincero, probo, austero y feroz, que Javert acababa de esperimentar una gran conmocion interior; porque su rostro pintaba siempre lo que tenia en el alma. Como todos los hombres violentos, estaba sujeto á bruscas variaciones. Su fisonomía no habia estado nunca tan incomprensible, tan estraña. Al entrar se habia inclinado delante del señor Magdalena, dirigiéndole una mirada en que no habia ni rencor, ni cólera, ni desconfianza; y se habia detenido algunos pasos detrás del sillon que ocupaba el alcalde: allí permaneció de pie en una actitud casi militar, con la rudeza fria y sencilla de un hombre que no conoce la dulzura, y que está acostumbrado á la pasibilidad. Esperó sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, con una verdadera humildad y con una resignacion tranquila, á que Magdalena se volviese; sereno, grave, con el sombrero en la mano, la vista baja, y con una espresion, término medio entre el soldado delante del oficial, y el reo delante del juez. Todos los resentimientos, todos los recuerdos que hubieran podido creerse que tenia se habian borrado: en su semblante, impenetrable y uniforme como el granito, solo se descubria una lúgubre tristeza. Su actitud respiraba humildad y firmeza, y alguna cosa como una opresion valerosamente sufrida.

Por fin Magdalena dejó la pluma, y se volvió un poco.

—Y bien: ¿qué es eso? ¿que hay, Javert?

Javert permaneció aun un momento silencioso como si estuviese absorto; despues dijo con una especie de triste solemnidad, que no escluia la sencillez:

—Hay, señor alcalde, que se ha cometido una accion culpable.

—¿Cuál?

—Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto á un magistrado del modo mas grave. Y vengo, cumpliendo con mi deber, á ponerlo en vuestro conocimiento.

Digitized by Google

—¿Quién es el agente? preguntó el señor Magdalena.

—Yo, dijo Javert.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y quién es el magistrado agraviado por el agente?

—Vos, señor alcalde.

Magdalena se enderezó en su sillon. Javert continuó con gravedad, y siempre con los ojos bajos:

—Señor alcalde, vengo á pediros que propongais á la autoridad mi destitucion.

Magdalena estupefacto abrió la boca; mas Javert le interrumpió:

—Direis que yo puedo presentar mi dimision; pero esto no basta. Presentar la dimision es un hecho honroso. Yo he faltado, merezco un castigo y debo ser destituido.

Despues de una pausa añadió:

—Señor alcalde, el otro dia fuísteis muy severo conmigo injustamente: sedlo hoy con justicia.

—Pero, ¿por qué? esclamó el señor Magdalena. ¿Qué galimatías es ese? ¿Qué quereis decir? ¿Dónde está ese acto culpable que habeis ejecutado contra mí? ¿Qué me habeis hecho? ¿Qué falta habeis cometido respecto de mí? Os acusais, quereis ser reemplazado.....

—Destituido, dijo Javert.

—Destituido, sea; pero no lo entiendo.

—Vais á comprenderlo.

Javert suspiró profundamente, y continuó con la misma frialdad y tristeza:

—Señor alcalde, hace seis semanas, y á consecuencia de la cuestion que tuvimos por aquella jóven, me encolericé y os denuncié.

—¿Me denunciásteis?

—A la prefectura de policía de París.

Magdalena, que no era mucho mas risueño que Javert, se echó á reir.

—¿Como alcalde que ha usurpado las atribuciones de la policía? dijo.

—Como antiguo presidiario, respondió Javert.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no habia levantado los ojos, continuó:

Digitized by Google

—Asi lo creia. Hacia algun tiempo que tenia esta idea. Vuestra semejanza, las indagaciones que habeis practicado en Faverolles, vuestra fuerza, la aventura del viejo Fauchelevent, vuestra destreza en el tiro, vuestra pierna que cojea un poco... ¡y qué se yo! ¡tonterías! pero al fin os tomé por un tal Juan Valjean.

—¿Un tal decís?... ¿Qué nombre?...

—Juan Valjean: un presidiario á quien yo habia visto hace veinte años cuando era ayudante de guarda-chusma en Tolon. Al salir de presidio ese Juan Valjean, segun parece, robó á un obispo, y despues cometió otro robo á mano armada y en despoblado contra un pobre niño. Hace ocho años se ha ocultado no sé cómo, y se le perseguia. Yo me habia figurado... En fin, lo he hecho. La cólera me impulsó, y os denuncié á la prefectura.

Magdalena, que habia vuelto á coger el legajo hacia algunos instantes, dijo con perfecta indiferencia:

—¿Y qué os han respondido?

—Que estaba loco.

—¿Y vos qué decís?

—Que tienen razon.

—¡Bueno es que lo conozcais!

—No habia remedio, porque se ha encontrado al verdadero Juan Valjean.

El señor Magdalena dejó caer el papel que tenia en la mano; levantó la cabeza, miró fijamente á Javert, y dijo con un acento inesplicable:

—¡Ah!

Javert prosiguió:

—Voy á referiros lo que ha pasado, señor alcalde. En las cercanías de Ailly-le-Haut-Clocher habia un hombre á quien nombraban el tio Champmathieu. Era un miserable, que no llamaba la atencion de nadie, porque nadie sabe cómo vive esa gente. Este otoño, Champmathieu fue detenido por un robo de manzanas en... Pero no importa donde. El hecho es que hubo robo, con escalamiento de una pared, y fractura de algunas ramas de árboles. Fue detenido cuando aun tenia las ramas en la mano, y le llevaron á la cárcel. Hasta aquí no habia mas que un asunto correccional; pero ahora vereis lo que hay de providencial en

Digitized by Google

esto. Hallándose la prision en mal estado, el juez dispuso que Champmathieu fuese trasladado á la cárcel provincial de Arras. En esta cárcel habia un antiguo presidiario, llamado Brevet, que estaba preso no sé por qué, y que desempeñaba el cargo de calabocero, porque se portaba bien. Apenas hubo entrado Champmathieu, cuando Brevet esclamó:—¡Caramba! yo conozco á este hombre: hemos sido *compañeros de colegio*. Miradme, buen hombre: sois Juan Valjean.—¡Juan Valjean! ¡Qué Juan Valjean! Champmathieu se hacia el desentendido.—No te hagas el tonto, añadió Brevet: eres Juan Valjean, y has estado en el presidio de Tolon hace veinte años. Estuvimos allí juntos.—Chapmathieu niega: pero ya podeis comprender lo que pasaria. Se hacen indagaciones; se escudriña el asunto, y al fin se descubre que Champmathieu hace unos treinta años fue podador en Faverolles y otros puntos. Allí se perdieron sus pasos. Algun tiempo despues apareció en Auvernia; luego se le vió en París donde, segun se dice, fue carretero, y tuvo una hija lavandera, si bien esto no está probado; y últimamente vino á este pais. Ahora bien, antes de ir á presidio por robo consumado, ¿qué era Juan Valjean?—Podador.—¿Dónde?—En Faverolles.—Otro hecho. El nombre de pila de Valjean era Juan, su madre se llamaba de apellido Mathieu. Nada mas natural que al salir de presidio tratase de tomar el nombre de la madre para ocultarse, y cambiara su nombre en el de Juan Mathieu. Pasa despues á Auvernia. La pronunciacion del pais cambia el Juan en Chan, y se llama Chan Mathieu. Nuestro hombre adopta esta modificacion, y se trasforma en Champmathieu. Me comprendeis ¿no es verdad? Se hacen indagaciones en Faverolles. La familia de Juan Valjean ha desaparecido: no se sabe qué ha sido de ella. Ya sabeis que en esas clases de la sociedad hay muchas familias que desaparecen. Por mas que se indaga, nada se descubre; esa gente, cuando no son lodo, son polvo. Y además, como el principio de esta historia tiene de fecha treinta años, ya no hay nadie en Faverolles que conozca á Juan Valjean. Se piden informes á Tolon, donde solo quedan con Brevet dos presidiarios condenados á cadena perpétua, Cochepaille y Chenildieu, que hayan visto á Juan Valjean. Se les saca del presidio y se les hace comparecer: se les pone delante del supuesto Champmathieu, y no dudan un momento. Para ellos, lo mismo que para Brevet, aquel es Juan Valjean. Tiene la misma edad, cincuenta y cuatro años, la misma estatura, el

Digitized by Google

mismo aspecto, es el mismo hombre. Precisamente en este intermedio envié yo mi denuncia á la prefectura de París, y me respondieron que habia perdido el juicio, pues que Juan Valjean estaba en Arras en poder de la justicia. ¡Ya comprendereis si esto me asombraria á mí que creia tener á mi lado á Juan Valjean! Escribí al juez de instruccion: me llamó, me presenté á Champmathieu...

—¿Y qué? interrumpio el señor Magdalena.

Javert respondió con la misma tristeza é imperturbabilidad:

—Señor, la verdad es la verdad. Lo siento: pero aquel hombre es sin disputa Juan Valjean. Le he conocido yo mismo.

Magdalena le preguntó en voz baja:

—¿Estais seguro?

Javert se echó á reir con la risa dolorosa que espresa una conviccion profunda.—¡Oh! seguro.

Permaneció un momento pensativo, tomando y soltando maquinalmente con los dedos pequeñas cantidades de polvo de la salvadera que habia en la mesa, y añadió despues:

—Y aun ahora, despues que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he podido creer otra cosa. Os pido perdon, señor alcalde.

Al dirigir Javert esta frase suplicante al mismo que hacia seis semanas le habia humillado en el cuerpo de guardia, y le habia dicho ¡salid de aquí! aquel hombre altivo hablaba con sencillez y dignidad.

Magdalena solo respondió á su súplica con esta brusca pregunta.

—¿Y qué dice ese hombre?

—¡Ah, señor! Mal negocio es este; si efectivamente es Juan Valjean, ha reincidido. Escalar una pared, romper un árbol, robar manzanas, son faltas leves en un niño, delitos en un hombre, crímenes en un presidiario; crímenes en que hay de todo: robo y escalamiento. El asunto no pertenece ya á la policía correccional, sino á la Audiencia: no se penará con algunos dias de prision, sino con una cadena perpétua. Y además tiene sobre sí el robo del saboyano, que ya saldrá á luz. ¡Diablo! tela hay cortada, direis, ¿no es verdad? Sí, para otro que no fuera Juan Valjean; pero este es muy ladino, muy marrajo, y tambien en eso le he conocido. Otro sentiria cerca el fuego, se agitaria, gritaria, como grita el puchero cerca de la lumbre; no querria ser Juan Val-

Digitized by Google

jean, etc. Pero él parece que no comprende. No dice mas que: Yo soy Champmathieu, y no sale de ahí. Está como aturdido, embrutecido. ¡Oh! El papel que quiere representar es bueno; pero lo mismo da, porque hay pruebas. Ha sido reconocido por cuatro personas; el malvado será condenado. Está ahora en el tribunal de Arras, y tengo que ir de testigo; he sido ya citado.

El señor Magdalena se habia vuelto hácia la mesa; habia cogido otra vez el legajo, y le hojeaba tranquilamente leyendo y escribiendo como un hombre muy ocupado. Volviéndose despues á Javert, le dijo:

—Basta, Javert. Todos esos pormenores me importan muy poco. Estamos perdiendo tiempo, y tenemos muchos asuntos urgentes. Vais á ir en seguida á casa de la tia Bureaupied, que vende yerbas en la esquina de la calle Saint-Saulve. Le direis que presente su queja contra el carretero Pedro Chesnelong, que es un hombre brutal, el cual por poco atropella á esta mujer y á su hijo. Es preciso que se le castigue. Ireis en seguida á casa de M. Charcellay, calle de Montre-de-Champigny. Se queja de que hay una gotera en la casa de al lado que deja caer en la suya el agua de lluvia, y que socava los cimientos. Despues os informareis de las faltas de policía que me han denunciado en la calle Guibourg, en casa de la viuda Doris, y en la calle de Garrand-blanc en casa de la señora Renata le Bossé, y formareis acta. Pero os doy mucho que hacer. ¿No vais á marcharos? ¿No me habeis dicho que teneis que ir á Arras para ese asunto dentro de ocho ó diez dias?...

—Mucho mas pronto, señor.

—¿Qué dia?

—Creo haberos dicho que mañana se veia la causa, y que yo salia en la diligencia de esta noche.

Magdalena hizo un movimiento imperceptible.

—¿Y cuánto tiempo durará ese asunto?

—Un dia á lo mas. La sentencia se pronunciará á mas tardar mañana por la noche, pero yo no esperaré la sentencia; asi que dé mi declaracion, volveré.

—Está bien, dijo el señor Magdalena.

Y despidió á Javert con un movimiento de mano.

Javert no se movió.

—Perdonad, señor, dijo...



Digitized by Google

—¿Qué quereis? preguntó Magdalena.

—Aun tengo que recordaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que debo ser destituido.

Magdalena se levantó.

—Javert, sois un hombre de honor y os aprecio. Exagerais vuestra falta. Por otra parte, esta es una ofensa que me concierne á mí solo. Mereceis ascender, no bajar. Os aconsejo que conserveis vuestro destino.

Javert miró al señor Magdalena con su cándida mirada, al través de la cual parecia descubrirse su conciencia poco iluminada, pero rígida y casta, y dijo con voz tranquila:

—Señor, no puedo acceder.

—Os repito, contestó Magdalena, que esto me pertenece á mi solo.

Pero Javert, atento á su propósito, continuó:

—En cuanto á exagerar, creed que no exagero: oid cómo raciocino. He sospechado de vos injustamente. En esto no hay nada de particular, porque nuestro deber es precisamente sospechar, aunque haya abuso en la sospecha respecto de un superior. Pero sin pruebas, en un acceso de cólera, con objeto de vengarme, os he denunciado como presidiario á vos, á un hombre respetable, á un magistrado. Esto es grave, muy grave. He ofendido en vuestra persona á la autoridad, yo que soy agente suyo. Si uno de mis subordinados hubiese hecho lo que yo, le hubiera declarado indigno de su cargo, le hubiera destituido. Pues bien—esperad un poco, señor alcalde,—he sido severo muchas veces en mi vida con los demás, y sin embargo, era justo, hacia bien. Ahora, si no fuera severo conmigo mismo, toda esta justicia se convertiria en injusticia. ¿Debo yo ser distinto de los demás? No. ¿Por qué he de ser bueno para castigar á otros, y no para castigarme á mí mismo? Seria un miserable, y los que me llaman el bribon de Javert tendrian razon. Señor, no deseo que me trateis con bondad: vuestra bondad me ha hecho pasar muy malos ratos cuando se dirigia á otros; no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar razon á la mujer pública contra el ciudadano, al agente de policía contra el alcalde, al inferior contra el superior, la llamo yo bondad de mal género. Con esta bondad se desorganiza la sociedad. ¡Dios mio! ¡cuán fácil es ser bueno; pero cuán difícil es ser justo! Si

Digitized by Google

hubiéseis sido lo que creia, no habria sido bueno para vos. Ya lo hubiérais visto; y yo debo tratarme á mí mismo como trataria á otro cualquiera. Cuando reprimia á los malhechores, cuando castigaba á los miserables, me he dicho muchas veces á mí mismo: Si tropiezas, si alguna vez caes en falta, no habrá compasion para tí.—He tropezado, he caido en falta, ¡tanto peor! Vamos, estoy despedido, perdido, espulsado. Está bien; tengo manos y trabajaré en la tierra; me es igual. La conveniencia del servicio exige un ejemplar. Pido simplemente la destitucion del inspector Javert.

Estas razones fueron pronunciadas con un acento humilde, firme, desesperado, de conviccion, que daba cierta grandeza á aquel hombre estraño.

—Ya veremos, dijo Magdalena.

Y le tendió la mano.

Javert retrocedió, y dijo en tono resuelto:

—Perdon, señor; pero esto no debe hacerse. Un alcalde no da la mano á un espía.

Y añadió entre dientes:

—Espía, sí; desde el momento en que he abusado de la policía, no soy mas que un espía.

Despues saludó profundamente, y se dirigió á la puerta.

Allí se volvió, y con la vista siempre baja, dijo:

—Continuaré en mi cargo hasta que sea reemplazado.

Salió. El señor Magdalena quedó pensativo, escuchando sus pasos firmes y seguros que se alejaban por el corredor.

FIN DEL LIBRO SESTO.

Digitized by Google

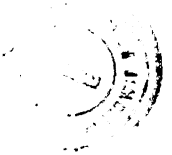
Digitized by Google

# LIBRO SÉTIMO.

## LA CAUSA DE CHAMPMATHIEU.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

SOR SIMPLICIA.

Digitized by Google

# I.

## SOR SIMPLICIA.

No todos los incidentes que vamos á narrar se han sabido en M.— á orillas del M. — Pero lo poco que se ha traslucido de ellos ha dejado en la poblacion tan hondos recuerdos, que quedaria una gran laguna en este libro si no los refiriésemos hasta en sus mas pequeños pormenores.

En estos pormenores, el lector encontrará dos ó tres circunstancias inverosímiles, que conservamos por respeto á la verdad.

En la tarde que siguió á la visita de Javert, el señor Magdalena fué á ver á Fantina segun tenia de costumbre.

Antes de entrar á verla, hizo llamar á la hermana Simplicia.

Las dos religiosas que cuidaban de la enfermería, lazaristas como todas las hermanas de la Caridad, se llamaban sor Perpétua y sor Simplicia.

Sor Perpétua era el tipo de la beata provinciana; una tosca hermana de la Caridad, que habia entrado en la casa de Dios como se entra en cualquier empleo. Era religiosa del mismo modo que hubiera sido cocinera; tipo que no es estraordinario. Las órdenes monásticas reciben de buen grado este tosco barro de las provincias, que se modela

Digitized by Google

fácilmente tomando la forma de capuchina ó de ursulina. Su rusticidad se utiliza en las necesidades materiales de la devocion. La trasformacion de un boyero en un carmelita no tiene nada de estraña: se pasa de una profesion á otra sin trabajo: el fondo comun de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparacion, y pone á un mismo nivel al campesino y al fraile: con aumentar un poco la blusa, resulta ya un hábito. Sor Perpétua era una robusta religiosa, de Marines, cerca de Pontoise, que hablaba un francés mezclado con *patuá*, salmodiaba, gruñia, azucaraba la tisana mas ó menos, segun era mayor ó menor la devocion ó la hipocresía de los enfermos; trataba á estos bruscamente, reprendia á los moribundos, dándoles casi con el Cristo en la cara, y atormentaba á los agonizantes con oraciones iracundas: una beata, en fin, atrevida, honrada y rubicunda.

Sor Simplicia era blanca como la cera. Al lado de sor Perpétua era la vela de cera al lado de la vela de sebo. San Vicente de Paul ha descrito perfectamente la hermana de la Caridad en estas admirables palabras, en que mezcla tanta libertad con tanta esclavitud: «Tendrán por »monasterio la casa del enfermo; por celda un cuarto alquilado; por »capilla la iglesia de su parroquia; por claustro las calles de la ciudad »ó las salas de los hospitales; por reclusion la obediencia; por celosías »y rejas el temor de Dios; por velo la modestia.» Sor Simplicia era la realizacion viva de este ideal. Nadie hubiera podido decir su edad; nunca habia sido jóven, y parecia que no seria nunca vieja. Era una persona —no nos atrevemos á decir una mujer—afable, austera, bien educada, fria, que no habia mentido nunca. Se mostraba tan amable, que parecia frágil; pero era mas fuerte que el granito. Tocaba suavemente á los desgraciados con sus dedos delgados y perfectos. Habia, por decirlo asi, algo silencioso en su voz: hablaba solamente lo necesario, y tenia un metal de voz que podria edificar desde un confesonario, y encantar desde un salon. Esta delicadeza se encerraba en el sayal de estameña, viendo en este rudo contacto un recuerdo continuo de Dios y del cielo. Insistamos en una particularidad. No habia mentido nunca, no habia dicho nunca, por interés ninguno, ni aun indiferentemente, una cosa que no fuese verdad, la santa verdad: este era el rasgo distintivo de sor Simplicia, el sello especial de su virtud, y era casi célebre en la congregacion por esta veracidad imperturbable. El padre Siccard habla de sor

Digitized by Google

Simplicia en una carta dirigida al sordo-mudo Massieu. Por mas sinceros y puros que seamos, siempre tenemos sobre nuestro candor la mancha de alguna mentirilla. Ella no la tenia. Pero, ¿existe acaso una mentira insignificante, inocente? La mentira es lo absoluto del mal. Mentir poco no es posible; el que miente, miente con toda la estension de la mentira; la mentira es precisamente la forma del demonio. Satanás tiene dos nombres: se llama Satanás, y se llama Mentira. Estas eran sus ideas respecto de la mentira, y á ellas arreglaba su conducta. De aquí resultaba aquella pureza que se descubria al través de su blancura, y que brillaba tambien en sus labios y en sus ojos. Su sonrisa y su mirada tenian, puede decirse, esta misma blancura trasparente. Ni una tela de araña, ni un grano de polvo interrumpian la diafanidad de su conciencia. Al entrar en la congregacion de San Vicente habia tomado el nombre de Simplicia por propia eleccion. Santa Simplicia de Sicilia, natural de Siracusa, prefirió, como es sabido, que le cortaran los dos pechos á decir que habia nacido en Segesta, mentira que la hubiera salvado. El modelo correspondia al alma de su imitadora.

Sor Simplicia, cuando entró en la órden, tenia dos defectos, de que se fue corrigiendo poco á poco; era golosa, y le gustaba recibir cartas.

No leia nunca mas que un libro de oraciones en gruesos caractéres y en latin. No entendia el latin, pero comprendia el libro.

La piadosa beata habia tomado cariño á Fantina, descubriendo probablemente en ella una virtud latente, y se habia dedicado casi esclusivamente á cuidarla.

Magdalena llevó aparte á sor Simplicia, y la recomendó á Fantina con un acento singular, del cual lá hermana se acordó despues. Dejando en seguida á sor Simplicia se aproximó á Fantina, la cual esperaba diariamente su llegada como se espera un rayo de sol y de alegría, y decia á las beatas: No vivo sino cuando el señor alcalde está aquí.

Aquel dia tenia mucha fiebre. Asi que vió al señor Magdalena, le preguntó:

—¿Y Cosette?

El respondió sonriendo:

—Pronto.

Magdalena estuvo con Fantina como siempre. Pero permaneció una



Digitized by Google

hora en vez de media, con gran placer de la jóven. Hizo mil súplicas á todo el mundo para que nada faltase á la enferma, y pudo notarse que hubo un momento en que su fisonomía estuvo muy sombría. Pero se esplicó esto cuando se supo que el médico, acercándose á su oido, le habia dicho: Pierde mucho.

Despues entró en la alcaldía, y el mozo le vió examinar con atencion un mapa itinerario de Francia que estaba colgado en su gabinete, y escribir algunos guarismos con lápiz en un papel.

Digitized by Google

# II.

## PERSPICACIA DE MAESE SCAUFLAIRE.

De la oficina fue al estremo de la poblacion, á casa de un flamenco, del maestro Scauflaer ó Scauflaire, segun lo escribian en francés, que alquilaba caballos y «carruajes á voluntad.»

Para ir á casa de Scauflaire el camino mas corto era una calle poco frecuentada, en que vivia el cura de la parroquia de Magdalena. Este sacerdote era, segun se decia, un hombre digno, respetable y de buen consejo. En el momento en que Magdalena llegó delante de la casa del cura, no habia en la calle mas que un transeunte, el cual notó lo siguiente: el señor Magdalena, despues de haber pasado de la casa del cura, se detuvo, permaneció inmóvil, volvió atrás y deshizo el camino hasta la puerta del presbiterio, que era muy tosca y tenia llamador de hierro. Puso la mano en el llamador y le levantó: se detuvo de nuevo, y permaneció como pensativo algunos instantes; y en vez de dejar caer el llamador con fuerza, le bajó suavemente, y volvió á tomar su camino con una precipitacion que no llevaba antes.

Cuando llegó á casa de Scauflaire le encontró ocupado en arreglar un arnés.

—Maestro Scauflaire, le preguntó, ¿teneis un buen caballo?

Digitized by Google

—Señor, dijo el flamenco, todos los que tengo son buenos: ¿qué llamais un buen caballo?

—Quiero decir un caballo que pueda correr veinte leguas en un dia (1).

—¡Diablo! dijo el flamenco, ¿veinte leguas?

—Sí.

—¿Con un cabriolé?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo ha de descansar despues del viaje?

—Es preciso que vuelva á partir al dia siguiente, si fuere necesario.

—¿Para andar lo mismo?

—Sí.

—¡Caramba! ¡Caramba! ¡Veinte leguas!

Magdalena sacó del bolsillo el papel en que habia trazado con lápiz algunos números, y le enseñó al flamenco: tenia los números 5, 6, 8 ½.

—¿Veis? le dijo. Total, diez y nueve leguas y media, es decir, unas veinte leguas.

—Señor alcalde, respondió el flamenco, puedo complaceros. Tengo un caballito blanco, que debeis haber visto pasar alguna vez; un caballito del Bajo Boloñés. Es un rayo; quisieron hacerle caballo de silla, pero saltaba y tiraba á todo el mundo al suelo. Creíase que era falso, y no se sabia qué hacer con él; le compré yo y le puse en un cabriolé, y acerté, porque precisamente era lo que el animal queria; es manso como una malva, y corre como el viento. Seria imposible montarle, porque no quiere ser caballo de silla. Cada cual tiene sus ambiciones: tirar, sí; llevar un ginete, no: esto es lo que al parecer piensa este caballo.

—¿Y hará el viaje?

—Correrá las veinte leguas al trote largo y en menos de ocho horas, Pero tengo que imponer algunas condiciones.

—Decidlas.

—En primer lugar, le dareis un descanso de una hora á la mitad del camino; le dareis de comer, y habrá alguien presente mientras come,

(1) Téngase presente que las leguas francesas son mucho mas cortas que las nuestras.

Digitized by Google

para impedir que el mozo de la posada le robe la avena; porque tengo observado que en las posadas la avena suele ser con mas frecuencia bebida por los mozos que comida por los caballos.

—Lo haré.

—En segundo lugar... ¿es para vos el cabriolé?

—Sí.

—¿Y sabeis guiar?

—Sí.

—Pues bien, ireis solo y sin equipaje para no cargar al caballo.

—Convenido.

—Pero no yendo nadie con vos, tendreis que cuidar de que no le quiten la avena.

—Aprobado.

—Además me dareis treinta francos al dia, y pagareis los dias de descanso. Ni un ochavo menos, corriendo de vuestra cuenta el pienso del caballo.

El señor Magdalena sacó del bolsillo sesenta francos en tres monedas de oro, y los puso en la mesa.

—Ahí teneis dos dias adelantados.

—En cuarto lugar, para este viaje seria muy pesado un cabriolé, y cansaria demasiado al caballo. Es preciso que os avengais á ir en mi tilburí.

—Consiento.

—Es ligero, pero está descubierto.

—Me es igual,

—Es que estamos en invierno...

Magdalena no respondió: el flamenco continuó:

—Y hace frio...

Magdalena continuó en silencio.

El maestro Scauflaire añadió:—Y puede llover...

Magdalena levantó la cabeza, y dijo:

—El tilburí y el caballo estarán mañana á la puerta de mi casa á las cuatro y media de la mañana.

—Está bien, dijo Scauflaire, y despues rascando con la uña del dedo una mancha que habia en la mesa, dijo con el aire indiferente que los flamencos saben mezclar tan bien con su finura:

Digitized by Google

—Pero ahora se me ocurre. No me habeis dicho adónde vais. ¿A dónde se dirige el señor alcalde?

No pensaba en otra cosa desde el principio de la conversacion; pero sin saber por qué, no se habia atrevido á hacer esta pregunta.

—¿Tiene vuestro caballo buenos brazos? dijo Magdalena.

—Sí, señor. Le contendreis un poco en las bajadas. ¿Hay muchas cuestas por el camino que vais?

—No olvideis que ha de estar en mi casa á las cuatro y media en punto, respondió Magdalena, y salió.

El flamenco quedó inmóvil «hecho un bestia» segun dijo despues él mismo.

Hacia dos ó tres minutos que habia salido el alcalde, cuando volvió otra vez, con el mismo aire impasible y grave.

—Maese Scauflaire, dijo, ¿cuánto creeis que valen el tilburí y el caballo que le ha de llevar?

—El tilburí y el caballo que ha de tirar de él, direis, respondió el flamenco riendo.

—Bien. Lo mismo da.

—¿Quereis comprarlos?

—No. Pero quiero dejar una garantía para todo evento. A mi vuelta me entregareis el importe. ¿Cuánto valen el tilburí y el caballo?

—Quinientos francos.

—Pues aquí están.

Magdalena puso un billete de banco sobre la mesa, y salió sin volver á entrar.

El maestro Scauflaire sintió entonces no haber dicho mil francos. El caballo y el tilburí valian cien escudos.

El flamenco llamó á su mujer y le contó lo que habia pasado.

—¿A dónde irá el señor alcalde?—Celebraron consejo.—Va á París, dijo la mujer.—No lo creo, dijo el marido.—El señor Magdalena habia dejado olvidado en la chimenea el papel en que habia trazado algunos números. El flamenco le cogió y meditó sobre él.—Cinco, seis, ocho y media, estos deben de ser los relevos de la posta. Despues, volviéndose á su mujer, dijo:—Ya lo sé,—¿Pues cómo?—Hay cinco leguas de aquí á Hesdin, seis de Hesdin á Saint-Pol, y ocho y media de Saint-Pol á Arras. Va á Arras.

Digitized by Google

Mientras tanto Magdalena habia vuelto á su casa, siguiendo el camino mas largo, como si la puerta del presbiterio fuese para él una tentacion que debiese evitar. Subió á su cuarto y se encerró, lo cual nada tenia de particular, porque solia acostarse muy temprano. Sin embargo, la portera de la fábrica, que era al mismo tiempo el único criado del señor Magdalena, observó que apagó la luz á las ocho y media, y se lo dijo al cajero cuando entró, preguntándole:

—¿Está malo el señor alcalde? Porque he notado en él algo estraño.

El cajero vivia precisamente en una habitacion que caia debajo de la del señor Magdalena. No hizo caso alguno de las palabras de la portera, se acostó y se durmió. Hácia media noche despertó bruscamente; habia oido entre sueños un ruido encima de su cama. Prestó atencion, y descubrió que eran pasos como de alguno que se pasease por el cuarto de arriba. Escuchó con mas cuidado, y conoció los pasos del señor Magdalena, lo cual le pareció muy estraño, porque ordinariamente no se oia ruido alguno antes de la hora en que acostumbraba levantarse el alcalde. Poco despues oyó un ruido como el que se hace al abrir y cerrar un armario, luego arrastraron un mueble, volvió el silencio, y por fin los pasos. El cajero se sentó en la cama, despertó completamente, miró, y al través de los vidrios de su ventana vió en la pared de enfrente el reflejo rojizo de una ventana iluminada; conociendo por la direccion de los rayos que era la ventana del señor Magdalena. El reflejo temblaba como si proviniese mas bien de una llama de chimenea que de una luz. En aquel reflejo no se descubria la sombra del bastidor de las vidrieras, lo que indicaba que estaba abierta de par en par la ventana: cosa admirable atendiendo al frio que hacia. El cajero volvió á dormirse, y al despertar una ó dos horas despues, oyó el mismo paso lento y regular sobre su cuarto.

El reflejo seguia iluminando aun la pared; pero pálida y tranquilamente como si fuese el de una lámpara ó bugía. La ventana continuaba abierta.

Veamos ahora lo que pasaba en el cuarto del señor Magdalena.

Digitized by Google

# III.

## UNA TEMPESTAD BAJO UN CRÁNEO.

El lector habrá adivinado sin duda que el señor Magdalena era Juan Valjean.

Ya en otra ocasion hemos sondeado algun tanto las profundidades de aquella conciencia: volvamos á sondearlas de nuevo. No lo haremos sin emocion, porque no hay nada mas terrible que semejante estudio. La vista del espíritu no puede encontrar en ninguna parte mas resplandores y mas tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en nada que sea mas espantoso, mas complicado, mas misterioso, mas infinito. Hay un espectáculo mas grande que el del mar, y es el del cielo; hay un espectáculo mas grande que el del cielo, y es lo interior del alma.

Escribir el poema de la conciencia humana, aunque sea á propósito de un solo hombre, á propósito del hombre mas insignificante, seria unir, fundir todas las epopeyas en una sola grandiosa y completa. La conciencia es el caos de las quimeras, de las ambiciones, de las tentativas, el horno de los delirios, el antro de las ideas vergonzosas, el pandemonium de los sofismas, el campo de batalla de las pasiones. Si á ciertas horas penetráramos al través de la faz lívida de un sér humano que reflexiona; si mirásemos detrás de aquella faz, en aquella alma, en

Digitized by Google

EL SR. MAGDALENA.

Digitized by Google

Digitized by Google

aquella oscuridad, descubriríamos bajo el silencio esterior, combates de jigantes como en Homero, peleas de dragones y de hidras; y nubes de fantasmas como en Milton; espirales visionarias como en Dante. No hay nada mas sombrío que este infinito que lleva el hombre dentro de sí, y al cual refiere con desesperacion su voluntad y las acciones de su vida.

Dante encontró un dia una puerta siniestra que le hizo dudar: nosotros estamos ahora tambien en el umbral de una puerta ante la cual dudamos. Pero entremos.

Poco tenemos que añadir á lo que sabe el lector de lo que pasó á Juan Valjean despues de la aventura de Gervasillo. Desde aquel momento fue otro hombre; el deseo del obispo se vió realizado; en el criminal se verificó algo mas que una trasformacion; se efectuó una trasfiguracion.

Desapareció; vendió la plata del obispo, conservando los candeleros como un recuerdo; pasó de pueblo en pueblo, atravesó la Francia, vino á M. — á orillas del M., — concibió la idea que hemos dicho, realizó lo que hemos referido, consiguió hacerse desconocido é inaccesible; y establecido ya, contento por sentir su consiencia pesarosa de lo pasado, y por ver desmentida la primera mitad de su existencia por la segunda, vivió pacífico, seguro, con esperanzas, sin tener mas que dos ideas: ocultar su nombre, y santificar su vida: huir de los hombres, y volver á acercarse á Dios.

Estas dos ideas estaban tan estrechamente unidas en su espíritu, que no formaban mas que una sola; ambas eran igualmente absorbentes é imperiosas, y dominaban sus mas pequeños actos. Casi siempre estaban de acuerdo para dictarle la senda que debia seguir; las dos le arrastraban hácia la oscuridad, le hacian benévolo y sencillo, le aconsejaban lo mismo. Pero algunas veces disentian; y entonces el hombre conocido por Magdalena no dudaba en sacrificar la primera á la segunda, su seguridad á su virtud. Asi, á pesar de toda su reserva y de toda su prudencia, habia conservado los candeleros del obispo, habia llevado luto por su muerte, habia llamado é interrogado á todos los saboyanos que pasaban, habia tomado informes acerca de todas las familias de Faverolles, y habia salvado la vida al viejo Fauchelevent á pesar de las terribles insinuaciones de Javert. Creia, como hemos notado ya, y de acuer-



Digitized by Google

do en esto con todos los hombres sabios, justos y santos, que el deber que tenemos para con nosotros mismos no es el primero de los deberes.

Sin embargo, digamos aquí que hasta entonces no le habia pasado nada semejante á lo que entonces le pasaba.

Las dos ideas que dirigian á aquel hombre, cuyos dolores vamos relatando, no habian sostenido nunca una lucha tan grave. El lo comprendió confusa, pero profundamente, desde las primeras palabras que profirió Javert al entrar en su cuarto; y cuando oyó pronunciar el nombre que habia sepultado bajo tan espesos velos, quedó sobrecogido de estupor, y como trastornado ante tan siniestro é inesperado golpe del destino. Al través de este estupor sintió el estremecimiento que precede á las grandes sacudidas; se doblegó como una encina cuando se aproxima la tempestad, como un soldado antes del asalto, y vió venir sobre su cabeza nubes sombrías preñadas de rayos y centellas. Al oir á Javert, su primer pensamiento fue ir á Arras, denunciarse á sí mismo, sacar á Champmathieu de la cárcel y reemplazarle: esta idea fue para él dolorosa, punzante como una incision en carne viva; pero pasó, y se dijo: —¡veremos, veremos! —Reprimió este primer movimiento de generosidad, y retrocedió ante el heroismo.

Sin duda hubiera sido mas heróico que despues de las santas palabras del obispo, despues de tantos años de arrepentimiento y de abnegacion, en medio de una penitencia tan admirablemente empezada, este hombre, en presencia de una crísis tan terrible, no hubiera dudado un momento y hubiese marchado con el mismo paso hácia aquel precipicio en cuyo fondo estaba el cielo: esto, decimos, hubiera sido mas heróico, pero no fue asi. Es preciso que demos cuenta exacta de lo que pasaba en aquella alma, y que copiemos simplemente lo que en ella habia. En el primer momento el instinto de la conservacion fue el que alcanzó la victoria; recogió sus ideas, ahogó sus emociones; consideró la presencia de Javert, conociendo la magnitud del peligro; difirió toda resolucion con la firmeza del espanto; meditó sobre lo que debia hacer, y volvió á adquirir su calma del mismo modo que un gladiador vuelve á coger su escudo.

El resto del dia le pasó en el mismo estado, alimentando un torbellino por dentro, y aparentando una tranquilidad profunda por fuera: no hizo mas que tomar lo que podemos llamar «medidas de conserva-

Digitized by Google

cion.» Su cerebro lo veia todo confuso: todo se chocaba dentro de él; su turbacion era tal, que no podia distinguir la forma de ninguna idea: no hubiera podido decir nada de sí mismo, sino que acababa de recibir un gran golpe. Fue, como tenia de costumbre, á ver á Fantina, y prolongó su visita al lado de aquel lecho de dolor, por un instinto de bondad, diciéndose que debia obrar asi, y recomendarla á las hermanas por si llegaba el caso de tener que ausentarse. Conoció vagamente que tal vez tendria que ir á Arras; y sin estar decidido, en manera alguna, á hacer este viaje, se dijo que estando, como estaba, al abrigo de toda sospecha, no habia inconveniente en ser testigo de lo que pasase; y mandó preparar el tilburí de Scauflaire para estar apercibido á todo evento.

Comió con bastante apetito.

Volvió á su cuarto, y se recogió en sí mismo.

Examinó su situacion y la creyó estraordinaria; tan estraordinaria, que en medio de su meditacion, y por un impulso de temor casi inesplicable, se levantó de la silla y echó el cerrojo á la puerta. Temia que entrase alguna cosa; se parapetaba contra todo lo posible.

Un momento despues apagó la luz. Le estorbaba; creia que con ella podrian verle.

¿Y quién?

¡Ah! Lo que queria que no entrase habia ya entrado; lo que queria cegar, le miraba fijamente: su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

Sin embargo, en el primer momento se hizo una ilusion; se creyó seguro y solo: con el cerrojo echado se juzgó inaccesible; con la luz apagada se tuvo por invisible. Entonces tomó posesion de sí mismo: apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, y meditó en la oscuridad.—¿Dónde estoy?—¿Deliro?—¿Qué he oido?—¿Es cierto que he visto á Javert, y que me ha dicho todo esto?—¿Quién puede ser ese Champmathieu?—¿Se parece á mí?—¿Es esto posible?—¡Cuando pienso en que ayer estaba tranquilo y tan lejos de dudar de nada!—¿Qué hacia yo ayer á estas horas?—¿Qué hay en este incidente?—¿Cuál será su desenlace?—¿Qué haré?

Estas preguntas eran su tormento. Su cabeza habia perdido la fuerza necesaria para retener las ideas, y pasaban por él como las olas: en vano queria detenerlas oprimiendo la frente con ambas manos.

Digitized by Google

En este tumulto, que daba al traste con su voluntad y su razon, buscaba una evidencia y una resolucion; pero nada sacó mas que angustia.

Ardia su cabeza: dirigióse á la ventana y la abrió completamente: no habia ni una estrella en el cielo. Volvió á sentarse á la mesa.

Asi pasó la primera hora.

Poco á poco empezaron á formarse y á fijarse en su mente algunas líneas vagas; y entonces pudo entrever con la precision de la realidad, no todo el conjunto de su situacion, pero sí algunos pormenores.

Principió por reconocer, que por mas estraordinaria y crítica que fuese esta situacion, era dueño absoluto de ella.

Con esto, lejos de disminuirse, se aumentó su estupor.

Independientemente del objeto severo y religioso que se proponia en sus acciones, todo lo que habia hecho hasta aquel dia no habia tenido mas fin que el de ahondar una fosa para enterrar en ella su nombre. Lo que siempre habia temido en sus horas de reflexion, en sus noches de insomnio, era oir pronunciar ese nombre; decíase que esto seria el fin de todo; que el dia en que ese nombre volviera á sonar, haria desaparecer su nueva vida ¿y quién sabe si tambien su nueva alma? Solo la idea de que asi pudiera suceder, le hacia temblar. Y si en aquellos momentos le hubieran dicho que llegaria un dia en que resonaria ese nombre en sus oidos; en que las odiosas palabras «Juan Valjean» saldrian repentinamente de las tinieblas, y se erguirian delante de él; en que aquella gran luz encendida para disipar el misterio que le rodeaba, resplandeceria súbitamente sobre su cabeza; y en que, sin embargo, tal nombre no le amenazaria; semejante luz no produciria sino una oscuridad mas espesa; aquel velo roto aumentaria el misterio; aquel temblor de tierra consolidaria su edificio; aquel prodigioso incidente no tendria mas resultado, si él queria, que hacer su existencia á la vez mas clara y mas impenetrable; y de su confrontacion con el fantasma de Juan Valjean, el bueno y digno ciudadano señor Magdalena saldria mas honrado, mas tranquilo y mas respetado que nunca; si alguno le hubiera dicho esto, le habria vuelto la espalda teniendo estas palabras por insensatas. Pues bien, todo esto acababa de suceder; toda esta acumulacion de imposibles era un hecho; ¡Dios habia permitido que estos absurdos se convirtieran en realidades!

Digitized by Google

Su meditacion iba aclarándose, y se iba esplicando cada vez mas su posicion.

Le parecia que acababa de despertar de un sueño, y que iba resbalando por una pendiente en medio de la noche, de pie, tembloroso, retrocediendo en vano ante la orilla de un abismo. Veia claramente en la sombra á un desconocido, á un estraño, á quien el destino confundia con él y le empujaba hácia el precipicio en lugar suyo. Era preciso para que se cerrara el abismo que cayese alguien, él ó el otro.

No habia mas remedio que ceder al destino.

La claridad llegó á ser completa en su cerebro, y conoció:—Que su lugar estaba vacío en el presidio, y le esperaba todavía; que el robo de Gervasillo le arrastraba á él; que aquel lugar vacío le esperaria y le atraeria inevitable y fatalmente hasta que le ocupase. Además, se dijo: que en aquel momento habia uno que le reemplazaba, y que mientras él estuviese representado en el presidio por Champmathieu, y en la sociedad por el señor Magdalena, no tenia nada que temer, con tal que no impidiese que cayera sobre la cabeza de Champmathieu esa piedra de infamia, que como la piedra del sepulcro cae para no volverse á levantar.

Como todo esto era tan violento y tan estraño, se verificó en él uno de esos movimientos indescriptibles que solo ocurren dos ó tres veces en la vida de un hombre; especie de convulsion de la conciencia que remueve todas las dudas del corazon, que se compone de ironía, de alegría, de desesperacion, y que se podria llamar «risa interior.»

Encendió bruscamente la luz.

—¿Y qué? se dijo: ¿de qué tengo miedo? ¿qué debo pensar de esto? Estoy salvado: todo ha concluido. No tenia mas que una puerta entreabierta, por la cual podria entrar mi pasado en mi nueva vida: ¡esta puerta queda ahora tapiada para siempre! Ese Javert que me acosa hace tanto tiempo; ese terrible instinto que parecia haberme adivinado, y me seguia á todas partes; ese perro de presa siempre en acecho sobre mí, está ya desorientado completamente. Está satisfecho y me dejará en paz; ¡ya tiene á su Juan Valjean! ¡Quién sabe, además, si pensará dejar esta poblacion! ¡Y todo ha sucedido sin intervencion mia! Yo no he soñado en ello para nada. ¡Bah! Por ventura, ¿es este algun suceso desgraciado? Los que me viesen, creerian que me habia sucedido alguna

Digitized by Google

catástrofe. Y sobre todo, si resulta mal para alguien, no es por culpa mia. La Providencia lo ha hecho, y de consiguiente, eso es lo que quiere que suceda, á lo menos aparentemente. ¿Tengo yo derecho para desordenar lo que ella ordena? ¿Qué es lo que ahora quiero? ¿En qué voy á mezclarme? Para nada me llaman. ¡Cómo! ¡Y no estoy contento! Pues ¿qué es lo que busco? El fin á que aspiro hace tantos años, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones, es la seguridad. Pues ya la tengo: Dios lo quiere; y no debo sublevarme contra la voluntad de Dios. ¿Y por qué lo quiere? Para que yo continúe lo que he empezado, para que realice el bien, para que dé un grande y animoso ejemplo, para que se diga, en fin, que ha habido alguna parte de felicidad en esta penitencia que he sufrido, en esta virtud á la cual he vuelto. En verdad que no comprendo por qué he tenido miedo hace poco de entrar en casa de ese buen cura, contarle todo como á un confesor, y pedirle consejo, cuando estoy seguro de que me habria dicho esto mismo. Está decidido; dejemos correr los sucesos; dejemos obrar á Dios.

De este modo se hablaba en las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que podria llamarse su propio abismo. Se levantó de la silla, y se puso á pasear por la habitacion.—Vamos, dijo, no pensemos mas en ello. ¡Ya he tomado una resolucion!—Mas no sintió alegría ninguna.

Por el contrario.

Querer prohibir á la imaginacion que vuelva á una idea, es lo mismo que querer prohibir al mar que vuelva á la playa. Para el marinero este fenómeno se llama marea; para el culpado se llama remordimiento. Dios mueve las almas lo mismo que el Océano.

Al cabo de pocos instantes, por mas que hizo para evitarlo, continuó aquel sombrío diálogo, en que él mismo era el que hablaba y oia hablar, diciendo lo que hubiera querido callar, y oyendo lo que no hubiera querido oir; cediendo á aquel poder misterioso que le decia: «¡piensa!» del mismo modo que decia hace dos mil años á otro condenado: «¡anda!»

Pero antes de pasar adelante, y para que seamos perfectamente comprendidos, insistamos en una observacion necesaria.

Es cierto que el hombre se habla á sí mismo: no hay ningun ser pensador que no lo haya esperimentado. Puede decirse que el misterio

Digitized by Google

mas grande y magnífico del Verbo, es el que realiza cuando en el interior del hombre va del pensamiento á la conciencia, y vuelve de la conciencia al pensamiento.

En tal sentido solamente deben entenderse las palabras empleadas con frecuencia en este capítulo, *dijo*, *esclamó*; se decia, se hablaba á sí mismo, sin que el silencio esterior se rompiese. Dentro de nosotros hay un gran tumulto; todo habla en nosotros escepto la boca. Las realidades del alma no dejan de ser realidades, porque sean invisibles é impalpables.

Preguntóse, pues, dónde estaba de su resolucion. Se interrogó sobre «esa resolucion irrevocable,» y se confesó que el arreglo que habia hecho en su espíritu era monstruoso, porque «dejar pasar los sucesos» «dejar obrar al buen Dios» era simplemente una idea horrible. Dejar que pasase adelante aquel error del destino y de los hombres, no impedirlo, ayudarlo con el silencio, no hacer nada, en fin, era una enorme injusticia, el colmo de la indignidad hipócrita, un crímen bajo, miserable, abyecto, vil.

Por primera vez en ocho años acababa de sentir aquel desgraciado el sabor amargo de un mal pensamiento y de una mala accion.

Lo espulsó de sí mismo con disgusto, como se escupe el objeto amargo que se rechaza de la boca.

Y continuó preguntándose: se preguntó severamente qué era lo que habia entendido al decirse: ¡he conseguido mi objeto! Reconoció que su vida tenia efectivamente un objeto. Pero ¿cual? ¿ocultar su nombre? ¿engañar á la policía? ¿Y para esto, para una cosa tan pequeña habia hecho todo lo que habia hecho? ¿No tenia acaso otro objeto, que era el grande, el verdadero: salvar, no su persona, sino su alma; ser bueno y honrado; ser un justo? ¿No era esto, sobre todo, no era esto únicamente lo que él habia querido y el obispo le habia mandado?—¡Cerrar la puerta á su pasado! Pero no la cerraba; la volvia á abrir con una accion infame: ¡volvia á ser ladron, y ladron del género mas odioso! ¡Robaba á otro su existencia, su vida, su paz, su luz del sol! Era, pues, un asesino: mataba moralmente á un infeliz, le condenaba á esa horrible muerte de los vivos, á esa muerte á cielo abierto, que se llama presidio! Por el contrario, entregarse, salvar á ese hombre, objeto de tan funesto error, tomar su nombre, volver á ser por obligacion el presidiario Juan Val-

Digitized by Google

jean, era verdaderamente acabar su resurrecion, y cerrar para siempre el infierno de que salia. Caer en apariencia en ese infierno era en realidad salir de él. Era necesario cumplir ese deber; porque nada habria hecho si no lo cumplia, y su vida seria inútil, su penitencia ineficaz, absolutamente estéril y sin objeto. Conocia que el obispo estaba allí con él, tanto mas presente cuanto que estaba muerto: el obispo le miraba fijamente, y si no cumplia su deber, el alcalde Magdalena con todas sus virtudes le seria odioso, y en su comparacion el presidiario Juan Valjean seria un hombre admirable y puro. Los hombres verian su máscara, el obispo veia su rostro; los hombres verian su vida, el obispo veia su conciencia. Debia por lo tanto ir á Arras, libertar al falso Juan Valjean, y denunciar al verdadero. ¡Ah! este era el mayor de los sacrificios, la victoria mas dolorosa, el último y mas difícil paso; ¡pero era necesario darle! ¡Cruel destino! ¡No entrar en la santidad á los ojos de Dios, sin volver á entrar en la infamia á los ojos del mundo!

—Pues bien, dijo: ¡tomemos esta resolucion! Cumplamos con nuestro deber. Salvemos á ese hombre.

Pronunció estas palabras sin notar que hablaba alto.

Tomó sus libros, los comprobó y los arregló; echó al fuego un paquete de recibos de comerciantes atrasados que le debian, y escribió y cerró una carta, en cuyo sobre hubiera podido leer cualquiera que hubiera estado allí: *Al señor Laffitte, banquero, calle de Artois.—París.*

Sacó de un cajon una cartera que contenia algunos billetes de banco, y el pasaporte de que se habia servido aquel año para ir á las elecciones.

El que le hubiera visto ejecutar todos estos actos en medio de tan grave meditacion, no hubiera sospechado lo que por él pasaba. Solamente á intervalos se movian sus labios; otras veces levantaba la cabeza y fijaba la vista en un punto cualquiera de la pared, como si hubiese precisamente allí algo que quisiese aclarar, ó alguien á quien tratara de interrogar.

Asi que terminó la carta para el señor Laffitte, la puso en el bolsillo con la cartera, y volvió á pasearse.

Sus ideas no habian cambiado. Continuaba viendo claramente su deber escrito en luminosas letras que resplandecian ante sus ojos, y giraban con su mirada:—*¡Anda! ¡Da tu nombre! ¡Denúnciate!*

Digitized by Google

Veia tambien, y como si se moviesen delante de él con formas sensibles, las dos ideas que habian sido hasta entonces la regla de su vida: ocultar su nombre; santificar su alma. Por primera vez se le presentaban absolutamente distintas, y comprendia su diferencia. Reconocia que una de ellas era necesariamente buena, mientras que la otra podia llegar á ser mala; que ésta era el sacrificio, aquella la personalidad: que una le decia: *el prójimo*, y la otra le decia: *yo;* que una venia de la luz, y otra de las tinieblas.

Ambas luchaban entre sí, y él lo veia. A medida que reflexionaba, iban creciendo ante los ojos de su espíritu, y tenian ya colosales dimensiones: le parecia que las veia luchar dentro de sí mismo en aquel infinito de que hemos hablado antes, en medio de la oscuridad y de la luz; una diosa, la otra jigante.

Estaba lleno de espanto, pero creia que triunfaria la buena idea.

Conocia que habia llegado al segundo momento decisivo de su conciencia y de su destino: que el obispo habia marcado la primera fase de su nueva vida, y Champmathieu marcaria la segunda; despues de la gran crisis, la gran prueba.

Entre tanto la fiebre, apaciguada un instante, le volvió á invadir poco á poco. Mil pensamientos le asaltaban; pero le fortificaban aun mas en su resolucion.

Un momento se dijo:—Que tomaba el asunto con demasiado calor; porque Champmathieu no era nada importante, y en último resultado habia cometido un robo. Y se respondio:—Si este hombre ha robado algunas manzanas, tiene un mes de prision; lo que es mucho menos que la cadena. ¿Y quién sabe? ¿Ha robado? ¿Está probado? El nombre de Juan Valjean le oprime, y parece que dispensa de pruebas. ¿No suelen pensar asi los fiscales? Se cree que es ladron, porque se cree que ha sido presidiario.

En otro momento pensó que si se denunciaba á sí mismo, tal vez se comprenderia el heroismo de su accion; se tendrian en cuenta sus siete años de honradez, y lo que habia hecho por el pais, y se le haria gracia.

Pero esta suposicion se desvaneció en seguida; y se sonrió amargamente pensando que el robo de los cuarenta sueldos á Gervasillo le hacia reincidente; que este crímen reaparecería, y que la ley le condenaria á presidio de por vida.



Digitized by Google

Principió á perder todas las ilusiones; se alejó mas y mas de la tierra, y buscó el consuelo y la fuerza en otra parte. Se dijo que le era preciso cumplir su deber; que tal vez no seria mas desgraciado despues de cumplirle que despues de haberle eludido; que si *dejaba pasar los sucesos*, si permanecia en M,— á orillas del M.— su consideracion, su buen nombre, sus buenas obras, la deferencia y la veneracion públicas, su caridad, sus riquezas, su popularidad estarian cimentadas sobre un crímen; ¿y qué tranquilidad podrian dar cosas tan santas unidas á la maldad? Pero si realizaba su sacrificio, al presidio, al potro á la cadena, al gorro verde, al trabajo sin descanso, á la vergüenza sin piedad, se uniria siempre una idea celestial.

Por fin se dijo que su destino era este; que el no era dueño de desarreglar lo que viene arreglado de arriba, y que tenia que escoger en todo caso entre la virtud esterior unida á la abominacion interior, ó la santidad interior unida á la infamia esterior.

Su valor no desfallecia ante la lucha de tan lúgubres ideas; pero su cerebro se fatigaba; y á pesar suyo empezaba á pensar en otras cosas, en cosas indiferentes.

Sus sienes latian fuertemente: seguia paseando. Dieron las doce en el reloj de la parroquia, y despues en el del ayuntamiento. Contó las doce campanadas en los dos relojes; comparó el sonido de las dos campanas, y recordó en aquel momento que algunos dias antes habia visto en un almacen de hierro una campana vieja que tenia grabado este nombre: *Antonio Albin de Romainville.*

Tuvo frio. Encendió un poco de lumbre; pero no le ocurrió cerrar la ventana.

Despues volvió á su estupor, y le fue preciso hacer un gran esfuerzo para recordar lo que estaba pensando antes de que diesen las doce. Al fin lo consiguió.

—¡Ah! sí, se dijo, habia tomado la resolucion de denunciarme.

Entonces se acordó de Fantina.

—¡Ah! esclamó ¿y esta pobre mujer?

Aquí principió una nueva crísis.

Al presentarse bruscamente Fantina en su delirio como un rayo inesperado de luz, le pareció que todo cambiaba de aspecto en su derredor y dijo:

Digitized by Google

—¡Ah! ¡Hasta ahora solo me he tenido en cuenta á mí mismo! ¡Solo he considerado mi interés particular, si me conviene callarme ó denunciarme, ocultar mi persona ó salvar mi alma, ser un magistrado despreciable y respetado, ó un presidiario despreciado y venerable; es decir, que no he salido de mí! ¡Pero, Dios mio, todo esto no es mas que egoismo! Podrán ser formas distintas del egoismo; pero al cabo es egoismo puro. ¿Y si pensase un poco en los demás? La caridad empieza por los demás. Veamos, examinemos. Quitándome á mí, borrándome, olvidándome ¿qué sucederia de todo esto?—Si me denuncio, me prenden; salę en libertad Champmathieu; me envian al presidio, ¿y despues? ¿qué sucederá aquí? ¡Ah! Aquí hay un pais, un pueblo, fábricas, industria, obreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, desvalidos. Yo he creado todo, lo he dado vida; donde hay una chimenea que humea he puesto yo la leña en el fuego y la comida en el puchero; yo he creado el bienestar, la circulacion, el crédito; antes no habia nada; yo he vivificado, animado, fecundado, estimulado y enriquecido el pais. Si desaparezco, todo muere.—¿Y esa mujer que ha padecido tanto, que tiene tantos méritos en su caida, y cuya desgracia he causado yo sin querer? ¿Y esa niña que iba yo á buscar segun he prometido á su madre? ¿No debo algo á esa mujer en reparacion del mal que la he hecho? Si yo desaparezco ¿qué sucederá? La madre morirá; la niña sabe Dios qué será de ella. Esto es lo que sucederá si me denuncio.—¿Y si no me presento?—Veamos qué sucederá entonces.

Despues de haberse hecho esta pregunta, se detuvo y pasó por un momento de duda, de temor; pero esto duró poco, y se respondió con calma:

—Ese hombre irá á presidio, es verdad; pero ¡cómo ha de ser! Es un ladron. No puedo hacerme la ilusion de que no ha robado: ha robado. Yo me quedo aquí. En diez años ganaré diez millones; los reparto en el pais: no tengo nada mio: no trabajo, pues, para mí. La creciente prosperidad de todos, la industria que despierta, las manufacturas y las máquinas que se multiplican hacen felices á cien, á mil familias; el pais se puebla; se crean pueblos donde solo habia caseríos; se crean caseríos donde no habia nada; desaparece la miseria, y con ella el escándalo, la prostitucion, el robo, el asesinato, todos los vicios, todos los crímenes. Esa pobre madre educa á su hija; y hay todo un pais

Digitized by Google

rico y honrado. ¡Ah! Estaba loco, pensaba un absurdo cuando trataba de denunciarme. Debo meditarlo bien y no precipitarme. ¿Por qué me habia de agradar mas hacerme el grande, el generoso?—Seria este un papel de melodrama, simplemente de melodrama. Yo no habia pensado mas que en mí, en mí solo. ¿Y por salvar de un castigo, quizá un poco exagerado, pero justo en el fondo, á un ladron, á un malhechor indudablemente, ha de perecer un pais entero, ha de morir esa mujer en el hospital, y ha de quedar su hija abandonada en la calle, como si fuera un perro? ¡Ah! Esto seria abominable; sin que la madre haya visto á su hija, sin que la hija conozca apenas á su madre ¿ha de suceder todo esto por ese pícaro ladron, que seguramente merecerá la cadena por algo mas que por el robo de las manzanas? ¿Qué escrúpulos son estos que salvan á un culpado y sacrifican á inocentes; que salvan á un viejo vagabundo, á quien solo quedan algunos años de vida y no será mas desgraciado en el presidio que en su casa, y sacrifican á toda una poblacion, á madres, á mujeres y á niños? ¡Esa pobre Cosette que no tiene mas que á mí en el mundo y que estará en este momento tiritando de frio en el tabuco de los Thenardier! ¡Otra canalla por otro estilo! ¿Faltaré, pues, á mi deber, respecto de toda esta gente? ¿Iré á denunciarme? ¿Haré esta solemne tontería? Pongámonos en lo peor: supongamos que al obrar asi cometo una mala accion, y que mi conciencia me culpa por ella algun dia; aceptar por el bien del prójimo esta culpa que cae sobre mí solo, esta mala accion que no compromete mas que mi alma, es un sacrificio, es una virtud.

Se levantó y volvió á pasear: esta vez parecia estar contento.

Asi como los diamantes solo se encuentran en las profundidades de la tierra, las verdades solo se hallan en las profundidades del pensamiento. Le parecia que despues de haber descendido á estas profundidades, despues de haber andado á tientas en lo mas negro de las tinieblas, acababa de hallar un diamante, una verdad, que la tenia en la mano, y que se deslumbraba al mirarla.

—Sí, pensó entonces, ¡esto es! Ahora estoy en la verdad: tengo la solucion. Me era preciso decidirme, y ya me he decidido. Esperemos. No vacilemos, no retrocedamos; porque asi conviene, no á mi interés, sino al interés general. Soy Magdalena, me quedo Magdalena. ¡Desgraciado del que es Juan Valjean! Ese no soy yo. Yo no conozco á ese

Digitized by Google

hombre; no sé quién es; si hay alguno que sea Juan Valjean ahora, que se arregle como pueda; á mí no me importa. Este es un nombre de fatalidad que flota en la noche; si se detiene y cae sobre una cabeza, tanto peor para ella.

Se miró entonces al espejo que estaba encima de la chimenea, y dijo:

—¡Ah! Me consuela el tomar una resolucion. Ya soy otro.

Dió algunos pasos despues, y se detuvo de repente.

—Vamos, dijo, no debo dudar ante ninguna consecuencia de la resolucion que he tomado. Hay todavía algunos hilos que me unen á ese Juan Valjean; y es necesario romperlos. En este mismo cuarto hay objetos que me acusarian, testigos mudos que deben desaparecer.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una cartera, la abrió y cogió una llavecita.

Introdujo esta llave en una cerradura cuyo agujero apenas se veia, por estar oculto entre las sombras mas oscuras del dibujo del papel que cubria la pared. Abrióse un escondrijo, una especie de armarito colocado entre el ángulo de la pared y el cañon de la chimenea. Solo habia en aquel cajon unos andrajos: un saco azul, un pantalon viejo, un morral y un grueso palo de espino con contera en los dos estremos. Los que habian visto á Juan Valjean en la época en que pasó por D.— en octubre de 1815, habrian conocido fácilmente todos aquellos harapos.

Los habia conservado, lo mismo que los candeleros de plata, para tener siempre presente su punto de partida. Pero ocultaba lo que era del presidio, y dejaba ver lo que era del obispo.

Dirigió una mirada furtiva á la puerta, como si temiese que la abriese alguien, á pesar del cerrojo, y despues, con un movimiento vivo y brusco, de una sola brazada, sin mirar siquiera aquellos objetos que habia guardado tantos años con tanto cuidado y peligro, lo cogió todo, harapos, palo y morral, y lo arrojó al fuego.

Cerró el escondrijo, y redoblando sus precauciones, completamente inútiles pues que ya estaba vacío, puso un mueble atrancando la puerta.

Al cabo de algunos segundos la habitacion y la pared de enfrente se iluminaron con un resplandor rojizo y tembloroso.

Digitized by Google

El morral, al consumirse con los harapos que contenia, habia dejado ver una cosa que brillaba en la ceniza. Acercándose se hubiera visto una moneda de plata. Sin duda era la moneda de cuarenta sueldos robada al saboyano.

Pero él no miraba al fuego; continuaba paseando con el mismo paso. De repente su vista se fijó en los dos candeleros de plata que con la llama relucian vagamente encima de la chimenea.

—¡Ah! pensó. Aun está allí Juan Valjean. Hay que destruir eso.

Y cogió los candeleros.

Habia aun bastante lumbre para poder quitarles la forma y hacer de ellos una barra, ó cosa parecida.

Se inclinó cerca de la chimenea, y se calentó un instante.—¡Qué buen calor! dijo.

Removió la lumbre con uno de los candeleros.

Un minuto mas en esta disposicion de ánimo, y ambos hubieran ido al fuego.

En este momento le pareció oir dentro de sí una voz que gritaba:—¡Juan Valjean! ¡Juan Valjean!

Sus cabellos se erizaron, y quedó como un hombre que oye una cosa terrible.

—Sí: acaba, decia la voz. ¡Completa lo que haces! ¡destruye esos candeleros! ¡aniquila ese recuerdo! ¡olvida al obispo! ¡olvídalo todo! ¡Pierde á Champmathieu! ¡Todo va bien! ¡regocíjate! Ya está resuelto; un hombre, un anciano que no sabe lo que le quieren, que tal vez no ha hecho nada; un inocente cuyo único crímen es tu nombre, va á ser condenado, va á concluir sus dias en la abyeccion y en el horror! ¡Está bien! Sé hombre respetable. Quédate siendo señor alcalde, ilustre y honrado, enriquece al pueblo, alimenta á los indigentes, educa á los huérfanos, mírate feliz, virtuoso y admirado; que mientras tanto, mientras tú estás aquí rodeado de alegría y de luz, otro usará tu chaqueta roja, llevará tu nombre en la ignominia, y arrastrará tu cadena en el presidio! Sí. Todo está muy bien arreglado. ¡Ah, miserable!

El sudor corria por su frente: dirigió á los candeleros una mirada estraviada. Pero la voz no habia concluido, y continuó asi:

—¡Juan Valjean! ¡A tu alrededor habrá muchas voces que harán gran ruido, que hablarán alto, que te bendecirán; y no habrá mas que

Digitized by Google

un ser que te maldiga en las tinieblas! Pues bien; escucha ¡infame! ¡Todas esas bendiciones caerán antes de llegar al cielo; solo la maldicion subirá hasta Dios!

Esta voz, débil al principio, y que se habia elevado desde lo mas profundo de su conciencia, habia llegado á ser por grados ruidosa y formidable: hasta el punto de creer que la oia distintamente por el oido. Le parecia que habia salido de sí mismo, y que le hablaba ya desde fuera; y creyó oir sus últimas palabras tan claramente, que miró en derredor suyo con cierta especie de terror.

—¿Hay alguien aquí? preguntó en voz alta y azorada.

Y despues añadió con una risa que parecia la de un idiota:

—¡Qué tonto soy! ¡Si no puede haber nadie!

Habia alguien en efecto; pero el que allí estaba no era de los seres á quienes puede ver el ojo humano.

Dejó los candeleros en la chimenea, y volvió á aquel paseo monótono y lúgubre que habia despertado súbitamente al cajero que dormia en la habitacion inferior.

Este paseo le consolaba y le abrumaba al mismo tiempo; porque en ciertas ocasiones críticas, el hombre parece que se mueve para pedir consejo á todo lo que encuentra al paso. Al cabo de algunos intantes ya no sabia dónde estaba de su meditacion.

Retrocedia con igual espanto ante las dos resoluciones que habia tomado. Las dos ideas que le aconsejaban le parecian á cual mas funestas.—¡Qué fatalidad envolvia aquella equivocacion personal respecto de Champmathieu! ¡Verse precipitado por el mismo medio que parecia haber escogido la Providencia para tranquilizarle!

Hubo un momento en que pensó en el porvenir. ¡Denunciarse! ¡Entregarse! Se pintó con inmensa desesperacion todo lo que tenia que abandonar, y todo lo que tenia que volver á adquirir. Tenia que despedirse de aquella vida tan buena, tan pura, de todo, del honor, de la libertad. ¡Ya no podria pasearse por el campo, ni oir los cantos de los pájaros en la primavera, ni dar limosna á los pequeñuelos, ni sentir la dulzura de las miradas de amor y de reconocimiento que se fijaban en él! ¡Tendria que abandonar aquella casa que habia edificado; aquel cuartito que habia arreglado para sí! Todo se le presentaba entonces encantador. Ya no leeria aquellos libros; ya no escribiria en aquella mesita de madera tan

Digitized by Google

blanca! ¡La portera que era su única criada, no le subiria ya el café por la mañana! ¡En vez de esto pasaria por el presidio, el cepo, la chaqueta roja, la cadena al pié, el trabajo, el calabozo, la cama de tablas y todos los horrores conocidos! ¡A su edad y despues de lo que habia sido! ¡Si fuese aun jóven! ¡Pero anciano y ser tuteado por todo el mundo, humillado por el carcelero, apaleado por el cabo de vara! ¡Llevar los pies desnudos en zapatos herrados; presentar por mañana y tarde su pierna al martillo de la ronda que examina los grillos! ¡Sufrir la curiosidad de los estraños, á quienes se diria : *Este es el famoso Juan Valjean, que fue alcalde de M.—á orillas del M.—!* ¡Y por la noche cubierto de sudor, abrumado de cansancio, con el gorro verde sobre los ojos, subir de dos en dos, bajo el látigo del cabo, la escala del ponton flotante! ¡Oh, qué míseria! ¿Puede acaso el destino ser malo como un ser inteligente, y llegar á ser monstruoso como el corazon humano?

De modo que siempre venia á caer en el mismo dilema que formaba la base de su meditacion :—¡Permanecer en el paraiso y ser un demonio, ó entrar en el infierno y ser un ángel!

¡Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

El tormento de que se habia creido libre volvió á desencadenarse: sus ideas volvieron á confundirse, y tomaron ese carácter de estupidez propio de la desesperacion. El nombre de Romainville se presentaba sin cesar á su imaginacion en dos versos de una cancion que habia oido hacia tiempo. Pensaba en que Romainville es un bosquecillo cerca de París, adonde van los amantes á coger lilas en el mes de abril.

Seguia paseando y vacilando, lo mismo esterior que interiormente. Paseaba como un niño que empieza á andar solo.

En algunos momentos, luchando con su cansancio, hacia un esfuerzo para ordenar su inteligencia. Trataba de presentarse definitivamente y por última vez el problema sobre el cual, por decirlo asi, habia caido abrumado de fatiga.—¿Debia denunciarse? ¿Debia callar?—No conseguia ver nada claro. Los vagos razonamientos que se sucedian en su delirio, temblaban y se disipaban sucesivamente, convirtiéndose en humo. Solamente conocia que cualquiera que fuese la resolucion que tomara, necesariamente, y sin que pudiera evitarlo, algo en él iba á morir, ya entrase en el sepulcro por la derecha ó por la izquierda, ya pasase por la agonía de su felicidad ó por la agonía de su virtud.

Digitized by Google

Habia vuelto á ser presa de esta irresolucion; no habia adelantado nada desde el principio.

Asi luchaba en medio de la angustia aquel desgraciado. Mil ochocientos años antes, el ser misterioso en que se resumen toda la santidad y todos los padecimientos de la humanidad, mientras que los olivos temblaban agitados por el viento de lo infinito, habia apartado por algun tiempo de su mano el horroroso cáliz que se le presentaba lleno de sombra y de tinieblas en las profundidades cubiertas de estrellas.

Digitized by Google

# IV.

## FORMAS QÚE TOMA EL DOLOR DURANTE EL SUEÑO.

Acababan de dar las tres de la mañana: hacia cinco horas que se estaba paseando, casi sin descanso, cuando se dejó caer en su silla.

Se durmió y soñó.

Este sueño, como casi todos, no se referia á su situacion sino por algunas remotas conexiones funestas y dolorosas, que le hicieron gran impresion. Aquella pesadilla le afectó tan vivamente, que despues la escribió, y la hemos encontrado entre algunos papeles que dejó escritos. Nos parece oportuno trascribirla aquí testualmente.

Cualquiera que fuese este sueño, la historia de aquella noche seria incompleta si omitiésemos esta sombría aventura de una alma enferma. Vamos, pues, á referirla. En el sobre decia lo siguiente: *Sueño que tuve aquella noche*:

«Estaba en el campo, en un campo triste donde no habia yerba. No »podia distinguir si era de dia ó de noche.

»Me paseaba con mi hermano, con el hermano de mi infancia, del »cual debo decir que apenas me acuerdo, que nunca pienso en él.

»Hablábamos y encontrábamos algunos paseantes. Hablamos de una »vecina que habiamos tenido, y que viviendo en cuarto bajo, trabajaba

Digitized by Google

»con la ventana siempre abierta. Durante nuestra conversacion sentía»mos el frio que producia aquella ventana abierta.

»No habia árboles en aquel campo.

»Pasó un hombre cerca de nosotros. Era un hombre desnudo, de »color de ceniza, montado en un caballo de color de tierra. Era calvo; »veíanse su cráneo y una porcion de venas que le cruzaban. Llevaba en »la mano una varita flexible como un sarmiento, y pesada como el hier»ro. Pasó á nuestro lado y no nos dijo nada.

»Mi hermano me dijo:—Vamos por el camino hondo.

»Habia un camino hondo, en el cual no se veia ni un matorral, ni »una yerbecilla. Todo era de color de tierra, incluso el cielo. Al cabo de »algunos pasos nadie me respondió cuando hablé, y entonces noté que »mi hermano ya no iba conmigo.

»Ví un pueblo y entré en él: creo que debia de ser Romainville. »(¿Y por qué habia de ser Romainville?) (1).

»La primera calle que ví estaba desierta: pasé á otra. Detrás de la »esquina habia un hombre de pie, apoyado en la pared. Le pregunté: »¿Qué pais es este? ¿dónde estoy? El hombre no respondió. Ví abierta »la puerta de una casa y entré.

»La primera habitacion estaba desierta; entré en la segunda, y de»trás de la puerta habia un hombre de pie apoyado en la pared. Le pre»gunté: ¿De quién es esta casa? ¿dónde estoy? El hombre no respon»dió. La casa tenia jardin, y entré en él. Estaba desierto; pero detrás »del primer árbol habia un hombre de pie. Le pregunté: ¿Qué jardin es »este? ¿dónde estoy? El hombre no respondió.

»Recorrí despues el pueblo, y ví que era grande. Todas las calles »estaban desiertas; todas las puertas abiertas. Ni un ser viviente pasa»ba por las calles, ni se movia en las casas, ni se paseaba por los jar»dines. Pero detrás de cada esquina, de cada puerta, de cada árbol ha»bia un hombre de pie y en silencio. No se veia mas que uno de una »vez, y todos me miraban al pasar.

»Salí del pueblo, y anduve por el campo.

»Poco despues volví la cabeza y ví una gran multitud que venia de»trás de mí. Conocí á todos los que habia visto en el pueblo: tenian

(1) Este paréntesis es del mismo puño y letra de Juan Valjean.

Digitized by Google

»unas cabezas estraordinarias; parecia que andaban muy despacio, y »no obstante, marchaban mas de prisa que yo. No hacian ruido alguno »al andar, y en un instante me alcanzaron y cercaron. Sus rostros eran »de color de tierra.

»Entonces el primero á quien yo habia visto en el pueblo, me dijo: »¿A dónde vais? ¿No sabeis que estais muerto hace mucho tiempo?

»Abrí la boca para responder, y ví que ya no habia nadie á mi lado.»

Aquí despertó. Estaba helado. El viento frio de la mañana hacia girar las hojas de la ventana abierta. La lumbre se habia apagado: la luz tocaba á su fin. La noche era aun oscura.

Se levantó y se puso á la ventana. No se veian estrellas en el cielo.

Desde la ventana se descubrian el patio de la casa y la calle. Un golpe seco y duro que resonó en el suelo le hizo bajar la vista, y vió debajo de sí dos estrellas rojas, cuyos rayos se estendian y desaparecian caprichosamente en la sombra.

Como su imaginacion estaba aun medio sumergida en la bruma de los sueños, esclamó: —¡Calla! No hay estrellas en el cielo; pero están en la tierra.

Disipóse pronto esta turbacion, y un segundo golpe que acabó de despertarle le dió á conocer que aquellas dos estrellas eran los faroles de un carruaje, cuya forma pudo distinguir á su claridad. Era un tilburí con un caballo blanco. El ruido que habia oido era el de los cascos del caballo en el empedrado.

—¿Qué carruaje es este? se dijo. ¿Quién viene aqui tan temprano?

En este momento llamaron á la puerta de su cuarto.

Tembló de pies á cabeza, y gritó con voz terrible:

—¿Quién?

Una voz respondió:

—¡Yo, señor alcalde!

Y conociendo la voz de la portera, dijo:

—¿Y qué? ¿Qué ocurre?

—Señor, van á dar las cinco de la mañana.

—¿Y qué me importa?

—Que está aquí el carruaje.

—¿Qué carruaje?

—El tilburí.

Digitized by Google

—¿Qué tilburí?

—¿No habeis mandado venir á esta hora un tilburí?

—No.

—Pues el cochero dice que viene en busca del señor alcalde.

—¿Qué cochero?

—El del señor Scauflaire.

—¡Scauflaire!

Este nombre le estremeció como un relámpago que le hubiese pasado cerca de la cara,

—¡Ah, sí! contestó: ¡el señor Scauflaire!

Si la vieja le hubiera visto en este momento, de seguro se habria aterrorizado.

Hubo despues un rato de silencio. Se puso á examinar con aire estúpido la llama de la bugía, y á coger la cera derretida que habia alrededor del pábilo para hacer pelotillas con los dedos. La vieja estuvo esperando hasta que se atrevió á decir:

—Señor, ¿qué he de decir al cochero?

—Decidle que está bien, que ahora bajo.

Digitized by Google

# V.

## LAS ARMADURAS DE LAS RUEDAS.

El servicio de correos de Arras á M. — á orillas del M. — se hacia aun en aquella época, como en tiempo del Imperio, en pequeños cabriolés de dos ruedas, forrados de cuero leonado por dentro, suspendidos en muelles, y con dos asientos, uno para el conductor y otro para un viajero. Las ruedas estaban armadas de esos largos palos ofensivos que aun se conservan en Alemania. El cajon de la correspondencia, que era una gran caja oblonga, estaba colocado detrás del cabriolé, formando con él un solo cuerpo. Este cajon estaba pintado de negro, y el cabriolé de amarillo.

Estas sillas, que no tienen semejanza alguna con los modernos carruajes, presentaban un aspecto deforme y tortuoso; cuando se las veia pasar á lo lejos en la estension del horizonte, parecian uno de esos insectos que se llaman «termitas,» que con un pequeño cuerpo arrastran un gran apéndice posterior. Por lo demás, caminaban con rapidez.

El correo salia de Arras todas las noches á la una, despues que pasaba el de París, y llegaba á M. — á orillas del M. — un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche el correo que venia por el camino de Hesdin, al vol-

Digitized by Google

ver una calle, cuando entraba en el pueblo, chocó con un tilburí tirado por un caballo blanco que iba en direccion contraria, guiado solo por un hombre envuelto en su capa. La rueda del tilburí recibió un golpe bastante grande. El conductor gritó para que el hombre se detuviese; pero el viajero no lo oyó, y siguió su camino al trote largo.

—¡Vaya una prisa que lleva el hombre! dijo el conductor.

El hombre que asi corria era precisamente el mismo á quien hace poco hemos visto pasar por una situacion digna de lástima.

¿A dónde iba? No hubiera podido decirlo. ¿Por qué se apresuraba tanto? No lo sabia. Iba á la ventura delante de sí. ¿A dónde? A Arras, sin duda; pero tambien podria ir á otra parte. Conocíalo por momentos, y temblaba. Se ocultaba en la oscuridad de la noche como en una gruta.

Habia en él dos fuerzas, una que le atraia, y otra que le rechazaba. Es imposible decir lo que pasaba en su alma; pero todos lo comprenderán. ¿Quién no ha entrado por lo menos una vez en su vida en la oscura caverna de lo desconocido?

Aun no habia resuelto, ni decidido, ni hecho nada: ningun acto de su cónciencia habia sido definitivo. Estaba ni mas ni menos como en el primer momento.

¿A qué iba á Arras?

Se decia lo mismo que se habia dicho al alquilar el cabriolé: que cualquiera que fuese el resultado, no habia inconveniente alguno en ver y juzgar las cosas por sí mismo; —que además esto era muy prudente para saber lo que sucederia; —que no podia decidirse nada sin haber observado y comparado; —desde lejos, los menores objetos parecen montañas; —y, en fin, que cuando hubiera visto á Champmathieu, si era un miserable, su conciencia encontraria un consuelo viéndole ir á presidio; —que aunque estarian allí Javert y los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille que le habian conocido, no le conocerian ya; —que Javert estaba ya muy alejado de toda sospecha; —que todas las conjeturas y suposiciones se fijaban en Champmathieu, y que no hay nada mas terco que el error; —que no tenia, pues, nada que temer; —que seria aquel un momento crítico; pero que saldria de él; —que sobre todo tenia su destino en la mano, por malo que fuese; —y que era dueño de su suerte. Esta idea era su principal apoyo.

Digitized by Google

Pero si hemos de decir la verdad, mejor hubiera querido no ir á Arras.

Y sin embargo iba.

Pensando en esto, arreaba al caballo, que corria con ese trote sentado que hace dos leguas y media por hora.

A medida que avanzaba en el camino sentia dentro de sí algo que le impulsaba á retroceder.

Al rayar el dia estaba en campo raso. M. — á orillas del M. — se veia ya muy lejos á su espalda. Miró cómo blanqueaba el horizonte; miró sin ver cómo pasaban por delante de sus ojos las frias sombras de una madrugada de invierno. La mañana tiene sus espectros como la noche. No los veia; pero por una especie de penetracion casi física, los negros perfiles de los árboles y de las colinas, aumentaban la tristeza y el estado violento de su alma.

Cada vez que pasaba por delante de una de esas casas aisladas que hay al lado del camino se decia: — ¡Ahí hay personas que duermen!

El trote del caballo, los cascabeles de los arreos y las ruedas hacian un ruido lento y monótono, ruido que es agradable cuando uno está alegre, y lúgubre cuando está triste.

Era ya muy de dia cuando llegó á Hesdin, y se detuvo delante de una posada para que descansase y tomase pienso el caballo.

El caballo era, como habia dicho Scauflaire, de raza boloñesa, de gran cabeza, gran vientre y poco cuello, pero de pecho abierto, lomo ancho, pierna seca y fina y pie firme; raza fea, pero robusta. Habia corrido cinco leguas en dos horas y no tenia una gota de sudor.

El viajero no habia bajado del tilburí. El mozo de la posada que traia la avena se bajó de repente y examinó la rueda izquierda.

—¿Vais muy lejos? preguntó.

El viajero respondió sin salir de su meditacion:

—¿Por qué?

—¿Venís de muy lejos?

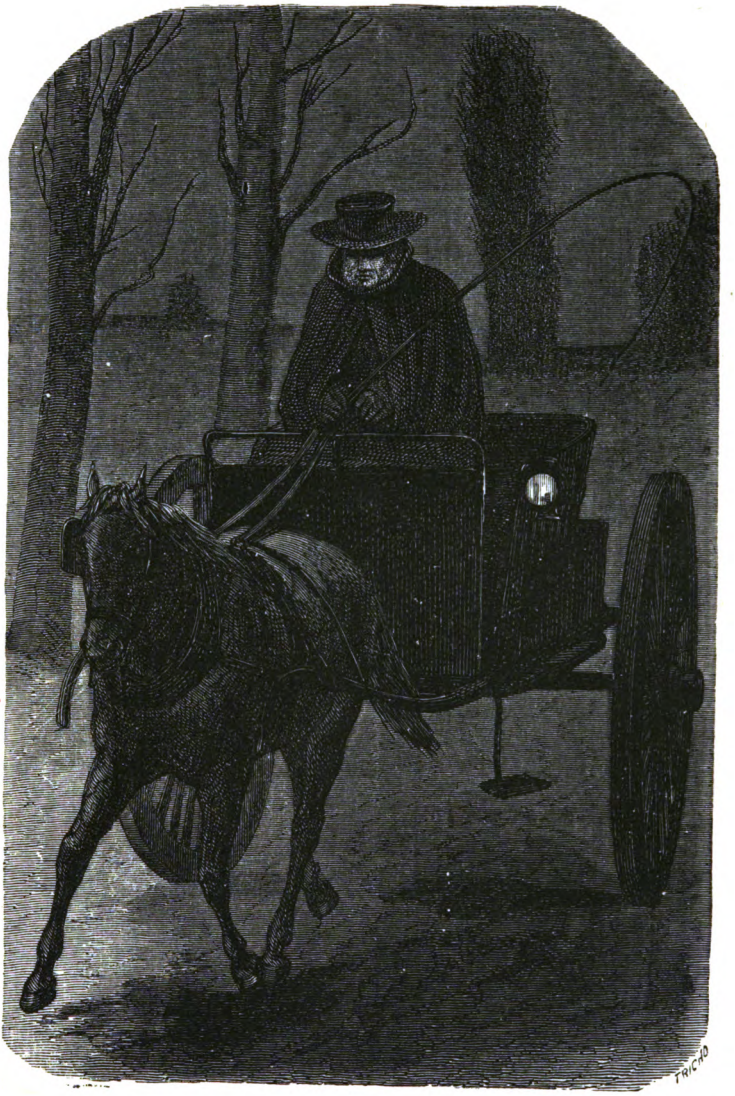
—Cinco leguas de aquí.

—¡Ah!

—¿Por qué decís: ah?

El mozo se inclinó de nuevo, estuvo un momento callado mirando la rueda, y se enderezó diciendo:

Digitized by Google




EL SR. MAGDALENA, CAMINO DE ARRAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

—Es que traeis una rueda que ha corrido cinco leguas, pero que de seguro no correrá ni un cuarto de legua mas.

El viajero bajó en seguida del carruaje.

—¿Qué decís?

—Digo que es un milagro que hayais andado cinco leguas sin volcar é ir rodando hasta el foso del camino. Mirad.

En efecto, la rueda estaba muy estropeada. El choque de la silla correo la habia roto dos rayos, y destrozado el cubo, que habia perdido la matriz.

—Amigo, dijo al mozo, ¿hay aquí algun carretero?

—Sí, señor.

—Hacedme el favor de ir á buscarle.

—Vive á dos pasos de aquí. ¡Eh! ¡maestro Bourgaillard!

El maestro Bourgaillard, el carretero, estaba en el umbral de la puerta.

Llegó, examinó la rueda é hizo el gesto de un cirujano que ve una pierna rota.

—¿Podeis componer esta rueda al momento?

—Sí, señor.

—¿Cuándo podré marcharme?

—Mañana.

—¡Mañana!

—Hay para trabajar un dia entero. ¿Teneis prisa?

—Mucha. Tengo que marchar dentro de una hora á lo mas.

—Imposible, señor.

—Pagaré todo lo que querais.

—Imposible.

—¡Siquiera en dos horas!

—Imposible por hoy. Hay que hacer dos rayos y un cubo. No podeis marchar hasta mañana.

—Mis asuntos no me permiten esperar á mañana. ¿Y si en vez de componer esta rueda se la reemplazase?

—¿Cómo?

—¿No sois carretero?

—Sí, señor.

—¿Y no teneis una rueda que venderme, y podria marcharme en seguida?



Digitized by Google

—¿Una rueda suelta?

—Sí.

—No tengo ninguna hecha para vuestro cabriolé. Solo se hacen pares de ruedas, porque un par no se hace de dos ruedas cualesquiera.

—Pues bien, vendedme un par de ruedas.

—Es que no todas las ruedas se ajustan á todos los ejes.

—Probad sin embargo.

—Es inútil. Solo tengo de venta dos ruedas de carreta. Este es un pais muy pobre.

—¿Y no teneis un cabriolé que alquilarme?

El maestro carretero, al primer golpe de vista habia conocido que el tilburí era un carruaje alquilado, y contestó alzando los hombros.

—¡Cuidais bien los carruajes que os alquilan! No os alquilaré yo ninguno.

—Pues vendédmelo.

—No le tengo.

—¡Cómo! ¿Ni un carruaje cualquiera? Ya veis que me contento con lo que haya.

—Este es un pais muy pobre. Yo tengo en casa una carretela vieja de un caballero, que me la ha dado para que la guarde, y se sirve de ella cada treinta y seis dias. Yo os la alquilaria, ¿á mí qué mas me da? Pero seria preciso que no la viera pasar su dueño; y además, es una carretela, y necesita dos caballos.

—Tomaré caballos de posta.

—¿A dónde vais?

—A Arras.

—¿Y quereis llegar hoy?

—Sí.

—¿Tomando caballos de posta?

—¿Y por qué no?

—¿Es igual que llegueis á las cuatro de la madrugada?

—No, ciertamente.

—Porque debeis saber que hay algo que hacer antes de tomar caballos de posta. ¿Traeis pasaporte?

—Sí.

—Pues bien, tomando caballos de posta no llegareis á Arras antes de

Digitized by Google

mañana. Estamos en camino de travesía. Los relevos están mal servidos; los caballos están en el campo. Estamos además en la estacion de la labranza; se necesitan muchas yuntas, y se cogen los caballos de cualquier parte, aunque sean los de posta. Tendreis que esperar tres ó cuatro horas en cada parada, y además ireis al paso, porque hay muchas cuestas en el camino.

—¡Vaya! iré á caballo. Desenganchad: me buscareis una silla.

—Sí; ¿pero sufre silla este caballo?

—Es verdad; me recordais que no la sufre.

—Entonces...

—Pero ¿encontraré aquí un caballo de alquiler?

—¿Un caballo para ir á Arras de una tirada?

—Sí.

—Seria necesario un caballo como no los hay por aquí; y tendriais que comprarle antes, porque no sois conocido. Además de que ni alquilado ni comprado le encontrariais por quinientos ni por mil francos.

—¿Qué haré?

—Lo mejor, á fe de hombre honrado, es componer la rueda, y dejar el viaje para mañana.

—Mañana será tarde.

—¡Demonio!

—¿No pasa por aquí el correo que va Arras? ¿A qué hora pasa?

—Mañana á la noche. Los dos carros hacen el servicio de noche, el que va y el que viene.

—¿Y os es necesario todo un dia para componer esta rueda?

—¡Todo un dia!

—¿Y poniéndose dos hombres á trabajar?

—Aunque se pusieran diez.

—Si pudieran atarse los rayos con cuerdas..,.

—Los rayos sí, pero el cubo no. Y además, el rodete está en muy mal estado.

—¿Hay algun alquilador de coches en el pueblo?

—No señor.

El viajero sintió una alegría inmensa.

La Providencia influia en el suceso evidentemente. Ella habia roto la rueda y le detenia en el camino. Sin embargo, no queriendo ceder á

Digitized by Google

esta primera indicacion, acababa de hacer cuantos esfuerzos eran posibles para continuarlo, y habia agotado leal y escrupulosamente todos los medios. No habia retrocedido ni ante la estacion, ni ante el cansancio, ni ante el gasto: no tenia nada de qué culparse. Si no iba mas lejos, no consistia en él. No dependia su detencion de su voluntad, sino de la Providencia.

Respiró, y respiró libremente por primera vez despues de la visita de Javert. Le pareció que la mano de hierro que le oprimia el corazon hacia veinte horas, le dejaba en libertad.

Creia que Dios le protegia.

Se dijo que habia hecho todo lo que podia; y que no le quedaba mas recurso que volverse tranquilamente.

Si su conversacion con el carretero se hubiese verificado en un cuarto de la posada; si no hubiese tenido testigos; si nadie la hubiese oido, todo habria terminado allí, y es muy probable que no tuviésemos que referir ninguno de los acontecimientos que siguen. Pero esta conversacion pasó en medio de la calle. Todo coloquio en la calle produce inevitablemente un corro. Hay muchas personas que solo desean ser espectadores.

Mientras discutia con el carretero, se habian detenido algunos transeuntes, y entre ellos un muchacho en quien nadie habia fijado la atencion, y que se separó del grupo echando á correr.

En el momento en que el viajero, despues de hacer la reflexion que acabamos de decir, se resolvia á retroceder, volvió el muchado acompañado de una vieja.

—Señor, dijo la vieja, este muchacho me ha dicho que quereis alquilar un cabriolé.

Estas sencillas palabras pronunciadas por una vieja, guiada por un chico, le hicieron sudar copiosamente. Creyó ver la mano que le habia soltado reaparecer en la sombra, dispuesta á cogerle de nuevo.

Respondió:

—Sí, buena mujer, quiero alquilar un cabriolé.

Y añadió apresuradamente:

—Pero no hay ninguno en el pueblo.

—Si hay, dijo la vieja.

—¿Dónde? preguntó el carretero.

Digitized by Google

—En mi casa contestó la vieja.

El viajero se estremeció. La mano fatal le habia cogido otra vez.

La vieja tenia en efecto bajo un cobertizo una especie de tartana.

El carretero y el mozo de la posada, pesarosos de que se les escapase el viajero, intervinieron:

—Es un horrible carro,—está apoyado en el mismo eje;—es verdad que los asientos están suspendidos con correas;—llueve lo mismo dentro que fuera;—las ruedas están mohosas y oxidadas por la humedad;—no irá mucho mas allá que el tilburí;—es un carromato.—Este caballero hará muy mal en servirse de él;—etc., etc.

Todo era verdad; pero aquel carro, aquella cosa, cualquiera que fuese, rodaba y podia ir á Arras.

Pagó lo que le pidieron; dejó el tilburí al carretero para que le compusiese hasta su vuelta; hizo enganchar el caballo blanco en la tartana, subió y siguió el camino que traia desde por la mañana.

En el momento en que se puso en movimiento la tartana, se confesó que habia tenido una alegría al creer que no podria ir mas allá. Pero examinando despues esta alegría con algun tanto de cólera, conoció que habia sido absurda. ¿Por qué se habia de alegrar de retroceder? Hacia este viaje voluntariamente, sin que nadie le obligase á ello.

Y ciertamente no sucederia sino lo que él quisiera.

Cuando salia ya de Hesdin, oyó una voz que le gritaba: ¡Parad! ¡parad! Detuvo la tartana con un vivo movimiento en que habia algo febril y convulsivo, que se asemejaba á la esperanza.

Era el muchacho de la vieja.

—Señor, dijo, yo he sido el que os he proporcionado ese carruaje.

—¿Y qué?

—Que no me habeis dado nada.

El viajero, que á todos daba tan fácilmente, halló está pretension exorbitante, enfadosa.

—¡Ah, eres tú, buena pieza! dijo: pues tampoco te daré ahora.

Arreó al caballo, y partió á buen trote.

Habia perdido mucho tiempo en Hesdin, y quiso ganarlo. El caballo era animoso y tiraba como dos; pero era en el mes de febrero, habia llovido, los caminos estaban muy malos, y además la tartana era mucho mas pesada y dura que el tilburí.

Digitized by Google

Empleó cerca de cuatro horas desde Hesdin á Saint-Pol, cuatro horas para cinco leguas.

En Saint-Pol hizo desenganchar en la primera posada que encontró, y mandó llevar el caballo á la cuadra. Segun habia prometido á Scauflaire, estuvo cerca del pesebre mientras comió el caballo, pensando en cosas bien tristes y confusas.

La posadera entró en la cuadra, y le dijo:

—¿Vais á almorzar?

—¡Y es verdad! tengo buen apetito.

Y siguió á la posadera, que tenia bonita y alegre figura, hasta una sala baja, donde habia varias mesas con hule en vez de mantel.

—Despachaos, dijo, debo marchar en seguida, porque tengo mucha prisa.

Una criada gruesa, flamenca, puso al momento un cubierto.

El viajero miró á esta jóven con benevolencia.

—Esto es lo que yo tenia, pensó; que no habia almorzado.

Sirvierónle, cogió el pan, comió un bocado, volvió á dejarle lentamente en la mesa, y no tocó á mas.

Un carretero estaba comiendo en otra mesa. El viajero le dijo:

—¿Por qué es tan amargo este pan?

El carretero era aleman, y no lo entendió.

El viajero volvió á la cuadra cerca de su caballo.

Una hora despues habia salido ya de Saint-Pot, y se dirigia á Tinques, que solo dista cinco leguas de Arras.

¿Qué hacia en el camino? ¿En qué pensaba? Lo mismo que por la mañana miraba cómo pasaban los árboles, los tejados de las cabañas, los campos cultivados, la perspectiva del paisaje que variaba á cada recodo del camino. Esta es una contemplacion que satisface muchas veces al alma, y la dispensa de pensar. ¿Qué puede haber mas melancólico que ver muchos objetos por primera y última vez? Viajar es nacer y morir á cada instante. Tal vez en la region mas vaga de su espíritu comparaba aquellos horizontes variables con la existencia del hombre. Todas las cosas de la vida huyen perpétuamente delante de nosotros; se mezclan la claridad y las sombras; despues de una viva luz viene un eclipse; el hombre mira, corre, tiende las manos para coger lo que pasa; cada incidente es un recodo del camino, y pronto llega la vejez. Se siente por

Digitized by Google

fin como una sacudida; se ve todo negro; se distingue una puerta oscura; el sombrío caballo de la vida que nos conduce, se para: y se ve algun ser velado y desconocido que le desunce en las tinieblas.

El crepúsculo empezaba ya cuando los niños que salian de la escuela vieron entrar al viajero en Tinques. Debemos advertir que aquellos eran de los dias mas cortos del año. No se detuvo en Tinques. Cuando salia del pueblo, un caminero que estaba echando piedra á la carretera, alzó la cabeza, y dijo:

—¡Qué caballo tan cansado!

En efecto, la pobre bestia solo podia ya ir al paso.

—¿Vais á Arras? preguntó el peon.

—Sí.

—Pues si seguis asi, ¡ya llegareis á buena hora!

Detuvo el caballo, y preguntó:

—¿Cuánto hay de aquí á Arras?

—Unas siete leguas largas.

—¡Cómo! La guia de postas no marca mas que cinco leguas y cuarto.

—¡Ah! respondió el peon: ¿pues no sabeis que están componiendo el camino? Le encontrareis cortado á un cuarto de legua, y no podreis ir mas lejos.

—¿De veras?

—Allí tomareis á la izquierda el camino que va á Carency; pasareis el rio, y al llegar á Camblin volvereis á la derecha, por el camino de Mont-Saint-Eloy á Arras.

—Pero va á llegar la noche, y me perderé.

—¿No sois del pais?

—No.

—Pues todo es camino de travesía.—Mirad, caballero, ¿quereis que os dé un consejo? Vuestro caballo está cansado: volved á Tinques: hay una buena posada; acostaos, y mañana ireis á Arras.

—Tengo que estar allí esta noche.

—Eso es diferente. Entonces id á la posada y tomad un caballo de refresco. Un muchacho os guiará por el camino.

Siguió el consejo del peon caminero, volvió atrás, y media hora despues pasó por el mismo sitio, pero al trote largo de un buen caballo

Digitized by Google

que habia agregado al suyo. Un mozo de cuadra, que se llamaba postillon, iba sentado en la delantera del carruaje.

Sin embargo, conocia que perdia tiempo.

La noche caia ya.

Entraron en la travesía. El camino era muy malo. El carruaje caia de un hoyo en otro. Dijo al postillon:

—Siempre al trote, y doble propina.

En un vaiven se rompió el balancin.

—Señor, dijo el postillon, se ha roto el balancin, y no se cómo enganchar los caballos; este camino es muy malo de noche; si quereis ir á dormir á Tinques podremos estar mañana temprano en Arras.

—¿Teneis una cuerda y una navaja? respondió.

—Sí, señor.

Cortó una rama de árbol, é hizo un balancin.

Habia perdido veinte minutos; pero partió al galope.

La llanura estaba tenebrosa; una niebla baja y oscura se arrastraba por las colinas, desprendiéndose como humo; las nubes eran blanquecinas; un fuerte viento que venia de la mar hacia en los límites del horizonte el mismo ruido que hacen los muebles en movimiento. Todo lo que descubria la vista tenia la actitud del terror. ¡Cuántas cosas tiemblan al impulso de esos soplos de la noche!

El frio le penetraba: no habia comido desde la víspera. Recordaba vagamente otro viaje nocturno por las llanuras que rodean á D.— hacia ocho años. Le parecia que habia sido ayer.

Sonó una hora en algun campanario lejano, y preguntó al muchacho:

—¿Qué hora es esta?

—Las siete, señor; á las ocho estaremos en Arras. Solo nos faltan tres leguas.

Entonces se hizo por primera vez una reflexion que estrañó no se le hubiera ocurrido antes: —que era inútil todo el trabajo que se tomaba, pues que no sabia la hora de la vista; —que debia haberse informado; —que era muy ridículo eso de ir adelante sin saber si el viaje seria útil. Despues se hizo varios cálculos; —que ordinariamente las sesiones del tribunal empiezan á las nueve de la mañana; —que no debia ser larga aquella vista; —que estando reducido todo á un robo de manza-

Digitized by Google

nas, seria muy corta; — que solo habria despues una cuestion de identificacion; — cuatro ó cinco declaraciones, y alguna palabra de los abogados; — ¡que llegaria cuando todo habria concluido!

El postillon arreaba al caballo. Habian pasado el rio, y quedaba ya á su espalda Mont-Saint-Eloy.

La noche se hacia cada vez mas oscura.

---



Digitized by Google

# VI.

## SOR SIMPLICIA PUESTA Á PRUEBA.

En aquel mismo momento Fantina estaba llena de alegría.

Habia pasado mala noche. La tos contínua, el aumento de fiebre y el delirio no la habian abandonado. Por la mañana, cuando la visitó e médico, estaba delirando. El doctor estaba alarmado, y habia encargado que le avisasen cuando volviese el señor Magdalena.

La jóven estuvo toda la mañana triste, habló poco, y se entretuvo en doblar la sábana, haciendo en voz baja unos cálculos que parecian de distancias. Sus ojos estaban hundidos y fijos. Parecian casi apagados; pero por momentos brillaban y resplandecian como estrellas. No parece sino que al aproximarse ciertas horas sombrías, la claridad del cielo inunda á los que se encuentran abandonados de la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicia le preguntaba cómo estaba, respondia con las mismas palabras: —Bien. Quisiera ver al señor Magdalena.

Algunos meses antes, en el momento en que Fantina acababa de perder el último resto de pudor, de vergüenza y de alegría, era la sombra de sí misma; á la sazon era su espectro. La enfermedad física habia completado la obra de la enfermedad moral. Aquella jóven, de veinte y cinco años, tenia la frente arrugada, las megillas marchitas, la nariz

Digitized by Google

afilada, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros demacrados, la piel terrosa, y sus cabellos rubios mezclados con algunos grises. ¡Ah! ¡Cómo improvisa la vejez el mal!

A medio dia volvió el médico, dió algunas prescripciones, se informó de si el señor Magdalena habia llegado, y movió tristemente la cabeza.

El señor Magdalena acostumbraba ir todos los dias á las tres á ver á la enferma: y como la exactitud era en este caso bondad, era exacto.

Fantina principió á inquietarse á las dos y media. En el espacio de veinte minutos preguntó mas de diez veces á la religiosa: —¿Qué hora es, hermana?

Dieron las tres. A la tercera campanada, Fantina, que apenas podia moverse en el lecho, se sentó bruscamente; cruzó convulsivamente sus dos manos descarnadas y amarillentas, y exhaló de su pecho uno de esos suspiros profundos que parece levantan un gran peso; despues se volvió y miró á la puerta.

Nadie entró; la puerta no se abrió.

Permaneció asi un cuarto de hora con la vista fija en la puerta, inmóvil y conteniendo el aliento. Sor Simplicia no se atrevia á hablarla. El reloj de la iglesia dió las tres y cuarto: Fantina se dejó caer en la almohada.

No habló ni una palabra, y se puso á plegar la sábana.

Pasó media hora; pasó una hora; nadie entró: cada vez que se oia el reloj, Fantina se incorporaba, miraba á la puerta y volvia á dejarse caer.

Descubríase claramente su pensamiento; pero no pronunciaba ningun nombre; no se quejaba; no acusaba á nadie. Solamente tosía de una manera lúgubre. Parecia que la iba cubriendo alguna nube oscura. Estaba lívida; sus labios se habian vuelto azules; sin embargo, se sonreia en algunos momentos.

Dieron las cinco. La religiosa oyó que decia en voz muy baja y lenta:

—¡Ya que me voy mañana, hace mal en no venir hoy!

Sor Simplicia estaba tambien admirada del retraso del señor Magdalena.

Digitized by Google

Fantina miraba al cielo de la cama. Parecia que queria recordar alguna cosa. De repente se puso á cantar con una voz débil como un soplo. La rèligiosa escuchó: esto era lo que cantaba:

Paseando las calles
Compraremos cosas
De lindo color.
Azul es el lirio,
Rosadas las rosas.
¡Que viva mi amor!

La Vírgen María
Ayer en mi hogar,
Con manto bordado
Me fué á visitar.
—Bajo este mi velo,
Me dijo, verás
El niño que un dia
Pedido me has.—
Corred á la villa
Y lienzo comprad,
Y tambien el hilo,
Tambien un dedal.
Paseando las calles
Compraremos mas.
¡Oh, qué bellas cosas
Vamos á comprar!
Buena y santa Vírgen,
Cerca de mi hogar
Adorné una cuna
Con cintas sin par,
Y aunque Dios su estrella
De mas claridad
Me diera, á este niño
Lo quisiera mas.
¿Qué hacer con el lienzo
Que se fué á comprar
Al reciennacido?
La ropa formad.
Del rio en las aguas
La ropa lavad,
Sin mancharla nada,
Sin nada arrugar.
Una hermosa chambra
Y un bello cendal,

Digitized by Google

Que de lindas flores
Le pienso cuajar.
—Mas ¿qué hacer, que el niño
No parece ya?
Haced unos paños
Y me amortajad.

Paseando las calles
Compraremos cosas
De lindo color.
Azul es el lirio,
Rosadas las rosas;
¡Que viva mi amor!

Esta cancion era un antiguo romance de nodriza con que solia dormir á Cosette, y que no se habia presentado á su espíritu en los cinco años que hacia que no habia visto á su niña. Fantina cantó con una voz tan triste y tan dulce, que escitaba el llanto aun de una religiosa. La hermana, acostumbrada á la austeridad, sintió que se le saltaba una lágrima.

El reloj dió las seis, sin que al parecer lo oyese Fantina, que no prestaba atencion á cosa alguna.

Sor Simplicia envió una criada á preguntar á la portera si habia vuelto el señor alcalde, y si subiria pronto á la enfermería. La criada volvió despues de algunos minutos.

Fantina seguia inmóvil como atendiendo solo á sus ideas.

La criada dijo en voz muy baja á sor Simplicia que el señor Magdalena habia salido por la mañana antes de las seis, á pesar del frio que hacia, en un tilburí tirado por un caballo blanco, que habia salido solo, hasta sin cochero; que no se sabia el camino que habia tomado; que algunos decian que le habian visto por el camino de Arras, y otros que por el de París; que al marcharse habia estado como siempre, muy amable, pero que habia dicho á la portera que no le esperase aquella noche.

Mientras las dos mujeres, con la espalda vuelta á la cama de Fantina, hablaban en voz baja, la hermana preguntando y la criada conjeturando, Fantina, con la viveza febril propia de ciertas enfermedades orgánicas, en que se combinan los movimientos libres de la salud con la espantosa debilidad de la muerte, se puso de rodillas en la cama, apo-

Digitized by Google

yando sus crispadas manos en la almohada, y escuchó sacando la cabeza por entre las cortinas. De repente esclamó:

—¿Estais hablando del señor Magdalena? ¿Por qué hablais bajo? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oir una voz de hombre, y se volvieron asustadas.

—Respondedme, gritó Fantina.

La criada balbuceó:

—La portera me ha dicho que no podia venir hoy.

—Hija mia, dijo la hermana; estáos quieta, y echáos.

Fantina, sin cambiar de actitud, respondió en voz alta y acento imperioso;

—¿No podrá venir? ¿Por qué? Vosotras sabeis la causa: os la decíais en secreto. Quiero saberla.

La criada se apresuró á decir á la religiosa al oido: Decid que está ocupado en el ayuntamiento.

Sor Simplicia se ruborizó ligeramente: la criada le proponia una mentira. Por otra parte creia que decir la verdad á la enferma seria causarle un gran dolor; lo que era grave en el estado de Fantina. Este rubor duró poco. La hermana dirigió á la jóven su mirada tranquila y triste, y dijo:

—El señor alcalde ha marchado fuera de la poblacion.

Fantina se levantó, y se sentó sobre los talones. Sus ojos brillaron; una alegría inmensa cubrió aquella fisonomía dolorida.

—¡Ha marchado! esclamó. ¡Ha ido á buscar á Cosette!

Despues levantó los brazos al cielo, y en su rostro se pintó uua espresion inefable. Movia los labios; oraba en voz baja.

Cuando acabó su oracion, dijo:

—Hermana mia, voy á echarme otra vez; voy á hacer todo lo que querais. Hace poco he sido mala; os pido perdon por haber hablado alto. Ya sé que me hace daño hablar alto; pero, hermana mia, ya veis que estoy muy contenta. Dios es muy bueno; el señor Magdalena tambien es bueno: figuráos que ha ido á buscar á mi Cosette á Montfermeil.

Volvió á echarse, ayudó á la hermana á arreglar la almohada, y besó una crucecita de plata que llevaba al cuello, regalo de sor Simplicia.

Digitized by Google

—Hija mia, dijo la religiosa, descansad ahora, y no hableis mas.

Fantina cogió con sus manos húmedas la mano de la beata, que padecia sintiendo aquel sudor.

—Ha salido esta mañana para París; y en verdad que no tiene necesidad de pasar por París. Montfermeil está un poco á la izquierda al venir. ¿Os acordais cómo me decia ayer cuando yo le hablaba de Cosette: *pronto, pronto?* Me queria dar una sorpresa. Ya sabeis que me habia hecho firmar una carta para recogerla de los Thenardier. No dirán nada ¿no es verdad? y entregarán á Cosette, porque se les paga. Las autoridades no consentirian que se quedasen con la niña habiéndoles pagado. Hermana, no me hagais señas para que no hable. Soy muy feliz; voy muy bien; ya no estoy mala; voy á ver á Cosette; hasta tengo hambre. Hace mas de cinco años que no la veo. ¡Vosotras no podeis figuraros cómo se quiere á los hijos! ¡Estará tan hermosa! ¡Tiene unos dedos rosados tan pequeñitos! ¡Tendrá ahora unas manos tan bonitas! ¡Al año tenia unas manos tan diminutas!—¡Ah, debe estar ya muy alta! Tiene siete años. Es una señorita. Yo la llamo Cosette; pero su nombre es Eufrasia. Esta mañana estaba yo mirando el polvo que habia en la chimenea, y estaba pensando en que la veria pronto. ¡Dios mio! ¡Qué triste es pasar muchos años sin ver á un hijo! Porque es preciso conocer que la vida no es eterna. ¡Oh, qué bueno es el señor alcalde, que ha ido por ella! ¿Es verdad que hace mucho frio? ¿Habrá llevado su capa por lo menos? ¿Vendrá mañana, no es cierto? Mañana será un dia de fiesta. Mañana por la mañana, hermana mia, me recordareis que me ponga la papalina de encaje. Yo he andado el camino de Montfermeil á pie. El señor alcalde ha ido muy lejos por mí; pero las diligencias van muy de prisa. Mañana estará aquí con Cosette. ¿Cuánto hay de aquí á Montfermeil?

La hermana, que no tenia idea alguna de las distancias, respondió:

—Creo que podrá estar de vuelta mañana.

—¡Mañana! ¡Mañana! dijo Fantina, ¡veré á mi Cosette mañana! Ya veis, buena religiosa de Dios misericordioso, que no estoy mala. Estoy loca. Bailaria si quisiérais.

El que la hubiera visto un cuarto de hora antes la habria desconocido. Estaba sonrosada; hablaba en voz viva y natural; todo su semblante se habia convertido, por decirlo asi, en una sonrisa. Reíase por

Digitized by Google

momentos hablando en voz baja. Alegría de madre, que es casi alegría de niño.

—Vamos, dijo la religiosa, ya sois feliz; obedecedme, no hableis mas.

Fantina echó la cabeza en la almohada, y dijo á media voz: —Sí, échate, ten paciencia, porque vas á ver á tu hija. Sor Simplicia tiene razon. Todos los que están aquí tienen razon.

Y despues, sin moverse, sin menear la cabeza, miró á todas partes con sus grandes ojos abiertos y aire alegre, y no habló mas.

La hermana cerró las cortinas creyendo que se dormiria.

Entre siete y ocho llegó el médico. No oyendo ningun ruido, creyó que Fantina dormia, entró con cuidado, y se acercó de puntillas á la cama. Separó un poco las cortinas, y descubrió los grandes ojos de Fantina, que le miraban tranquilamente.

La jóven le dijo: —¿No es verdad que dejareis que la acueste á mi lado en una camita?

El médico creyó que deliraba; ella añadió:

—Mirad, hay el sitio justo.

El médico llamó aparte á sor Simplicia, que le esplicó todo, diciéndole que el señor Magdalena se habia marchado por uno ó dos dias, y que en la duda, no habian creido conveniente desengañar á la enferma, que creia habia ido á Montfermeil; además de que podia ser verdad.

El médico lo aprobó, y acercándose á la cama oyó que Fantina decia:

—Ya vereis, cuando despierte por la mañana la daré los buenos dias; y por la noche, como no duermo, la veré dormir. Su tranquilo sueño me hará un gran bien.

—Dadme la mano, dijo el médico.

Estendió el brazo, y esclamó riendo:

—¡Ah! es verdad, ¿no lo sabeis? Ya estoy buena. Cosette llega mañana.

El médico se sorprendió; estaba mejor; la opresion era menor; el pulso habia tomado su primitiva fuerza. Una especie de nueva vida reanimaba aquel cuerpo desfallecido.

—Señor doctor, dijo la enferma, ¿os ha dicho ya la hermana que el señor alcalde ha ido á buscar á mi cariñito?

El médico recomendó el silencio, y que se evitase toda emocion pe-

Digitized by Google

nosa. Recetó una infusion de quinina pura; y para el caso en que volviese la fiebre á la noche, una pocion calmante. Al marcharse dijo á la hermana: —Esto va mejor. Si el señor alcalde viniese mañana con la niña, ¿quién sabe? Hay crísis tan asombrosas; se han visto curas hechas por grandes alegrías, y aunque sé que esta es una enfermedad orgánica muy adelantada, sé tambien que hay en esto mucho misterioso. Tal vez se salvaria.

---



Digitized by Google

# VII.

## EL VIAJERO AL LLEGAR AL TÉRMINO DE SU VIAJE TOMA SUS PRECAUCIONES PARA VOLVERSE.

Eran cerca de las ocho de la noche cuando la tartana que hemos dejado en el camino entró por la puerta-cochera de la casa de Postas de Arras. El hombre á quien hemos seguido hasta este momento se apeó, respondió con aire distraido á los cuidados he los criados de la posada, despidió al postillon con el caballo de refresco que habia llevado, y llevó por sí mismo el blanco á la cuadra: despues empujó la puerta de una sala baja, y se sentó apoyando los codos en una mesa. Habia empleado catorce horas en un viaje en que solo esperaba emplear seis. Decíase que no era suya la culpa; pero en el fondo no lo sentia.

La posadera entró:

—¿Quereis comer ó acostaros?

El viajero hizo un signo negativo.

—El mozo dice que vuestro caballo está muy cansado.

Aquí rompió el silencio.

—¿No podrá volver á viajar mañana por la mañana?

—¡Oh! Necesita por lo menos dos dias de descanso.

—¿No es esta la casa de postas? preguntó.

Digitized by Google

—Sí, señor.

La posadera le llevó al despacho, donde presentó su pasaporte, y preguntó si podria ir aquella noche á M. — á orillas del M. — en el correo; precisamente el asiento estaba desocupado, y le tomó.—Caballero, dijo el empleado, no falteis á la una en punto.

Despues salió de la posada y empezó á andar por la poblacion.

No habia estado nunca en Arras; las calles estaban oscuras, iba á la ventura; pero se obstinaba en no preguntar á los transeuntes. Pasó el riachuelo Crinchon, y se encontró en un dédalo de callejuelas en que se perdió; pero viendo á un hombre con un farol, se decidió á preguntarle, no sin haber antes mirado á derecha é izquierda, como si temiera que alguien oyese su pregunta.

—Amigo, dijo, ¿me hareis el favor de decir dónde está la audiencia?

—¿No sois de aquí? respondió el transeunte, que era un viejo; pues bien, seguidme. Voy precisamente hácia la audiencia, es decir, hácia la prefectura; porque están ahora reparando la audiencia, y los tribunales están en la prefectura.

—¿Y allí se ven las causas?

—Sin duda, caballero; la prefectura era el palacio del obispo antes de la revolucion. El señor de Conzié que era obispo el año de ochenta y dos, hizo una gran sala, que es donde hoy se reune el tribunal.

Por el camino el hombre continuó:

—Si es una causa lo que quereis ver, ya es tarde, porque suelen concluir á las seis.

Pero cuando llegaron á la plaza el hombre le enseñó cuatro grandes ventanas iluminadas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

—A fé que llegais á tiempo, añadió: teneis fortuna. ¿Veis esas cuatro ventanas? Son de la sala del tribunal. Hay luz; por lo tanto, no deben de haber concluido. Será largo el negocio, y tendrán audiencia de noche. ¿Teneis interés en esta causa? ¿Es causa criminal? ¿Sois testigo?

Respondió:

—No vengo á ninguna causa; sino que tengo solo que hablar á un abogado.

—Eso es otra cosa, dijo el hombre. Ahí está la puerta, donde está el centinela. No teneis que hacer mas que subir la escalera principal.

Siguió las indicaciones del viejo, y algunos minutos despues estaba

Digitized by Google

en una sala, donde habia mucha gente y varios grupos, compuestos en parte de abogados con toga, que cuchicheaban acá y allá.

Es cosa que oprime el corazon ver esos grupos de hombres vestidos de negro, que hablan en voz baja á la puerta de la sala del tribunal. Es muy raro encontrar caridad y compasion en sus palabras; en cambio se encuentran condenas anticipadas. Tales grupos se presentan al que los observa como sombrías colmenas, ó como espíritus zumbantes que construyen en comun toda clase de edificios tenebrosos.

La sala era una espaciosa habitacion alumbrada por una sola lámpara; habia sido una sala del palacio del obispo, y servia de antecámara al tribunal. Una puerta de dos hojas, cerrada en aquel momento, la separaba de la sala en que se reunian lós jueces para deliberar.

La oscuridad era tal, que el viajero no temió dirigirse al primer abogado que encontró.

—Caballero, le dijo, ¿en qué están?

—Ya se acabó, dijo el abogado.

—¿Se acabó?

Dijo esta palabra con tal acento, que el abogado se volvió.

—¿Sois tal vez algun pariente?

—No. No conozco á nadie, ¿Ha habido condena?

—Sí. No era posible otra cosa.

—¿A presidio?

—A galera perpétua.

—¿Se ha probado la identidad? dijo con voz tan débil que apenas se le oia.

—¿Qué identidad? contestó el abogado. No habia ninguna identificacion que hacer. Esa mujer habia matado á su hijo; se ha probado el infanticidio; el jurado ha desechado el cargo de premeditacion, y ha sido condenada á galera por toda la vida.

—¿Pero es una mujer? dijo.

—Ciertamente, la Limosin. ¿Pues de qué hablais?

—De nada. Pero supuesto que han acabado, ¿por qué está aun la sala iluminada?

—Por el otro proceso que ha empezado hace cerca de dos horas.

—¿Cuál?

—¡Oh! Ese es muy claro tambien: un pícaro, un reincidente, un

Digitized by Google

presidiario que ha robado. No sé su nombre; pero tiene cara de bandido: solo por su figura le enviaria yo á presidio.

—¿Y hay medio de entrar en la sala?

—Creo que no. Hay mucha gente. Sin embargo, se ha suspendido la audiencia: han salido algunas personas, y al volverse á abrir podeis probar.

—¿Por dónde se entra?

—Por esa puerta grande.

El abogado le dejó. En pocos instantes, casi simultáneamente, habia esperimentado todas las emociones posibles. Las palabras indiferentes de aquel abogado le habian atravesado el corazon como agujas de hielo, como puntas de fuego. Cuando supo que aun no habia acabado la causa, respiró; pero no hubiera podido decir si lo que sentia era alegría ó dolor.

Se acercó á algunos grupos y escuchó lo que decian. Habiendo muchas causas, el presidente habia señalado para aquel dia dos de las mas sencillas y breves. Se habia visto primero la de infanticidio, y entonces se veia la del presidiario, del reincidente, del «caballo de retorno.» Aquel hombre habia robado unas manzanas; pero esto no estaba bien probado; lo que estaba bien probado era que habia sido presidiario en Tolon. Esto era lo que daba mal giro á su negocio. Habian terminado el interrogatorio y las declaraciones de los testigos; pero faltaban aun la acusacion del ministerio público y la defensa del abogado, con lo cual llegarian las doce de la noche, tal vez antes de que se concluyera la vista. El acusado saldria probablemente condenado; el fiscal era muy elocuente, y no perdia ningun negocio de estos: era un jóven de talento que hacia versos.

Cerca de la puerta y de pie estaba un portero, á quien preguntó nuestro viajero:

—¿Se abrirá pronto la puerta?

—No se abrirá.

—¡Cómo! ¿No se volverá á abrir cuando continúe la vista? ¿No está suspendida?

—La vista continúa ya; pero la puerta no se abrirá.

—¿Por qué?

—Porque está llena la sala.

Digitized by Google

—¡Y qué! ¿No hay ni un solo sitio?

—Ni uno. La puerta está cerrada, y nadie puede entrar.

El portero añadió despues de un momento de silencio:

—Solo hay dos ó tres sitios detrás del señor presidente; pero allí solo entran los funcionarios públicos.

Y diciendo esto volvió la espalda.

Nuestro hombre se retiró con la cabeza baja, atravesó la antecámara, y bajó la escalera lentamente como dudando en cada escalon. Es probable que tuviera una especie de consejo consigo mismo. La violenta lucha que se verificaba en su interior desde la víspera no habia concluido; á cada momento entraba en una nueva peripecia. Cuando llegó á la meseta de la escalera, se arrimó á la barandilla y cruzó los brazos. De repente se desabrochó la levita, sacó su cartera, cogió un lápiz, arrancó una hoja y escribió rápidamente á la luz del farol estas palabras: —*El señor Magdalena, alcalde de M.* —*á orillas del M.* —Despues subió la escalera con precipitacion, atravesó la multitud, se dirigió al portero, le dió el papel, y le dijo con voz de mando: —Entrad esto al señor presidente.

El portero tomó el papel, le miró y obedeció.

Digitized by Google

# VIII.

## ENTRADA DE FAVOR.

El alcalde de M. — á orillas del M, — habia adquirido, sin él saberlo, cierta celebridad. Hacia siete años que su reputacion de virtud se estendia por el Bajo Boloñés, y habia pasado los límites de tan pequeña comarca, llegando á las dos ó tres provincias próximas. Además del gran servicio que habia hecho á la capital reformando la industria de los abalorios negros, no habia ni uno de los ciento cuarenta y un ayuntamientos del distrito que no le debiese algun beneficio, porque tambien habia ayudado y protegido la industria de los demás distritos. Habia sostenido con su crédito y sus fondos la fábrica de tules de Boloña, la de hilados de lino á máquina de Frevent, y los telares hidráulicos de Boubers de Rio Cauche. En todas partes se pronunciaba con veneracion su nombre. Arras y Douai envidiaban su alcalde á la pequeña poblacion de M. — á orillas del M. —

El magistrado de la audiencia de Douai que presidia el tribunal de Arras, conocia, como todo el mundo, aquel nombre tan profunda y universalmente respetado; y cuando el portero, abriendo discretamente la puerta que comunicaba con la sala de vista, se inclinó detrás del sillon del presidente, y le dió el papel que acabamos de leer, añadiendo: *Este*

Digitized by Google

*caballero desea asistir á la vista*, el presidente hizo un movimiento de deferencia, cogió la pluma, escribió algunas palabras en el mismo papel, y se le dió al portero diciendo: Que entre.

El desgraciado cuya vida vamos refiriendo se habia quedado de pie en la puerta de la sala, en el mismo sitio y en la misma actitud en que el portero le habia dejado, y oyó en medio de su meditacion una voz que e decia: ¿Quereis hacerme el honor de seguirme?

Era el portero que le habia vuelto la espalda un instante antes, y que á la sazon le saludaba profundamente. Le dió el papel, él le desdobló, y como estaba cerca de la lámpara, pudo leer: «El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Magdalena.»

Restregó el papel entre sus manos, como si aquellas palabras tuviesen para él un sabor estraño y amargo, y siguió al portero.

Algunos minutos despues estaba en una especie de gabinete de aspecto severo, alumbrado por dos bugías que habia encima de una mesa cubierta de un tapete verde. Aun tenia en los oidos las últimas palabras del portero que acababa de dejarle: «Caballero, esta es la sala de »las deliberaciones: no teneis que hacer mas que tocar el boton de co»bre de esa puerta, y os hallareis en la sala del tribunal, detrás del »sillon del señor presidente.» Estas palabras se mezclaban en su pensamiento con un recuerdo vago de los negros corredores y estrechas escaleras que acababa de recorrer.

El portero le habia dejado solo. Habia llegado el momento supremo. Trataba de recogerse en sí mismo, y no podia conseguirlo. En los momentos en que el hombre tiene mas necesidad de pensar en las realidades dolorosas de la vida, es precisamente cuando los hilos del pensamiento se rompen en el cerebro. Estaba en el mismo sitio en que los jueces deliberan y condenan. Miraba con tranquilidad estúpida aquel aposento pacífico y temible, en que se habian roto tantas vidas, en que iba á resonar su nombre, y que su destino atravesaba en aquel momento. Miró despues á la pared, se miró á sí propio, asombrándose de estar en aquel sitio y de ser él mismo.

No habia comido hacia veinte y cuatro horas; estaba rendido del movimiento del carruaje; pero no lo sentia, le parecia que no sentia nada.

Se aproximó á la pared, y se paró ante un cuadro negro que con-

Digitized by Google

tenia, cubierta con un cristal, una carta autógrafa de Juan Nicolás Pache, corregidor de París y ministro, fechada sin duda por una equivocacion el 9 de *junio* del año II, y en la cual Pache enviaba al ayuntamiento la lista de los ministros y diputados arrestados en sus casas respectivas. Si alguno le hubiera visto en aquel momento, habria creido sin duda que aquella carta le interesaba, porque no separaba sus ojos de ella, despues de haberla leido dos ó tres veces. Pero la leyó sin poner por su parte atencion alguna. Pensaba en Fantina y en Cosette.

Sin dejar su meditacion, se volvió y vió el boton de cobre de la puerta que le separaba de la sala. Casi se habia olvidado de la tal puerta. Detúvose su mirada, hasta entonces tranquila, en aquel boton, se estravió despues, y poco á poco se fue llenando de espanto. Gruesas gotas de sudor salian de sus cabellos, y corrian por sus sienes.

Lanzó despues, con cierta especie de autoridad, y al mismo tiempo de rebelion, un grito indescriptible, que queria decir: *¡Pardiez! ¿quién me obliga á mí?* Se volvió vivamente, vió la puerta por donde habia entrado, se dirigió á ella, la abrió y salió. Ya no estaba en aquel cuarto; estaba fuera. Se encontró en un pasillo largo, estrecho, cortado por escalones y postigos que formaban toda clase de ángulos, y alumbrado aquí y allá por faroles parecidos á lamparillas de enfermos; era el pasillo por donde habia entrado. Respiró, escuchó, no oyó nada por ningun lado, y huyó como si le persiguieran.

Cuando hubo recorrido algunos recodos del pasillo escuchó de nuevo. El mismo silencio y la misma sombra le rodeaban. Estaba sofocado, temblaba; tuvo que apoyarse en la pared. La piedra estaba fria; helóse el sudor en su frente, y se enderezó temblando.

Entonces, solo, de pie en aquella oscuridad, tembló de frio, y quizá tambien de otra cosa. Meditó.

Habia estado meditando toda la noche, todo el dia; solo podia oir una voz que le decia: ¡Ay de tí!

Asi pasó un cuarto de hora. Por fin inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer los brazos y volvió atrás. Anduvo lentamente y como oprimido de algun peso, como si alguno le hubiese cogido en su fuga y le volviese.

Entró de nuevo en la sala de las deliberaciones, y lo primero que vió fue el boton de la puerta, que era de cobre pulimentado y resplandecia,



Digitized by Google

para él, como una estrella horrible. Le miró como una oveja puede mirar á un tigre.

No podia separar los ojos de aquel boton.

De rato en rato daba un paso y se acercaba á la puerta.

Si hubiera escuchado, habria oido una especie de murmullo confuso, el ruido de la sala; pero ni oia, ni escuchaba.

De pronto, sin saber cómo, se encontró cerca de la puerta, y cogió convulsivamente el boton; la puerta se abrió.

Estaba en la sala de la audiencia.

Digitized by Google

# IX.

## UN SITIO DONDE EMPIEZAN Á FORMARSE LAS CONVICCIONES.

Dió un paso, cerró maquinalmente la puerta detrás de sí, y quedó de pie examinando lo que veia.

Era la sala un vasto recinto iluminado apenas; ya silencioso, ya lleno de un vago rumor, todo el aparato de un proceso criminal se desplegaba, con su mezquina y lúgubre gravedad, en medio de la multitud.

En un estremo de la sala, precisamente en el mismo que él estaba, los jueces, con aire distraido, con la toga usada, se mordian las uñas ó cerraban los párpados; en el otro estremo una multitud desarrapada; abogados en toda clase de actitudes; soldados de fisonomía tan dura como honrada; un entarimado lleno de manchas, un techo sucio, mesas cubiertas de un paño mas amarillo que verde; puertas ennegrecidas por las manos; algunos clavos en la pared; quinqués tabernarios que daban mas tufo que claridad; en las mesas algunas velas de sebo en candeleros de cobre; la oscuridad, la fealdad, la tristeza; y todo esto producia una impresion grave y augusta, porque se descubria esa gran cosa humana que se llama ley, y esa gran cosa divina que se llama justicia.

Digitized by Google

En toda aquella gran multitud, nadie hizo caso de él. Todas las miradas se fijaban en un punto único, en un banco de madera situado cerca de una puertecilla á la izquierda del presidente. En aquel banco, alumbrado por varias velas, habia un hombre entre dos gendarmes.

Aquel era el acusado.

No le buscó, le vió. Sus ojos se dirigieron allí naturalmente, como si antes hubiesen visto ya el sitio que ocupaba.

Y creyó verse á sí mismo, envejecido, no con su mismo rostro, pero con el mismo aspecto, con sus cabellos erizados, con aquella mirada salvaje é inquieta, con aquella blusa que llevaba el dia que entró en D.—lleno de odio, y ocultando en su alma aquel espantoso tesoro de pensamientos horribles, acumulados en tantos años de presidio.

Y se dijo estremeciéndose:—¡Dios mio! ¿me convertiré yo en eso?

Aquel hombre parecia tener á lo menos sesenta años; habia en su aspecto un no sé qué de rudeza, de estupidez, de espanto.

Al ruido de esta puerta, el presidente volvió la cabeza; y conociendo que el que acababa de entrar era el alcalde de M.—á orillas del M.—le saludó. El fiscal, que habia visto al señor Magdalena en M.—á orillas del M.,—adonde las funciones de su ministerio le habian llamado alguna vez, le conoció y le saludó tambien. El apenas lo notó. Estaba sometido á una especie de alucinacion: miraba solamente.

Hacia veintisiete años habia visto lo mismo que entonces: á los jueces, al escribano, á los gendarmes, á aquella multitud de cabezas cruelmente curiosas. Volvia á encontrar aquel espectáculo lúgubre; las mismas cosas que existian, que se movian, que vivian. Aquello no era un esfuerzo de su memoria, ni una pintura de su imaginacion; eran verdaderos gendarmes, verdaderos jueces, verdaderos espectadores, verdaderos hombres de carne y hueso. Aquello existia evidentemente: veia reaparecer, revivir en toda su horrible realidad las escenas monstruosas de su pasado.

Todo esto era lo que tenia delante de sí.

Se sintió horrorizado, y cerró los ojos, y esclamó en lo mas profundo de su alma: ¡Nunca!

Y por un capricho trájico de su destino que le estremecia, y casi le volvia loco, tenia delante á otro que era él mismo. Aquel hombre á quien estaban juzgando, le conocian todos por Juan Valjean.

Digitized by Google

Tenia ante sus ojos (vision estraordianaria) la escena mas horrible de su vida, representada por su fantasma.

Todo era lo mismo: el mismo aparato, la misma hora de la noche, casi las mismas caras de los jueces, y de los soldados y de los espectadores. Solamente encima de la cabeza del presidente habia un crucifijo que no habia en los tribunales cuando él fue condenado. Entonces Dios estaba ausente.

Habia detrás de él una silla, se dejó caer en ella, temiendo que pudieran verle; y se aprovechó de un legajo de papeles que habia en la mesa de los jueces para ocultar su rostro á los espectadores. Podia, pues, ver sin ser visto. Entonces entró en el sentimiento de la realidad, y se repuso: llegó á esa fase de calma en que se puede escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó á Javert y no le encontró. La mesa del escribano le ocultaba la vista del banco de los testigos; y además, segun hemos dicho ya, la sala estaba poco alumbrada.

En el momento en que entró, el defensor acababa su peroracion. La atencion de los espectadores se hallaba muy escitada; la vista habia durado ya tres horas. Hacia tres horas que aquella muchedumbre veia encorvarse poco á poco bajo el peso de una semejanza horrible, á un hombre, á un desconocido, á un ser miserable, profundamente estúpido, ó profundamente hábil. Aquel hombre era un vagabundo, que habia sido cogido en el campo con una rama cargada de manzanas maduras, arrancada de un manzano de un cercado próximo, llamado el cercado de Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Habíase procedido á una investigacion: habian sido oidos los testigos, habian estado conformes, y los hechos se habian aclarado. La acusacion decia:—No solamente tenemos aquí un ladron de frutos, un merodeador; tenemos en nuestras manos un bandido, un relapso, un antiguo presidiario, un malvado de los mas peligrosos, un malhechor llamado Juan Valjean, á quien persigue la justicia hace mucho tiempo, y que hace ocho años al salir del presidio de Tolon cometió un robo en despoblado á mano armada en la persona de un muchacho llamado Gervasillo; crímen previsto por el artículo 383 del Código penal, por cuyo crímen nos reservamos juzgarle cuando se haya averiguado la identidad legal de su persona. Acaba de cometer un nuevo robo, lo que constituye la reincidencia. Condenadle ahora por el último

Digitized by Google

crímen; luego será juzgado por el antiguo.—El acusado seguia como asombrado ante esta acusacion, y ante la unanimidad de los testigos. Hacia gestos y signos negativos, ó miraba atentamente al techo. Hablaba con trabajo, respondia con embarazo; pero toda su persona, desde los pies á la cabeza, negaba los hechos alegados. Estaba como un idiota en presencia de aquellas inteligencias formadas en batalla en derredor suyo; como un estranjero en medio de aquella sociedad que le cercaba. Y sin embargo, de allí podia salir para él un porvenir terrible; la verosimilitud crecia por momentos; y aquella multitud miraba con mas ansiedad que él mismo la sentencia llena de calamidades que amenazaba su cabeza mas y mas. Una eventualidad dejaba entrever posible la pena de muerte, si se reconocia la identidad, si sobre el robo de Gervasillo recaia una condena. ¿Qué era, pues, aquel hombre? ¿De qué naturaleza era su apatía? ¿Era imbécil ó astuto? ¿Comprendia demasiado, ó no comprendia nada? Cuestiones que dividian á la multitud, y que parecia dividian tambien al jurado. En aquel proceso habia horror ó intriga; el drama era no solo sombrío sino oscuro.

El defensor habia hablado bastante bien en ese lenguaje provinciano que ha sido por mucho tiempo la elocuencia del foro, que usaban en otro tiempo los abogados, lo mismo en París, que en Romorantin ó en Montbrison, y que hoy, habiéndose hecho clásico, le practican solo los oradores oficiales, á quienes conviene, por su sonora gravedad y su frase magestuosa; lenguaje en que el marido se llama *esposo*, la mujer *esposa*, París *el centro de las artes y de la civilizacion*, el rey *el monarca*, el obispo *un santo pontífice*, el fiscal *el elocuente intérprete de la vindicta pública*, los oradores *la voz que acaba de oirse*, el siglo de Luis XVI *el gran siglo*, un teatro *el templo de Melpómene*, la familia reinante *la augusta sangre de nuestros reyes*, un concierto *una solemnidad musical*, el comandante general de la provincia *el ilustre guerrero que etc.*, los alumnos del seminario *esos tiernos levitas*, los errores imputados á los periódicos *la impostura que destila su veneno en las columnas de esos órganos*, etc., etc.;—el abogado, pues, habia empezado por el robo de manzanas,—cosa difícil para un buen estilo; pero el mismo Benigno Bossuet se vió obligado á aludir á una gallina en una oracion fúnebre, y lo hizo con elocuencia. El abogado habia sentado que el robo de las manzanas no estaba suficientemente probado.—Su cliente, á quien como

Digitized by Google

defensor persistia en llamar Champmathieu, no habia sido visto al escalar la pared, ni al romper la rama.—Habia sido cogido con esta rama (que el abogado llamaba con mas gusto *ramo*)—pero él decia que la habia encontrado en el suelo y recogido. ¿Dónde estaba la prueba de lo contrario?—Sin duda esta rama habia sido arrancada, robada despues de un escalamiento, y arrojada por el ladron atemorizado; sin duda habia habido un ladron, pero ¿qué probaba que este ladron fuera Champmathieu? Una sola cosa. Que habia sido presidiario. El abogado no negaba que esto parecia desgraciadamente bien probado: el acusado habia residido en Faverolles; el ausado habia sido podador; el nombre de Champmathieu podia muy bien tener por orígen Juan Mathieu; todo esto era verdad; además, cuatro testigos reconocian sin duda alguna, positivamente en Champmathieu al presidiario Juan Valjean. A estas indicaciones, á estos testimonios, el abogado no podia oponer mas que la negativa de su cliente, negativa interesada; pero aun suponiendo que fuese Juan Valjean, ¿probaba esto que fuese el autor del robo de manzanas? Esto era á lo mas una presuncion, no una prueba. El defensor «en su buena fe» debia convenir en que el acusado habia adoptado «un mal sistema de defensa.» Se obstinada en negarlo todo: el robo y su condicion de presidiario. La confesion en este último punto hubiera sido mucho mejor, y de seguro le hubiera granjeado la indulgencia de los jueces; su defensor le habia aconsejado; pero el acusado se habia negado obstinadamente, creyendo sin duda salvarse negándolo todo. Esto estaba mal hecho; ¿pero no debia tenerse en cuenta su escasa inteligencia? Aquel hombre era visiblemente estúpido. Su larga permanencia en el presidio, su gran miseria fuera de él le habian embrutecido, etc.; se defendia mal; pero ¿era esta una razon para condenarle? En cuanto al robo de Gervasillo, el abogado no tuvo que hablar de él, porque no estaba en la causa. El abogado concluia suplicando al jurado y al tribunal, que si creian probada la identidad de Juan Valjean, le aplicasen la correccion de policía que se aplica á los trasgresores de un bando, y no el castigo terrible de un reincidente.

El fiscal contestó al defensor. Estuvo violento y florido, como están habitualmente los fiscales.

Felicitó al defensor por su «lealtad», se aprovechó de ella hábilmente y atacó al acusado por todas las concesiones que habia hecho. El abogado

Digitized by Google

parecia haber concedido que el acusado era Juan Valjean; y el fiscal tomó acta de estas palabras. Esta parte de la acusacion era, pues, un hecho aceptado y no podia negarse. Despues, por una hábil antonomasia, remontándose al orígen y causas de la criminalidad, tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica, que estaba entonces en su apogeo bajo el nombre de *escuela satánica*, que le habian dado los críticos de la *Quottidienne* y del *Oriflamme*; atribuyó, no sin verosimilitud, á la influencia de esta literatura perversa el delito de Champmathieu, ó por mejor decir, de Juan Valjean. Agotadas estas consideraciones pasó á hablar de Juan Valjean. ¿Quién era este Juan Valjean? Un monstruo vomitado, etc. El modelo de esta clase de descripciones se halla en la relacion de Teramenes, que no es útil en la trajedia, pero presta diariamente grandes servicios á la elocuencia forense. El auditorio y los jurados «se estremecieron.» Acabada esta descripcion, el fiscal continuó con un movimiento oratorio, á propósito para escitar hasta lo sublime al dia siguiente el entusiasmo del Diario de la prefectura:—¡Y es un hombre semejante, etc., etc.....; vagabundo, mendigo, sin medios de existencia, etc., etc.; acostumbrado á las acciones criminales, poco corregido por su estancia en el presidio, como lo prueba el crímen cometido contra Gervasillo, etc., etc.! ¡Y es un hombre semejante el que cogido en la via pública en fragrante delito de robo, á algunos pasos de una pared escalada, teniendo aun en la mano el cuerpo del delito, todavía niega el robo y el escalamiento, y lo niega todo, hasta su nombre, hasta su identidad! Además de mil pruebas que no hay para qué repetir, le reconocen cuatro testigos: Javert, el íntegro inspector de policía Javert; y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille. ¿Qué puede oponerse á esta unanimidad? ¡Y niega! ¡Qué endurecimiento! Señores jurados; hareis justicia, etc.—Mientras que hablaba el fiscal, el acusado escuchaba con la boca abierta, con una especie de asombro no exento de admiracion. Estaba indudablemente sorprendendido de que un hombre pudiese hablar asi. De rato en rato, en los momentos mas «enérgicos» de la acusacion, en aquellos instantes en que la elocuencia que no puede contenerse, se desborda en un torrente de epítetos, y rodea al acusado como una tempestad, movia lentamente la cabeza de derecha á izquierda, y de izquierda á derecha, como haciendo una especie de

Digitized by Google

triste y muda protesta, con que se contentaba desde el principio de la vista. Los espectadores que estaban próximos á él le oyeron decir dos ó tres veces á media voz:—¡Ved aquí el resultado de no haberse informado del señor Baloup!—El fiscal hizo notar al jurado esta actitud estúpida, calculada evidentemente, y que denotaba, no la imbecilidad sino la astucia, el hábito de engañar á la justicia; que ponia en evidencia «la profunda perversidad» de aquel hombre; y terminó reservándose para el asunto de Gervasillo, y pidiendo un severo castigo.

Por el pronto este era, como hemos dicho, la cadena perpetua.

El defensor se levantó; empezó por cumplimentar al «ministerio público» por su «admirable palabra,» y despues contestó como pudo, pero débilmente: conocia que se hundia el terreno bajo sus pies.



Digitized by Google

# X.

## EL SISTEMA DE NEGATIVAS.

Llegó el momento de cerrar el debate. El presidente mandó levantarse al acusado, y le hizo la pregunta de costumbre.—¿Teneis algo que alegar en defensa vuestra?

El hombre se puso de pie dando vueltas entre sus manos al gorro, como si no hubiese entendido la pregunta.

El presidente la repitió.

Entonces la oyó el acusado; pareció que la habia comprendido. Hizo un movimiento como si despertase de un sueño, paseó la vista alrededor, miró al público, á los gendarmes, á su abogado, á los jurados, al tribunal; puso su monstruosa mano sobre la barandilla que habia delante de su banquillo, miró de nuevo, y luego dirigiendo la vista al fiscal, empezó á hablar. Habló como un torrente; las palabras se escapaban de su boca incoherentes, impetuosas, atropelladas, confusas, como si acudiesen en tropel á sus labios para salir de una vez. Véase lo que dijo:

—Tengo que decir algo. Yo he sido carretero en París, y he estado en casa del señor Baloup. Mi profesion era muy dura: los carreteros trabajan siempre al aire libre en patios, ó bajo cobertizos en los buenos talle-

Digitized by Google

res, pero nunca en sitios cerrados, porque necesitan mucho espacio. En el invierno pasan tanto frio, que tiene uno que golpearse los brazos para calentarse; pero esto no gusta á los maestros, porque dicen que se pierde tiempo. Manejar el hierro cuando están heladas las calles es muy duro. Asi se acaban pronto los hombres; y se hace uno viejo cuando aun es jóven. A los cuarenta años, hombre gastado. Ya tenia cincuenta y tres, y lo pasaba muy mal. ¡Y despues son tan malos los obreros! Cuando uno no es jóven le llaman por cualquier cosa ¡pícaro viejo, burro viejo! Yo no ganaba mas que treinta sueldos al dia: me pagaban lo menos que podian; los maestros se aprovechaban de mi edad. Además, yo tenia una hija que era lavandera del rio; ganaba poco, pero los dos íbamos tirando. Mas ella tenia mucho trabajo tambien. Estaba todo el dia metida en una banca hasta medio cuerpo, con lluvias, con nieves, con un viento que cortaba la cara. Cuando helaba era lo mismo, tenia que lavar; porque hay mucha gente que no tiene bastante ropa, y espera en seguida; y si no lavaba perdia los parroquianos. Las tablas están mal juntas, y entra el agua por todas partes. Los vestidos se mojaban todos por arriba y por abajo; el agua le penetraba. Lavó tambien algun tiempo en el hospital de los niños espósitos, adonde llega el agua por caños. Allí no hay bancas. Se lava delante del caño, y se aclara en el estanque; como allí está cerrado se tiene menos frio; pero la colada de agua caliente es muy mala, y hace perder la vista. Venia la pobre á las siete de la noche y se acostaba porque estaba rendida. Su marido la pegaba. Ha muerto ya: hemos sido muy desgraciados. Era una jóven que no iba á los bailes, siempre en casa. Me acuerdo de un martes de Carnaval en que estaba acostada á las ocho. Ahí teneis. Yo digo la verdad. No teneis que hacer mas que preguntarme. ¡Ah! sí; preguntad: ¡yo soy muy torpe! París es un infierno. ¿Quién conoce al tio Champmathieu? Ya os he dicho que el señor Baloup. Preguntad en casa de Baloup. No sé qué mas me quereis.

El hombre se calló y permaneció en pie. Habia hablado con voz alta, ronca, precipitada, dura, con una especie de sencillez irritada y salvaje. Una vez se interrumpió para saludar á alguien entre los espectadores. Las afirmaciones que lanzaba; por decirlo asi, de su boca, salian como una especie de hipo violento, y acompañaba cada una con un gesto parecido al que hace un leñador al hendir la madera. Asi que

Digitized by Google

acabó, el auditorio se echó á reir. El miró al público, vió que se reia, y no comprendiendo nada se echó á reir tambien.

Triste era aquel espectáculo.

El presidente, que era un hombre atento y benévolo habló á su vez.

«Recordó á los «señores jurados» que el señor Baloup, antiguo maes»tro carretero, con quien habia trabajado el acusado habia sido citado »inútilmente. Estaba en quiebra y no habia podido ser habido.» Despues, volviéndose al acusado le aconsejó que oyera lo que iba á decirle, y añadió: «Vuestra situacion exige que reflexioneis. Sobre vos pesan »las mas graves presunciones, y os pueden traer consecuencias capita»les. Por interés vuestro os requiero por última vez para que os espli»queis claramente sobre estos dos hechos: Primero: ¿habeis escalado la »cerca de Pierron, roto una rama, y robado manzanas, es decir, habeis »cometido un robo con escalamiento? ¿Sí ó no? Segundo: ¿sois el ex»presidiario Juan Valjean? ¿Sí ó no?»

El acusado movió la cabeza como si hubiese comprendido y supiese lo que iba á responder. Abrió la boca, se volvió hácia el presidente, y dijo:

—En primer lugar....

Despues miró su gorra, miró al techo, y se calló.

—Acusado, dijo el fiscal con severa voz, estad atento. No respondeis á nada de lo que os preguntan. Vuestra turbacion os condena. Es evidente que no os llamais Champmathieu; que sois el presidiario Juan Valjean, oculto bajo el nombre de Juan Mathieu que era el apellido de vuestra madre; que habeis estado en Auvernia, y que sois natural de Faverolles, donde erais podador. Es evidente que habeis robado con escalamiento manzanas maduras en el cercado de Pierron. Los señores jurados apreciarán estos hechos.

El acusado se habia sentado; pero de repente se levantó cuando acabó de hablar el fiiscal, y gritó:

—¡Sois muy malo! Esto es lo que queria decir, y no sabia cómo: Yo no he robado nada; sois un hombre que no puede comer todos los dias. Venia de Ailly, iba por el camino despues de una tempestad que habia asolado el campo, los charcos se desbordaban, y no se veian por cima de las arenas mas que las puntas de la yerba; al lado del camino encontré una rama con manzanas en el suelo, y la recogí sin saber que

Digitized by Google

me traeria un castigo. Hace tres meses que estoy preso, y que me interrogan. Despues de esto no sé qué decir; se habla contra mí; se me dice: ¡responde! El gendarme, que es un buen muchacho, me da con el codo, y me dice por lo bajo: contesta. Yo no sé esplicarme; no he hecho estudios; soy un pobre. Esto es lo que es injusto no conocer. No he robado; he cogido del suelo una cosa. Decís Juan Valjean, Juan Mathieu, yo no los conozco: serán aldeanos. He trabajado en casa del señor Baloup, en el *boulevard* del hospital. Me llamo Champmathieu. Sois muy mal intencionados al decirme donde he nacido. Yo lo ignoro; porque no todos tienen una casa para venir al mundo. Esto seria muy cómodo. Creo que mi padre y mi madre andaban por los caminos y no sé mas. Cuando era niño me llamaban Pequeño, ahora me llaman Viejo. Estos son mis nombres de bautismo. Tomadlo como querais. Que he estado en Auvernia, que he estado en Faverolles. ¡Pardiez! ¿Y qué? ¿Es imposible haber estado en Auvernia y en Faverolles sin haber estado antes en presidio? Os digo que no he robado, y que soy el tio Champmathieu. He estado en casa del señor Baloup; allí he vivido. Me estais fastidiando con vuestras tonterías. ¿Por qué estais tan encarnizados conmigo?

El fiscal habia permanecido de pie, y dirigiéndose al presidente, le dijo:

—Señor presidente: Despues de oir las negativas confusas y muy hábiles del acusado, que quiere pasar por idiota, pero que no lo conseguirá—se lo advertimos,—pedimos al tribunal se sirva mandar llamar de nuevo á los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu, y al inspector de policía Javert, para interrogarles por última vez acerca de la identidad del acusado, y del presidiario Juan Valjean.

—Debo advertir al fiscal de S. M., dijo el presidente, que el inspector Javert, llamado por sus obligaciones á la capital de un distrito próximo, ha dejado esta ciudad asi que hizo su declaracion. Le hemos dado licencia para ello, con el consentimiento del ministerio público y del defensor del acusado.

—Es cierto, señor presidente, dijo el fiscal. En ausencia del señor Javert, creo que debo recordar á los señores jurados lo que ha declarado aquí mismo hace pocas horas. Javert es un hombre estimado que honra con rigorosa y estrecha probidad un destino inferior, pero de importancia. Véase en qué términos ha declarado:—«No tengo necesidad de pre-

Digitized by Google

»sunciones morales, ni de pruebas materiales que desmientan las nega-
»tivas del acusado. Le conozco perfectamente. Este hombre no se llama
»Champmathieu: es un antiguo presidiario muy malo y muy temido,
»llamado Juan Valjean. Se le puso en libertad, al terminar su condena,
»con sentimiento. Ha sufrido diez y nueve años de trabajos forzados por
»robo calificado. Cinco ó seis veces trató de escaparse. Además del
»robo de Gervasillo y de Pierron, sospecho que cometió otro en casa de
»su ilustrísima el difunto obispo de D.—Le he visto muchas veces cuan-
»do era ayudante de guarda-chusma del presidio de Tolon. Repito que
»le conozco perfectamente.»

Esta declaracion tan terminante produjo una viva impresion en el público y en el jurado. El fiscal concluyó insistiendo en que á falta de Javert fuesen oidos de nuevo é interrogados solemnemente los tres testigos Brevet, Cochepaille y Chenildieu.

El prieidente dió una órden á un portero de estrados, y un momento despues se abrió la puerta del cuarto de los testigos. El portero acompañado de un gendarme, dispuesto á auxiliarle, introdujo al condenado Brevet. El auditorio estaba en suspenso; todos los corazones palpitaban como si tuviesen una sola vida.

El presidiario Brevet llevaba el traje negro y gris de las prisiones centrales. Era un hombre de unos sesenta años, que tenia aire de pícaro y facha de hombre de nogocios; cualidades que van juntas algunas veces. En la cárcel, adonde le habian llevado nuevos delitos, habia llegado á ser calabocero, ó cosa semejante. Era un hombre cuyos jefes decian: Quiere hacerse útil. Los capellanes daban testimonio de sus costumbres religiosas. No debe olvidarse que esto sucedia en tiempo de la Rertauracion.

—Brevet, dijo el presidente, habeis sufrido una pena infamante, y no podeis jurar.

Brevet bajó los ojos.

—Pero aun en el hombre desgraciado por la ley, puede quedar cuando la misericordia divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Apelo á ese sentimiento en este instante decisivo. Si existe aun en vos, como creo, reflexionad antes de responderme; considerad por un lado, que podeis perder á este hombre, y por otro que podeis ayudar á la justicia. El instante es solemne, y aun es tiempo de retractaros si os

Digitized by Google

habeis equivocado.—Acusado, levantáos.—Brevet, mirad bien al acusado; reunid vuestros recuerdos, y decid en vuestra conciencia, si persistis en reconocer en este hombre á vuestro antiguo compañero de presidio Juan Valjean.

Brevet miró al acusado, y despues se volvió al tribunal.

—Sí, señor presidente. Yo le he conocido el primero, y persisto en ello. Este hombre es Juan Valjean, que entró en el presidio de Tolon en 1796, y salió en 1815. Yo salí un año despues. Ahora tiene el aire de bruto, lo cual consistirá en que le haya embrutecido la edad; en el presidio era muy socarron. Le conozco positivamente.

—Id á vuestro asiento, dijo el presidente. Acusado, seguid en pie.

Entró Chenieldieu, presidiario perpétuo como indicaba su chaqueta roja y su gorro verde. Sufria su pena en el presidio de Toton, de donde habia salido para declarar en esta causa. Era de pequeña estatura, como de cincuenta años, vivo, arrugado, amarillento, nervioso, descarado; tenia en todos sus miembros y en todo su cuerpo una especie de debilidad enfermiza, y en la mirada una fuerza inmensa. Sus compañeros le llamaban Niego á Dios (1).

El presidente le hizo las mismas preguntas que á Brevet. En el momento en que le recordó que su infamia no le permitia jurar, Chenildieu levantó la cabeza y miró al público descaradamente. El presidente le amonestó para que se reportara, y le preguntó, como á Brevet, si conocia al acusado.

Chenildieu soltó una carcajada.

—¡Vaya si le conozco! Hemos pasado cinco años atados á la misma cadena. ¿Te enfadas, antiguo camarada?

—Id á vuestro asiento, dijo el presidente.

El portero entró á Cochepaille, que era otro presidiario perpétuo, que venia del presidio vestido de rojo lo mismo que Chenildieu; era natural de Lourdes, un semi-oso, de los Pirineos. Habia guardado un rebaño en la montaña, y de pastor habia pasado á bandolero; no era menos salvaje, y parecia mas estúpido que el acusado. Era uno de esos séres desgraciados que la naturaleza comienza á formar bestias feroces, y la sociedad concluye haciéndolos presidiarios.

(1) *Chenildieu* en francés se pronuncia casi lo mismo que *Je nie-Dieu*. Niego á Dios.

Digitized by Google

El presidente trató de conmoverle con algunas palabras patéticas y graves, y le preguntó, como á los otros dos, si persistia en creer, sin duda alguna, que conocia á aquel hombre.

—Es Juan Valjean, dijo Cochepaille. Se le llamaba tambien Juan Cabria por lo fuerte que era.

Cada afirmacion de estos tres hombres, evidentemente sinceros y de buena fe, habia suscitado en el auditorio un murmullo de mal agüero para el acusado; murmullo que crecia y se prolongaba mas tiempo, cada vez que una nueva declaracion venia á dar fuerza á la precedente. El acusado las habia oido con esa espresion de asombro, que segun la acusacion, era su principal medio de defensa. Cuando oyó la primera, los gendarmes que estaban á su lado le oyeron decir entre dientes: ¡Ah, bien! ¡Ahí está uno! Despues de la segunda, dijo un poco mas alto y con aire casi de satisfaccion: ¡Bueno! A la tercera esclamó: Magnífico!

El presidente le preguntó:

—Acusado, ¿habeis oido? ¿Qué teneis que decir?

Y respondió:

—Digo.... que.... ¡Magnífico!

En el público estalló un rumor que llegó hasta el jurado. Era evidente que el hombre estaba perdido.

—Porteros, dijo el presidente, imponed silencio. Voy á resumir los debates para dar por terminada la vista.

En este momento hubo un movimiento al lado del presidente, y se oyó una voz que gritó:

—¡Brevet, Chenildieu, Cochepaille! ¡Mirad aquí!

Todos los que oyeron esta voz quedaron helados; tan lastimero, tan terrible era su acento. Todas las miradas se volvieron hácia el sitio de donde habia salido. En el lugar destinado á los espectadores privilegiados habia un hombre que acababa de levantarse, y atravesando la puertecilla de la baranda que le separaba del tribunal se habia puesto de pie en medio de la sala. El presidente, el fiscal, el señor Bamatabois, veinte personas le conocieron y esclamaron á la vez:

—¡El señor Magdalena!

Digitized by Google

# XI.

## CHAMPMATHIEU CADA VEZ MAS ADMIRADO.

Era él en efecto. La luz del escribano iluminaba su rostro. Tenia el sombrero en la mano; su traje no estaba descompuesto; tenia la levita abotonada con esmero. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. Sus cabellos, grises aun en el momento en que llegó á Arras, se habian vuelto completamente blancos. Habia encanecido en una hora.

Todas las cabezas se volvieron. La sensacion fue indescriptible. Hubo en el auditorio un momento de duda. La voz habia sido tan penetrante, y aquel hombre parecia tan tranquilo, que en el primer momento nadie comprendió lo que habia pasado. Preguntáronse todos quién habia gritado: no podia creerse que aquel hombre tan tranquilo fuese el que habia dado un grito tan horroroso.

Esta duda no duró mas que algunos segundos. Antes que el presidente y el fiscal hubiesen dicho una palabra, antes que los gendarmes y los porteros hubiesen podido hacer un gesto, el hombre á quien todos llamaban aun el señor Magdalena, se habia adelantado hácia los testigos Cochepaille, Brevet y Chenildieu, y les habia dicho:

—¿No me conoceis?

Los tres quedaron suspensos é indicaron con un movimiento de ca-



Digitized by Google

beza que no le conocian. Cochepaille intimidado hizo el saludo militar. El señor Magdalena se volvió hácia los jurados, y dijo con voz tranquila:

—Señores jurados, mandad poner en libertad al acusado. Señor presidente, mandad que me prendan. El hombre á quien buscais no es ese; soy yo. Yo soy Juan Valjean.

Ni una boca respiraba. A la primera conmocion de asombro habia sucedido un silencio sepulcral. Sentíase en la sala ese terror religioso que sobrecoge á la multitud cuando va á verificarse alguna gran cosa.

Sin embargo, el rostro del presidente respiraba simpatía y tristeza; habia cambiado un gesto rápido con el fiscal, y algunas palabras en voz baja con los asesores. Se dirigió despues al público, y preguntó con un acento que fue comprendido por todos:

—¿Hay algun médico entre los circunstantes?

El fiscal tomó la palabra.

—Señores jurados, el estraño é inesperado incidente que acaba de pasar nos inspira, lo mismo que á vosotros, un sentimiento que no tenemos necesidad de esplicar. Todos conoceis, á lo menos por su reputacion, al respetable señor Magdalena, alcalde de M.—á orillas del M.—Si hay un médico en el auditorio, nos unimos al señor presidente para rogarle que examine al señor Magdalena y le lleve á su casa.

El señor Magdalena no dejó acabar al fiscal. Le interrumpió con mansedumbre y autoridad.

A continuacion ponemos las palabras que pronunció, tomadas literalmente, tales como fueron escritas en seguida por un testigo de aquella escena; tales como se conservan aun en el oido de todos los que las oyeron hace cuarenta años.

—«Os doy gracias, señor fiscal, pero no estoy loco. Vais á verlo. Estábais á punto de cometer un grave error: dejad á ese hombre; cumplo con mi deber al denunciarme, porque yo soy ese desgraciado criminal. Soy el único que veo claro aquí, y os digo la verdad. Dios juzga desde allá arriba lo que hago en este momento; esto me basta. Podeis prenderme, pues que estoy aquí. Yo, mirando por mi propio interés, me he ocultado largo tiempo con otro nombre; he llegado á ser rico; me han hecho alcalde; he querido vivir entre los hombres honrados, mas parece que esto es ya imposible. Hay muchas cosas que no puedo decir

Digitized by Google

ahora: no puedo contaros mi vida: algun dia se sabrá. He robado al señor obispo, es verdad; he robado á Gervasillo, tambien es verdad. Habeis tenido razon al decir que Juan Valjean era muy malvado; pero la falta no es toda suya. Creedme, señores jueces, un hombre tan humillado como yo no debe quejarse de la Providencia, ni aconsejar á la sociedad; pero la infamia de que habia querido salir es muy grande; el presidio hace al presidiario. Reflexionad sobre esto, si quereis. Antes de ir á presidio era un pobre aldeano muy poco inteligente, una especie de idiota: el presidio me trasformó. Era estúpido, me hice malvado; era un pedazo de leño, me hice un tizon. La bondad y la indulgencia me salvaron de la perdicion á que me habia arrastrado la severidad. Pero, perdonadme, no podeis comprender lo que digo. En mi casa, en las cenizas de la chimenea hallareis la moneda de cuarenta sueldos que robé hace siete años á Gervasillo. No tengo mas que decir; prendedme. Veo que el señor fiscal mueve la cabeza como diciendo: el señor Magdalena se ha vuelto loco. ¡No me creeis! Esto es lo mas triste. ¡A lo menos, no condeneis á ese hombre! Pues qué ¿esos no me conocen? Quisiera que estuviera aqui Javert: él me conoceria.

Imposible es describir la melancolía triste y tranquila que acompañó á estas palabras. Volviéndose despues hácia los tres trestigos les dijo:

—Yo os conozco. Brevet, ¿os acordais?...

Se interrumpió, dudó un momento, y dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de cuadros que tenias en el presidio?

Brevet hizo un movimiento de sorpresa y le miró de los pies á la cabeza asustado.

—Chenildieu, dijo despues, tú que te llamabas á tí mismo Niego á Dios, tienes el hombro derecho todo abrasado, porque te echaste un dia sobre un brasero encendido para borrar las tres letras T. F. P. que aun se descubren bastante. Respónde: ¿no es verdad?

—Es cierto, dijo Chenildieu.

Y dirigiéndose á Cochepaille, le dijo:

—Cochepaille, tú tienes cerca de la sangría del brazo izquierdo una fecha escrita en letras azules con pólvora quemada. Esta fecha es la del desembarque del emperador en Cannas el 1.° de marzo de 1815. Levántate la manga.

Digitized by Google

Cochepaille se levantó la manga; todas las miradas se dirigieron á su brazo desnudo; un gendarme acercó una luz. Allí estaba la fecha.

El desgraciado se volvió hácia el auditorio y hácia los jueces con una sonrisa que aun mueve á compasion á los que la vieron cuando la recuerdan. Era la sonrisa del triunfo, pero tambien la sonrisa de la desesperacion.

—Ya veis, dijo, que soy Juan Valjean.

No habia ya en aquel recinto jueces, ni acusadores, ni gendarmes; no habia mas que ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba del papel que debia representar; el fiscal olvidó que estaba allí para acusar, el presidente que estaba para presidir, el defensor que estaba para defender. No se hizo ninguna pregunta; no intervino ninguna autoridad. Los espectáculos sublimes se apoderan del alma, y convierten á todos los que los presencian en meros espectadores. Tal vez ninguno podia esplicarse lo que esperimentaba; ninguno podia decir que veia allí una gran luz, y sin embargo, interiormente todos se sentian deslumbrados.

Era evidente que tenian delante á Juan Valjean. Su aparicion habia bastado para aclarar aquel negocio tan oscuro algunos momentos antes. Sin necesidad de esplicacion alguna, toda aquella multitud comprendió en seguida, como por una especie de revelacion eléctrica, la grandeza del hombre que se entregaba para evitar que fuese condenado otro en su lugar. Los detalles, las dudas, las dificultades posibles se perdieron en aquella luz: la impresion pasó con rapidez, pero fue irresistible.

No quiero perturbar por mas tiempo la audiencia, dijo Juan Valjean. Me voy, pues que no me prenden. Tengo mucho que hacer. El señor fiscal sabe quién soy y á dónde voy, y me mandará prender cuando quiera.

Se dirigió á la puerta. Ni se elevó una voz, ni se estendió un brazo para detenerle. Todos se apartaron: Juan Valjean tenia en aquel momento esa superioridad que obliga á la multitud á retroceder delante de un hombre. Pasó por medio de la gente con lentitud: no se sabe quién abrió la puerta; pero lo cierto es que estaba abierta cuando llegó á ella. Allí se volvió, y dijo:

—Señor fiscal, estoy á vuestra disposicion.

Y dirigiéndose al auditorio, añadió:

Digitized by Google

—Todos creeis que soy digno de compasion. ¿No es verdad? ¡Dios mio! Cuando pienso en lo que he estado á punto de hacer, me creo digno de envidia. Sin embargo, preferiria que nada de esto hubiera sucedido.

Salió; la puerta se cerró como se habia abierto; porque los que hacen alguna cosa grande están siempre seguros de encontrar alguien que les sirva entre la multitud.

Una hora despues, el veredicto del jurado declaraba inocente á Champmathieu, que puesto en libertad inmediatamente, se fué estupefacto, creyendo que todos estaban locos, y no comprendiendo nada de lo que habia visto.

FIN DEL LIBRO SETIMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

# LIBRO OCTAVO.

## REACCION.

Digitized by Google

Digitized by Google

# I.

## DEL ESPEJO EN QUE VIÓ EL SEÑOR MAGDALENA SUS CABELLOS.

Principiaba á apuntar el dia. Fantina habia pasado una noche de fiebre y de insomnio, mecido por halagüeñas esperanzas; por la mañana se durmió. Sor Simplicia, que habia pasado la noche en vela, aprovechó aquel sueño para preparar una nueva pocion de quinina; y hacia algunos minutos que estaba en el laboratorio de la enfermería, con sus drogas y sus redomas, mirándolas muy de cerca á causa de esa ligera bruma que estiende el crepúsculo alrededor de los objetos. De pronto volvió la cabeza y dió un grito: el señor Magdalena habia entrado silenciosamente, y estaba delante de ella.

—¡Sois vos, señor alcalde! esclamó.

—¿Cómo está esa pobre mujer? respondió él en voz baja.

—No está mal en este momento. Pero nos hemos visto apurados.

Y le refirió lo que habia pasado; que Fantina estaba muy mal la víspera, pero que ya estaba mejor, porque creia que el señor alcalde habia ido á buscar á su niña á Montfermeil. Sor Simplicia no se atrevió á preguntar al señor alcalde; pero conoció muy bien que no venia de allí.

—Está bien; habeis hecho bien en no desengañarla, dijo.



Digitized by Google

—Sí, respondió la hermana; pero ahora que va á veros sin la niña, ¿qué le diremos?

El alcalde quedó un momento pensativo.

—Dios nos inspirará, dijo.

—Pero no se le podrá mentir, dijo la religiosa á media voz.

Era ya completamente de dia: la luz iluminaba el rostro del señor Magdalena. La casualidad hizo que sor Simplicia levantase los ojos.

—¡Dios mio! esclamó: ¿qué os ha sucedido? ¡Se os ha vuelto blanco el pelo!

—¿Blanco? dijo él.

Sor Simplicia no tenia espejo; pero metió la mano en un cajon y sacó un pedazo de luna de que se servia el médico de la enfermería para probar si un enfermo habia muerto y no respiraba ya. El señor Magdalena le tomó en las manos, y dijo:

—Es verdad.

Pronunció estas palabras con indiferencia, como si estuviese pensando en otra cosa.

La religiosa se quedó helada, porque veia algo desconocido en todo aquello.

El señor Magdalena preguntó:

—¿Puedo verla?

—¿No se acordará de su niña al veros? dijo la hermana, casi sin atreverse á hacer esta pregunta.

—Sin duda; pero se necesitan á lo menos dos ó tres dias para traérsela.

—Si no os viese hasta entonces, dijo tímidamente sor Simplicia, no sabria que estábais ya de vuelta; seria fácil hacerla aguardar con paciencia, y cuando llegase su hija creeria que habíais venido con ella. No habria que mentir nada para esto.

El señor Magdalena reflexionó algunos instantes, y despues dijo con su gravedad habitual:

—No, hija, es preciso que la vea. Tal vez tenga yo prisa.

La religiosa aparentó, á lo menos, que no se habia fijado en este «tal vez» que daba un significado tan oscuro y particular á las palabras del señor alcalde, y respondió en voz respetuosa y bajando los ojos:

—En ese caso podeis entrar, está durmiendo.

Digitized by Google

Hizo en seguida algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal, y cuyo ruido podia despertar á la enferma; despues entró en el cuarto de Fantina, se acercó á la cama y descorrió las cortinas. Dormia. El aliento salia de su boca con ese ruido lúgubre, propio del enfermo, que asusta á las pobres madres cuando velan por la noche cerca de su hijo adormecido y moribundo. Pero aquella respiracion penosa apenas turbaba la inefable serenidad de su rostro, que se trasfiguraba durante el sueño. Su palidez se habia convertido en blancura; sus mejillas estaban rojas; sus largas pestañas rubias, única belleza que le quedaba de su virginidad y de su juventud, palpitaban á pesar de estar cerrados los ojos. Todo su cuerpo temblaba con un movimiento parecido al de unas alas dispuestas á abrirse y á llevarla; alas que se sentian, pero invisibles. Al verla entonces no se hubiera creido que era una enferma casi desahuciada. Parecia mas bien que se iba, que no que se moria.

Cuando se acerca la mano para coger una flor, la rama tiembla, y parece que huye y se ofrece á la vez. El cuerpo humano tiene algo de este temblor cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van á coger el alma.

El señor Magdalena quedó por algun tiempo inmóvil cerca de la cama, mirando alternativamente á la enferma y al crucifijo, lo mismo que dos meses antes, el dia en que la vió por primera vez en el asilo. Los dos estaban en la misma actitud: ella dormia, él oraba; pero en aquellos dos meses, los cabellos de Fantina se habian vuelto grises y los de Magdalena blancos.

Sor Simplicia no habia entrado con el alcalde, que estaba de pie, con el dedo en la boca, como si estuviera diciendo á alguno que guardase silencio.

Fantina abrió los ojos, le vió, y dijo tranquilamente y sonriéndose:

—¿Y Cosette?

Digitized by Google

# II.

## FANTINA FELIZ.

Fantina no hizo ni un movimiento de sorpresa ni de alegría, porque en aquel momento era la misma alegría. Esta sencilla pregunta:—¿Y Cosette? fue hecha con una fe tan profunda, con tal certidumbre, con una ausencia tan completa de inquietud y de duda, que no creyó necesarias mas palabras.

—Sabia, continuó, que estábais ahí; estaba durmiendo, pero os véia. Hace mucho tiempo que os veo, que os sigo con la vista toda la noche. Estais en una especie de gloria, y os rodean miles de figuras celestiales.

Y dirigió su mirada al crucifijo.

—Pero, añadió, ¿dónde está Cosette? ¿Por qué no la habeis traido á mi cama para cuando yo despertase?

El señor Magdalena respondió maquinalmente algunas palabras que nunca ha podido recordar.

Por fortuna el médico, que estaba advertido, vino á su auxilio.

Digitized by Google

—Hija mia, dijo, calmáos; vuestra niña está ahí.

Los ojos de Fantina se iluminaron y cubrieron de claridad todo su rostro. La jóven cruzó las manos espresando toda la violencia y dulzura de una ardiente oracion.

—¡Oh! esclamó: traédmela.

Tierna ilusion de madre. Cosette era aun para ella el niño á quien se lleva en brazos.

—Aun no, dijo el médico; en este momento no. Teneis un poco de fiebre. La vista de vuestra hija os agitaria y os haria mal. Ante todo es preciso que os pongais buena.

Ella le interrumpió bruscamente:

—¡Ya estoy buena! ¡Os digo que estoy buena! ¡Este médico no entiende! ¡Ah! ¡Quiero ver á mi hija! Lo quiero.

—Ya veis, dijo el médico, cómo os arrebatais. Mientras sigais asi, me opondré á que veais á vuestra hija. No basta que la veais; es preciso que vivais para ella. Cuando esteis mejor, os la traeré yo mismo.

La pobre madre bajó la cabeza.

—Señor doctor, os pido perdon; os pido perdon humildemente. En otro tiempo no hubiera hablado como acabo de hacerlo; pero me han sucedido tantas desgracias, que no sé lo que digo. Conozco que temeis la emocion; esperaré todo lo que querais, pero os aseguro que no me hará mal la vista de mi niña. La estoy viendo, y no separo mis ojos de ella desde ayer por la tarde. Si me la presentaran, la hablaria tranquilamente; no me conmoveria. ¿No es natural que tenga deseos de ver á mi hija, á quien ha sido preciso ir á buscar espresamente á Montfermeil? No estoy enfadada; sé que voy á ser feliz. Toda la noche he estado viendo nubes blancas y personas que me miraban sonriendo. Cuando el médico quiera me traerán á Cosette. Ya no tengo calentura, casi estoy curada; conozco que ya no tengo nada; pero voy á hacer como si estuviese mala, y á no moverme para contentar á las señoras que me cuidan. Y cuando vean que estoy tranquila dirán: Debemos traerla su hija.

El señor Magdalena se habia sentado en una silla cerca de la cama. Fantina se volvió hácia él, esforzándose por parecer tranquila, y hacer ver que era «buena» segun decia en aquella debilidad del mal que hace

Digitized by Google

al enfermo semejante á un niño, á fin de que viéndola tan reposada no encontrasen dificultad en llevarle á Cosette. A pesar de esto, y aun contentándose, no podia menos de hacer mil preguntas al señor Magdalena.

—¿Habeis tenido buen viaje, señor alcalde? ¡Oh! ¡qué bueno habeis sido! ¡Haber ido á buscarla! Decidme solo cómo está. ¿Ha sufrido bien el viaje? ¡Ah! ¡Ya no me conocerá! ¡Me habrá olvidado en tanto tiempo! ¡Pobrecilla! Los niños no tiene memoria: son como los pájaros. Hoy ven una cosa y mañana otra; y no piensan en nada. ¿Tenia ropa blanca? ¿La tenian aseada los Thenardier? ¿Estaba bien alimentada? ¡Oh! ¡cuánto he pasado, si lo supiérais, al hacerme todas estas preguntas en el tiempo de mi miseria!

Ahora todo ha concluido: ya estoy alegre. ¡Cuánto deseo verla! señor alcalde, ¿es bonita? ¿No es verdad que es muy guapa mi hija? Debeis de haber tenido mucho frio en la diligencia. ¿No me la podeis traer ni un momento? Se la llevarian en seguida. Decidlo vos que mandais aquí.

El señor Magdalena, tomándole la mano, añadió;—Cosette es hermosa, está buena, le vereis pronto; pero tranquilizaos. Hablais con mucha viveza, y sacais el brazo de la cama, lo cual os hace toser.

En efecto, algunos golpes de tos interrumpian á Fantina á cada momento.

Fantina calló, creyendo que habia comprometido con alguna palabra apasionada la confianza que queria inspirar; y se puso á hablar de cosas indiferentes.

—Es muy bonito Montfermeil ¿no es verdad? En el verano se hacen allí muchos viajes de recreo. ¿Hacen buen negocio los Thenardier? No irá mucha gente á su casa. Es una especie de bodegon aquella posada.

El señor Magdalena la tenia de la mano, mirándola con ansiedad; se conocia que habia ido allí para decirle algo que hacia dudar á su espíritu. El médico habia hecho su visita y se habia retirado. Sor Simplicia solamente habia quedado con los dos.

En medio de aquel silencio esclamó Fantina:

Digitized by Google

—¡La oigo, Dios mio, la oigo!

Estendió el brazo imponiendo silencio, detuvo la respiracion, y escuchó con ansiedad.

Era una niña que jugaba en el patio: una niña de la portera ó de cualquier obrera. Fue una de esas casualidades que suceden siempre, y que parece forman parte del misterio que rodea los sucesos lúgubres. La niña iba y venia, corria para ahuyentar el frio, reia y cantaba en alta voz. ¡Ah! ¡En qué no se mezclan los juegos de los niños!

—¡Oh, dijo Fantina, es mi Cosette! ¡conozco su voz!

La niña se alejó como se habia aproximado; se apagó la voz, pero Fantina quedó escuchando algunos momentos. Despues se cubrió de sombra su semblante, y el señor Magdalena oyó que decia en voz baja:—¡Qué mal hace el médico en no dejarme ver á mi hija! ¡Tiene mala facha ese hombre!

Pero pronto volvió la alegría á sus ideas, y continuó hablándose á sí misma, con la cabeza en la almohada:—¡Qué felices vamos á ser! Tendremos un jardinito; el señor Magdalena me lo ha prometido. Mi niña jugará en el jardin. Ya debe de saber las letras; la haré deletrear. La veré correr en el jardin tras las mariposas: despues hará su primera comunion. ¡Ah! ¿Cuándo comulgará por primera vez?

Se puso á contar por los dedos.

—....Uno, dos, tres, cuatro... tiene siete años. Dentro de cinco años llevará un velo blanco, y medias como la nieve; parecerá una mujercita. ¡Oh, hermana mia! ¿no veis que tonta soy, que estoy pensando en la primera comunion de mi niña?

Y se echó á reir.

El señor Magdalena habia soltado la mano de Fantina; y escuchaba sus palabras como quien escucha el viento, con los ojos bajos y el espíritu sumergido en profundas reflexiones. Pero de pronto levantó la cabeza porque Fantina habia cesado de hablar: Fantina estaba horrorizada.

No hablaba, no respiraba, se habia incorporado; su hombro huesoso salia fuera de la camisa; su rostro, tan alegre algunos momentos antes, estaba azulado; su vista parecia fijarse en alguna cosa formidable apa-

Digitized by Google

recida al otro estremo del cuarto; sus ojos estaban abiertos desmesuradamente por el terror.

—¿Qué teneis, Fantina? dijo Magdalena.

Fantina no respondió; no separó su vista: pero le tocó en el brazo con una mano, y con la otra le indicó que mirase detrás de sí.

Se volvió y vió á Javert.

Digitized by Google

# III.

## JAVERT CONTENTO.

Véase lo que habia pasado.

Acababan de dar las doce y media cuando el señor Magdalena salió de la sala del tribunal de Arras. Volvió á la posada precisamente en el momento oportuno para partir en el correo, cuyo asiento recordará el lector que habia tomado. Poco antes de las seis de la mañana llegó á M.—á orillas del M.—, y su primer cuidado fue echar al correo la carta al señor Laffitte, y despues ir á ver á Fantina.

Pero apenas hubo abandonado la sala de la audiencia, el fiscal, repuesto de la primera sorpresa, tomó la palabra para deplorar el acto de locura del respetable alcalde de M.— á orillas del M.—, declarar que sus convicciones no se habian modificado en nada por este incidente que se aclararia despues, y pedir, mientras tanto, la condenacion de Champmathieu, que era evidentemente el verdadero Juan Valjean. La insistencia del fiscal estaba visiblemente en contradiccion con los sentimientos de todos, del público, del tribunal y del jurado. Al defensor le costó poco trabajo refutar su discurso, y sentar que, á consecuencia de las revelaciones del señor Magdalena, es decir, del verdadero Juan Valjean, el asunto habia cambiado completamente, y el jurado no tenia



Digitized by Google

delante mas que á un inocente. El abogado defensor sacó de este incidente algunas epifonemas, desgraciadamente bastante antiguas, sobre los errores judiciales, etc., etc.: el presidente en el resúmen se unió al defensor, y el jurado en algunos minutos declaró libre de culpa á Champmathieu.

Pero como era necesario un Juan Valjean al fiscal, no teniendo ya á Champmathieu, se atuvo á Magdalena.

En seguida que fue puesto en libertad Champmathieu, el fiscal se encerró con el presidente, y conferenciaron «acerca de la necesidad de apoderarse de la persona del señor alcalde de M.— á orillas del M.—» Esta frase en que hay tantas *de* es del fiscal, y está escrita de su puño y letra en la minuta de la relacion enviada al del tribunal superior. Pasada la primera emocion, el presidente hizo pocas objeciones. Era preciso que la justicia siguiese su curso. Además, para decirlo todo, aunque el presidente era un buen hombre, de bastante inteligencia, era al mismo tiempo muy realista, casi furibundo, y habia estrañado que el alcalde de M.—á orillas del M.—, hablando del desembarque de Cannas, hubiese dicho *el emperador* y no *Buonaparte*.

Espidióse, pues, la órden de prision, y el fiscal la envió á M.— á orillas del M.— con un propio á escape, encargando de ella al inspector Javert.

Ya sabemos que Javert habia vuelto á la poblacion inmediatamente despues de haber declarado.

Javert se estaba vistiendo cuando el propio le entregó la órden de prision y de traslacion.

El propio era tambien un individuo de la policía, muy listo, y en dos minutos enteró á Javert de lo que habia pasado en Arras. La órden de prision, firmada por el fiscal, estaba concebida en estos términos:— «El inspector Javert reducirá á prision al señor Magdalena, alcalde de M.— á orillas del M.—, que en la audiencia de hoy ha sido reconocido por el presidiario cumplido Juan Valjean.»

El que no conociera á Javert y le hubiese visto en el momento en que entró en la enfermería, no habria adivinado seguramente lo que pasaba, y le habria encontrado como siempre. Estaba frio, tranquilo, grave, con sus cabellos grises perfectamente alisados sobre las sienes; y habia subido la escalera con su lentitud habitual. Pero el que le co-

Digitized by Google

nociese y le hubiera examinado atentamente, habria temblado. La hebilla de su corbatin de cuero, en lugar de estar en la nuca, estaba en la oreja izquierda. Esto revelaba una agitacion estraordinaria.

Javert era un carácter completo; no permitia ningun pliegue ni en su obligacion, ni en su uniforme; metódico con los malhechores, rígido con los botones de su ropa.

Para que tuviese mal puesta la hebilla de la corbata, era necesario que esperimentase una de esas emociones que pueden llamarse terremotos interiores.

Habia ido á la fábrica tranquilamente; habia pedido un cabo y cuatro soldados en el cuerpo de guardia mas próximo; habia dejado á los soldados en el patio, y habia hecho que le guiase al cuarto de Fantina la portera, que lo hizo sin temor alguno, porque estaba acostumbrada á ver gente armada que buscaba al señor alcalde.

Cuando llegó al cuarto de Fantina, alzó el picaporte y empujo la puerta con el cuidado de un enfermero ó de un espía y entró.

Propiamente hablando, no podemos decir que entró. Se quedó de pie junto á la puerta entreabierta, con el sombrero puesto, y la mano izquierda metida en el gaban que llevaba abotonado hasta la barba. En la sangría del brazo se veia el puño de plomo de su enorme baston, que desaparecia por detrás de su cuerpo.

Estuvo asi cerca de un minuto sin que se notase su presencia. De pronto Fantina levantó los ojos, le vió é hizo volverse al señor Magdalena.

En el momento en que la mirada de Magdalena encontró la de Javert, este, sin moverse, sin acercarse, se puso espantoso. Ningun sentimiento humano puede ser tan horrible como el de la alegría.

El gesto de Javert fue el de un demonio que encuentra á su condenado.

La seguridad de tener en su poder á Juan Valjean hizo aparecer en su fisonomía todo lo que tenia en el alma. El fondo removido subió á la superficie. La humillacion de haber perdido la pista, y haberse equivocado respecto de Champmathieu, desaparecia ante el orgullo de haber adivinado desde el principio, y de haber tenido instinto tan exacto. La alegría de Javert estalló en toda su estension; en su frente estrecha se pintó la deformidad del triunfo; apareció, en fin, en la plenitud horrible de una venganza satisfecha.

Digitized by Google

Javert estaba en sus glorias en aquel momento. Creia, sin saber por qué, por una especie de intuicion confusa de su importancia y de su triunfo, que personificaba la justicia, la luz y la verdad en el desempeño de su mision celeste de destruir el mal. Le servian y apoyaban en aquel momento de un modo eficaz la autoridad, la razon, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todas las estrellas: protegia el órden; hacia salir el rayo de la ley; vengaba á la sociedad; prestaba auxilio á lo absoluto; le cercaba la gloria. En su victoria habia aun un resto del desafío y del combate; de pie, altanero, resplandeciente, brillaba con la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra terrible de la accion que ejecutaba hacia visibles en su crispada mano los vagos destellos de la espada social; contento é indignado, tenia bajo sus pies el crímen, el vicio, la rebelion, la perdicion, el infierno; deslumbraba, esterminaba, sonreia. Habia indudablemente cierta grandeza en aquel ángel monstruoso.

Javert espantoso no tenia nada de innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, la conviccion, la idea del deber, son cosas que, engañándose, pueden ser repugnantes; pero aun repugnantes, son grandes; la majestad propia de la conciencia humana subsiste en el horror; son virtudes que tienen un vicio, el error. El impío y honrado placer de un fanático en medio de la atrocidad conserva algun resplandor lúgubre, pero respetable. Sin que él lo conociese, Javert en su felicidad era digno de lástima, como todo ignorante que triunfa. Es imposible hallar nada mas terrible que aquella fisonomía en que se pintaba todo lo que puede llamarse lo malo de lo bueno.

Digitized by Google

# IV.

## LA AUTORIDAD RECOBRA SUS DERECHOS.

Fantina no habia visto á Javert desde el dia en que el señor alcalde la habia librado de sus manos. Su cerebro enfermo no se podia esplicar nada; pero no dudó un momento que iba á buscarla. No pudo soportar la vista de aquella repugnante figura, sintióse perdida, y cubriéndose el rostro con las manos, esclamó angustiada:

—¡Señor Magdalena, salvadme!

Juan Valjean,—desde ahora le llamaremos así—que se habia levantado, dijo á Fantina con voz tranquila y dulce:

—Tranquilizaos. No viene por vos.

Y despues dirigiéndose á Javert, le dijo:

—Ya sé lo que quereis.

Javert, respondió:

—¡Vamos, pronto!

El tono en que pronunció estas palabras fue frenético y feroz. Javert no dijo:—¡Vamos, pronto! dijo:—¡vámpronto! La ortografía es insuficiente para espresar este tono; aquello no fue una palabra humana; fue un rugido.

No hizo lo que acostumbraba; no habló nada; no enseñó la órden

Digitized by Google

de prision. Juan Valjean era para él una especie de enemigo misterioso é impalpable; un combatiente tenebroso con quien luchaba hacia cinco años sin poder vencerle. Esta prision no era un principio, era un fin. Por esto se limitó á decir:—¡Vamos, pronto!

Al decirlo no se movió, pero dirigió á Juan Valjean aquella mirada que lanzaba á los criminales como un garfio, y con la cual solia atraerlos á sus manos violentamente.

Esta mirada era la que Fantina habia sentido penetrar hasta la médula de sus huesos dos meses antes.

Al oir el grito de Javert, Fantina habia abierto los ojos. Estando allí el señor alcalde, ¿qué tenia que temer?

Javert se adelantó hasta el medio del cuarto, y gritó:

—¡Vamos! ¿Vendrás?

La desgraciada jóven miró en derredor. No habia nadie mas que la religiosa y el alcalde. ¿A quién, pues, tuteaba Javert tan ignominiosamente? A ella solo. ¡Tembló!

Entonces vió una cosa estraordinaria, de tal modo estraordinaria, que no podia compararse con ella nada de lo que habia visto en los mas tenebrosos delirios de la fiebre.

Vió al espía Javert coger por el cuello al señor alcalde; vió al señor alcalde bajar la cabeza. Creyó que dejaba de existir el mundo. Javert, en efecto, habia cogido á Juan Valjean por el cuello.

—¡Señor alcalde! esclamó Fantina.

Javert se echó á reir con aquella risa que enseñaba todos sus dientes, y dijo:

—No hay ya aquí ningun señor alcalde.

Juan Valjean no trató de separar de su cuello la mano que le sujetaba. Solo dijo:

—¡Javert!.....

Javert le interrumpió:—Llámame señor inspector.

—Señor inspector, continuó Juan Valjean, quiero deciros una palabra á solas.

—Habla alto, respondió Javert; á mí se me habla alto.

Juan Valjean continuó bajando la voz:

—Tengo que pediros un favor.....

—Te digo que hables alto.

Digitized by Google

Digitized by Google

MUERTE DE FANTINA.

Digitized by Google

—Es que quiero que me oigais vos solo.....

—Y á mí, ¿qué me importa eso? Yo no escucho.

Valjean se volvió hácia él, y le dijo rápidamente y en voz baja:

—¡Concededme tres dias! Tres dias para ir á buscar la niña de esa desgraciada. Pagaré lo que sea: me acompañareis si quereis.

—¿Quieres reirte? dijo Javert. ¡Vaya, no te creia tan bestia! ¡Me pides tres dias para escaparte! ¿Dices que es para ir á buscar á la hija de esa mujer? ¡Ah! ¡Bueno es eso! ¡Está bien!

Fantina se estremeció.

—¡Hija mia! esclamó. ¿Ir á buscar á mi hija? ¿Pues no está aquí? Hermana, respondedme, ¿Dónde está Cosette? ¡Quiero mi hija! ¡Señor Magdalena! ¡Señor alcalde!

Javert dió una patada en el suelo.

—¡Esta es otra! ¿Te callarás, tunanta? ¡Diablo de pais en que los presidiarios son magistrados, y las mujeres públicas están cuidadas como condesas! Pero ya va á cambiar todo esto. ¡A fe que era tiempo!

Miró fijamente á Fantina, y añadió cogiendo de nuevo la corbata, la camisa y el cuello de Juan Valjean:

—Te digo que no hay ya aquí señor Magdalena, ni señor alcalde. Solo hay un ladron, un bandido, un presidiario llamado Juan Valjean, y es este que tengo agarrado. Eso es lo que hay.

Fantina se enderezó de repente apoyándose en sus flacos brazos y en sus manos, miró á Juan Valjean, miró á Javert, miró á la religiosa, abrió la boca como para hablar, salió un ronquido del fondo de su garganta, chocaron sus dientes, estendió los brazos con angustia abriendo convulsivamente las manos, y tentando alrededor como el que se ahoga, y despues cayó á plomo sobre la almohada.

Su cabeza chocó en la cabecera de la cama, y cayó sobre el pecho con la boca abierta, lo mismo que los ojos.

Estaba muerta.

Juan Valjean puso su mano sobre la de Javert, que le tenia asido, la abrió como si fuera la de un niño, y le dijo:

—Habeis asesinado á esta mujer.

—¿Acabaremos? esclamó Javert furioso. No estoy aquí para oir razo-

Digitized by Google

nes. Economicemos todo esto. La guardia espera abajo, vamos en seguida, ó mando llevarte atado.

Habia en un rincon del cuarto una cama vieja de hierro en bastante mal estado, que servia para recostarse las religiosas en las noches de vela. Juan Valjean se dirigió á ella, rompió en un momento la cabecera, ya muy resentida, cosa fácil á fuerzas como las suyas, empuñó la barra maestra, y miró á Javert. Javert retrocedió hácia la puerta.

Juan Valjean con la barra de hierro en la mano se acercó lentamente al lecho de Fantina, y cuando se volvió, dijo á Javert con una voz que apenas se oia:

—Os aconsejo que no me distraigais en estos momentos.

Lo cierto es que Javert temblaba.

Pensó llamar á la guardia que traia; pero Juan Valjean podia aprovecharse de aquel momento para huir. Quedóse, pues, de pie, cogió su baston por la punta, y se apoyó en el quicio de la puerta sin separar la vista de Juan Valjean.

Este puso el codo en la cabecera de la cama, apoyó la frente en la mano y contempló el cadáver inmóvil y rígido de Fantina, permaneciendo asi algunos momentos absorto, mudo y sin pensar en nada probablemente. En su rostro y en su actitud se descubria solo el sentimiento de la compasion. Despues de una corta meditacion se inclinó hácia Fantina, y le habló en voz baja.

¿Qué le dijo? ¿Qué podia decir aquel hombre criminal á aquella mujer muerta? ¿Qué palabras eran aquellas? Nadie las oyó. ¿Las oyó el cadáver? Hay ilusiones que son casi realidades sublimes. Lo que está fuera de duda es que sor Simplicia, único testigo de lo que allí pasó, ha referido muchas veces, que mientras Juan Valjean hablaba á Fantina, vió aparecer claramente una inefable sonrisa en aquellos pálidos labios y en aquellas pupilas vagas que respiraban el asombro de la tumba.

Juan Valjean cogió con las dos manos la cabeza de Fantina y la colocó en la almohada, lo mismo que lo hubiera hecho una madre con su hijo; despues la ató el cordon de la camisa, y metió sus cabellos en la papalina; hecho esto, la cerró los ojos.

El rostro de Fantina en aquel momento parecia iluminado por una luz estraña.

Digitized by Google

La muerte es la entrada en la gran luz.

La mano de Fantina caia fuera del lecho. Juan Valjean se arrodilló delante de ella, la levantó suavemente y la besó.

Despues se puso en pie, y volviéndose hácia Javert, le dijo:

—Ahora estoy á vuestra disposicion.

---



Digitized by Google

# V.

## UNA TUMBA A PROPÓSITO.

Javert llevó á Juan Valjean á la cárcel del pueblo.

La prision del señor Magdalena produjo en M.—á orillas del M.—una sensacion, ó por mejor decir una conmocion estrardinaria. Sentimos no poder ocultar que al oir esta frase: *es un presidiario*, casi todo el mundo le abandonó. En menos de dos horas se olvidó todo el bien que habia hecho; y no fue ya mas que un presidiario. Justo es decir tambien que no se sabia lo que habia pasado en Arras.

En todo el dia no se oyeron en el pueblo mas que conversaciones como esta:

—¿No lo sabeis? Era un presidiario cumplido.—¿Quién?—El alcalde.—¡Bah! ¿el señor Magdalena?—Sí.—¿De veras?—No se llama Magdalena. Tiene un nombre horrible, Bejean, Bojean, Bujean.—Pero ¡Dios mio!—Está preso—¡Preso!—En la cárcel, esperando que le trasladen.—¿Qué le trasladen? ¿A dónde?—Al tribunal de Arras por un robo en despoblado que cometió hace ya tiempo.—Ya lo sospechaba yo. Ese hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado amable; hacia renuncia de la condecoracion, y daba dinero á todos los pilluelos que encontraba. Siempre creí que todo esto ocultaba alguna mala vida.

Digitized by Google

En los «salones,» sobre todo, abundaron estas escenas.

Una vieja suscritora de la *Bandera Blanca* hizo la siguiente reflexion, cuya profundidad es casi imposible sondear:

—Me alegro: ¡qué leccion para los Bonapartistas!

Asi se disipó este fantasma que se habia llamado el señor Magdalena. Solo tres ó cuatro personas de la poblacion guardaron fielmente su memoria. La vieja portera que le habia servido fue una de ellas.

La noche de aquel mismo dia esta vieja estaba sentada en su cuarto, asustada aun, y reflexionando tristemente. La fábrica habia estado cerrada todo el dia: la puerta cochera estaba con el cerrojo echado, la calle desierta. No habia en la casa mas que las dos religiosas, sor Perpetua y sor Simplicia, que velaban á Fantina.

Hácia la hora en que el señor Magdalena tenia por costumbre recogerse, la buena de la portera se levantó maquinalmente, cogió la llave del cuarto de su amo que estaba en un cajon, y el candelero que usaba todas las noches para subir la escalera; colgó la llave en el clavo en que solia hacerlo, y puso el candelero al lado, como si le estuviese esperando. En seguida volvió á sentarse, y se puso á reflexionar. La pobre vieja habia hecho todo esto sin saber lo que hacia.

Al cabo de dos horas salió de su meditacion, y dijo: ¡Toma! ¡señor mio Jesucristo! ¡he puesto la llave en el clavo!

En aquel momento se abrió la vidriera de la portería, pasó una mano, cogió la llave, y encendió la luz en una vela. La portera levantó los ojos, se quedó aturdida, y ahogó un grito en la garganta.

Conocia aquella mano, aquel brazo, aquella manga.

Era el señor Magdalena.

Quedó algunos momentos, antes de poder hablar, *sobrecogida*, como decia cuando referia despues esta escena.

—¡Dios mio! señor alcalde, dijo por fin, yo os creia...

Se detuvo, porque el fin de la frase hubiera sido una falta de respeto á su principio. Juan Valjean continuaba siendo para ella el señor alcalde.

—En la cárcel, dijo Valjean acabando la frase. En efecto, en ella estaba, pero he roto un hierro de la ventana, me he dejado caer desde lo alto de un tejado, y ya estoy aquí. Voy á subir á mi cuarto: avisad á sor Simplicia, que estará sin duda al lado de esa pobre mujer.

Digitized by Google

La vieja obedeció corriendo.

Valjean no la hizo recomendacion alguna; estaba seguro de que le guardaria mejor que se guardaria él mismo.

No se sabe cómo consiguió entrar en el patio, sin llamar para que abrieran la puerta cochera. Tenia y llevaba consigo una llave maestra con que abria una puertecita lateral; pero debian de haberle registrado y habérsela quitado. Este punto no está puesto en claro.

Subió la escalera de su cuarto: al llegar arriba, dejó la palmatoria en el último escalon, abrió la puerta haciendo poco ruido, y fué á oscuras á cerrar la ventana y las maderas; despues salió, cogió la luz y entró en el cuarto.

La precaucion era útil, porque debe recordarse que su ventana se veia desde la calle.

Miró en derredor á su mesa, á su silla, á su cama que no se habia deshecho en tres dias. No habia señal alguna del desórden de la última noche que estuvo allí. La portera habia «arreglado el cuarto;» pero habia recogido de entre la ceniza y puesto con cuidado sobre la mesa las dos conteras del baston, y la moneda de cuarenta sueldos ennegrecida por el fuego.

Cogió una hoja de papel y escribió: *Estas son las conteras de mi garrote, y los cuarenta sueldos robados á Gervasillo, de que he hablado en el tribunal*; y puso en este papel la moneda de plata y los dós pedazos de hierro, de modo que fuese lo primero que se viese al entrar en el cuarto. Sacó de un armario una camisa vieja y la rompió, envolviendo en sus pedazos los dos candeleros de plata. Hacia todo esto sin prisa ni agitacion, y al envolver los candeleros del obispo estuvo comiendo un pedazo de pan negro. Seria probablemente el pan de la cárcel que llevaba consigo al evadirse.

Este hecho se comprobó por las migajas que fueron halladas en el suelo cuando la justicia mandó hacer despues un reconocimiento.

Dieron dos golpes á la puerta.

—Entrad, dijo Juan Valjean.

Era sor Simplicia.

Estaba pálida, tenia los ojos enrojecidos; la luz vacilaba en su mano. La violencia del destino tiene la propiedad de manifestar al esterior, por mas disimulados y frios que seamos, los secretos del alma. En

Digitized by Google

las emociones de aquel dia, la religiosa se habia convertido en mujer. Habia llorado; temblaba.

Juan Valjean acababa de escribir algunas líneas en un papel que presentó á la religiosa, diciendo: —Hermana, enviareis esto al señor cura. — El papel estaba desdoblado. La jóven le miró.

—Podeis leerle, dijo él.

Sor Simplicia leyó: — «Ruego al señor cura que cuide de todo lo »que dejo aquí. Será preciso pagar las costas de mi causa, y el entierro »de la mujer que ha muerto hoy. El resto se distribuirá entre los po»bres.»

La hermana quiso hablar, pero apenas pudo balbucear algunas palabras. Sin embargo, dijo:

—¿No deseais ver por última vez á esa pobre desgraciada?

—No, contestó, me persiguen; podrian prenderme en su cuarto, y esto turbaria su sueño.

Apenas acabó de decir estas palabras, se oyó un gran ruido en la escalera; un tumulto de pasos; la vieja portera decia con su mas fuerte voz:

—Señor, os juro por el buen Dios que no ha entrado nadie aqui en todo el dia ni en toda la noche, porque no me he separado de la puerta.

Un hombre respondió:

—Sin embargo, hay luz en ese cuarto.

Conocieron la voz de Javert.

El cuarto estaba dispuesto de modo que al abrirse la puerta ocultaba el ángulo de la pared á la derecha. Juan Valjean apagó de un soplo la luz, y se ocultó en aquel ángulo.

Sor Simplicia cayó de rodillas cerca de la mesa.

Se abrió la puerta.

Entró Javert.

Oíanse el cuchicheo de muchos hombres, y las protestas de la portera en el pasillo.

La religiosa no levantó los ojos. Estaba orando.

La vela apagada estaba sobre la chimenea, y el pábilo derramaba aun alguna claridad.

Javert vió á la hermana, y se detuvo suspenso.

Debe recordarse que el elemento de Javert, el medio en que respi-

Digitized by Google

raba era la veneracion á toda autoridad. Era un ser homogéneo que no admitia por ningun lado ni objeciones, ni restricciones. Creia que la autoridad eclesiástica era la primera de todas; y era religioso, superficial y rígido en este punto como en todos los demás. Un sacerdote, á sus ojos, era un espíritu infalible; una religiosa, una criatura impecable. Ambos eran almas tapiadas en este mundo, con una sola puerta, que no se abria mas que para dar paso á la verdad.

Al ver á sor Simplicia, su primera intencion fue retirarse.

Pero iba á cumplir un deber que le arrastraba poderosamente en sentido inverso. Su segunda intencion fue quedarse, y hacer á lo menos una pregunta á sor Simplicia que no habia mentido en su vida. Javert lo sabia, y la veneraba especialmente por esta causa.

—Hermana, dijo, ¿estais sola en este cuarto?

Pasó un momento terrible en que la pobre portera creyó morir.

Sor Simplicia levantó la vista, y respondió:

—Sí.

—Perdonadme, dijo Javert, si insisto; es mi deber; ¿no habeis visto esta noche á un hombre que se ha escapado, y á quien buscamos? ¿No habeis visto á un hombre llamado Juan Valjean?

La hermana respondió:

—No.

Mentia. Habia mentido dos veces de seguida, sin dudar, rápidamente, como el que se sacrifica.

—Perdonad, dijo Javert, y se retiró saludando profundamente.

¡Oh, santa jóven! No sois de este mundo hace muchos años; habeis encontrado en la luz á vuestras hermanas las vírgenes y á vuestros hermanos los ángeles: que esta mentira os sea contada en el paraiso.

La afirmacion de sor Simplicia fue para Javert una cosa tan decisiva, que no echó de ver la singularidad de que la vela que se habia apagado humeaba encima de la mesa.

Una hora despues, un hombre, al través de los árboles y la bruma, se alejaba de M.—á orillas del M.—en direccion de París. Aquel hombre era Juan Valjean. Se supo posteriormente por el testimonio de dos ó tres arrieros que le encontraron, que llevaba un paquete, y que iba vestido de una blusa. ¿De dónde habia sacado esta blusa? No se

Digitized by Google

sabe. Pero algunos dias antes habia muerto un viejo en la enfermería de la fábrica, y habia dejado una. Puede ser que fuera la misma.

Una palabra final sobre Fantina.

Todos tenemos una madre: la tierra. Fantina volvió á su madre.

El cura creyó, y tal vez tenia razon, que lo mejor era reservar, de lo que habia dejado Juan Valjean, la mayor cantidad posible para los pobres. Al fin y al cabo, ¿de quién se trataba? De un presidiario y de una mujer pública. Por estas razones simplificó cuanto pudo el entierro de Fantina, y le redujo á eso estrictamente necesario que se llama la fosa comun.

Fantina fue, pues, enterrada en la zanja gratuita del cementerio, en el hoyo que es de todos y de cada uno, y donde se encuentran los pobres. Pero Dios sabe dónde debe buscar el alma. Enterróse á Fantina en las tinieblas, entre los primeros huesos que se vieron; pasó por la promiscuidad de cenizas; fue arrojada á la fosa pública. Su tumba fue como su cama.

FIN DEL TOMO PRIMERO Y DE LA PRIMERA PARTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

# INDICE.

## PRIMERA PARTE.

# FANTINA.

### LIBRO PRIMERO.

UN JUSTO.


Prólogo. . . . . .
I. M. Myriel. . . . . 1
II. M. Myriel se convierte en monseñor Bienvenido. . . . . 5
III. A buen obispo mal obispado. . . . . 11
IV. Las obras parecidas á las palabras. . . . . 14
V. De cómo monseñor Bienvenido hacia durar demasiado tiempo sus sotanas. . . . . 21
VI. Por quién hacia guardar su casa. . . . . 24
VII. Cravatte. . . . . 30
VIII. Filosofar despues de beber. . . . . 34
IX. El hermano pintado por la hermana. . . . . 38
X. El obispo en presencia de una luz desconocida. . . . . 42
XI. Una restriccion. . . . . 54




Digitized by Google

Páginas.

XII. Soledad de monseñor Bienvenido. . . . . 59
XIII. Lo que creia. . . . . 63
XIV. Lo que pensaba. . . . . 68

## LIBRO SEGUNDO.

LA CAIDA.

I. La noche de un dia de marcha. . . . . 73
II. La prudencia aconsejada á la sabiduría. . . . . 86
III. Heroismo de la obediencia pasiva. . . . . 91
IV. Pormenores sobre las queserías de Pontarlier. . . . . 97
V. Tranquilidad. . . . . 101
VI. Juan Valjean. . . . . 103
VII. La inferioridad de la desesperacion. . . . . 109
VIII. La ola y la sombra. . . . . 117
IX. Nuevas quejas. . . . . 120
X. El hombre despierto. . . . . 122
XI. Lo que hace. . . . . 126
XII. El obispo trabaja, . . . . . 130
XIII. Gervasillo. . . . . 134

## LIBRO TERCERO.

EN EL AÑO 1817.

I. El año 1817. . . . . 145
II. Doble quator. . . . . 151
III. Cuatro á cuatro. . . . . 156
IV. Tholomyes está tan alegre, que canta una cancion española. . 160
V. En casa de Bombarda. . . . . 163
VI. El amor de Favorita. . . . . 166
VII. Sabiduría de Tholomyes. . . . . 168
VIII. Muerte de un caballo. . . . . 174
IX. Alegre fin de la alegría. . . . . 177

Digitized by Google

## LIBRO CUARTO.

CONFIAR ES A VECES ENTREGAR.


| | | Páginas. |
|---|---|---|
| I. | Una madre que se encuentra con otra. | 183 |
| II. | Primer contorno de dos figuras bizcas. | 193 |
| III. | La alondra. | 196 |


## LIBRO QUINTO.

EL DESCENSO.


| | | |
|---|---|---|
| I. | Historia de un progreso en los abalorios negros. | 201 |
| II. | El tio Magdalena. | 203 |
| III. | Cantidades depositadas en casa de Laffite. | 207 |
| IV. | El señor Magdalena de luto. | 211 |
| V. | Vagos relámpagos en el horizonte. | 214 |
| VI. | El tio Fauchelevent. | 220 |
| VII. | Fauchelevent se hace jardinero en París. | 224 |
| VIII. | La señora Victurnien gasta treinta francos en favor de la moralidad. | 226 |
| IX. | Triunfo de la señora Victurnien. | 229 |
| X. | Continuacion del triunfo. | 232 |
| XI. | Christus nos liberavit. | 238 |
| XII. | Los ocios del señor Bamatabois. | 240 |
| XIII. | Solucion de algunas cuestiones de policía municipal. | 243 |


## LIBRO SESTO.

JAVERT.


| | | |
|---|---|---|
| I. | Principio del reposo.. | 255 |
| II. | De cómo Juan puede convertirse en Champ. | 259 |


Digitized by Google

## LIBRO SETIMO.

### LA CAUSA DE CHAMPMATHIEU.


| | | Páginas. |
|---|---|---|
| I. | Sor Simplicia. | 271 |
| II. | Perspicacia de maese Scauflaire. | 275 |
| III. | Una tempestad bajo un cráneo. | 280 |
| IV. | Formas que toma el dolor durante el sueño. | 298 |
| V. | Las armaduras de las ruedas. | 302 |
| VI. | Sor Simplicia puesta á prueba. | 314 |
| VII. | El viajero al llegar al término de su viaje toma sus precauciones para volverse. | 322 |
| VIII. | Entrada de favor. | 327 |
| IX. | Un sitio donde empiezan á formarse las convicciones. | 331 |
| X. | El sistema de negativas. | 338 |
| XI. | Champmathieu cada vez mas admirado. | 345 |


## LIBRO OCTAVO.

### REACCION.


| | | |
|---|---|---|
| I. | Del espejo en que vió el señor Magdalena sus cabellos. | 353 |
| II. | Fantina feliz. | 356 |
| III. | Javert contento. | 361 |
| IV. | La autoridad recobra sus derechos. | 365 |
| V. | Una tumba á propósito. | 370 |


Digitized by Google

# PLANTILLA

## PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.


Retrato de Victor Hugo. . . . . v

Monseñor Bienvenido. . . . . 5

Juan Valjean.. . . . . 76

Fantina. . . . . 152

La familia Thenardier. . . . . 188

El señor Magdalena. . . . . 280

Sor Simplicia. . . . . 271

El señor Magdalena, camino de Arras. . . . . 304

Muerte de Fantina. . . . . 367


Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google